

El orate loco
Y otros relatos

Historias narradas en ninguna persona, para ser leídas en VOX POPULI

Alirio A. Hernández

Sultana del Lago EDITORES





Sultana
del Lago
EDITORES

El orate loco y otros relatos

(Historias narradas en ninguna persona para ser leidas en vox populi)

Alirio A. Hernández

Alirio A. Hernández
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2021.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798731022354
Depósito Legal: ZU2021000085

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

ASESINATO EN PORTO FEIO

La marcada disparidad entre el apacible despertar que cada día ocupa mi encuentro con la aurora, y la exacta yuxtaposición de los barrotes percudidos por manos sudorosas y harto desaseadas, me ayuda a saber con claridad el lugar donde me encuentro expiando mis errores. No se trata de mi techo, ni de mi catre, ni de la ventana que permite traslucir al Sol su radiante nacimiento. Sospecho que la cárcel de la Policía Judicial de *Porto Feio* no me alberga en su recinto; siento que me cobija en su seno, que me acoge en su tosco regazo. Y es que estoy conteste con mi delito, mi falta, mi despiadado, cruel y terrible asesinato.

Hace tan solo pocos meses atrás, me paseaba entre la hermosa sensación de compartir con mis tres hijos y mi esposa la dicha de un hogar, y la asquerosa adicción al alcohol etílico que me atiborraba de desatinos. Nadaba entre las múltiples tareas inherentes a una convivencia medianamente armónica, y la irracional necesidad de embriagarme para lograr comulgar mi mente con mi cuerpo ahora deshecho. De nada valieron los ruegos de mis hijos adolescentes para que declinara en mi empeño de intoxicarme con alcohol cada día, cada semana, de cada mes, durante los últimos siete años. Mi esposa, otrora compañera ideal de andanzas, infortunios y triunfos, me llevó a disímiles grupos

anti alcoholismo, solo para que de diferentes maneras mi negligencia y desacato se profundizaran en los intersticios de mi voluntad. Mi septuagenaria madre, mi tierna, adorable y dulce madre, jamás pudo validar sus consejos para que depusiera mi actitud hostil, contra la pocas veces recurrente sobriedad impoluta que me estorbaba. No logro recordar ahora cuándo fue la última vez que la besé en sus rugosas y blancas mejillas, por el simple interés de lograr así una bendición más de su inconmensurable amor por mí.

Con remarcada frecuencia en mis días de parentela — alcanzo a reflexionar ahora tras estos barrotes enmohecidos por el orín del tiempo y saturados de asco — mis

frenéticas borracheras ponían coto a lo que debiera haber sido un agradable trajinar diario por la calidez de un hogar. Tan solo ahora reacciono y recapacito con respecto al espacio familiar perdido, a las conversaciones no habidas, a los compartir no vividos, a las horas de solaz no ofrecidas y a las caricias filiales y conyugales no tenidas. Con mis funciones vitales disminuidas, mi inestabilidad motora, y un lenguaje mal articulado, mis percepciones alteradas lograban conmocionar no solo mi descuidado cuerpo, sino también el afecto familiar recíproco. En cada jornada lograba demostrar a los que me querían — y asumo que aún me quieren — que el guiñapo en que me había convertido iba caminando a pasos agigantados

y enajenadamente hacia el borde de un barranco. Mis manos temblorosas no atinaban a laborar en el oficio de orfebrería que desde siempre había sido mi sustento, y ahora las gemas ya no eran engastadas en las joyas de mi orgullo.

El recuerdo de mi padre, pueblerino hombre probo que supo granjearse la estima y consideración de quien le conoció, apareció de repente. Cuasi rayo espectral, se asomó a mis reminiscencias como evocando la orgullosa estirpe de mis orígenes. Él era uno de esos personajes que primero ríe, y después busca el motivo. Su jovialidad le valió para que lo invitaran a cuanto sarao o celebración se hiciera. Su agonal persistencia en sus faenas de pesca, también le había valido para ser catalogado como el mejor de los pescadores de su época. Pero la imagen que mejor guardo de él, es la del maestro paciente y parsimonioso que siempre intentó sembrar en mí un extraordinario bagaje de valores y principios, coronados por el altruismo enmarcado en el amor al semejante. Una inmisericorde y malvada cirrosis hepática criptogénica se lo llevó de este mundo, sin haber probado licor más de dos o tres veces en su vida.

Vienen a mi mente innumerables episodios de mi pasado en *Porto Feio*. El de Doña Elena ataviada a ratos con largos trajes estilo medieval — con corsé y abanico de tela incluidos — y al rato con hermosas galas de la época, como la que llevaba el fatídico

día que tropezó y cayó en la quebrada. Más de un malicioso transeúnte se detuvo más para poder ver algún encanto corporal de soslayo, que para mostrar la caballerosidad debida ayudándola a levantarse para salir de semejante apuro. Y el de Don Fernando, el barbero del pueblo, en su vano esfuerzo para conquistar a cuanta doncella núbil contorsionaba su figura, en procura de ser cortejada con fines connubiales. Y el de la noble y siempre samaritana Ramona, que socorría a cualquiera que procurara sus "favores" caseros. Y así, una interminable lista de recuerdos que colman de añoranzas mis horas de aciago encierro.

En la mañana, los custodios vendrán por mí para llevarme a la silla. Sin clemencia, sin conmiseración, compasión ni pena, me trasladarán esposado hasta el lugar donde he de cumplir mi sentencia a muerte. Allí, sentado, como el más blandengue de los gandules, podré experimentar lo que significa el arrepentimiento verdadero y la oportunidad perdida, pues ya solo soy como un barco sin velamen en una tormenta, que entrega su suerte a la mar embravecida.

Mi severo e inflexible Juez, Don Destino, me confinó mientras, en esta imaginaria cárcel, de este, mi imaginario pueblo, al haber confesado mi real delito**:** le asesté lenta y alevosamente, con saña y premeditación artera, infinitas puñaladas a la alegría de mis seres queridos, hasta matarla.

El Juez le ordenó a la soledad acompañarme íntegra y totalmente cada uno de los restantes días de mi vida, en una solitaria silla de un solitario monumento a la indiferencia, en una solitaria habitación que no es mía…

EL ABUELO MILTON

En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo… amén.

Lanzamos flores sobre el féretro antes que el sepulturero cerrara la tumba en la parcela *340* del Cementerio Chiquinquirá. Los familiares más cercanos y un puñado de seniles amigos acompañamos al abuelo Milton a su morada última. Un sol calcinador nos negaba la sombra anhelada, y el único árbol cercano lucía egoísta su regazo fresco. Pasos más allá, la única banca disponible delataba la caminería a seguir.

En el estacionamiento en forma de herradura, aguardaban los *carricoches* para devolvernos a nuestras respectivas casas. Lo de *carricoche* es algo que recuerdo del abuelo Milton, quien siempre adornaba con algún calificativo de creación propia los avances tecnológicos de los últimos tiempos.

El penetrante olor a flores frescas había calado en la urdimbre de la sotana del sacerdote, y ahora en mi pequeño compacto se respiraba un perfumado ambiente. Camino a la Casa Parroquial para dejar al Padre Silvino, las palabras luchaban por sobreponerse a la nostalgia. Con esfuerzo, el Cura articuló elogios y anécdotas de su amigo ocasional**:**

—Tu abuelo murió un día equivocado, me dijo.

—Es decir, no tenía que morir aun. A menos que el destino se haya distraído, y lo recogiera en data distinta a la que le correspondía. El siempre afirmó que había escrito su propia historia y había previsto la fecha para su cambio de plano astral. *El día que yo muera los gallos cantarán a las diez de la mañana, y cerca del mediodía una bandada de mariposas volará más allá del horizonte. El nublado cielo anunciando un invierno adelantado, dejará caer sobre el camposanto una avalancha de agua helada,* relataba cada sábado en las jornadas *dominoeras* de la parroquia.

—Me hubiera gustado tener un abuelo así, me dijo al tiempo que bajaba de mi añoso

Opel de color gastado.

El acuerdo de duelo publicado por mis compañeros de trabajo en la universidad, constaba de varios "Por cuanto" y unos pocos "Acuerda". Para mí, no significaban más que lo que el abuelo repetía insistentemente: *El ser humano, independientemente de lo que haya sido o aportado a este mundo, se convierte en nada más que un recuerdo. Si este recuerdo será triste o alegre, depende más de su actitud que de sus aptitudes. La muerte, en esencia, es parte de la vida. Sin ella no completamos nuestro ciclo. Nacemos, nos reproducimos y morimos. Nada nuevo, nada diferente en este esquema a través de millones de años*, solía manifestar en sus momentos de depresión.

En las márgenes del hermoso pueblo de Campo Elías, abarcando por el lado de la serranía parte de

la población de Biscucuy, se alzaba imponente la hacienda cafetalera La Enriqueteña, propiedad de Milton Fabricio Bruguera Roche. Para los lugareños no solo representaba la más grande fuente de trabajo, sino también una magnífica exposición de la acción del hombre como intermediario entre la explotación de la tierra, y la respetuosa armonía de la convivencia obrero patronal con el aditamento de la bondad implícita. El inmenso cafetal que adornaba la panorámica desde la entrada hasta que se abandonaba el pueblito andino era también centro de cultura, educación, distracción y salud de los campoeliences.

Los biscucuyenses reclamaban, a pesar de no corresponderle, la raigambre territorial de la hacienda productora del café orgullo de sus procesadores. La mano de obra calificada venida de otras latitudes, sembraba familia y progreso dentro de los linderos de la explotación cafetalera, e incluso algunos con mayor espíritu aventurero se constituyeron extra límites en fundadores del naciente pueblo. Los quintales de café verde destinados a la exportación, solo salían en grandes camiones si antes era abastecido el mercado nacional. La gente acudía a la casa principal en busca de ayuda económica para cubrir cualquier necesidad, y seguro que salía del lugar con su problema resuelto. Cada último de mes, un médico proveniente de Boconó pagado con recursos de La Enriqueteña, "pasaba" consulta a todo el que quisiera asistir. Las recetas

eran llevadas a la Botica del pueblo y despachadas sin ningún costo para el paciente, pues luego el abuelo cancelaba la totalidad del monto.

Era la época donde la palabra de un hombre se respaldaba con un pelo de su bigote. No había firmas, ni documentos, ni Notarías ni nada de eso. Lo que un hombre acordaba, a cabalidad y sin variación alguna, lo cumplía. El respeto al semejante y a los mayores se cultivaba con el mismo esmero que el café producido, y la lealtad era la más clara insignia de la época.

Mi padre, el décimo segundo hijo de los catorce que tuvo mi abuelo, habidos en su arrejuntamiento con mi abuela Dolores Marquesina —a quien todos llamaban con profundo respeto y admiración Doña Lola— aprendió a leer y escribir al igual que sus hermanos y los hijos de la peonada en la única escuela de los alrededores, que funcionaba en una habitación de la casona, habilitada por Don Milton para que el maestro venido desde Guanare y pagado por él, impartiera sus clases.

Para entonces, por esos lares, saber leer y escribir era la máxima aspiración del campesinado. Los valores ciudadanos, el respeto a los mayores y los principios elementales de convivencia armónica seguían en orden de prioridades. En la entrada del aula de clases, adosado a la puerta y tallado en madera, se podía leer en un escrito inspiración del abuelo, lo siguiente:

Triunfar no es solo tener dinero. Se puede tener mucho y ser un fracasado, o no se puede tener ni un centavo y ser un triunfador. Quienes reducen el concepto de triunfo al hecho de poseer o no riquezas, seguramente no las tienen. Hay gente muy rica rumiando sus fracasos, porque alcanzada la riqueza, el hombre se obsesiona por el poder. Quien ama y es amado, quien piensa que lo tenido es suficiente y hace uso de ello para proyectar bondad y querencia alejado de la avaricia, es un triunfador, y de no ser plenamente feliz, está más cerca de lograrlo que el avaro que se siente vacío y necesitado de amor desinteresado.

Así pensaba Milton Bruguera en sus años de opulencia. En una carta enviada a un amigo distanciado por el tiempo y su migración a la capital, escribió lo siguiente**:** *La amistad goza de un privilegio único. Un amigo podemos escogerlo, seleccionarlo y adecuarlo, cosa que no ocurre con un familiar. Un primo, un hermano, un padre, un tío, un hijo; son nuestro primo, nuestro hermano, nuestro padre, nuestro tío o nuestro hijo queramos o no. Nos agrade o no, carecemos de opción válida, porque a ellos nos unen lazos indisolubles desde que nacemos o ellos nacen. Por eso la amistad es un tesoro que debemos cuidar, honrar y cultivar. Es una dádiva existencial que si sabemos explotar nos dará muchas satisfacciones. Un buen amigo, es oxígeno para nuestra felicidad, lo mismo que unos buenos padres o unos buenos hijos son la savia de la realización del ser humano.*

A Mamá Lola, en ocasión de apaciguar un arrebato de celos generado por un chisme de Ña Carmen (la tabaquera del pueblo) le dejó deslizar por debajo de

la puerta un papel con la siguiente reflexión: *Mi vida no es mía. Cuando se ama, se entrega la vida al ser amado y al ideario del amor en su elemental pureza. Mi vida es de quien amo, y aunque yo la use para dormir y despertar cada día, esa vida no es más que un préstamo hermoso, tierno, amable, exquisito. Cuando uno puede sentir esto, puede saber inequívocamente que está enamorado.*

Antes de enfermar, de esta manera transcurría la rutina diaria del abuelo. Su despertar madrugador obligaba a un recogimiento tempranero. Su afición a la bebida típica destilada en sus predios era mínima. La noche es pa' las lechuzas y los murciélagos, era su lema para rechazar invitaciones a consumo nocturno. Cada dos o tres domingos se embriagaba en el día, cosa que aprovechaban los pobres para beneficiarse de su altruismo y su generosidad. Nunca negó nada a quien de verdad lo necesitaba, y todo lo que era de su propiedad, también era de uso colectivo. *Lo único que no prestaré nunca será mi mujer,* bromeaba, ¡*porque uno no sabe en qué estado se la devolverán!* Su buen humor dominguero contrastaba con su ceño fruncido durante las horas de trabajo de lunes a sábado, que compartía de igual a igual con los peones. *Vamos a echar ñoña de vaca en la pata de las matas*, decía y hacía, refiriéndose a ese tipo de abono orgánico. *Acabemos la plaga que nos jode el cafeto y cosechemos rápido antes de que caiga otro coñazo de agua*, eran frases habituales en su ronda laboral.

Pero poco a poco sus fuerzas lo fueron abandonando, hasta que al final se vio impedido hasta de caminar. El resultado ineludible tras años de esfuerzo y trabajo continuo, fue el vender por una bagatela su cafetal, su finca, su razón de vida.

Confinado ahora a una silla de ruedas y a los asfixiantes límites de su modesta vivienda en la ciudad, el abuelo se convirtió en una maraña de nerviosas reacciones. Se dedicó a leer la inmensa cantidad de libros adquiridos a través de su vida, y su único contacto con Campo Elías, era el maestro de la escuela que había permanecido en funcionamiento gracias a que ese fue el trato con los nuevos propietarios. En una ocasión, con motivo del intento de desalojo por parte de un nuevo Jefe Civil, envió una carta a su gente amiga en Biscucuy para que se la hicieran llegar al funcionario. Ellos le habían comunicado en un telegrama que las autoridades alegaban "condiciones inapropiadas" y "convivencia con adultos en estado de embriaguez" para sustanciar su orden de mudanza. En la escueta esquela únicamente decía: *La estupidez y la sabiduría no tienen rostro propio. Suelen esconderse tras cualquier aspecto, y a veces nos sorprenden cuando se revelan, cuando salen a flote… ¿En cuál de ellas se inscribe usted?*

En su cumpleaños número ochenta, a mitad de celebración y antes de cantarle el Cumpleaños Feliz, nos ordenó apagar el equipo de sonido. Todos reunidos a su alrededor le escuchamos su arenga:

La felicidad discrimina, es elitista. Llega a ratos y donde parece quedarse, quizá esté fingiendo u obedezca a parámetros artificiales. A veces — debemos reconocerlo — responde a motivos y méritos nobles. En este caso, debemos decir que es cierta. La tristeza — en contraste — es verdaderamente humilde y sincera. Puede llegar a todo el mundo, y así lo hace sin ningún distingo de clases. Es duradera la más de las veces, y siempre responde a motivaciones reales.

Luego de una pausa, donde expectantes esperamos la continuación de su discurrir "*pueblosófico*", continuó diciendo**:**

Vivir no es respirar de continuo, sino el quedarse sin aliento en los momentos más sublimes. Estos últimos son indicios de felicidad, y quien a veces es feliz, a veces vive. Y quien a veces vive, merece vivir siempre. Se necesita estar vivo para vivir a veces. Los infelices, al igual que los muertos, no viven.

Ese era mi abuelo Milton, de quien mucha gente se siente orgullosa y agradecida. Alguien que dejó huella en su transitar mundano, sin escapar necesariamente a las fintas del pecado. Su condición de mujeriego fue sabida y reconocida. Su extroversión y su filosofía popular recorren aun mentes y corazones. Su dedicación al trabajo, su salud de roble y su honradez a toda prueba, compitieron siempre por el primer galardón ante el valor de su palabra empeñada. De la vida nos decía**:**

La vida es como un naufragio donde tan solo cuentas con un pequeño bote salvavidas. Si remas con fuerza en la dirección adecuada, alcanzarás tierra firme. Si el curso que sigues favo-

rece tu sino, llegarás a una hermosa playa paradisíaca. Pero si solo dejas a la corriente tu ruta, esta seguramente te llevará al mismo punto de partida una y mil veces. Los que hacen esto último, son los que conocemos como fracasados.

Sus últimos días los disfrutó a medias. Esperaba con ansias el sábado para que lo lleváramos en su silla de ruedas a la Casa Parroquial para así poder discutir con sus ancianos amigos, mientras el Padre Silvino servía de guardián de la armonía en sus furibundas partidas de dominó. Del queda — tal como lo predijo para todo ser viviente — solo el recuerdo grato de haberlo tenido entre nosotros. Sus enseñanzas, su moral y su proceder digno se disiparán ante el insuperable pasar del tiempo, y de ese cuerpo inerte que hoy entregamos a la tierra, solo podrán dar cuenta los gusanos que lo devoren, en cumplimiento también de su respectivo ciclo vital. Sus huesos serán polvo con el transcurrir de los días, y aquí en la superficie otras ocupaciones y otros recuerdos coparán el trajinar diario de los que hoy lo despedimos.

Así es la vida, esa es la muerte, nos habría referido en algún momento. En mi trabajo administrativo en la Universidad se acercan las vacaciones, y con mi familia las disfrutaré lejos de la parcela *340* apenas recordando que alguna vez, en algún momento y lugar del infinito Universo, existió un tal Milton Bruguera que fue orgullo de la humanidad y de los suyos. *Esa es la ley de la vida*, habría insistido él.

La canalla influencia de la diabetes y el implacable reumatismo tuvieron la valentía de dejarse conocer. El hipócrita trombo que lo mató, jamás dejó saber de su existencia. Su propia muerte, se convirtió en el propio final, de su propio ciclo de vida…

EL CUERPO QUE NO ES MIO

Día uno.-

Esta mañana, apenas desperté, mis angustias comenzaron a batallar con la modorra, mientras cada párpado luchaba férreamente por permanecer plegado, de manera de mantener unidas mis pestañas. En un ejercicio de abrir y cerrar impuesto por mi sub consciente, habiendo reposado con períodos de sueño muy superiores a los alcanzados los últimos quince días, logré desperezarme rápidamente y dando uno, dos, tres estirados pasos — casi como zancadas — alcancé la ventana de mi habitación en el tercer piso, para observar a través del vidrio manchado y polvoriento, el arribo de una nueva aurora. La todavía tenue luminosidad de unos rayos solares que comenzaban a colarse a través de las retinas aun opacadas por un cúmulo de legañas, me permitía ver el incesante ir y venir de la gente por la calle principal de mi barrio.

Simultáneamente, una especie de desesperanza recorría todo mi cuerpo, erizando la piel que desde mi nacimiento ha soportado el fragor de mis pasiones y el peso de mis lamentos.

Un desasosiego que se ha erigido en mi fiel acompañante y que no me permite traspasar los muros que hoy me enclaustran desde que quise asumir mi

despertar sexual, hizo nuevamente su raída aparición. Ahí, de pie, sin más horizonte que el despreocupado transitar de esa gente que contemplo buscando entre ellos a quien con una señal — o cualquier gesto que signifique un gatillo que dispare mi voluntad — me indique el momento propicio para vomitar mis temores y evacuar mis tristezas. Es un trance — me repito incesantemente a mí misma — en el que necesariamente tendrá que haber un desenlace, o por lo menos una salida que me permita encontrar algún túnel con una luz en su final. Quizás, paralelamente, algún día logre entender el por qué la generalidad de la gente, se empeña en esconder las características peculiares, individuales, particulares, de cada gente, para evitar ser condenado — o por lo menos señalado — por una sociedad que no es más que la suma de las peculiaridades, individualidades y particularidades de esa misma gente. Probablemente, algún día — en mi diaria observación del ir y venir de la gente — logre comprender el por qué la condena de la gente me ha confinado a esta ventana y a la opacidad de su polvoriento cristal, para así de una vez por todas tener la suficiente fortaleza de poder ser quien soy, y quien me siento, frente a la gente que parece regocijarse etiquetando a la gente.

El modesto apartamento habitado por la familia desde hace casi dos décadas, me brinda lugar privilegiado para la observación diaria en este lance por el cual

atraviesa mi voluntad, sin que hasta este momento haya descifrado el lenguaje, las palabras, la sintaxis, para decodificar mi agonía moral, mi congoja existencial, mi crisis vivencial.

Mi habitación, sita en el lado norte del apartamento que a su vez se encuentra en el lado norte del edificio, últimamente se ha convertido en el receptáculo de una especie de madeja que satura de congoja y pesar mi transitar por la vida. Asimismo, podría decir que también últimamente mi vida comenzó a tomar sentido a raíz de mi decisión de destapar el frasco de mis antiguas vergüenzas, y lo que ayer pudo haber sido una barrera tabú en mi entorno íntimo, hoy mi desafío me permite afrontarlo con la decisión de quien persigue un objetivo, y persevera y persevera, hasta alcanzar lo que se propone.

Todo esto a lo que mi agobio hace referencia, no es más que la determinación que tuve hace apenas un par de semanas atrás, de enfrentar las convicciones de mi padre sobre el rol de género de alguien que — atrapado en un cuerpo de mujer — no resiste más la insensata prisión a la que ha sido sometido por la preceptiva en torno a gustos y preferencias sexuales no convencionales, que una sociedad con acuñación milenaria se empeña en condenar, haciendo uso de un privilegio de juicio traído por los cabellos sin importar más que los argumentos empíricos, diletantes y en ocasiones pueriles, que su religiosidad o su for-

mato social le imponen. A su vez, esto lo adoptan lanzando por la borda las conclusiones científicas y las consideraciones meta sicológicas que hoy en día aportan suficiente material aclaratorio al respecto.

Desde entonces, desde ese día — después del discurso "moralista" de mi padre en concomitancia con el silencio cómplice de mi madre, por un lado, y la burla y el sarcasmo de mi menor hermano por el otro — mi voluntad se resquebrajó en infinitos pedazos que hoy vagan con inútil asiduidad por los confines de un universo que no me contempla en sus rutas orbitales, más que para hacerme sentir culpable de haber nacido hormonalmente incompatible con el cuerpo donde se alojan mi corazón y mis deseos. ¿Culpable? Sí…culpable de ser la "vergüenza de la familia" como me gritó infinitas veces mi papá, en un episodio de histeria potencial como jamás pude haber imaginado ver en ser humano alguno.

Ese día, cuando todavía no se definía la delgada línea que separa el final de una soleada tarde de mayo y la incipiente oscuridad de una noche que va naciendo, mis nervios colapsaron en una especie de eclosión súbita que hizo arrodillar mis sentidos y sollozar a mis emociones, cuando comencé a exponerle a mis padres sentados ante mí en la mesa del comedor, todo lo que llevo por dentro desde que tengo uso de razón. Dieciocho años después de haber venido al mundo contenida en este cuerpo de mujer que no

se corresponde con mi definición mental de género, y haber decidido negarme a una vida placentera, complaciente y equilibrada sin temor al rechazo por mi condición; decidí enfrentarme a lo que sabía, iba a ser devastador para unos padres muy conservadores y desmedidamente puritanos que no avalarían mi declaración de libertad sexual bajo ningún cariz posible. ¡Oh fatalidad latente que pones en mis manos la injuria y el pecado de amar a mi modo! ¡Oh destino inmisericorde que me abrumas con tus escabrosos senderos hacia mi realización como persona! ¡Oh miserable albur que en mala hora te encomendé el desenlace de mi triste historia!

Día dos.-

Anoche no tuve más fuerzas para seguir escribiendo en esta especie de diario improvisado. A pesar de haber comenzado a relatar lo que desde el principio imaginé acertadamente como una crónica de un rechazo anunciado — días después de aquel infeliz diálogo con mis padres y luego de varios intentos escriturales — solo quise plasmar las consideraciones más superfluas y las sensaciones más íntimas al mismo tiempo, todo en una especie de barril contenedor de mi frustración más solemne derramando sin cálculo ni pericia la tinta que me ayudará, sin duda alguna, a drenar mi desazón. Por eso pienso que el carácter espontáneo de todo lo narrado, debería correspon-

derse más con mis propios criterios personales que con parámetros sociales o estamentos tradicionales que en nada se compaginan con la realidad de mi día a día. Es por eso, que aleatoriamente, escribiré lo que vaya llegando a mi memoria.

¡Y llega a mi memoria Raquel! Raquel… ¡Ay Raquel! ¡Mi amiga Raquel! ¡Mi hermana Raquel! ¡Mi confidente Raquel! Mi… ¡mi amada Raquel! ¡Mi apasionada y muy sensual Raquel! ¡Mi amante novia Raquel! Mi extraordinaria pareja Raquel, la delgada y tímida morena que me ayudó a descubrir el amor puro, desinteresado, sincero, ameno y placentero hasta el término de la felicidad. Cuando la vi por primera vez hace un par de años en un centro comercial cercano, una especie de coro celestial invadió mis sentidos y mis piernas a punto de desfallecer, hubieron de ser aupadas por mi espíritu alegroso para mantener mi figura en pie. De mirada intensa y pestañas profusas, espesas y hermosamente arqueadas desplegando su esplendor tras cada pestañeo — como invitando a conocer el color pardo claro de unos seductores ojos almendrados — parece incitarnos a entrar a su vida a través de sus prominentes y carnosos labios, que constituyen una inequívoca provocación a invadir la intimidad de su boca con apasionados y furibundos besos cargados de erotismo y sensualidad. Su cabellera, delicadamente rizada natural, abundante y con un color negro intenso también natural, cayendo hasta un poco más debajo de sus

hombros exquisitamente simétricos, contribuía a resaltar una perfilada nariz que encajaba a la perfección en su fino rostro, coronado con unas muy cuidadas cejas ligeramente curvilíneas.

Con sus largas piernas, caderas delicadamente prominentes y cintura estrecha, aquella joven hembra me impactó de inmediato. Nos detuvimos frente a una heladería, y sin haber pronunciado ninguna de las dos una sola palabra, entramos y nos sentamos en la misma mesa antes de comenzar a saborear el helado que ordené y que compartimos extasiadas como si de amigas de vieja data se tratase. Allí comenzó la más hermosa amistad que jamás haya existido entre dos mujeres contemporáneas; así lo siento, así lo percibo.

Fue así como empezó todo. Fue en esos primeros momentos y en las primeras conversaciones sostenidas, que logré saber a ciencia cierta que había descubierto un tesoro. Y cuando hablo de tesoro no me refiero a la belleza física que originalmente me maravilló, ni a su magnética personalidad con su imponente seguridad matizada con su muy alta autoestima, sino a la riqueza de su alma, de su espíritu noble, de su sencillez, sus principios, sus valores, sus creencias, su amplia cultura y su auténtica humildad. Total, puedo aseverar con absoluta certeza que su real belleza es interna, independientemente de cómo pueda lucir por fuera y de cómo pueda

verse en un mundo que tiende a valorar la apariencia más que la interioridad, el parecer más que el ser, el decir más que el hacer…

Raquel es pasivamente ardorosa en la floración de sus deseos. Es tímida en el fondo de sus querencias y extremadamente acuciosa en el amor. Quizás pudiera decir que es de gustos ambiguos con respecto a frivolidades como la moda, por cuanto lo mismo le da una elegante ropa o cartera de marca, que un atavío o accesorio comprado con poco dinero en algún mercado de pulgas. De sonrisa casi permanente — exteriorizando un humor cotidiano rayano en la despreocupación — es con frecuencia el centro de atención por su amplia cultura y su carácter afable y cordial. Para mí, siempre ha significado mi paño de lágrimas, la persona a quien desde hace dos años le confío hasta las veces que voy al baño, y ella ha sabido corresponderme confiándome con lujo de detalles los más íntimos recovecos de su vida.

La primera vez que la llevé a mi hogar, mis padres quedaron encantados con su personalidad, y así me lo hicieron saber. Durmió en mi cuarto, en mi cama, en mi mente y en mi temor a ser rechazada, aun cuando en repetidas ocasiones habíamos conversado al respecto de lo que aún no terminaba de definir, era mi preferencia de género. *"Entiendo que no es algo que pueda ser opcional"* me decía. *"Entiendo que tu conformación hormonal y tu fisiología emocional te aproximan a tu sexualidad,*

sin que puedas cambiar la epigénesis de tu ser". Así, poco a poco, día tras día, se fue consolidando una hermosa y sincera relación.

Día tres.-

Ayer me dormí pensando que quizás he revelado hasta niveles de inconveniencia, detalles que sin un amplio razonamiento serán difícilmente digeridos por el común de la gente, si algún día estas líneas llegasen a ser públicas.

Así es la vida real, como si prepararas una cena anticipando que el remanente pudiera servir para un suculento desayuno que apalanque tus fuerzas. Como si dejaras abiertas las puertas de una endeble casa de muñecas para dar entrada a las pequeñas superficialidades de una ilusión mal atesorada. La homosexualidad existe en cientos de especies creadas por Dios, pero la homofobia solo existe en una**:** la especie humana.

Sí, solo una especie conformada por seres dotados de inteligencia y raciocinio es capaz de odiar desde su ámbito, cuando prejuzga desde su óptica.

"Eres la vergüenza de la familia", retumba en mi cerebro flagelando sin compasión mi desacomodada fragilidad. No paro de pensar en esas palabras que como saeta hiriente punzan mis ganas de vivir, como si su única misión en el planeta fuera arrancarme la vida y

esparcirla como cenizas en el mar. Ser la "vergüenza de la familia" es el precio a pagar por algo que no fue mi decisión comprar. Como si mi preferencia de género fuera opcional y mis gustos fueran escogidos adrede. Y no es así, no escogí ser lo que siento que soy. Quisiera ser como todas, o mejor dicho, como la mayoría de las mujeres arrebatadas por el púber apetito de un hombre en su cama. Sí, hubiese preferido embarazarme siendo apenas una adolescente liceísta, y de seguro no tendría el permanente reproche de una sociedad que condena sin clemencia ni cordura, todo lo que esté más allá de su "ajustado" entendimiento. *"El común de la gente no acepta lo que su mente no está en capacidad de entender"* luce avenido en forma de comodín para lograr digerir la siniestra condena de mis semejantes a mi condición eminentemente aleatoria.

Día cuatro.-

No recuerdo con exactitud lo que escribí ayer, y me resisto a leer cada día lo que escribo por cuanto no quiero convertir esto en un guion cinematográfico, o algo así. Mi motivación está lejos de apetito literario o belleza narrativa, el fin que persigo es básicamente drenar mis frustraciones a la vez de compartir lo que siento con quien alguna vez alcance a leer estas líneas. Por eso cada día trato de plasmar lo que en ese momento siento, sin que necesariamente esté concatenado con la página que le antecede.

Y en ese orden de ideas, les confieso que hoy no me siento mejor. Aunque cada amanecer me gratifica con una renovada esperanza, debo decir que me esfuerzo por mantener mi optimismo y mi autoestima en los niveles mínimos que se requiere. Ahora mi padre es mi enemigo, y mi madre su cómplice más inmediata. ¡Dios! ¿Podrán imaginarse cuánto dolor se alberga en mi corazón? ¿Pueden imaginar que quienes me trajeron al mundo y se orgullecieron con mi primera menstruación, ahora se avergüencen por mi primera tentativa de libertad? ¿Se imaginan haber perdido alguien lo que nadie pierde jamás? Me refiero al amor de madre, a ese vínculo indisoluble entre tu biología y la del ser que te concibió y te llevó en su vientre. Mi madre me detesta, porque mi fisiología sexual resultó no ser compatible con mi cuerpo. Es como detestar a un hijo porque resultó ser zurdo, y no es compatible con ninguno de sus hermanos y sus padres diestros. O condenar a alguien por haber nacido con alguna discapacidad, y reprocharle no haber hecho nada para evitarlo. ¿Creen ustedes poder hacer cambiar a alguien que escribe solo con la siniestra, para que comience a escribir con su mano derecha? ¿Se puede pensar acaso en que un discapacitado puede superar su tara por el solo hecho de que los demás no estén de acuerdo en que la padezca?

Amar a alguien de mi género no es lo que convierte mi vida en un infierno, es el sentimiento homofóbico

desparramado en torno a mí, lo que enerva mi paz, mi tranquilidad; al igual que no es ser de piel oscura lo que perturba la vida de las personas de color, es el racismo desencadenado que lamentablemente proviene de conductas aprendidas. Y a propósito de este punto, viene a mi memoria un pensamiento de un líder sudafricano de piel oscura que sufrió persecuciones, torturas y desprecios por haber cometido el "pecado" de nacer negro.

Nadie nace odiando a otra persona por el color de su piel o su origen,
su sexualidad o su religión. Si pueden aprender a odiar, se les puede enseñar a amar,
porque el amor es más natural para el corazón humano que su opuesto.

Nelson Mandela.

Sí, así es. Pienso que de niños aprendemos lo que vemos, lo que oímos, lo que nos muestran con el ejemplo. Nuestros preceptos nacen en el entorno íntimo, familiar. Odiar y/o ser amable son conductas aprendidas, pues al nacer solo somos capaces de sentir dolor y de llorar. Aprendemos que el pene es para conseguir muchas hembras y que la vagina es para casarte con alguien adinerado y muy bello. Nos enseñan a ser machotes y mujeronas a partir

de nuestros órganos sexuales y no de nuestras aptitudes y nuestros valores, y esto se magnifica en nosotras, pues nos inculcan la aberrante afición a aprovecharnos de nuestra condición de mujer. Nos enseñan a ser mercancía y a maquillarnos para lucir bien y lograr "buenos compradores". Por su parte, a los varones le enseñan a tener novias desde la infancia, a disfrutar de su sexualidad y asumir la promiscuidad como parte de la cotidianidad. Nos someten a cánones sociales que no son más que desviaciones promovidas por la misma condición imperfecta de la especie humana. A mi entender, no fuimos creados por Dios para eso, y no es lo que nos enseñan las sagradas escrituras.

Aprendemos, además, a discriminar, vejar, ofender, despreciar, denigrar, injuriar, subestimar y humillar a quienes no encajan en nuestro formato vivencial. En cambio, dejan a nuestra elección el aprender a amar, estimar, comprender, tolerar, aceptar y ser solidarios con quien nos necesita. Eso creo, eso siento, eso percibo...

Si lo que escribí hoy se ajusta o no a la realidad, tendría que comprobarlo más adelante en la medida en que cumpla años de vida, pero en este momento necesitaba drenar, desahogarme, regurgitar todo lo que me consume desde adentro y no me devuelve mi sosiego desde ese fatídico día.

Día cinco.-

Esta mañana muy temprano mi mamá fue hasta mi habitación. Lloramos mucho y nos abrazamos hasta el cansancio, me hizo saber que mi papá sigue enojado y me pidió perdón por no haber sabido asimilar mi situación; me dijo que su silencio se debe a su sorpresa y no a su rechazo. Me hizo saber que me ama, y que su amor de madre sigue intacto, sin cambio alguno, sin mengua alguna. Cada palabra suya fue encantadora melodía para mis tristezas, y su dulzura estremeció los conceptos que erróneamente me formé de ella. Sentir sus caricias en mis cabellos representó para mí una fuente de energía que me devolvió muchas cosas que pensé había perdido, y luego de asear mi cuarto y cambiar las sábanas de mi cama (al igual que acomodar cada cosa en su lugar en aquel indescriptible desorden en que se encontraba mi "prisión"), me invitó a ducharme de la manera protectora que lo hacía en mis tiempos de niñez. ¡Oh miserables reacciones emocionales que me llevaron a renegar de ella! ¡Oh bendición de Dios que aún me permite el disfrute supremo de contar con mi madre! ¡Oh arrepentimiento por mi obcecada pretensión de aspirar a que me entienda, cuando soy yo quien debe ponerse en su lugar para lograr entenderla!

La atmósfera cambió radicalmente, y de pesada pasó a ser ligera, sutil, confortable y un poco más amena. O no sé si fui yo que pasé de auto flagelarme a

ser más asertiva en mis conclusiones cambiando con esto el ambiente que me rodeó hasta ese momento. En todo caso, mis percepciones dieron un giro encantador, hasta el punto de que accedí a sentarme en horas del mediodía con mi familia en la mesa del comedor. (Desde ese infortunado día, esperaba que todos se hubiesen levantado, y disponía de una pequeña ración en un recipiente que llevaba a mi habitación. Ahora doy cuenta de mi pérdida de peso, y de los estragos que esa especie de ayuno le ha hecho a mi cuerpo).

Cuando me acerqué a la mesa donde me esperaban mis padres y mi hermanito, me embargó una sensación de incertidumbre y desasosiego que hizo claudicar a mis piernas y arrodillar a mis ganas. En ese momento, no sabía si la sensación de respirar se correspondía con mi deseo de vivir, o si por el contrario era una forma de asegurarme una condena transmutada en suplicio. No podía distinguir entre el ser y el existir, o el conculcar y el ser albacea de una aventura encajada en el temor a una realidad idílica. En ese instante, pensé que mi orgullo no era más que un vil estorbo, a la vez que sentía que era la nada si no era capaz de mostrarme altiva por la afrenta recibida. Sin embargo, ya estaba allí, y a pesar de la incertidumbre debía continuar con mi cometido. Me detuve frente a ellos, haciendo un gran esfuerzo por no mostrarme débil y humillada, miré a mi padre fijamente a sus

ojos y le pedí que me bendijera:

— La bendición, papá, logré pronunciar con voz quebrada y bajando lentamente la mirada.

— Dios te bendiga hija, me respondió de inmediato con voz apacible, como queriendo desdibujar su cara de enojo y disimular su recio carácter.

— Te extrañamos en esta mesa, tu mesa, la mesa de esta pequeña familia, dijo mientras me sentaba temblorosa en la silla dispuesta para mí, a su diestra.

— Buen provecho para todos, y especialmente para ti hija, apuntó antes de empezar a comer.

Hacía ya más de dos semanas que no compartía con mi familia degustando los deliciosos guisos de mamá. Mi hermano, risueño y jocoso como siempre, me pidió darle el jugo servido en mi vaso en caso de que no quisiera tomarlo. Lo miré sonreída, y me guiñó un ojo en señal de apatía y desentendimiento de lo que estaba ocurriendo, como si todo fuera normal. El apenas cuenta con once años, y agradezco a Dios que no esté al tanto de los intríngulis de esta situación, quiero que disfrute a plenitud su infantil inocencia.

Cuando hube terminado de comer, me levanté de la mesa y presurosa fui al fregadero y de espaldas a ellos me aislé disimulando prisa por algo que debía hacer en el baño de mi habitación. Pero realmente, solo quería huir de una "inquisición" paterna, que-

ría evadir posibles preguntas que en el momento no estaba dispuesta a tolerar y mucho menos a responder. Mi intención era eludir el tema que me había mantenido fuera de esa mesa durante tantos días continuos, mi razón no quería presentar batalla bajo condiciones de piedad. Pongo al Cielo como testigo al asegurar que lo que más deseaba en esos instantes, era poder abrazar a mi padre y besarlo en la mejilla en señal de cariño y respeto, como el mismo me acostumbró en épocas en que me amaba como hija heterosexual. Hoy, después de tantas reflexiones, me parece una contradicción amar a un hijo gay y asumir una conducta homofóbica aberrantemente cruel, simultáneamente.

A la hora que escribo estas líneas (9:30 de la noche), siento como si fuese un barco luego de un largo viaje por altamar, que acaba de dejar toneladas de carga en puerto seguro. Siento la liviandad de alguien que desprovisto de su condición de contenedor, pasea aletargado por los confines de una pradera en su máximo verdor siguiendo una vereda de geranios en plena florescencia, que le indican el camino de retorno a su paz espiritual. Siento que me he quitado un inmenso estorbo de mi mente que aplastaba con su peso mi visión de vida, y siento que mi misión en esta segunda parte de mi existencia es madurar con la seguridad de un pensamiento acertado. Siento que afortunadamente mis padres no me perdieron por su aparente

incomprensión, pero mejor y más importante aún, siento que casi perdí a mis padres por causa de una ligereza de criterio y una malcriadez que casi me llevaron al abismo de la soledad. Creo, como conclusión, que se impone el diálogo, el discernimiento, la tolerancia, la aceptación, el respeto a ideas ajenas a nuestro entendimiento y sobre todo el escuchar, para que los humanos podamos avanzar a un estadio superior en nuestra cotidiana interacción.

Esta noche mi actitud es otra, felizmente desmarcada de los prejuicios que me llevaron a condenar los prejuicios de mis padres. Prejuzgar a los demás por creer que están prejuzgando nuestro proceder, es asomar la cara oscura de nuestra facultad para juzgar. Prejuzgar a quienes nos aman es mostrar nuestras debilidades en su máxima expresión, es no poseer la certeza de lo que se tiene y es menospreciar el infinito potencial del amor puro, sincero, desinteresado. Pensar que una madre deja de amar a un hijo por el solo hecho de dejar de ser lo que se creía que era, es como negar que nos mojamos cuando llueve torrencialmente estando a cielo abierto, sin techo alguno que nos cobije. Esta noche doy gracias a Dios porque comienzo a ver las cosas desde otro punto de vista, a partir del hecho de que mis padres comenzaron a ver las cosas desde otro punto de vista. Su trato de hoy para conmigo cambió la perspectiva de este trance, y confío en que de esta manera podremos acordar mejores relaciones

e intercambios cariñosos entre nosotros.

Estoy cansada, me siento agotada (o quizás aburrida) de tanto pensar, de tanto meditar, de tanto evocar. Para rematar, mi provisión hormonal acaba de obsequiarme con una desagradable característica que se corresponde con mi cuerpo, sin que logre aun sincronizarse armoniosamente con mi mente**:** mi menstruación hizo su aparición con más de una semana de retraso esta vez.

Día seis.-

Esta mañana muy temprano fue el turno de mi papá. Llegó a mi habitación antes de que pudiera despertarme, y unos suaves toques en la puerta junto a un dulce *"hija, hija, ¿puedo pasar?"* anunciaron la agradable visita. En un santiamén me levanté y abrí la puerta, al tiempo que me dirigí al baño para lavarme la cara y cepillar mis dientes, en conjunto con el cielo palatino, la lengua y todo el interior de mi boca.

Podría decir que mis niveles de satisfacción escasas veces han alcanzado el rango

que admito sentir en estos momentos. Hoy mi día fue feliz, fue diferente, fue placentero. Mi padre bendijo mi jornada hoy, y desde esta mañana siento que sus besos y sus abrazos insuflaron la energía que requiere mi delgado cuerpo para avanzar sin tregua ni descanso hacia el logro de mis anhelos. Mi padre, definitiva-

mente, es el mejor del mundo, el más tierno, el más cariñoso, el más bello. Me siento muy orgullosa de ser su hija.

Durante las horas que permaneció en mi cuarto recorrimos años de hermosa fraternidad y conmovedoras vivencias. Evocamos momentos de verdadera felicidad familiar y concordia al pasearnos por mi edad y mis ilusiones. Papi no fue a trabajar en la mañana y mi mamá nos trajo el desayuno a la cama donde estuvimos todo el tiempo haraganeando entre los recuerdos. Las lágrimas enjugadas enrojecieron nuestros ojos hasta el punto de avergonzarnos, mientras reíamos en casi todo el recorrido mental que hicimos con la mayor cordialidad posible. Al retirarse, me dio el abrazo más sentido que me haya ofrecido en toda mi vida, y un hermosísimo "te amo" susurrado en mi oído derecho catapultó mi éxtasis hasta el espacio infinito.

Cerca del mediodía, luego de acomodar y asear meticulosamente mi habitación como siempre lo había hecho hasta hace casi tres semanas, mami mostró su mayor ternura al pedirme que le ayudara con la ensalada que preparaba para el almuerzo. Mi hermanito, entretenido con un nuevo rompecabezas, pareció no reparar en la nueva actitud asumida por el resto de la familia, y ajeno a toda interpretación y prejuicio, permaneció absorto en su imberbe aislamiento. Él es feliz, pues aún no se enfrenta a la vida real, a la cala-

midad de los avatares humanos, a la crueldad de los tabúes y las proscripciones de la sociedad terrenal. Solo cuando estuvo lista mi tarea culinaria, nos sentamos todos a almorzar en familia de nuevo, como había sido antes, como había sido siempre.

Con aprensión, como si temiera despertar de un sueño inducido por el pecado de pensar que Dios me creó a su imagen y semejanza, seguí abrasando la nueva fase de mi relación hogareña y la mutua amplitud de criterio exhibida entre mis padres y yo. Sin embargo, del tema que nos llevó al reencuentro, y que antes se constituyó en la razón de mi tristeza y frustración, no se habló en ningún momento. Asumo que ellos esperaron siempre que fuese yo quien lo trajera a nuestros diálogos frontales, pero para mí desventura, no me atreví por temor a un nuevo episodio de rechazo que diera al traste con aquella casi utópica reconciliación.

Antes de cenar, ya sentados todos a la mesa, mi papá se dirigió a mí para decirme:

— *Hija, estoy feliz porque siento que reconquisté mi más preciado tesoro. Quiero que sepas que jamás me avergonzaré de ti, y formalmente te pido me perdones por mi ligereza emocional al tratarte como la vergüenza de la familia. Perdóname, te lo suplico, y te prometo que nunca más incurriré en semejante ligereza. A la vez, te ruego que te des tiempo para aclarar tu verdadera naturaleza antes de tomar una decisión al respecto. Analiza, cavila lo suficiente como para no dar un paso del*

que te puedas arrepentir, y no llegues a un lugar del que luego tengas que regresar por no ser eso lo que querías para tu vida. Perdóname por favor, ¡perdóname!

— Además, quiero que tengas la certeza de que decidas lo que decidas, contarás con mi aprobación y la de tu madre. Hemos conversado suficientemente al respecto, y te apoyaremos sin condicionamiento alguno en tu plan de vida, y te aceptaremos como nuestra hija, nuestro retoño, nuestro ser amado, independientemente de lo que resuelvas hacer con tu futuro. ¡Te amamos!

¡Campanadas en el Cielo! ¡Perlas engastadas en la sutileza de un amor franco, puro y sentido! ¡Gemas irisadas que coronan el albor de una dicha plena de satisfacciones y alegrías! ¡Bendito Señor Dios, gracias por este hermoso obsequio!

Estoy exhausta, esta vez quiero descansar como se merecen mi mente y mis huesos, mi carne y mi ilusión, mi alma y mi espíritu, mi amor por mi familia y mi regocijo por el futuro promisorio que espera por mí. Quiero dormir apretujando bajo mis sábanas la esperanza que retorna dibujando sonrisas color sosiego.

Día siete.-

Hoy mi pensamiento tuvo un giro inesperado. Durante todo este día, me debatí entre lo posible y lo adecuado, lo correcto y lo ansiado, lo aceptado y lo condenado. No dejé de pensar a cada instante en cómo

sería mi vida en adelante si cedía ante mi deseo de ser libre, o por el contrario me ajustaba a los cánones impuestos por una sociedad que cuestiona sin misericordia alguna, ese deseo de libertad. Quiero conservar el cariño de mis padres, pero al mismo tiempo deseo ser yo misma, deseo realizarme a plenitud como ser humano pensante, deseo allanar el camino a mi libre sexualidad. No me siento mujer ni en mi mente ni en mis anhelos, aunque mi cuerpo indique lo contrario. Mi debate interno me abruma, me quiebra, no quiero que quienes me dieron la vida piensen que fallaron en su cometido, me aterra pensar que mis padres vivan el resto de su vida con la frustración de quien falla. Igualmente, pienso que el negarme a mí misma la posibilidad de ser consecuente con mi condición sexual es exponerme a una agónica existencia que jamás me dejará realizarme a plenitud. No quiero ser el infeliz despojo de alguien que no tuvo el coraje de afrontar su situación de vida, alguien cuya cobardía le impidió la madurez de establecer sus propias reglas para regir su propia existencia.

El odio, el amor, la discriminación, la homofobia, la petulancia, son opcionales. Se puede elegir odiar, amar, discriminar, ser homofóbico, intolerante o petulante. Ser gay no es una opción, no elegimos ser atraídos por el mismo sexo, solo lo sentimos...

Por otro lado, no imagino el resto de mi vida en una relación con mis padres teniendo entre nosotros una

barrera que nos obligue constantemente a una comunicación sesgada, por el temor a incomodarnos mutuamente.

Siempre he tenido cifradas esperanzas en el contexto familiar y social en que me he desenvuelto desde que nací. Desde niña, he pensado que mis padres pasarán sus últimos años de vida a mi lado, bajo mi techo (como forma de reciprocar su esmero y dedicación), con la protección y el cuidado que ellos me dispensaron desde el primer día de mi vida uterina hasta el presente. Quiero amarlos y que ellos me amen, que nos abracemos cada vez que nuestras ganas lo requieran, que nos dispensemos tiernos besos de amor fraternal, que nos confiemos las intimidades que a otros ocultaríamos. Quiero, en síntesis, que nos demostremos el amor que nos prodigamos, que se sientan orgullosos de mí, quiero seguir sintiéndome orgullosa de ellos. ¡Es increíble el poder consolador y estimulante de un "te amo" dicho a tiempo, en cualquier momento y bajo cualquier circunstancia! ¡Es fortalecedor cuando se expresa en su forma más elemental, así, sin adornos ni poses fingidas, al natural!

Es por eso que he decidido que voy a hacer lo que me piden, lo que me aconsejan mi padre y mi madre. Esperaré, me daré tiempo, experimentaré una vida como hembra en busca de varones; al fin y al cabo, ese es el papel que me asigna la sociedad con sus preceptos y sus prejuicios. Cejaré en mi empeño de pa-

sar el resto de mi vida junto a Raquel, o cualquier otra mujer que llegare a interesarme circunstancialmente. Intentaré ser madre, procuraré darle a mis padres los nietos que todo abuelo anhela, haciendo a un lado mi propia ralea.

Lo más difícil será explicarle a Raquel mi decisión, aunque afortunadamente ya hemos tocado el tema y segura estoy que enfrentaremos juntas y consensualmente cualquier derivación al respecto.

Día ocho.-

El día de hoy fue muy especial. Después tres semanas, Raquel y yo nos encontramos en el centro comercial donde nos conocimos, y allí mismo, sentadas en la discrecionalidad de una mesa al fondo de la heladería, pudimos departir, soñar, reír y llorar solapadamente, sin más interrupciones que las ocasionadas por nosotras mismas cuando ordenamos el almuerzo y algunos helados en el transcurso de la inolvidable tarde. Hacía más de veinte días que no compartíamos, que no fusionábamos nuestras miradas para penetrar nuestro subconsciente y escarbar en lo profundo del sentimiento de la otra, en busca de una simbiosis de amor y terneza emotiva.

Acordamos infinidad de pautas a seguir en lo adelante. Establecimos darnos tiempo para ordenar nuestras vidas, tratar de incomodar lo menos posible a

mis padres con nuestros encuentros haciendo que estos fueran mucho más esporádicos, hasta llegar inclusive a niveles de alejamiento, y además, (y lo más importante) acordamos involucionar en mi legítimo empeño de ser lo que llegué a creer que soy. Para ello, Raquel accedió a rehacer su formato de convivencia, tratando prudentemente de emparejarse con alguien del sexo masculino. (Aclaro que en el caso de ella, sin sus padres y parientes cercanos vivos, y viviendo en arrendamiento de residencia en residencia sin tutoría parental que limitara su libertad de acción y pensamiento, no estaba expuesta al trauma que me tocó vivir y superar con mis padres).

Y así, de repente, de sopetón, sin más allá y sin más acá, nuestras vidas cambiaron en un tris. Todos nuestros planes para construir nuestro futuro juntas se fueron por la borda, todas nuestras ilusiones pasaron a ser material para el olvido. Por mi parte, trataré a partir de este momento de empatizar al máximo con mis progenitores y mi hermano, asumiendo que ellos sabrán soportar el ímpetu de mi inmadurez y perdonar los errores cometidos y por cometer.

En adelante, seré la mujer a plenitud que desean que sea. Pondré a un lado mis prioridades hormonales y trataré de cumplir mi rol de fémina dispuesta para la reproducción y el sexo con un macho. Para eso fue creada la mujer, según el puritanismo clásico de la sociedad de nuestros días. No me comprometo

al flirteo ni la seducción a varones, pero abriré mi mente para tratar de encajar en el modelo de hembra que me asigna la humanidad. Estoy resignada a zafarme de todo este lío formado a raíz de mi intento "libertario", en aras de que mi vida se torne apaciblemente "normal".

Y a propósito de esto, quiero abrir un paréntesis en esta especie de diario que llegó a entusiasmarme en estos pocos días. Escribir, de alguna manera me ayudó a drenar mis angustias y a plasmar mis inquietudes y pareceres, pero no deseo convertir en una crónica mi retorno a la formalidad femenina. Es por ello, que he decidido darme un tiempo definido para escribir la novena página, por lo que esperaré exactamente un año para retomar mis improvisadas narraciones. Volveré a mi hogar, le diré a mis padres que he reflexionado mucho, y que creo que ellos tienen razón. Mañana habrá un nuevo amanecer, y un nuevo movimiento rotatorio del planeta traerá consigo la posibilidad de respirar para sobrevivir, en este mundo pleno de diferencias entre el conglomerado humano que lo habita.

Día nueve.- (Un año después)

¡Hola diario! ¡Hola hado! Ansiaba el término de estos trescientos sesenta y cinco días para poder plasmar los acontecimientos más importantes de mi nueva vida. Esta noche me encuentro en mi casa,

donde vivo con el hombre que es mi esposo hace seis meses. Juan Carlos, aun no llega de la reunión festiva con sus compañeros de trabajo, tal como lo hace cada viernes desde que regresamos de nuestra luna de miel. Imagino que, entre otras cosas, está celebrando la reciente noticia de mi embarazo luego de tres meses sin "cuidarme". Él quiere un varón, a mí me da igual el sexo, aunque creo que muy en el fondo lo que realmente me haría feliz es que sea hembra nuestro primer retoño.

Hace un año, al restablecer la relación fraternal con mis padres, me prometí a mí misma no incomodarlos de la manera en que lo hice, aun cuando ellos terminaron reconociendo que mi intento de "salida del clóset" fue mucho más que un simple capricho. "Confusión" fue el término último para designar ese aciago pasaje que casi nos llevó a romper una hermosa relación familiar de tradición respetuosa, pero abierta y sin tapujos que impidieran que alguno de nosotros ignorara lo que a otro miembro le estaba ocurriendo. Pero llegó la reconciliación, la hermosamente trajeada de seda bordada reconciliación, evento que reafirmó nuestro amor mutuo y apalancó la cordialidad promovida desde siempre por quienes me dieron la vida. Gracias a ella (la reconciliación) nuestra integración hogareña aumentó considerablemente, haciendo mejor todo lo que tuvo que ver con nosotros a partir de entonces.

Juan Carlos, hijo primogénito de un gran amigo de la casa, ingeniero de profesión y ocho años mayor que yo, se decidió a declararme su amor. Según me contó luego, desde mi adolescencia le atraía, pero su timidez impidió que manifestara sus sentimientos hasta el día que me invitó al cine y luego a comer hamburguesas en la franquicia de la barriada. Seguimos saliendo y conociéndonos durante cinco meses hasta que me pidió que fuera su esposa. Pensé estar enamorada, que era el hombre de mi vida, que sería el boleto a la "redención" sexual que tanto ansiaba a partir de la condena de mi familia más próxima. Acepté, le dije que sí, porque además de su caballerosidad y galantería me sentía muy bien a su lado, mientras hacía que todas mis penas y recuerdos ingratos se esfumaran para darle paso a una sensación de paz y serena armonía. Creo que a eso lo llaman "estar enamorado" y mi condición humana no escapó a esa cualidad. Nos casamos casi de inmediato, antes de que partiera a la capital a un curso de inducción dictado en la sede de la compañía trasnacional que contrató sus servicios.

Confieso que a su lado he experimentado sensaciones que jamás pensé que pudieran existir, y en la cama hemos trepado a la fascinación del placer maximizado. (Igualmente debo confesar que Raquel siempre ha estado en mi mente en esos momentos).

En el día a día, Juan Carlos es atento, cordial, con una jovialidad rayana en felicidad y un empeño permanen-

te en complacerme. Al quedar sola donde vivimos, cuando él está en el trabajo, una llamada telefónica se registra cada par de horas más o menos para saber si estoy bien o necesito que me lleve algo de regreso a casa. Es dulce en su trato y amable en la relación conyugal, aunque como es lógico y normal, no carece de carácter fuerte aleatoriamente, al igual que yo. Existen inevitables diferencias entre nosotros, pero coincidimos estupendamente en muchísimas cosas, pareceres y conductas. Es muy religioso (sin llegar al extremo del fanatismo ciego y sordo) y de alguna manera me ha convencido de acercarme a su Iglesia, por lo que jamás le confesaré que he estado viendo en secreto máximo a Raquel.

Releer la Biblia introdujo novedosos elementos a mi vida. Una relectura analítica, concienzuda, con fines conclusivos y elementalmente neutral, sin la incoherencia provista por la ligereza de criterio y el prejuicio contaminante en pro o en contra, fue determinante para afianzar mi fe y mi condición cristiana. A lo largo de este ejercicio lector pude recopilar lo que entiendo como contradicciones entre lo que se plantea desde un punto de vista teológico inspirador, y lo que asume el correligionario común y mortal como premisa Divina.

Como ejemplos, puedo mencionar:

Mateo 7:1 > No juzguen a otros, para que Dios no los juzgue a ustedes.

Lucas 6:37 > No juzguen a otros, y Dios no los juzgará a ustedes. No condenen a otros, y Dios no los condenará a ustedes. Perdonen, y Dios los perdonará.

Romanos 2:1 > Al juzgar a otros te condenas a ti mismo.

Efesios 4:2 > Sean humildes y amables, tengan paciencia y sopórtense unos a otros con amor (...) hay un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, actúa por medio de todos y está en todos.

Juan 15:12 > Mi mandamiento es este: Que se amen unos a otros, como yo los he amado a ustedes.

Gálatas 5:14 > Ama a tu prójimo como a ti mismo.

Juan 8:7 > Aquel de ustedes que no tenga pecado, que arroje la primera piedra.

Siendo así, entonces la homofobia tiene sus raíces en la intolerancia, en el empeño en convertirnos en jueces ad libitum, y en la falta de amor sincero al prójimo.

Mi ánimo no es en ningún caso incurrir en galimatías que desencajen el contexto de cada evangelio, aunque admito que hay cierta descontextualización que podría representar un sesgo acomodado a conveniencia de mi propósito. Lo incomprensible es, que siendo todos nosotros criaturas creadas a su semejanza por el mismo Dios omnipotente e infinitamente bondadoso, entonces ¿cómo es que su misma omnipotencia se desdice al crear seres "sexualmente erróneos" para luego castigarlos y negarle la salvación?

Y sin querer tocar el extremo de la práctica empírica de un silogismo pertinente, podemos plantearnos**:** Si Dios es omnipotente y si Dios es el Padre Creador, entonces Dios nos creó a todos por igual como sus hijos, y así como creó diferentes colores de piel, diferentes tallas y conformaciones morfológicas, seguramente también creó entonces diferentes preferencias sexuales. Aclaro que mi idea no es confitar de alguna manera mis argumentos, simplemente hago uso de la capacidad de discernimiento con la que Dios, el Padre omnipotente, omnisciente y omnipresente, me dotó al crearme.

Es tarde, y Juan Carlos me llamó para decirme que viene en camino. Quiero nuevamente una nueva pausa de un año para escribir la décima página, y segura estoy que el tiempo me dará experticia, la experticia me dará seguridad, y la seguridad me deparará logros que contribuirán a alcanzar metas y objetivos. Espero entender para entonces, el motivo por el cual el amor trae consigo sufrimiento, y la felicidad involucra el temor a perderla. Pienso que si dos seres se aman a pesar de inmensos obstáculos a veces infranqueables, y ese amor permanece en el tiempo a pesar de la distancia, entonces merece consumarse en el placer visto como elemento de felicidad integral, y no solo en el contexto sexual. Aunque soy de las que piensan que no hay sexo incorrecto cuando hay amor implícito.

Durante todo un año estaré escuchando para aprender, valorando lo que tengo para merecer lo que me den, y dando amor para merecerme ser amada. Leeré cuanto pueda para ilustrarme en lo atinente a lo humano, y también a lo Divino. Criaré con esmero a mi bebé para que pueda hacer felices y enorgullecer a sus abuelos, y honraré a mis padres como una de mis maneras de conectarme con la prédica de Cristo.

Día diez.- (Dos años después)

La pérdida de mi bebé hace algo más de nueve meses impactó de manera grotesca mi relación con Juan Carlos. Mi embarazo fallido le permitió a la ciencia determinar mi esterilidad y esta nueva condición devino en una frustración que mi esposo no supo manejar adecuadamente. Se tornó irascible y desaparecieron de su trato cotidiano la dulzura y la amabilidad que tanto lograron entusiasmarme. La insuficiencia de estrógenos en mi organismo impide la madurez óptima de mi aparato reproductor, condenándome a una irremediable infertilidad. Mínimos niveles de progesterona detectados por los innumerables exámenes a los que fui sometida, me explican ahora el por qué mis senos no son lo suficientemente grandes como para notarse a simple vista, y la atrofia ovárica detectada, me ayuda a entender el origen de mi vellosidad a nivel de labio superior.

La vida matrimonial se tornó pesada y las llegadas a medianoche de Juan se hicieron cada vez más frecuentes. El clima de placidez disfrutado en los inicios de nuestra vida conyugal desapareció casi por completo, y mis visitas por dos o tres días a mis padres en su apartamento se transformaron en mi nueva rutina semanal. - "Poco a poco se acabó el amor" me dijo Juan Carlos el día que coincidimos en nuestro comedor después de largo tiempo, momento cordial que sirvió también para acabar definitivamente en los mejores términos, nuestra relación. Del divorcio y los detalles se encargó un abogado amigo de mis suegros, y renunciar a lo que me correspondía en la repartición de bienes asombró a propios y extraños. Hoy en día, mi ex y yo disfrutamos de una bonita amistad.

Por mi parte, mi padre, en una inusitada muestra de amplitud y comprensión nunca exhibida, me invitó a vivir con mi nueva pareja formal en mi habitación de siempre, y es indescriptible el regocijo que esto me produce desde su inicio. Adoro a mis padres y ruego a Dios que los ilumine por siempre, mientras espero que las leyes me permitan consolidar en ceremonia civil mi nuevo matrimonio, habiendo escogido desde ya como padrino a mi hermano, que en una demostración de madurez prematura desde que tiene uso de razón, ha sido un incondicional apoyo.

Mientras todo esto ocurre bajo la mirada celestial, sigo creyendo que el amor verdadero existe más allá de las impertinencias del creer, en contra del hacer o el ser. Creo que las batallas se ganan solo si confiamos en ganarlas, y que algunas mojigaterías rescatadas del basurero de la crueldad están condenadas al presidio de lo probable, de lo futuro, de lo inevitable. Debo decir que hoy en día me siento feliz, realizada en el amor, y entrañablemente fusionada con mi pareja. Con mis padres me la llevo de maravillas hasta ahora, y no avizoro ningún inconveniente que pueda lesionar esta maravillosa armonía. Por el contrario, esto sellará nuestra hermosa relación filial por el resto de nuestros días, estoy segura.

Con respecto al "diario", me temo que esta sea la última página que escribo, aunque la dicha que me proporciona en la actualidad mi relación, probablemente me inspire a plasmar en Sol mayor y Re feliz esta montaña de alegrías y satisfacciones en que se ha convertido mi vida. Si mi pareja está de acuerdo, entonces con mucho placer escribiré de nuevo, pero todo depende de ella, todo depende de Raquel...

EL ESQUIROL

Esa tarde, cuando ya el ocaso dejaba ver su inminente arribo al pequeño poblado de primordial actividad agrícola donde residía desde su venida al mundo, el joven Alfredo Cañamín Gómez Fuentesola se dirigió —como todos los días desde hace justamente una semana— al banco principal de la plaza. Luego de otra rutinaria jornada laboral, acudía al lugar que en los últimos días se había convertido en su confidente, su psicólogo, su psicoanalista. En este sitio, en este mismo banco, Cañamín se había enfrentado a sus temores, sus convicciones, sus dudas, sus tabúes y su aciago momento luctuoso. Allí, ensimismado y pesaroso, era sorprendido por el tañer de campanas de la iglesia local que le anunciaba cada sesenta minutos que iba en la senda adecuada, en su inexorable camino a la adultez mayor.

Su padre, que desde siempre ocupó lugar preponderante en su hacer y haber, tan solo unos días atrás — nueve, para ser exactos — había dejado de existir. Un inmisericorde infarto al miocardio lo sorprendió mientras descansaba plácidamente en su chinchorro después de las habituales labores agrícolas en su conuco. Así, sin aviso y sin protesto, la abominable parca se había valido de una desasosegante tarde con temperatura mucho más alta de lo usual — en un

clima con una enorme carga de humedad —para llevar a cabo uno más de sus cometidos para ese día. Doña Elsa, esposa del finado y madre de Alfredo, había vivido segundo a segundo la infame agonía de su marido, y en estéril esfuerzo hizo que lo trasladaran hasta el ambulatorio del pueblo. Ellos, sus vecinos, que se acercaron con premura ante los alaridos de la ahora viuda, no lograron convencerla de lo vano que resultaría llevar al hospital a quien a todas luces, ya había dejado de respirar.

El señor Asterio López, dueño de la única ferretería del pueblo y patrón del joven Gómez Fuentesola, fue el encargado de comunicarle a su trabajador la desgraciada noticia. Al llegar al centro asistencial, y ver a su mamá con desgarradores gestos acariciar la frente de quien fue su compañero de vida durante los últimos treinta años, Alfredo supo que le tocaría afrontar con estoicismo lo que estaba por sobrevenir a su vida. Con sutileza, posó su brazo derecho sobre los hombros de la desconsolada mujer, y con un pañuelo en su mano izquierda intentó enjugarle sus lágrimas, sin siquiera notar que las suyas comenzaron a brotar prolijamente de sus enormes ojos pardos.

Para ellos -- de inmediato, intempestivamente, de sopetón, de facto -- el destino comenzaba a escribir un nuevo capítulo en el cuitado libro de su vida. Jamás habían paseado un solo pensamiento por la posibilidad de que faltase uno de los tres, aunque con relativa

frecuencia el propio difunto sostenía conversaciones —que en veces se convertían en debates— con su hermano menor Luis Gerardo, en torno a la muerte, la posibilidad de vida después de esta vida, y las costumbres rituales en torno al luto.

Al funeral de Don Alfredo Cáñamo Gómez asistieron todos cuantos le trataron en el apartado pueblo, vale decir, la inmensa mayoría de sus habitantes. La modesta casa que bloque a bloque fue construyendo para su disfrute el veterano labriego, se hizo pequeña para la multitud asistente. Fue necesario acudir a casa de Don Oswaldo Pérez, dueño de la funeraria local, para que llevara una dotación de sillas adicional hasta el sitio del velorio. Bajo frondosos árboles de mango, níspero y cotoperís que gustosos y señoriales obsequiaban su amable sombra, añadiéndole a su regalo una exquisita brisa refrescante brotada de entre sus coposos ramajes, los asistentes lograron solazar sus tertulias en el inmenso patio de aquella casa granja. Café caliente y bebidas heladas, en contenedores estratégicamente colocados sobre mesones a lo largo y ancho del área, sirvieron para que cada quien —a su gusto— se sirviera sin restricciones. Entre los temas de conversación que cada grupo abordaba —que si era bueno, que si era bondadoso, o que si era muy estricto, que si era callado y servicial— hubo uno que fue común para todos**:** la muerte repentina de quien, en apariencia, era un robusto y muy saludable viejo roble.

Y así, entre palique y palique, loas y reconocimientos, manifestaciones de agradecimiento, y también — es justo decirlo — uno que otro resentimiento expresado por algunos, el amanecer impuso su presencia anunciando implícitamente que escasas horas después — antes del mediodía — se le daría a Don Alfredo el adiós final en el cementerio municipal.

El acto de inhumación fue muy austero, correspondido con la sencillez practicada en vida por aquel hombre que representó para su familia ejemplo de trabajo y dedicación, valores y principios, rectitud y solidaridad, fundamentando con estos preceptos su incuestionable proceder.

De vuelta a casa, Cañamín intentó infructuosamente consolar a su dolida madre invitándola a descansar en su habitación. Vestida de impecable negro hasta en sus prendas más íntimas, la ahora viuda no cesaba de lamentarse por la muy sentida desaparición de quien fue su "todo" hasta en los momentos más difíciles vividos. Con un solo parto en su haber maternal, Doña Elsa se resignó ante la imposibilidad de su esposo de engendrar un nuevo vástago, como consecuencia de una parotiditis que le dejó de legado una infertilidad irreversible. Eran tiempos de escasa progresión científica, y no les quedó otra opción que dedicarse exclusivamente a su único retoño. De esto, hacía veintinueve años ya, y un bebé varón nacido en una relación fallida de Cañamín con una joven que se

marchó al exterior dejando atrás a su hijo recién nacido, era su mayor motivación para seguir adelante en su empeño de vida. Este hermoso nieto, que recién había cumplido tres años de edad, era la alegría de la casa, la dicha de aquel hogar.

Pues bien, así las cosas, en este banco, de esta plaza, en este pueblo apartado de las bondades urbanísticas de la ciudad capital, el joven Fuentesola asumía su dolor, con la madurez que el verse frente a su nueva condición de sostén de familia y la yuxtapuesta responsabilidad laboral, le imponían. Sorteando hábilmente la huella intestinal de alguna que otra paloma, que de vez en cuando revoloteaba intentando alcanzar lugar privilegiado en la estatua-dormitorio, trataba de — en cándida reflexión por su inexperiencia — decidir si renunciaba a su trabajo para asumir las labores de la siembra, o por el contrario se mantenía en su puesto, aceptando el ruego de Don Asterio, con una nueva asignación salarial.

Con la mirada extasiada puesta en el infinito, sin un horizonte más allá que el alcance de su visión perdida entre el bullicio de la gente, en contraste con la armoniosa paz del paisaje campestre de grandes haciendas, Alfredo rebuscaba en lo más remoto de su memoria los temas que su difunto padre y su tío "Lucho" solían discutir. Recordaba, como si se tratase de una serie capitulada, conversaciones aleatorias que

en este momento le ayudarían a definir su manera de llevar su luto, la forma de convivir con su inmenso y profundo dolor. Evocaba la reciente controversia con su madre, que le exigía llevar un brazalete negro por encima de su codo izquierdo, en contraposición a su negativa de plegarse a una costumbre — a su parecer en desuso — en una época de luces que marca distancia abrumante entre el costumbrismo colonial y el desarrollo científico, tecnológico y cultural de la actualidad.

Producto de este cavilar, su opción a seguir era no interesarle para nada lo que los demás pudiesen pensar de su pesar. Lo importante para él, era lo que real y sinceramente sentía en lo más profundo de su ser. Su dolor, no lo exhibiría a nadie, su dolor estaría integrado a su cuerpo, a su mente y a su alma. Observar la decencia y la honestidad profesadas por su padre en vida, sería la forma de mostrar su luto. La solidaridad y la caridad teniendo el amor al prójimo como su culmen existencial, sería la manera en que mostraría a los demás su pesar por el fallecimiento paterno.

Luis Gerardo Gómez era un laborante petrolero. Desde sus inicios en la industria, asignado a una locación en las adyacencias del pueblo, había destacado gracias a su esfuerzo y deseo de superación. La petrolera lo había preparado como Instrumentista de Perforación, asignándole una beca para cursar

estudios en la capital. Aunado a esto, la constante actualización profesional le había permitido viajar a través del mundo occidental, y a su vez atesorar su más ostentosa afición**:** la lectura. Era un consecuente y casi obcecado lector de todo lo que pasaba por sus manos, y su intelectiva era fácilmente notada por quien hablaba con él, pero, además, se extasiaba compartiendo su erudición y en exégesis apasionada compartía su bagaje intelectual adquirido a través de su amplia actividad lectora. El tío "Lucho", además, había obsequiado un gran número de libros a su hermano mayor, en procura de despertar el amor por la lectura en sus ratos de ocio. ¡Y lo había logrado!

Ahora, en el ejercicio mental en aquella plaza, Cañamín rememoraba con aguzada claridad, episodios de las recurrentes conversaciones de su tío con su padre, en torno a la muerte y todos sus bemoles. En particular, esta de un día de junio**:**

— El luto — explicaba apaciblemente el tío "Lucho" ese día — se deriva seguramente de una costumbre pagana anterior a la época medieval, probablemente desde que el ser humano comenzó a normar su desempeño social, y la vergüenza y el recato dieron paso a la hipocresía y el desparpajo. Básicamente, su fin era demostrar a los demás que se pasaba por momentos de dolor por una inestimable pérdida de un ser amado. Sin embargo, para el Cristianismo esto no fue

una costumbre, y muestra de ello es que en la Biblia no se hace mención de ropaje negro en ningún pasaje referido a Jesús y/o sus Apóstoles.

— En el judaísmo — ripostó el difunto Alfredo — se hacían harapos las ropas como señal de dolor, duelo, ira o tristeza, dándole significado actual de "*rasgarse las vestiduras"* a la actitud de quien dramatiza un episodio adverso o exagera en sus lamentos. En el Antiguo Testamento, podemos encontrar muchas menciones de estas costumbres hebreas.

— Sin embargo —retomando "Lucho" el hilo — en *Joel 3:12* se le atribuye a Jesús haber expresado: *"Y rasguen su corazón, y no sus prendas de vestir; y vuelvan a Jehová su Dios"*. Indudablemente, pues, estaba en contra de esta práctica, que en la actualidad no se lleva a cabo, salvo en aislados cenáculos de corte religioso que cohabitan con el judaísmo y sus costumbres ancestrales. La *Shiva* judía involucra rezos post mortem para ayudar a la ascensión del alma, similar al *novenario* del catolicismo.

— En el hinduismo —acotó Alfredo— se tiene como obligatorio el ritual de la cremación al cumplirse veinticuatro horas del deceso, comenzando inmediatamente después el luto hasta el decimotercer día en horas de la mañana. La muerte no es considerada como el final, sino como una etapa cumplida en el viaje sinfín del alma a través de diferentes seres vivos, sean estos animales, o humanos.

— Tengamos en cuenta también — señaló apresurado "Lucho", interrumpiendo a su hermano mayor y compañero de tertulia — que los diferentes ritos funerarios dependen de la época, su cultura, la posición social del difunto y sus familiares, las creencias religiosas y hasta su relevancia política. Por ejemplo, en la antigua Roma, al cadáver se le quitaba la sortija y se le llamaba tres veces por su nombre. El entierro se verificaba de noche luego de varios días de exposición en el local fúnebre. Los atenienses, por su parte, lavaban y perfumaban profusamente el cuerpo para ser velado antes de proceder a su quema e inhumación. Si el difunto ocupaba un cargo político importante, se arengaba en su honor a los asistentes al entierro y el ceremonial terminaba con la degustación de un rico banquete.

— Es una conversa de nunca acabar, si nos paseamos a lo largo de la historia — dijo "Lucho", como esquivando las escabrosas profundidades del tema — al tiempo que continuaba con su plática: En cuanto a la cremación te diré que data del período Neolítico en la zona del litoral mediterráneo, aunque fue considerada como una práctica bárbara en el Antiguo Oriente Próximo, que solo debía usarse por necesidad sanitaria en tiempos de plagas y grandes pandemias.

— Otras civilizaciones, como los persas zoroástricos, la castigaban con la pena de muerte y el islamismo nunca la ha contemplado como práctica. En otras

culturas, religiones y creencias, la inhumación del cadáver ha sido denominador común, al ser esta la forma más expedita para disponer de los restos mortales. Y en cuanto al color de la ropa, en el antiguo Egipto se usó el rojo para cubrir los sarcófagos y vestir al difunto, teniendo este color alguna presencia también en los rituales romanos, donde predominó el negro hasta que un decreto imperial adoptó el blanco hasta finales del siglo XV.

— El uso del blanco, extendido a partir del siglo II, fue habitual en el luto de la Europa medieval. Hoy en día persiste en parte de los países asiáticos y en territorios del Islam. Por el contrario, en España, la muerte del Príncipe Juan en 1497 hizo aprobar el negro como el color luctuoso, costumbre extendida ampliamente por América durante los siglos XVIII y XIX. En Estados Unidos, por ejemplo, la influencia británica determinó el uso de este color hasta la presente época.

El ahora más seguro Cañamín, cuya memoria había repasado todas las consideraciones posibles sin llegar a definir en concreto lo que haría con su luto, ya estaba convencido de que lo llevaría donde realmente lo sentía**:** en el corazón. No escucharía música en su casa ni asistiría a fiesta o celebración alguna para no enervar a su afligida madre, pero tampoco luciría un brazalete ni vestiría de negro para complacer al cos-

tumbrismo social de los demás. Su dolor estaría en su interior, y su músculo cardiaco sería el receptor de la justa medida de su congoja. Construiría allí, su *Taj Mahal* particular.

Muy a pesar del ser que le dio la vida, y corriendo el riesgo de herirla en lo más profundo de sus sentimientos más nobles, se convertiría en una especie de *quiebre* para la usanza de ese color impuesta por los demás. Se transformaría, sin desperdicio alguno, en una especie de esquirol del luto. Romper con los esquemas, era su encajada y definitiva decisión al respecto. Renunciaría, además, a su trabajo para dedicarse al igual que su papá, a las labores del campo.

Se levantó del banco, y con paso lento y estable, se dirigió a su casa. Al llegar, cargó a su pequeño hijo y acercándose a Doña Elsa, apretujó a los dos hasta fundirse con ellos en un fuerte y tierno abrazo como testimonio de su amor por ambos.

— Ahora eres cabeza de hogar, balbuceó su madre, mientras lo besaba tiernamente en sus mejillas sonrojadas...

EL GENERAL NO TIENE QUIEN LE DIGA

— Hablaré ahora de su incómoda costumbre de cocinar a deshora. Le confieso que no me agrada para nada llegar al mediodía y tener que esperar más de una eternidad para al fin meter los pies bajo la mesa. Luego, todavía atragantado e indigesto, debo correr para llegar a tiempo al cuartel antes de las dos de la tarde.

— No es necesario que me recrimine de esa manera, General, quizás todo eso que espetó, dicho de otra forma hubiese sido de mayor provecho. Solo tenía que advertírmelo una sola vez y ¡zuás!, el inconveniente se hubiese superado.

— Sabe muy bien, señora Mejías, que siento un gran respeto por usted y su esposo. Pero cuando se trastoca la disciplina, ya debería saber que soy inflexible, no se trata de cualquier omisión cotidiana y trivial. Lo de mi almuerzo es sagrado, y vaya usted a saber lo importante que es para mí comer a la hora correspondiente. Cuando comandé tropas, todos querían pertenecer a mi batallón por la reconocida prioridad que le doy a la alimentación. En mi casa, este orden de primacía no tiene por qué ser diferente. De ahora en adelante, es obligante para todos almorzar en ple-

no mediodía y cenar a más tardar a las siete en punto. ¡He dicho!

El señor Pernalete, jardinero de profesión y "todero" de oficio, no pudo evitar escuchar las altisonantes palabras del General Jairo Parra Buenaventura en el amplio salón comedor de la casona. Para nada sorprendido —pues se había hecho rutinario de un tiempo para acá el toparse con el mal genio de su patrón— permaneció inmutable hasta que este hubo acabado. Sabía de antemano que esa era la manera en que el General drenaba sus frustraciones cada vez con mayor frecuencia, como sabía también que al cabo de poco tiempo —tal vez solo algunos minutos— estaría ensalzando con elogios a su empleada de confianza y leal cocinera, Soraya Mejías, como si nada hubiera pasado.

Caminando hasta llegar al área central del recinto, aproximándose con pasos suaves, sigilosos, con un dejo de timidez alcanzó a saludar gestualmente al hombre que instantes antes reprendía a su mujer, antes de que este abandonara el salón para dirigirse a la biblioteca en busca de las llaves de su vehículo. Una vez más — recriminándose a sí mismo en un ejercicio de meditación — perdía la oportunidad de plantearle al dueño de casa la imperiosa necesidad de contratar mano de obra para pintar los exteriores de la vetusta residencia.

— Tome, señora Mejías, había olvidado entregarle

este par de zarcillos que compré para que luzca hermosa la próxima vez que salga con el señor Pernalete. "Es plata de ley", acotó mientras caminaba rumbo a la puerta de salida el ahora calmado militar.

— Es la misma historia de siempre, comentó la emocionada mujer a su esposo que permanecía en silencio a su lado, como intentando explicarse el por qué un ser pensante pretende hacerse el duro, cuando en realidad su espíritu bondadoso se resiste a abandonarlo.

— Muy bien sabes, "Sora", que es un extraordinario ser humano, alcanzó a pronunciar aquel hombre parco, de piel morena tostada por el sol y manos terrosas por el trajinar en los jardines.

Hace poco más de tres años, una tragedia aérea sacudió inmisericordemente a la ciudad de *Saint Port*, situada en una hermosa isla en el Caribe septentrional. La totalidad de los pasajeros junto a la tripulación fallecieron en el accidente, que según expertos en aeronáutica, se debió a error humano a pesar de la experiencia acumulada en horas de vuelo que ostentaba el Capitán de la nave. Las autoridades de la isla, actuaron diligentemente y cada uno de los familiares que se presentaron a reclamar los cuerpos, fueron auxiliados y fraternalmente atendidos en los trámites atinentes a su dolorosa pérdida.

Entre los dolientes, se encontraba el para entonces Coronel Parra Buenaventura, quien perdió a su querida esposa y a su hija menor en aquella fatalidad. Desde entonces, la vida del militar había dado un giro de ciento ochenta grados por cuanto su "niña" Roxely, de veintiún años ya, era el motivo de sus esporádicas sonrisas y su alterna jovialidad, junto con su fluctuante pero a veces vigorosa alegría. Su difunta esposa, Margolina Cruz, había representado durante los veinticinco años que compartieron sus destinos, su fuente de inspiración, su energía, su potencial amiga y una inmejorable compañera y madre.

Su hijo mayor, Andrés, quien decidió seguir los pasos de su padre en la milicia, había egresado de la escuela militar y gracias a su excelencia estudiantil al graduarse entre los diez primeros de su cohorte, se hizo acreedor de una beca de especialización en Alemania, país donde fijó residencia hace más de cinco años luego de haberse asimilado al ejército teutón. Su segundo vástago, María Lisa, Bióloga Marina graduada con toga blanca, aceptó la oferta de un centro de investigación en *Portsmouth*, *Inglaterra*, y obtuvo la ciudadanía hace dieciocho meses.

El joven Jairo David Parra Buenaventura fue admitido luego de las pruebas de rigor en la Academia Militar hace ya veintinueve años. Con apenas dieciocho años a cuestas en ese entonces, su deseo de "comerse" al

mundo estaba en su máxima dimensión y al cabo de cuatro años fue investido por las autoridades militares y ejecutivas de la ocasión, como Sub-Teniente y Licenciado en Ciencias y Artes Militares. Su mística de servicio y su profunda vocación por todo lo que significara amor a la patria, amén de su rectitud y demostrada honestidad y competencia, le habían valido casi veintiséis años después para hacerse del grado de General. Su cargo es el de Superintendente de Abastecimiento y Logística del Ministerio de la Defensa.

De carácter irascible cuando de cosas "mal hechas" se trata, su temple en consonancia con su personalidad le ha hecho merecedor de la intriga, el respeto y también del recelo con ribetes de temor a lo largo y ancho de su entorno. Y a raíz de la tragedia con la consecuente pérdida de su esposa, su amada compañera de vida, y la de su hija, el motivo de su alborozo, un acentuado ostracismo signado por un agrio temperamento marca pauta en su día a día. Bajo múltiples condicionantes, accedió en la época a consultar un psicólogo en el Hospital Militar para que le ayudara a superar la crisis de dolor que lo invadió y de cuyas nefastas consecuencias no hubiese escapado sin esa ayuda profesional. Al día de hoy, sus llegadas diarias a las oficinas de Fuerte Tiuna están matizadas con el rigor de la puntualidad y la intolerancia a la falta de brillo en los pisos de granito y mármol que conducen a su despacho.

Su pretendido perfeccionismo, además, ha servido para que con su presencia el ambiente se torne pesaroso y un prolongado silencio cubra las horas de labor del personal a su mando. Nadie, incluyendo sus iguales en rango y sus superiores en antigüedad, se atreve a pronunciar alguna palabra que aísle el puntual tema inherente a su responsabilidad. En síntesis, nadie osa tocar ningún tema fuera del tópico estrictamente laboral, nadie se atreve a decir algo en su presencia si no es atinente a su trabajo.

Cinco minutos antes de las ocho de la noche, *Norman "Claus" Rotherwint*, haciendo honor a la puntualidad inglesa, hizo su aparición en casa de su amigo Jairo Parra. Antes de que pudiera alcanzar la aldaba para anunciar su llegada, la señora Mejías abrió la puerta, no sin antes acicalar su vestido e ir caminando deprisa al tiempo que arreglaba su "cola de caballo" con el moño del día.

— Muy buenas noches tenga usted, señora Mejías, pronunció apaciblemente el visitante mejor amigo y contertulio de su patrón.

— Buenas noches para usted también, Don *"Claus"*, respondió con humildad la mujer, haciendo una especie de reverencia con su cabeza. — Puede usted seguir, el General le espera en la biblioteca.

Acatando la invitación, el agregado militar de la embajada inglesa se dirigió al encuentro con su amigo.

De apacible mirada, y cautivantes ojos azules que parecían competir con el color del firmamento en un hermoso día soleado, aquel robusto ser de casi dos metros de estatura, de piel blanca y cabello completamente cano desde muy temprana edad, espesa barba y uñas perfectamente arregladas que hacían juego con su muy conservada dentadura, se dispuso al encuentro de su cita para ese día, a las ocho p.m. en punto.

— Adelante *míster Claus*, se apresuró a decir el anfitrión antes de que el símil de *Papá Noel* tuviera alcance visual hasta los sillones dispuestos contra el amplio ventanal para dificultar de esta manera las distracciones en sus extendidos diálogos semanales.
- Como siempre, llega usted a tiempo, estimado amigo. ¿Cómo se siente? ¿Cómo le ha ido?

— Muy bien, estimado Jairo, muy bien. ¿Y usted, cómo ha estado?

— Pues bien, aunque no me atrevería a decirlo con la efusividad que usted lo hace, apreciado Norman. ¡Ya sabe usted cuáles son mis achaques!...adelante, adelante, tome asiento, mi amigo.

De inmediato, ambos se sentaron dejando ver una sonrisa de complacencia y satisfacción por la presencia del otro.

Cada semana, tras concertación de día y hora, los dos hombres se reunían para entre la quietud de aquel recinto y la efervescencia intelectual mostrada

con asiduidad, desgranar los más intrínsecos temas de la actualidad mundial o simplemente para intercambiar experiencias personales. Habiéndose conocido hace un par de años, cuando *Rotherwint* hubo de acercarse a las oficinas de intendencia de Fuerte Tiuna por cuestiones inherentes a su cargo, entre ellos comenzó una sincera amistad signada por la admiración y respeto del uno por el otro. Sabiéndose poseedores de la más relevante pasión por la lectura, el intercambio de buenos libros y la paciente discusión de sus contenidos los fue acercando hasta lograr un significativo afecto mutuo. Pero más allá del significado de las palabras, en ellos confluía una síntesis emocional que alejaba cualquier resquicio de egolatría y vanidad. Los dos, se entendían muy bien, hasta el término de no haber llegado nunca a confrontar sus tesis vivenciales.

— Este fin de semana iré a ver la hacienda que me recomendó mi asistente, acotó el visiblemente entusiasmado General a su dilecto amigo.

— Ya era hora, estimado Parra, que emprendiera lo que podría ser el culmen de su proyecto de vida. Si tanto le agrada el campo para pasar su vejez, debe apresurarse a concretar su próximo cambio de panorama. De seguro el aire puro le sentará muy bien…

— Ya sabe usted de mi apetencia por la vida campestre, *míster Norman*, y le agradezco de veras que haga usted lo posible por entusiasmarme aún más. Seguro

estoy, que al estar instalado en mi nueva propiedad será usted mi más asiduo visitante los fines de semana. ¡Sería mi huésped de honor! Solo debo arreglar lo de la venta de esta casa, para disponer del dinero necesario para cualquier transacción. Quiero hacer todo esto antes de mi retiro de la fuerza armada, pues mi baja del ejército está a la vuelta de la esquina.

— Cuente, General, con mi consecuente visita a su nueva dirección. Ya sabe usted de mi apego por este país y de mi gusto por la vegetación y el clima tropical, hasta el punto de estar considerando muy seriamente radicarme aquí definitivamente, para lo que sería ideal que fuese a mí a quien vendiera esta hermosa casa, dijo entusiasmado el hombre que consideraba un orgullo parecerse a "*Santa*" y un halago que lo llamaran *"Claus"*.

— Pues, no se hable más del asunto, y demos a nuestros abogados los datos y documentos que requieran para finiquitar la compra-venta, convino el General.

— Dígame, señor *Claus*, ¿le apetece un trago del escocés que probamos el otro día?

— Claro que sí, Jairo, pero me parece obligante recordarle su recaída la vez anterior, a raíz de lo cual le prohibieron terminantemente probar el licor.

— ¡Ah…pamplinas! Mi gastroenterólogo no tiene por qué saberlo. Además, hace ya dos meses que me hicieron un chequeo general que incluyó tomografía

y biopsia a mi sistema digestivo, y es fecha que no conozco ningún resultado; eso me indica que todo salió bien.

— Me temo, amigo mío, que no puede usted tan siquiera oler una gota de licor. La pancreatitis que lo "tumbó" la última vez pudiera hacerlo de nuevo. Yo, que usted, me

cuidara.

— Está bien, está bien, *míster Rotherwint*, entiendo que no le apetece, dijo mientras le enseñaba a su interlocutor la botella, como para asegurarle que se trataba del mismo "veinticinco años madurado y envejecido en auténticas barricas de roble" que la embajada británica le había obsequiado.

Dicho esto, el par de hombres se sentó a extasiarse con sus alegorías y anécdotas hasta que la medianoche les arrebató el estado de vigilia para imponer los bostezos, la pesadez, la somnolencia.

— Recuerde mi próximo viaje a Inglaterra, señor *Claus*, debe concretarse en los próximos meses, le dijo el General al visitante cuando ya esté ponía a rodar su vehículo. Tenga en cuenta que espero la feliz coincidencia de viajar junto a usted.

Una vez más, el funcionario inglés se marchaba sin haber tenido el valor para comunicarle a su buen amigo la nefasta noticia de su estado terminal debido a un despiadado, avanzado y severamente invasivo CA

pancreático cuyo foco metastásico había saturado sus vías digestivas. El entusiasmo y las perspectivas de futuro manifestados por el militar no daban cabida a la posibilidad de anunciarle su muy escasa expectativa de vida, según el parecer de su amigo britano.

En las oficinas del Ministerio, el Mayor (asimilado) Emironel Palencia insistía vía telefónica para que el psicólogo tratante le comunicara la infausta noticia a su paciente el General, ante lo cual recibía como única respuesta: "No lo intentaré nuevamente, por cuanto se ha negado a venir a mi consultorio y me ha prohibido que lo visite en su oficina o en su casa. Incluso, me lo ha ordenado con toda la solemnidad requerida, como mi superior en rango que de hecho y de derecho es. Y en lo personal, no quisiera ser yo el que tenga que decirle a un paciente hasta ahora vigoroso, en plenitud de facultades y entusiasmado con su futuro senil, que apenas le quedan meses de vida".

— Pues, muchísimo menos seré yo el portador de tan terrible anuncio, pronunció entre dientes al momento que finalizaba la conversación el asistente castrense.

— Ante la imposibilidad de que algún miembro del personal civil asumiera la tarea de decírselo, pues se negaban rotundamente a ello, el generalato en pleno se reunió para darle fin a la controvertida comisión. Sin embargo, ningún miembro se hizo responsable, unos por ser amigos y/o compañeros de toda la vida,

y otros por temor a su reacción luego de saberse prácticamente moribundo. "La estabilidad emocional y psíquica del paciente es muy endeble, de manera que cualquier evento que incidiere en su vida podría catapultar la paranoia subyacente hasta niveles de autoflagelación, inclusive el suicidio" habría disertado alguna vez el sicólogo clínico que lo trató. Así las cosas, la carpeta contentiva del diagnóstico consignada por el oncólogo tratante y los informes sicológicos sobre la disposición mental y perceptiva del General, permanecía engavetada con el sello de "ULTRA SECRETO". Como última opción, el Generalato había votado unánimemente instruir al personal de servicio doméstico, para que en la placidez de su hogar le comunicara la noticia.

Luego de haber servido fielmente a su patrón durante más de veinte años, los esposos Pernalete Mejías meditaban en el anexo de la casona que le servía de vivienda permanente y que había sido mandado a construir especialmente para tal fin como regalo al cumplir sus primeros diez años de leal servicio. Meditaban sobre la pretensión de que fuesen ellos quienes le dijeran a su patrón, que tan solo le quedaban unos pocos meses de vida. Aquellos, médicos unos y militares los otros, pretendían delegar en los que menos podrían manejar con acierto un discurso adecuado para tan solemne

ocasión, se dijeron entre sí. El señor Pernalete se negó rotundamente de *ipso facto*, mientras que Soraya, decidida y contestataria por naturaleza, asumió la engorrosa misión. Trémula, como una pequeña embarcación balanceándose al ritmo de las olas en altamar, se dirigió en busca de su humano objetivo que yacía plácidamente en un cómodo sillón de la biblioteca, e interrumpiendo su lectura, con la voz quebrada por el nerviosismo le rogó que escuchara lo que tenía que decirle.

Luego de escuchar atentamente a la modesta pero muy segura mujer, aquel hombre de piel morena, pómulos resaltantes, cejas notablemente arcadas y nariz medianamente espigada; sin inmutarse, sin mostrar emoción alguna, sin que las palabras de Soraya chocaran con su deseo de vida y retumbaran en sus ganas como revelaciones engullidas para exhibirlas en sus desechos de fe, se levantó lentamente y rodeando los hombros de la valerosa fémina con su brazo izquierdo, casi en susurro le dijo**:**

— A todos nos llegará esa hora, querida Soraya. ¿Recuerda cuando le pedí darme fotocopia de sus documentos personales? Pues, déjeme decirle que la propiedad campestre que aspiro adquirir en pocos días, estará documentada a nombre de usted y su esposo, e igualmente ya disponen de una cuenta bancaria donde deposité la mitad de mis ahorros. Solo que ahora se arruinó la sorpresa *pos mortem*.

Al siguiente día, después de reposar el almuerzo, el General se dirigió a la pareja**:** — Debo decirle, señora Mejías, que no pasaron desapercibidos los diez minutos de retraso en la cena de ayer; no quiero más retrasos sin justificación. Ah, le recuerdo que el miércoles próximo *míster Claus* estará cenando con nosotros.

— Y a usted, señor Pernalete, le encomiendo buscar mano de obra para pintar los exteriores de la casa y hacer las reparaciones necesarias. Lamento que sea yo quien deba estar pendiente de todos los detalles, cuando usted pudo haberme ayudado hace tiempo con eso. Haberlo dicho en cualquier momento, hubiese bastado…

De inmediato, se dirigió a la Biblioteca en busca de las llaves de su vehículo para llegar como siempre, antes de las dos de la tarde, a su trabajo. "Es cuestión de principios y de autoridad moral" dijo para sí al tiempo que encendía el motor. Y acotó: "Es cuestión de quererse uno mismo"…

EL IRREVERENTE

La pesada puerta metálica con cristales enmarcados se cerró tras los pasos del enigmático visitante. Al igual que siempre, se dirigió a la última mesa del amplio salón con la parsimonia acostumbrada. Con sumo cuidado se sentó de espaldas a la entrada, y abrió su cuaderno escolar antes de colocarse los lentes con delgada montura de carey. Hacía un frío espantoso y sin embargo no pareció importarle para nada. Observó uno a uno los otros visitantes concentrados en la lectura de su respectivo libro, y como quien avanza decidido por un camino seguro y sin obstáculos, tomó su bolígrafo y comenzó a escribir. Así, sin saludo, sin buenas tardes, sin ¡Hola qué tal!, aquel hombre emprendía una nueva jornada escritural en la biblioteca municipal.

En el cubículo de atención, a la derecha de la entrada, se encontraba (como todos los días desde hace cinco años) Andrés Palmasola, joven bibliotecólogo de 28 años, tres de los cuales había ejercido en la sociedad el feliz cargo de hombre casado. Su esposa Magnolia, a pesar de su juventud, era una extraordinaria profesional de los oficios del hogar, "graduada" con mención especial en cuidado parvulario. Yesenia Andrea, la única hija de la pareja, se había estrenado en este mundo hace 29 meses, tiempo en el cual el licor, las

fiestas y la diversión habían sido sustituidos por trasnochos, pañales, orgullo y madurez, para dicha y alegría de Andrés y Magnolia.

Avenida Soberanía, de Maracaibo, urbe petrolera por excelencia. Tránsito lento, congestionamiento perenne. Día soleado, caluroso, noviembrino. Gigantes de concreto a ambos lados de la avenida, simulando ser guardianes inmóviles del ajetreo diario. Los aparatos de aire acondicionado dispuestos en hileras, parecen pequeños quepis ornando las azoteas de estos edificios. Uno de ellos, vetusto pero suntuosamente admirable, con cuatro columnas dóricas en su frontis y una enorme puerta principal de madera con motivos metálicos medievales, se erige en terrenos donde algún día de oprobioso colonialismo funcionó la sede de una capitanía provincial. Hoy, es el lugar de operaciones de varias dependencias oficiales, entre ellas la biblioteca general del municipio, conocida como Biblioteca Municipal. De allí, al marcar el silencioso reloj las cinco en punto, salió Palmasola y se dirigió inmediatamente a su casa, en procura de su familia y el respectivo descanso hogareño.

Al siguiente día, conduciendo su *Vespa* mil novecientos Gómez, entre el bullicio automotor y el esmog citadino, Andrés recorrió calles y avenidas en dirección a su lugar de trabajo. Al levantarse, había repasado mentalmente su agenda diaria, y gracias a ello recordaba tener pendiente el informe mensual re-

querido por sus superiores. Esquivando con maniobras rayanas en el malabarismo y sorteando a veces en línea recta y otras zigzagueando la inmensa selva horizontal de carros uno detrás de otro, como en fila india, se aproximaba con rapidez inercial a su destino laboral. Nueve menos diez, y ya la amplia puerta abría paso hacia las entrañas del amplio salón repleto de libros. Una vez más, le había ganado la apuesta a los semáforos.

Ese día, entre reacomodo de libros e informe mensual, transcurrió la mañana. En horas de la tarde, antes de las tres, la expectativa diaria ya común desde hace aproximadamente un mes, se creó en el ambiente. Andrés sabía que la llegada del desconocido usuario meditativo se aproximaba, aunque su frecuencia no necesariamente era diaria.

Cuando la hora *Cajigal* venezolana anunció las tres y cinco minutos en el perfectamente redondo y silencioso reloj de la pared más alta y despejada, la pesada puerta metálica con cristales enmarcados se cerró tras los pasos del enigmático visitante. Al igual que siempre, se dirigió a la última mesa del amplio salón. Con sumo cuidado se sentó de espaldas a la entrada, y abrió su cuaderno escolar antes de colocarse los lentes con delgada montura de carey. Esta vez, el frío no era tan intenso, pero igual que las otras veces, miró uno a uno el resto de los ocupantes concentrados, tomó su bolígrafo y se dispuso a escribir. Así,

sin saludo, sin buenas tardes, sin ¡Hola qué tal!, aquel hombre emprendió una nueva jornada escritural…

XXX

Palmasola destacaba por su carácter servicial. Apacible, de buenos modales y ejemplo de honradez y eficiencia, siempre se mostraba presto al auxilio a tiempo. De rostro aguileño y ojos claros, las mujeres lo elogiaban con frecuencia siempre con la salvedad por delante de su condición civil. Más que la intención morbosa impregnada en el pensamiento femenino, había una especie de exaltación de condiciones morales y rectitud infranqueables que hacía atractiva su compañía de género. Apenas esbozaba una sonrisa, y sus admiradoras se convertían en una especie de imanadores de feromonas que se agitan cual palmas azotadas por los chubascos playeros tras los soplos de los fuertes vientos de una mar inquieta.

Una avalancha de usuarios llenó la *Biblio* de repente. Como si se hubiesen puesto de acuerdo para sabotear la tranquilidad del lugar, el numeroso grupo asistente parloteó y violó el silencio debido, hasta más no poder. Muchos nombres, muchas cédulas, muchas firmas para acceder al préstamo de libros, pero de aquel desconocido, de porte derrumbado y mirada entre extasiada y perdida, ningún documento para

registrar, pues se limitaba a llegar directamente a la mesa que ocupa. Solo sus lentes y su habitual camisa manga larga combinada con bluyín y botas de cuero claramente descuidadas, dejaban constancia visual de su asistencia.

Hace cuatro semanas, en su primera visita, aquel desconocido hasta ese momento, no había representado más que un nuevo visitante ávido de aislamiento y silencio para vaciar ideas en el manoseado cuaderno escolar que portaba. Pero a partir de entonces, su puntualidad y las características repetitivas que rodean su asistencia casi diaria, movían a curiosidad al joven Andrés, por cuanto pocas veces —o quizás nunca— tales características habían marcado el acontecer vespertino en la Municipal. Andrés hubiese entregado cualquier secreto o confidencia, a cambio de saber qué ideas o expresiones literarias se plasmaban en aquellas líneas. Saber procedencia, nacionalidad, profesión o tan solo nombres de aquel sosegado y meditabundo ser.

Aunque Andrés había carecido toda su vida de motivaciones innobles que lo movieran a curiosidad para indagar la vida ajena, había un no sé qué balanceándose entre la entrega formal a sus labores y el conocer detalles del lánguido personaje.

Cuando el reloj marcó las cinco en punto, el receptáculo librero aún estaba congestionado. No fue sino hasta media hora después, que Andrés pudo dar por

concluida su jornada diaria. De aquel hombre enigmático, misterioso, receloso y callado, la atención del joven bibliotecario no pudo dar cuenta ese día. No supo en qué momento se marchó, ni fue algo que le importó mucho en el instante de disponerse a emprender el camino a su hogar.

Puntual como siempre antes de las nueve, a la mañana siguiente las puertas eran abiertas y los aparatos de aire acondicionado eran encendidos. Pero esa fecha, deparaba algo diferente para Andrés**:** En su habitual recorrido de reacomodo de muebles y enseres, se topó con un usado cuaderno escolar en la última mesa. Batallando entre el respeto inalienable a la privacidad, y el vehemente impulso de explorar lo desconocido, Andrés tomó en sus manos con suma delicadeza el cuaderno e inmediatamente se dirigió a guardarlo en una gaveta bajo llave.

De haber dudado un instante más, probablemente el espontáneo deseo humano de curiosidad lo hubiese llevado a por lo menos ojear lo allí escrito. Pero no, este joven criado bajo un régimen de absoluto tratamiento respetuoso, no fue capaz de faltar a sus principios. Esperaría esa tarde a que llegara aquel hombre, y al fin de esta manera podría por lo menos conocer el tono de voz y grado de educación del sujeto de marras. Obligatoriamente tendría que acercarse al cubículo de atención, en procura de sus notas. No le quedaba de otra. Allí le esperaría Andrés…

Una semana después, la inquietante angustia que rodeaba las tres de la tarde se acentuaba cada vez más. El dueño del cuaderno no aparecía, y había muchas preguntas por responder. ¿Qué había pasado esa tarde? ¿Qué razón había tenido el visitante para olvidarlo? ¿Por qué no había regresado a reclamar su pertenencia? ¿Quién es? ¿Dónde vive? ¿Cómo se llama? ¿Tendrá algún número de teléfono donde se pueda llamar? La única manera posible de salir de estas dudas era revisando su contenido, pero ante la incertidumbre y los principios, Andrés optó por seguir esperando.

Al pasar un mes, la resistencia sustentada en los valores había decaído, y a la vez, un tiempo razonable de espera había transcurrido. Abrió la gaveta con decisión un día a las diez de la mañana, y pasando página por página comenzó a escudriñar. En la cubierta no había un nombre, una dirección, ni un número telefónico. En las páginas internas, por igual. Nada que revelara ubicación ni identidad autoral. Sólo párrafos, reflexiones, teorías, narraciones, todas plagadas de tachas y enmendaduras, notas al margen y más rayones, y ninguna fecha a la vista. En las hojas escritas por ambas caras, parecía haber solo el pensamiento trasvasado a través de la tinta hasta aquellas líneas que guardaban lo escrito. De inmediato, presionado por la incertidumbre y la costumbre de leer todo lo que pase por sus manos, Andrés se apertrechó en su silla, reclinó el espaldar, colocó sus piernas sobre una

pequeña mesa auxiliar, y comenzó a leer desde la primera página, atendiendo a su normativa habitual de digerir lo leído. Decía así:

REFLEXIONES IRREVERENTES

ESCRITURADAS

— Escribo lo que siento y cómo lo siento. Descifro mi necesidad de comunicación escrita a través de mis propios códigos narrativos. Si gusta al lector común, significa que lo hice bien. Un lector sin la "contaminación" de las técnicas literarias es mi real objetivo. Quizás lo que escribo no logre pasar el examen crítico de los expertos, pero si más de una persona asoma interés por lo leído, entonces habré alcanzado mi meta. El escritor codifica ideas y las transmite a través de la palabra escrita.

A veces, hay autores que provoca leerlos, y otros nos causan tedio o hasta repugnancia. Todo depende de nuestro formato filosófico, vivencial, costumbrista y hasta ideológico. Por eso lo mejor es ser de mente abierta, sin formatos, ni dogmas, ni creencias radicales. Lo mejor es tener ganas de aprender de, o disfrutar placentera y amenamente una lectura. Un libro, debido a su condición de idea plasmada, nos permite concatenar o no nuestros pareceres con los propósitos del autor. No ocurre así con la TV, donde la

multiplicidad de mensajes y meta mensajes, persigue la mutilación del pensamiento y la enajenación de la propia identidad. Aunado a esto, no se estimula el ejercicio popular de la lengua e identidad idiomática local, porque la tendencia de la TV, fijada como objetivo, es transformar para dominar y dominar para transformar.

FE Y CREDOS

— Quien cree en Dios, lo acepta por lo que es y lo que representa. Estaremos de acuerdo entonces que es omnipotente, omnipresente y sobre todo extraordinariamente bondadoso. Si todo lo puede, como por ejemplo embarazar a María sin que nadie la tocase, para que de su vientre naciera su único hijo y salvador de la humanidad; si el camino y las acciones de Jesús estaban ya definidos desde la Epifanía del Arcángel Gabriel, y todo lo acontecido en su vida desde el alumbramiento estaba ya planeado y previsto por Dios, entonces, ¿Por qué condenamos a Judas? ¿No es acaso parte del plan Divino, que alguien informase del paradero de Jesús para que se cumpliera su voluntad?

A mi manera de entender, la tarea que el Creador le encomendó a Iscariote era tan necesaria como la prédica del Cristo desafiando con ello al imperio romano y al orden establecido. Sin esta acción, textualizada en la Biblia por mentes humanas y catalogada de vil en sucesivas traducciones e interpretaciones, no hubiese sido

posible el plan de resurrección preconcebido por Dios. Es decir, independientemente de nuestro libre albedrío, lo que Dios traza como destino, será destino. Podríamos afirmar entonces que quien se hace eco de este calificativo de traición, consciente o inconscientemente de alguna manera está contraviniendo los designios de Dios.

Por otro lado, si entendemos y aceptamos esto como cierto, entonces tácitamente reconocemos también la posibilidad de que Dios predestina algunos mortales para tareas juzgadas como innobles. En otras palabras, si la acción de Judas tiene su origen en la voluntad Divina, ¿Por cuál motivo el asesinato o el robo y la violación no comparten este origen? ¡He allí el gran dilema!

Ahora bien, hagamos un ejercicio. Narremos algo que nos pasó o presenciamos hace un año. Luego pidamos a quien nos escuchó que lo narre a otros. A su vez, que estos últimos lo escriban. Nos daremos cuenta que hay diferencias si no básicas, por lo menos de interpretación. Hagamos nuevamente el ejercicio a los cinco años, y luego a los diez y a los veinte. Luego a los cuarenta años y lleguemos así a los setenta años posteriores al hecho. ¿Creen que es posible guardar fidelidad con la exactitud de los hechos, las palabras, las situaciones y la intención? Agreguemos a esto que la oralidad histórica haya permitido que sea otra generación quien ahora narre esos hechos acontecidos originalmente a nosotros. El resultado, evidente e inexorable, es que

habrá descontextualización, profundas diferencias elementales e inevitables distorsiones.

Sin la pretensión de parecer experto en sociología de la comunicación, entiendo que la semántica, las traducciones, los intereses religiosos y hasta personales, vistos a través de nuestro propio cristal, pueden alterar cualquier hecho narrado desde otra perspectiva. Los intríngulis y el contenido específico pueden derivar en acomodos de época, doctrina, sentido y significado. El sobredimensionamiento o la banalización en algunos aspectos o en la totalidad del contexto, podemos reforzarlo con solo proponernos. De lo anterior, da fe la gran cantidad de mitos y leyendas que hacen vida cotidiana con nosotros. No hay forma ni manera de sostener en la historia la exactitud de un hecho narrado en el transcurrir del tiempo, y menos aún si involucramos dos o más generaciones.

Ejemplo de esto lo constituye el diezmo. Esta especie de impuesto que nadie reconoce como obligatorio, es algo que nos siembran entre sermones, estudios bíblicos y penetración al subconsciente en las fases Alfa y Beta mentales. En plena época de prédica Cristiana, no representó ni remotamente lo que ahora para los feligreses y seguidores sobre todo de las Iglesias protestantes. Jesús promovió el colectivismo y el desprendimiento material, hasta el punto de ser condición sine qua non deshacerse de bienes materiales para ser su

seguidor. Si bien es cierto que hoy en día fuera imposible mantener sitios de reunión sin la colecta de los miembros de cada creencia, no menos cierto es que hace dos mil años eso no era lo más importante.

La exagerada suntuosidad de los templos católicos, sobre todo, obedece más al poder ostentado por sus jerarcas en el pasado, que a la necesidad votiva de la adoración a Dios. Este lujo se carea con la prédica humilde, desprendida y sumamente austera de Jesús.

Por ejemplo, el Cristianismo al igual que las otras religiones fundamentalistas y/o radicales, condena implacablemente el homosexualismo. Para un heterosexual consumado como yo, sin ningún rasgo feminoide ni atracción sexual por individuos del mismo sexo, esta práctica es injusta. Negar las condicionantes genéticas, es como negar la nano ciencia o la cuántica. Nadie escoge ser homosexual, no es opcional. Lo que sí depende de cada quien es el comportamiento, y esto es lo que todos debemos condenar, cuando se sale de los parámetros morales que nos rigen.

Cristo recibió, perdonó y amó a una prostituta, que sí había escogido serlo. Su amor por ella, por sus semejantes, por sus prójimos, no era ni menos ni más que por los demás, incluido Judas.

Y precisamente, hablando de semejantes, a las religiones no les llega aun el momento de dar su brazo a torcer con respecto al origen de la humanidad. Si Dios hizo al humano a su imagen y semejanza, entonces

Dios se parece, por lo menos, a *Lucy*. La combinación entre una inteligencia superior creadora de la vida y la evolución de las especies incluyendo la humana, da al traste con la aseveración bíblica que le reserva la exclusividad a la teoría creacionista. Esto niega que los huesos de *Lucy* y otros fósiles existan como muestra tangible de la evolución, sin menoscabo de la aceptación de la intervención originaria Divina.

Que los cuatro evangelios fueron escritos por inspiración Divina, eso podría ser indicio de una profunda fe. También yo pudiera afirmar que estas líneas son producto de un dictado Divino, y quien tenga fe en mí, así lo aceptará. Además, es importante saber que quienes escribieron los evangelios, obviaron algunos otros, y que esta transcripción ocurrió entre cuarenta y setenta años después de Cristo. (Hay quienes hablan de hasta noventa años d. c.) Entonces, ¿será realmente inalterada y exacta en su contexto, la llamada Palabra de Dios?

La Biblia anuncia el Apocalipsis. Catástrofes, guerra, degeneración, fin del mundo, muy próximo. Hace más de mil quinientos años los creyentes afirman lo mismo, porque la Biblia lo dice. Pero *Nostradamus* predijo con mayor precisión, y sin embargo no lo asociamos con Divinidad. La vida terrícola data de millones y millones de años, y aún existe vida en la Tierra. Conclusión: El fin del mundo no está cerca. Mientras tanto, entre óbolos y diezmos se transfigu-

ran la fe y la esperanza, en una especie de homenaje a la candidez de la feligresía necesitada, (a veces de forma espontánea, y otras abrumada por la imposición social circunstancial), de algo en qué creer. En todo caso, lo único tangible y plenamente demostrable objetivamente, es que somos libres de subjetivar nuestras creencias cuando y como lo queramos. Esto abre el debate...

DISCURRIRES

— Soy un opinante empírico, más no necesariamente de oficio

— Me importa poco cómo me vean. Me importa mucho cómo me veo.

— Me gusta pensar, analizar. Ese es el camino difícil. Al pensar, soy irreverente. El camino fácil es no pensar, no analizar, no tener criterio propio, encausarme en la corriente del pensamiento impuesto, el pensamiento dominante. Pienso y existo, existo al pensar. Soy contra corriente porque pienso por mí mismo, analizo y formo criterio propio y definido. Intuyo que debido a esto, quienes no piensan a *motu propio*, están opuestos a que los demás pensemos. Por eso, Jesús fue adversado, y Bolívar fue adversado. Del otro lado, había unos cuantos que pensaban lo contrario, y otros muchos que sin pensar, se adosaban a estos pensamientos. Por

ejemplo — y aunque usted no lo crea — un sacerdote de Caracas en ocasión del catastrófico terremoto de 1.812, dijo que eso era un castigo de Dios por la actitud patriota de desafiar el poder de Fernando VII. Arengó vehementemente a la feligresía, para que se detestara el movimiento libertario llevado a cabo para entonces.

— Un juicio no absuelve ni condena, asigna la culpa (Lo escuché en el Cine)

— Me paseo por el destino sin que él se dé cuenta. Así logro no estorbarle.

— Soy hijo de la desgracia, que se embarazó de mí, tomó en vano pastillas para

abortarme, y tardó casi medio siglo para reconocerme ante la ley y los demás.

— Soy autor de mis actos y de mis omisiones. Son los únicos hijos que jamás me reprocharán por ser mal padre.

— Soy más fuerte que el odio y que la maldad de quienes me rodean.

— Camino por la vida a ver si puedo morirme algún día. Pero parece que la muerte no quiere llevarme, alegando que ella no fue quien me trajo. ¡Tampoco ella me quiere!

— La opinión en este mundo, si se hace acompañar del dinero, se convierte en razón.

— Soy como las olas… voy y vengo. A veces errado, a veces imperfecto

— Peleé con la hipocresía. No nos tratamos desde hace tiempo.

— No me creo la última gota de agua del desierto, porque no soy el desierto ni soy la ingrata gota de agua. Soy un río de defectos.

— Voy al zoológico eventualmente, a exhibirme a los animales.

— Nunca he entendido por qué los genios de la pintura son todos hombres. Los de música clásica también. No hay mujeres pintoras ni compositoras famosas.

— Hay muchas mujeres, pero faltan damas. Es una necedad confundir las unas con las otras. Toda dama es mujer, pero no toda mujer es necesariamente una dama.

— El agua envasada cuesta más que la gasolina. Deberíamos congelar gasolina en cubos, y hacer batidos con ella, regar las matas y bañarnos. Es cuestión de adaptarnos.

— Las pantaletas son más grandes y tapan más que los trajes de baño, pero a las féminas les apena que las vean en ropa interior y no en bañador, aunque este último deje ver más parte de su pubis y sus nalgas. La razón**:** Convencionalismo social y cultural. Extraño, insólito, ilógico, irracional, ridículo… pero real. Algo así como la moda.

— Nos encerramos para defecar y no para comer. Deberíamos actuar igual en ambos casos,

pues ambas son funciones fisiológicas inherentes al humano. La sociedad nos programa para que nos avergoncemos de algunas cosas y de otras no.

— El más valiente de los cobardes, termina siendo el más cobarde de los valientes.

— Nadie puede decir que es valiente porque nunca haya sentido miedo. Valor es sobreponerse al temor, por lo tanto, se debe llamar valentía solo al hecho de superar el miedo.

— La Tierra es un planeta donde nada es absoluto, todo es relativo y/o circunstancial. Mientras en una mitad es noche, en la otra es día. Hay cerca de siete mil quinientos millones de habitantes, con igual número de cerebros e intereses. Muchos hacen muy ricos a muy pocos, hay infinidad de religiones, creencias y dioses. Cada quien o cada grupo está seguro de tener la verdad en su mente y la razón en sus manos.

— El evento seminal de la política es el deseo innato del dominio del hombre sobre los demás.

— No solo somos lo que comemos. Somos lo que los demás dicen que somos.

— En mis días de locura, miro a las mujeres a ver si alguna quiere acostarse conmigo.

— En mis días de lucidez me saco los mocos y hago bolitas. No se las lanzo a nadie, porque eso es mala educación.

— Una idea es mía hasta que la comparto (Narrándola, escribiéndola, etc.), a partir de allí es propiedad de la humanidad. La mente es infinita, la imaginación es infinita. La finitud va de nuestra parte, cuando coartamos el acceso a ellas.

— La pereza es mi concubina, y la esperanza es mi amante ocasional.

— La corrupción es una prostituta que está muy buena, y termina seduciendo a todo el mundo por el placer que proporciona.

— La orquídea, por muy bella que sea, no merece ser la flor nacional. Tiene una acusación en el tribunal quinto en lo contencioso de la Biología. La acusan de ser una planta parásita.

— Los perros son unos sinvergüenzas. Hacen el amor en cualquier parte y delante de quien sea. Su única sensatez la constituye el hecho de no avergonzarse de defecar.

— Hay tanta maldad y cosas malas en este mundo, y ratas y cucarachas, que da la impresión que ya estuviéramos viviendo otra vida y que en el anterior mundo fuimos pecadores. Parecemos seres expiando culpas en una especie de infierno o purgatorio.

— El elemento comparativo es negado en los adoctrinamientos religiosos, dogmáticos por demás. Es por eso que los cristianos no saben nada de Mahoma, y los musulmanes no saben nada de Jesús, por

ejemplo. Con dos verdades absolutamente diferentes, ambos consideran ganado el Cielo.

— Cuando *Benjamín Franklin* expuso: "Dime y lo olvido, enséñame y lo recuerdo, involúcrame y lo aprendo", estaba decodificando la clave del éxito humano.

— La música clásica — si no estamos involucrados de alguna manera con ella — es aburridísima. Horriblemente tediosa. Pero como nos da estatus, aparentamos que nos agrada y que la disfrutamos. ¡Presenciarla en vivo sí es un enorme placer!

— Nos gusta asegurarnos que la corona de flores que enviamos a algún funeral, tenga visible nuestro nombre en la cinta o en la tarjeta. La más de las veces, no la enviamos por dolor solidario, lo hacemos por vanidad y fatua apariencia.

— Lo que no me gusta del ratón o resaca, es tener que beber mucho el día anterior.

— Me gusta ir de plaza por la caminata de mi barrio.

— Me produce una enorme y magnánima molestia, que sarcásticamente me digan que lo más importante es mi presencia, pero si quiero obsequiar al agasajado con algún presente, debo hacerlo con dinero en efectivo. Me agradaría mucho más esto**:** *Te invitamos a una fiesta que haremos con dinero de los invitados. Deberás por lo menos pagar tu consumo. Lo más importante para nosotros es tu aporte, por lo que si no vienes, envíalo por favor.*

— Detesto el lenguaje rebuscado, pero también el

simplista y el vulgar. El castellano es muy rico y lamentablemente lo subutilizamos.

— Cuando los zapatos me aprietan, se me vienen ideas raras a la cabeza.

— La razón de la palabra es la sinrazón del silencio.

— Una vulgaridad en un pobre, es una palabra dicha con ingenuidad por un rico, al igual que una fea franela rota de un pobre, es una hermosa sencillez de un rico.

— El baile es una amena conversación corporal entre dos personas.

— Me gusta leer epicedios y epitafios, pero llevan rasgos de hipocresía implícita, intención exagerada de exaltar algo o alguien en algunas de sus partes. Siempre alaban, nunca condenan, por lo tanto no son necesariamente sinceros, puros, dignos, honorables.

— Cuando proteste alguna vez, haré una huelga de comida. Comeré de todo, todo el tiempo, hasta poner en riesgo mi salud.

— Una vez tuve un gran sueño. Dormí nueve horas y se me pasó.

— ¿Qué hace el Himno Nacional escuchado en un juego de béisbol común y corriente? ¿Qué simbolismo patrio representa esa aberrante costumbre?

— El boxeo es el vestigio más patético de la barbarie humana

— Las corridas de toros son la expresión más prosaica del instinto asesino del

humano. La indolencia y la tortura en la arena, probablemente la candidez en las gradas. En la taquilla, la razón de ser.

—El dolor luctuoso es algo inevitable, pero el sufrimiento verdadero es absolutamente opcional. El primero se aloja en la mente, el segundo en el corazón.

— Mi fe en Dios, como inteligencia suprema y creadora de la vida en una instancia superior, se mantiene intacta. Creo en Jesús como el Amigo que nunca falla. Pero me pregunto: ¿Por cuál razón la Iglesia católica prohibió en el siglo V los evangelios gnósticos donde se describe la relación de Jesús con María Magdalena? La misma prohibición valió para los evangelios de Judas y otros más.

— Consideramos a alguien "bien informado" cuando comparte nuestra opinión. Ortega y Gasset decía que cuando un loco o un imbécil se convence de algo, no se da por convencido él solo, sino que al mismo tiempo cree que están convencidos todos los demás mortales.

— La fe es la certeza de lo que se espera y la convicción de lo que no se ve. Por eso la confundimos a menudo con la esperanza.

— Un día me paré frente a un espejo y descubrí que el Creador, en su infinita sabiduría, nos dotó con dos oídos, dos ojos, pero una sola boca. En la misma proporción que nos dotó, en esa misma medida quiso que los usáramos.

— Soy hijo ilegítimo de la poesía y el infortunio

— La poesía artesanal no reúne requisitos para imprenta, pero es la expresión más sincera, sensata, ingenua y artística que a veces supera las complejidades metafóricas y de sintaxis de la poesía parnasiana, académica, de cenáculos insignes y mensaje tácito. Las dos son hermosas. Los escasos lectores de la primera marcan la diferencia, ya que los letrados se inclinan por la segunda.

EL COFRE DE LOS BREVES

MATILDE

Matilde, no vayas… ¡te lo ordeno! Se escapó. El tiempo demostró que su papá tenía

razón. Matilde es madre soltera y vive en casa de sus padres.

AL OTRO DIA

Tragos, baile, risas y romance furtivo. Al otro día, todas tenían un embarazo que contar.

SERENATA

La serenata fue en vano. Nadie despertó… y él se fue cabizbajo.

RUPERTO

Quizás Ruperto no vaya al Cielo. Sus familiares no reunieron suficiente dinero para pagar una misa cantada.

PREJUICIO

Por prejuicios machistas, Arturo cedió ante el acecho de esa mujer. No disfrutó.

MENTIRA

¿Cómo estás? Muy bien... ¿Y tú? Mentí… y nadie lo notó.

EL TIEMPO

Hoy se convertirá en ayer a las doce…cuando comience mañana.

CULPA

Hubo oportunidades, en que las veces no llegaron a tiempo. ¿De quién sería la culpa?

MEZQUINDAD

Los amaneceres ya no eran presagio de un nuevo día de oportunidades. La angustia devoraba la paz, mientras fieras parlantes regurgitaban entelequia. El discernimiento se fue haciendo guerra y la pasión metálica fue envolviendo corazones otrora sanos.

Todo será caos, según anuncian. Todo se acabó, en el marasmo de la indolencia.

Nada sirve, si no le sirve a ellos en sus intereses mezquinos. Nada importa, si no le importa a ellos. El amor ajeno no les interesa. Le interesa solo su amor propio.

Me curé en salud… no sintonicé más programas de opinión.

LA VENTANA

Al otro lado de la ventana todo era sucio. La visión mugre de una calle desnuda se entremezclaba con el color pardo de los peatones. Al otro día, decidí limpiar mi ventana y milagrosamente todo comenzó a verse limpio…

RETRASO

El reloj de la entrada principal de la fábrica marcaba las ocho y quince. Era mi primer día de trabajo y apresurado llegué ante la presencia de quien sería mi jefe. Le pedí me disculpara por mi retraso, y desde entonces continúo desempleado.

SEGURIDAD

Me agradó estar seguro. Antes de dar un paso, siempre me aseguré metódicamente de atinar. Es por eso que nunca fui a una entrevista de trabajo. De esta forma me aseguré de ser siempre un desempleado más.

EL REY

Siempre fue rey de su país. Y a pesar de tanto avance y academia, en pleno siglo XXI le siguieron rindiendo honores de rey. Los pueblos nunca se deslastraron de la estupidez primitiva. Nadie se atrevió a dar el primer paso.

CICATRIZ

Lancé presto la frase hiriente. Inmediatamente reflexioné y recogí mis palabras. Pero la ofensa, al igual que una bala que atraviesa la piel, dejó una cicatriz que no pude recoger.

AGUANTADOR

Una precaria situación económica en su fase más aguda, me impulsó a comprar aquel objeto que sabía era robado. Salí adelante gracias a esa transacción. Cubrí una necesidad perentoria y no padecí las consecuencias de no tener esa pieza del vehículo que sustenta a mi familia.

Al otro día, me encontré frente al espejo a un nuevo ladrón. Ya no pude legar a mis hijos el recuerdo de un padre honesto y con moral.

ESE HOMBRE

Diógenes entregó al mundo sus últimos años de vida, con una lámpara encendida a plena luz del día, buscando un hombre honesto. Al día de hoy, millones

y millones de lámparas han entregado su lumbre siguiendo esta tarea.

Algún día ha de encontrarse ese hombre…

HIPOCRESIA

La maledicencia acompañó al cinismo y al sarcasmo por los caminos de la vida, hasta que estos abusaron de ella. De esta unión incestuosa, nació la hipocresía.

Esta hija bastarda, algunos domingos asiste a la iglesia y deja unas pocas monedas para los pobres.

XXXXXXXXXX

Andrés Palmasola siguió pasando páginas, solo que ahora en blanco. Una que otra guardaba notas, nuevamente tachas, y algunos significados de palabras según RAE y Larousse. Bajó sus piernas, abandonando su cómoda posición de descanso lector. Miró en derredor, detallando con precisión matemática la concurrencia, que ya se disponía a marcharse. El reloj marcaba las cuatro treinta y el frío calaba hasta los huesos. Lo que acababa de leer, lo trasladaba a un escenario polémico que él siempre había eludido. Compartía algunas partes de aquellas alocadas irreverencias, pero en otras le producía asco recordar lo leído. Era una especie de éxtasis de lo aprendido, combinado con la desilusión de lo no entendido, y lo no aceptado. Lo comparaba con una forma de catar-

sis de un prisionero albergado en una cárcel, acusado de cometer un vil asesinato.

La magnitud de lo desconocido, se tornaba ahora inimaginable en la solemnidad del pensamiento. Andrés no quería pensar más que en la motivación vivencial del autor desconocido. El deseo irrefrenable de escucharlo cobraba dimensiones desesperantes. Una tarde, una hora, treinta minutos, diez segundos, lo que fuera, pero necesitaba hablar con este personaje. Lo deseaba con especial vehemencia.

Camino a casa, no pudo evitar seguir pensando en la lectura. Conduciendo su vieja *Vespa*, ese día su trayecto duró mucho más que de costumbre. Recordó, entretanto, a su tío Emilio, quien siempre le dijo que la verdad de la vida, está en cómo veas y lleves la vida, y la historia de cada quien, la describe e inspira cada quien. De los grandes pensadores y filósofos, decía que es gente con oficio, pero sin ocupación. Por el contrario, su esposa Marta, los defendía alegando que pensadores y filósofos son seres iluminados que no alcanzan a ver la oscuridad de quienes le critican. En ambos casos, eran posturas individuales resistiéndose al análisis sensato de lo existencial y lo pragmático. Algunas veces Andrés acordaba con uno, y en otras se mostraba de acuerdo con el otro.

Cuando llegó a su casa, besó a su esposa como nunca. Su hija lloraba, y acudió rápidamente a calmarla. La abrazó, y con mucha ternura la acunó hasta que

calló. Logrado el silencio, se dirigió al mueble biblioteca, tomó la Biblia en sus manos, y acostado en su cama meditó por un momento. Pidió perdón a Dios en voz baja mientras se persignaba, y con su esposa a su lado como oyente desavenida, comenzó a leer en voz alta. Renovó junto a ella sus votos católicos, pero ahora bajo otra perspectiva mucho más analítica, sin llegar al incómodo revisionismo.

Quería ver a ese hombre, conversar con él, conocer la historia de su vida, sus triunfos, sus fracasos, sus ironías, y la manera en que reforzaba su irreverente verdad argumental. Con la Biblia abierta reposando en su pecho, Andrés Palmasola se durmió. Al otro día, antes de las nueve, abría al público la Biblioteca Municipal. Así había sido desde hace cinco años, y así seguiría siendo mientras las circunstancias de su vida lo tuvieran allí. La diferencia, es que ahora tenía un sentido más amplio en muchos casos que tenían que ver con el humano, su origen, su espiritualidad y su comportamiento. Gracias a ese cuaderno y esas notas, ahora otro ángulo y otro color de cristal lo acompañarían siempre en su día a día, en su mes a mes.

XXXXXXXXXX

Lejos de allí, en un pequeño poblado también del interior, otro joven bibliotecólogo esperaba a eso de las tres, al igual que desde hace casi un mes, la aparición de un desconocido en la biblioteca pública del pueblo.

La modesta puerta de madera se cerró tras los pasos del enigmático visitante. Al igual que siempre, se dirigió a la última mesa del pequeño salón con la parsimonia acostumbrada. Con sumo cuidado se sentó de espaldas a la entrada, y abrió su cuaderno escolar antes de colocarse los lentes con delgada montura de carey. Un ventilador de techo colocado exactamente por encima de la mesa que ocupó, ambientaba el lugar, aunque esto no parecía importarle para nada. Observó uno a uno los otros visitantes concentrados en la lectura de su respectivo libro, y como quien avanza decidido por un camino seguro y sin obstáculos, tomó su bolígrafo y comenzó a escribir. Así, sin saludo, sin buenas tardes, sin ¡hola qué tal!... aquel hombre emprendió una nueva jornada escritural…

EL ORATE LOCO

En esa apacible, pero intermitentemente bulliciosa y calurosa tarde, Redundo Mascapiedra se regodeaba una vez más por las esquinas que con asiduidad frecuentaba, en su búsqueda perenne de interlocutores complacientes. "Me gusta la gente que tiene ganas de aprender", decía constantemente ante los oyentes que accedían — unos más complacidos que otros — a escuchar las charlas con rasgos de perorata que siempre tenía a flor de pensamiento. Nunca dejaba de asomar la parte humorística del día a día, por lo que entre sus espectadores tenía diversidad de candidatos al colapso por estrés, que de esta manera lograban el sosiego y la tranquilidad que impedía justamente que cayeran en el terreno de la tristeza y la pesadez espiritual previas a la depresión.

XXXXXXXXXX

Hace muchos años ya, Redundo fue un próspero vendedor de sueños. En su maletín de ilusiones, albergaba las más disímiles promesas y recomendaciones para llevar una existencia grata y hacer frente con optimismo a las adversidades que se le presentan a todo ser humano a lo largo de su edad. Era, entre

otras muchas cosas, vendedor de viajes a Luna, "un satélite donde prevalecen ante todo las normas y leyes de Selene, la reina y soberana absoluta del misterioso destino turístico que ofrece sin ningún asomo de recato sus dos caras, de las cuales la oscura es la más demandada por los turistas para vacacionar sin que el dios Sol estropee la piel de los fascinados visitantes. Otro reino sito no muy lejos, Marte, un planeta regentado por el dios de la guerra — acérrimo enemigo de la hermosísima reina de los selenitas desde los inicios del movimiento revolucionario *Big Bang* — constantemente está en la búsqueda de razones para declarar un conflicto de irremediable carácter belicista; pero la diva lunática, manteniéndose alejada de cualquier contacto personal con el rey de los marcianos, ha logrado eludir su ira manteniendo cuatro fases, que exhibe desnuda y sin vergüenza alguna, al planeta al cual sirve de inspiración durante las horas de oscuridad en el movimiento rotativo de este. A estas horas de penumbra, se le conoce desde los inicios siderales como "noche" y al planeta donde orbita, alguien lo bautizó como "Tierra". Esta era —palabras más, palabras menos — la introducción promocional del ávido vendedor de quimeras.

Hoy en día, Redundo organiza "expediciones a la fantasía" en medio del ocio que le permite vivir — como casi siempre ha vivido — dependiendo de doña Gladiola, quien nunca ha permitido que padezca en lo

más mínimo en sus necesidades básicas de alimentación, vestido, salud y vivienda. Ella, su hermana mayor, ha cuidado de su hermano durante casi los cincuenta años de existencia de este. No ha permitido nunca que Redundo trabaje (salvo en una ocasión) ni haga nada que comprometa la libertad plena que disfruta. Libertad y ocio que han devenido en sus visitas diarias a la esquina "*Amencia*" como una vez la bautizaron sus fanáticos escuchas.

XXXXXXXXXX

Pues, esa tarde, al llegar a "su esquina", donde un nutrido grupo de leales seguidores le esperaba, pasos antes de estar junto a ellos comenzó su cuasi monólogo con la siguiente altisonante expresión:

Los amigos van y vienen, los enemigos se acumulan

al tiempo que dos o tres zancadas después — con su mejor sonrisa a flor de boca — remataba con lo siguiente:

Órgano principal gástrico satisfecho, víscera muscular cardíaca eufórica.

— Es decir, muchachones,

Barriga llena, corazón contento.

— Apenas almorcé hace minutos, y ya me tienen aquí para enseñarles lo que tanta lectura y estudio me ha costado aprender.

Las primeras carcajadas se dejaron oír tímidamente, y los respectivos saludos y muestras de afecto no se hicieron esperar. Redundo, rodeado de casi dos docenas de asistentes esa tarde, volvió a sentirse en ese momento como siempre se ha sentido**:** en su ambiente natural, como gallo en gallinero de "sacadoras", como pez en el agua, pues.

— Primero que lo primero, quiero contar algo muy suigéneris que sucedió anoche con el delegado de la Alcaldía que pernocta ocasionalmente al lado de mi casa**:** Pretendió el muy muérgano convencerme de que padezco de una supuesta insania mental, sin otro elemento de diagnóstico que la infeliz opinión de su consorte ocasional. Me ofreció repetidas veces llevarme al hospicio psiquiátrico municipal para ser tratado por los médicos que allí laboran, sin que represente ningún costo, es decir, completamente gratis. ¿Y saben qué le dije al final de la larga refriega verbal? Pues, escuchen lo siguiente:

Cuando te mueres no sabes que estás muerto, no sufres por ello, pero es duro para el resto. Pues lo mismo ocurre cuando eres idiota.

— Pues sí, señores, el muy idiota pretendía hacerme creer que estoy loco, que debo estar en un manicomio, por lo que le referí una frase dudosamente atribuida a José de San Martín:

La soberbia es una discapacidad que suele afectar a pobres infelices mortales, que se encuentran de repente con una mise-

rable cuota de poder.

—Y a mi vecina la encaré para decirle algo que me atragantaba desde hace tiempo**:**

Aunque el primate de sexo femenino se cubra con fina tela producida por laboriosas orugas, tal cual permanece.

— Es decir, le espeté en su cara que:

La mona, aunque se vista de seda, mona se queda.

La hilaridad apareció nuevamente, en quienes con mucha atención escuchaban a aquel hombre de estatura promedio, pelo semi cano y cejas pobladas igualmente salpicadas de canas, con un lenguaje gestual y postural que cualquier orador envidiaría, junto a un bagaje lexical de primer orden y pronunciado bigote negro que hacía resaltar sus ojos verdosos. Y ante tal exposición con veladas trazas de fino humor y a la vez profundidad meditativa laboriosamente refinada, todos permanecieron en sus respectivos lugares, expectantes a lo próximo a escuchar.

— ¿Sabían ustedes — continuó Redundo sin preocuparle para nada cambiar de tema y nivel repentinamente — que la palabra Biblia no aparece en la Biblia? ¿Y que el primer nombre que puso Dios fue el de Sara, pues el de Eva lo puso Adán? ¿Y que la primera Biblia que se recopiló fue la de Constantino, cuando aún no era un converso convencido, sino que allanaba el terreno para declararse cristiano por insistencia de su madre? Pues ahí les dejo eso, pichones

de discípulos redundistas.

— Claro que para entonces — continuó Mascapiedra — se creía que la raza humana era obra de Dios. Nadie suponía siquiera, que la raza humana fue puesta en el planeta por extraterrestres hace miles de años. Las innumerables enfermedades que padecemos podrían deberse a que nuestro reloj biológico ha evolucionado para esperar un día de veinticinco horas, como ha sido ampliamente comprobado por científicos investigadores del sueño. Se ha sugerido como una de las tesis, que tanto el *neandertal* como el *homo erectus* se cruzaron, cada uno en su época, con otra especie proveniente probablemente de *Alpha Centauris*, que es el sistema estelar más cercano a nuestro sistema solar, a casi cinco años luz de distancia de nuestra estrella madre, el Sol. Es más, hay teóricos que afirman que la Tierra podría ser una especie de planeta cárcel, ya que aparentemente somos una especie naturalmente violenta y estamos aquí hasta que aprendamos a comportarnos. Esto lo afirmo, con la convicción de haber sido abducido alguna vez durante mi adolescencia, por un alienígena reptiliano cuya procedencia desconozco.Ante tan locuaz disertación, todos los oyentes esbozaron lenes sonrisas mezcladas con una dosis de asombro e incredulidad ante tal postura. Lejos de reducirse el grupo — que permanecía inmutable — repentinamente un trío de jóvenes se acercó a la reunión esquinera, siendo seguidos,

como si los escoltaran, por una pareja de la tercera edad. Al notarlo Redundo, dirigiéndose a los recién llegados les dijo:

Permanecíamos en número prolijo y redundantemente alto, y alumbró una nueva vida la madre natural del progenitor.

— Es decir:

Éramos muchos y parió la abuela.

Hecha esta observación, los recién llegados enrumbaron su ánimo, y rápidamente el grupo completo se complació con el orador. Y ante el hecho de que todos rieron casi al unísono, con excepción de uno de los recién llegados, que aun después del silencio colectivo como forma de exigir la continuación de la charla, seguía riendo sin medida, el charlista expresó:

Quien a posteriori realiza movimientos faciales con el objetivo de demostrar regocijo, se desempeñará de manera notoriamente superior a quien lo precedió en dicha acción.

—Para ser más claro y conciso:

Quien ríe de último, ríe mejor

dijo sonriente contemplando a los que se deleitaban con su manera de hablar, como acariciando las palabras dichas y mimando al castellano, develando la riqueza de un idioma que, según solía decir, es subutilizado.

— Lenguaje rebuscado, me critican algunos señalando mis versiones refraneras, y yo le respondo a esos

señores, que mi lenguaje es un lenguaje prolijo, aprovechado, estudiado y practicado, aunque me acusen de exorno. La amplitud de mi léxico no es más que una nimiedad ante lo que pone a nuestro alcance el hermoso idioma castellano. De eso pueden dar fe los multicolores loros que sucumben ante tal belleza, y no pueden resistir la tentación de aprender algunas de nuestras palabras...

Era un día más en la vida de Redundo. Así era él; entusiasta, dicharachero, prolijo en conceptos, de pensamiento rápido y hablar casi continuo, "dispuesto a dispensar sabiduría a quien se muestre interesado en aprender", acotaba insistentemente en su rutina habitual.

XXXXXXXXXX

En su primer día de escuela, el niño Redundo se maravillaba a cada paso que daba en su avance en fila hasta el aula de clases correspondiente a primer grado. Nunca había estado alejado de las faldas de su madre durante tantos minutos. Ese día, la vio alejarse y un sentimiento de pesar y miedo a lo desconocido se instaló en su mente, y con apenas seis años de edad, no había sabido dominar por completo aquella desesperante situación. Las caricias cuasi maternas

de la maestra Luz Mery vinieron a significar en ese momento el aliciente a su incertidumbre, y por eso mientras caminaba ya más tranquilo enfilado con los otros niños, la majestuosidad arquitectónica y las carteleras con disímiles temas alusivos a la educación básica lo mantuvieron expectante y asombrado al mismo tiempo, durante todo el recorrido por los pasillos del enorme centro educativo.

Apenas una semana después, su madre recorrió los mismos pasillos, cuando fue a hablar con la maestra, la psicopedagoga y la directora, quienes le explicaron minuciosamente las razones por las cuales debía retirarlo del plantel. Con sus ojos llorosos y pasos apresurados, como quien quiere alcanzar el final de un arco iris mágico con vasijas de chocolate a punto de derretirse en ambos extremos, la madre de aquel niño lo llevó literalmente a rastras tratando de ser fuerte al momento de mirar frente a frente al vástago calificado de "incompetente mental" para continuar en una escuela que no fuese "exclusiva para niños especiales".

Autismo, Asperger, dislexia, vesania, monomanía, no eran términos frecuentes para entonces, y la forma genérica de estigmatizar al poseedor de alguna anomalía de origen neurofisiológico-intelectual, era el infeliz cognomento de "retrasado", y a veces, excepcionalmente, lo tildaban de "loco".

—"No puedes volver a esta escuela, hijo mío", le dijo su madre mientras lo dirigía tomado de la mano de-

recha hacia la salida del plantel. —"Tu inteligencia es muy superior a la del resto de los niños, y la maestra quiere que esperes hasta que ellos sepan todo lo que tú sabes, y adquieran la inteligencia que a ti te sobra". Eso fue lo que su corazón de madre le indicó que le dijera al pequeño Redundo en esos momentos. Poco tiempo después, el párvulo Mascapiedra aprendía que la psicología diferencial estudia las diferentes acciones y reacciones de los individuos humanos, utilizando métodos comparativos y disímiles pruebas para medir el grado de las diferencias e investigar su causa. Esto lo aprendió sorprendentemente al caletre, en el consultorio de la primera psicóloga que atendió su caso, por sugerencia de la directiva de la escuela que le negó el derecho a aprender, sin discriminación ni preferencias, como cualquier niño "normal".

Desde entonces, madre e hijo cumplieron todo un periplo por cuanto psicólogo y psiquiatra podían pagar, sin que nunca algún profesional hiciera lo necesario para brindar un poco de tranquilidad a la madre, y una satisfacción plena al hijo para entender lo que todos insistían en catalogar como un "problema", sin que, por mucho intento que hacía, el pequeño pudiera entenderlo. "Sinapsis ralentizada con lesión parenquimatosa en hemisferio cerebral derecho causada por uso de fórceps, lo que degeneró en un leve a moderado retraso de tipo intelectual", es la impresión diagnóstica que más fácilmente recordó Redundo en

adelante. "Paciente infantil masculino con leve trastorno en su noogénesis natural" es otra frase leída en referencias entre especialistas.

— "Me condenaron a ser el bufón del barrio, el mequetrefe de la cuadra, el hazmerreír del momento, el <loco> del grupo de zagaletones de la comunidad que habitaba", escribió alguna vez el adolescente en un intento de diario que quiso llevar, sin alcanzar más que una primera página.

En adelante, ser un autodidacta se convirtió en su alter ego. Ese deseo obró mágicamente en la autoestima del muchacho que apenas descollaba en su intento de una vida normal. — Leo cuanto papel escrito cae en mis manos, sin distingos, sin ambages, sin prejuicio, sin filtro alguno pues, era un comentario recurrente en sus disertaciones improvisadas y sus diálogos vespertinos.

Fingir locura, es a veces la prueba más difícil de la cordura para demostrarse a sí misma

es una sentencia que solía traer igualmente a sus cada vez más asiduas conversaciones en su entorno vecinal.

Así transcurría la vida de aquel joven, que al alcanzar la mayoría etaria lucía un bagaje cultural de dimensiones muy considerables, si se toma en cuenta que el acceso a la educación académica, de aula, le fue negado. Aparte de sus crisis de ausencia, que cada vez

eran menos frecuentes hasta que desaparecieron por completo hace ya más de dos décadas; y su bipolaridad, de manifestación esporádica con crisis de neurastenia y episodios ocasionales de conducta agresiva que llegaron a poner en peligro la integridad física de su propia hermana, Redundo nunca fue protagonista de ningún hecho relevante más que de su empecinamiento en aprender. Es de hacer notar, que la condición bipolar aún persiste, y estará con el hasta el final de sus días, como es usual

en cualquier paciente que la padezca.

¿Me quieres? Dame un libro. ¿Qué quiero en mi cumpleaños? ¡Regálame un libro! ¿En Navidad? ¡Obséquiame con un libro y me harás feliz y culto! ¿Cuánto vale el trabajo de drenaje que te hice? ¡Págame con un buen libro! ¡Cuido tu casa durante tus días de vacaciones en el extranjero, si me traes un libro de allá!...pero no libros de pacotilla ni novelas vaqueras, me gustan los libros que me enseñan algo, de los que puedo aprender algo, aquellos que me dejan algún provecho, solía agregar en cada caso. De esa manera, Redundo logró hacerse con una vasta biblioteca que sería la envidia de cualquier catedrático, científico o investigador — o las tres cosas juntas — la cual mantenía en perfecto orden, a pesar de que el índice de relectura era bastante alto.

Corrían los últimos años de la tecnología *off set* de impresión, antes de ser abatida por la vanguardista

láser como artificio de punta, cuando la fama vecinal de Redundo llegó a oídos del editor del principal periódico de la ciudad, quien lo contrató como corrector de pruebas en el turno matinal aunque debiendo cumplir esporádicamente "guardias" nocturnas. Debía corregir cada uno de los textos a ser publicados en el diario, no solo desde el punto de vista ortográfico, sino que también depuraba las noticias de las imperfecciones de "estilo", es decir, cuidaba de la buena redacción en forma y fondo. Esta labor profundizó la pasión por la lectura, y llevó a Redundo a convertirse en un auténtico experto en sintaxis, morfosintaxis, semántica léxica y redacción. Su hermana, quien le enseñó las matemáticas y a leer y escribir, solía decir que ese era un auténtico caso donde "el alumno supera con creces al maestro".

Algunos meses después, la incompatibilidad de caracteres y roces cada vez más continuos con periodistas y personal administrativo, llevaron a que le fuera exigida la renuncia al brillante joven y muy cumplido trabajador. Al despedirse de sus compañeros reunidos todos en los talleres de la editorial, Redundo tomó un marcador, y como quien trata de espantar el aburrimiento de espectadores en un juego de ajedrez, escribió en la cartelera una frase de uno de sus autores más leídos, *Mark Twain:*

Si recogéis un perro que se muere de hambre y le aseguráis su manutención, este nunca os morderá. Esa es la diferencia entre

el perro y el hombre.

Nadie supo entonces a quién o a quiénes iba dirigida aquella reflexión, pero todos sonrieron asintiendo con un gesto de la cabeza y una leve sonrisa. Ese día al llegar a su casa, volvió literalmente al seno de su hermana, al hogar materno que compartían como buenos célibes que eran, desde que un intruso aneurisma terminó repentinamente con la vida de Sofía Mascapiedra, madre de ambos, y de apenas treinta y nueve años de edad. Su padre, probablemente viva aun, pero de ese señor la para entonces joven Sofía no supo más desde el día que los abandonó estando aun Redundo en el vientre materno.

Pues bien, de ahora en adelante, no entregaría más a su hermana el cheque quincenal correspondiente a su remuneración por tan agradable labor en la editorial, pero eso no estorbó para nada en sus pensamientos rutinarios.

Pocos días después de haber cesado su trabajo en la única empresa que lo empleó, Redundo comenzó a rondar las esquinas aledañas luego de horas y horas de lectura y reflexión, teniendo cierta preferencia por una esquina en particular**:** la misma que hoy se conoce como *Amencia.*

XXXXXXXXXX

— Siempre espero que personas como ustedes me hagan el honor de escucharme en esta esquina, que es la única vitrina donde puedo exhibir mis caren-

cias, mis muchos defectos, y mis muy pocas dotes. Es decir, puedo asomarme al mundo y mostrar que soy imperfecto, voluble, emocionalmente inestable, ignorante supino y manipulador. En síntesis, no cabe la menor duda de que soy humano, pues. Y cuando reafirmo que soy humano, solapo la condición egocéntrica de la especie, la que más nos afecta pero que no reconocemos, la que nos ha dividido a lo largo de la historia de la humanidad en sus millones de años de evolución. Me refiero a la razón, esa que todos creemos tener en demasía, y que tanto nos cuesta dársela a los demás. *René Descartes* resumió la verdad más profunda al respecto**:**

No hay nada repartido de modo más equitativo en el mundo que la razón.

Todo el mundo está convencido de tener suficiente.

— Y sin ánimos de aludir a alguno de los presentes, debo agregar sin eufemismos que, de no haber sido por esta condición de humanos, al escuchar los términos guerra, y conflicto, correríamos al encuentro con el diccionario para descubrir el significado de los mismos, ya que nada de esto nos sería familiar ni conocido. Es más, para decirlo mejor y más puntualmente, ninguno de ustedes estaría acá conmigo, todos estaríamos formando parte de un gran picnic compartiendo cordialmente a lo largo y ancho del globo terráqueo contándonos entre los felices y despreocupados más de siete mil quinientos millones de habitantes del planeta.

— Por eso a los que me preguntan si estoy loco, le respondo**:** Locura es no aceptar que debo ser humilde, tolerante, respetuoso; locura es creer que siempre tengo la razón y que puedo preguntarle a un semejante si está loco o no. De cualquier manera, si en algo le complace conocer con exactitud mi condición mental, entonces usted tiene un problema de sadismo exacerbado que pretendo satisfacer con mi única respuesta para estos casos**:** Soy orate de nacimiento, introspectivamente convencido, y luego con el transcurrir de los días las personas como usted me hicieron loco, por tanto, puede usted dirigirse a mí de ahora en adelante como señor orate loco.

— Y a ustedes les digo**:** La poesía crea con sus palabras seductoras y amables, castillos que remontan las nubes, y los locos los habitamos sin necesidad de pagar la renta. Además, como todos sabemos, la gente buena va al Cielo, pero en cambio los locos podemos ir a donde queramos.

— El gran americano Ricardo Eliécer Neftalí Reyes Basoalto, conocido como Pablo Neruda, escribió:

Hay un cierto placer en la locura, que solo el loco conoce.

— Sí, solo nosotros, los locos, sabemos disfrutar con la estolidez de algunas mentes anquilosadas en patrones intelectuales en desuso, que creen experimentar placer al sentirse superiores. A ellos le recuerdo lo que sentenció el austriaco *Sigmund Freud:*

*Existen dos maneras de ser feliz en esta vida***:**

Una es hacerse el idiota, y la otra, serlo.

— Porque *los humanos somos lo que hacemos repetidamente, en la cotidianidad,*

en el día a día. La cordura, por tanto, no es solo un acto, es un hábito, una costumbre, una manera de ser. En esto último, parafraseamos a *Aristóteles*, con la venia de la inteligencia eterna.

XXXXXXXXXX

Y así transcurrían las horas en aquella esquina, donde quien necesitara distraer su rutina desde poco después del mediodía hasta que el Sol emprendía su huida del firmamento infinito, podía conciliar o no su pensamiento y sus creencias con las de aquel hombre cuya única pista de aparente locura, era el cambio brusco, drástico, de temática y tono de voz. Un par de gigantescas acacias brindaban la sombra y el frescor necesario para que la confluencia no padeciera la rigurosidad del clima inclementemente tropical, y unas bancas plásticas suministradas por el vecino propietario de la casa cuyo traspatio era contiguo a la esquina de marras, confortaban a los asistentes y al ya celebérrimo orador en sus conversatorios, o monólogos, podríamos decir.

XXXXXXXXXX

— ¿Sabían ustedes que la Biblia contiene 3.566.480 letras, 773.746 palabras, 31.102 versículos, 1.189 capítulos y 66 libros? Pues, sepan que son datos recopilados por instituciones e individuos que han dedicado parte de su vida a hacer las estadísticas que le encarguen. Son los mismos que, haciendo un cálculo ponderado, lograron establecer que en el planeta se produce poco más de una tonelada de excremento humano cada día, y probablemente, son los mismos que sostienen que en el diccionario de la RAE se encuentran 88.500 palabras aproximadamente, pero a esta cifra hay que agregar más de 70.000 americanismos y un porcentaje considerable de vocablos no registrados aun, pero que forman parte del léxico del idioma castellano. Si también agregamos las conjugaciones de cada verbo y las diferentes flexiones para adjetivos, nombres y adverbios, tendremos alrededor de 800.000 palabras. En mi humilde intento de escribir una especie de opúsculo genitivo que sea mi tarjeta de presentación para la memoria de la posteridad, he leído cualquier cantidad de datos que ahora doy cuenta de que no sirven para nada. Para nada práctico por lo menos, que no sea inflar nuestra necesidad de conocimiento más allá de lo cotidiano y lo superficial.

— De esas mismas estadísticas, sabemos que existen

más de cuatro mil doscientas religiones en el mundo; sí señores, más de cuatro mil doscientas, cada una de ellas con su verdad, su credo, su fanatismo, su verbo, su ritual, su intolerancia, su prepotencia y también — por qué no decirlo — su humildad; ocupando el Cristianismo aproximadamente el treinta y uno punto cinco por ciento de ese total. Es decir, más de dos tercios de los pobladores del planeta no creen en la divinidad del Cristo redentor. Para nosotros, en este lugar de la Tierra, esto suena como a exageración con visos de inverosimilitud, pero dependiendo de dónde hayamos nacido y el entorno cultural donde nos hayamos desenvuelto desde temprana edad, pudiera ser Jesús un perfecto desconocido o simplemente un profeta más. Por el contrario, otras divinidades para nosotros desconocidas, se erigen como máxima figura de alguna religión en otros confines, con diferentes costumbres, con diferente ascendencia cultural.

— *Albert Einstein*, el destacado y mundialmente conocido científico que marcó un hito en nuestra concepción de la relación espacio-tiempo, escribió a mediados del siglo pasado:

La Biblia es una colección de leyendas honorables, aunque primitivas,

y en cualquier caso, bastante infantiles.

— Por su lado, el físico investigador de la universidad de *Cambridge, Colin Humphreys*, escribió en un artículo publicado a finales del mismo siglo pasado, que se-

gún registros astronómicos de antiguas civilizaciones chinas, un cometa observado durante setenta días en el año cinco, pudo ser la estrella (de Belén) que menciona Mateo en su evangelio. (Este evangelio, admite el científico investigador, fue escrito en el año ochenta después de Cristo, es decir, medio siglo después de su muerte). Después de años y años de investigación a dedicación casi exclusiva, concluye que Jesús habría nacido entre el nueve de marzo y el cuatro de mayo del año cinco antes de Cristo, antes de la muerte de Herodes El Grande...

XXXXXXXXXX

Y así, con la parsimonia debida, y la solemnidad del caso por el tema tratado, discurría Redundo en sus exposiciones ambulantes. Con tardes inclementemente soleadas, o con el apacible cobijo de nubes refrescantes, no pretendía más que interesar a sus oyentes en sus datos recopilados a través de largas noches de lectura, sin que faltara la desde hace tiempo casi imprescindible *Internet*. Horas y horas de lectura, investigación y consultas en la computadora de mesa que logró adquirir (realmente la compró su hermana) mientras trabajó en la editorial. De hecho, salvo una que otra inspiración conceptual propia (a decir verdad, eran bastantes) sus conocimientos derivaban en gran parte de la plataforma tecnológica que dividió

en dos grandes mitades la historia de la humanidad.

Luego de un sorbo del agua contenida en una pequeña botella de agua mineral, que no era más que el producto del filtrado cada tarde del líquido del acueducto, volvió a dirigirse a los ávidos escuchas que, casi con impaciencia, esperaban la conclusión de lo expuesto tan magistralmente al caletre**:**

— Según el destacado teólogo británico *James Dunn*, se calcula que Jesús nació poco antes de la muerte de *Herodes El Grande* en el año cuatro antes de la Era Común, es decir, que una fecha entre los años seis y cuatro concordaría con ese dato histórico, tal como describe Mateo en el relato del nacimiento, y con la narración de Lucas 3.23 de que Jesús tenía unos treinta años en el decimoquinto año del emperador *Tiberio*, estimado en el año veintisiete o veintiocho de la Era Común. Esto lo precisa el reconocido teólogo en su monumental obra: *Jesús recordado. El Cristianismo en sus comienzos.*

— Maestro, ¿Quiere decir que usted es ateo?, preguntó —aprovechando una breve pausa— uno de los curiosos asistentes recién llegado, con evidente tono de jocosidad por lo de "maestro".

Redundo se tomó su tiempo, esperando borrar de su rostro la lene pero nada disimulada sonrisa que aquel cognomento le provocó. Miró a las alturas, las nubes desplazándose lentamente como atraídas por algún magnetismo esotérico hacia un lugar ve-

raniego, el astro Sol tratando con su luminiscencia de abrirse paso entre las entrañas de esas mismas nubes que se niegan a abandonar por completo el espacio etéreo, donde podía observarse carroñeras aves de negro apenas visibles trasmontando los vapores terrestres. Más acá, observó en la inmediatez de las alturas, la frondosidad encargada de la comodidad climática de aquella especie de cenáculo con un solo miembro de número, y en el horizonte perimetral, ejércitos de flora y fauna desafiando su condición de vida temporal, hasta agotar sus fuerzas y su espíritu de supervivencia.

Volviendo su mirada a la concurrencia, e inspirando profundamente, como si se propusiera a hacer estallar en mil pedazos sus lóbulos pulmonares, Redundo respondió mirando esta vez fijamente a su interlocutor:

— Quien tenga la más leve idea del mundo microbiológico, podrá concluir sin dificultad alguna que indiscutiblemente hay una inteligencia superior, sea divinidad o no, que ha intervenido para que seamos lo que somos. Sin duda, creo que no somos producto del azar de la evolución, aunque los fundamentos del inglés *Charles Darwin* al respecto son bastante sustentados, prolijos en evidencias a través de los millones de años del planeta y soportados con la cientificidad del caso (Adicionalmente, en este tema debemos mencionar al alemán *Ernst Haeckel*, que enriqueció

con comprobaciones de campo y amplió las tesis de *Darwin*). Para responderle más puntualmente, le diré que entre la teoría del evolucionismo y la del creacionismo, me quedo con la segunda, pero haciendo la salvedad de que ambas se sustentan y se complementan en un todo que hasta ahora no alcanzamos a entender en su justa dimensión. Es decir, creo que una inteligencia superior nos creó con la facultad implícita de la evolución a través del tiempo y las circunstancias, creencia que hace obvio el hecho de que no me inscribo en ninguna corriente nihilista.

— Hay algo que debo agregar**:** como para el humano es mucho más fácil creer que pensar, mucho perezoso mental por ahí podrá alegar ambigüedad, falta de definición en lo que expongo; pero para las mentes pensantes, para los que leen, los que investigan, los que no se conforman con lo que dicen los demás, los que comparan teorías y cuando se puede recurren a la práctica, los que a través de la investigación que involucra mucho tiempo de lectura y dedicación logran alcanzar las cimientes de un criterio propio y definido, esos que no viven de "creer", sino que edulcoran su vida con facetas perladas de conocimiento, persiguiendo cuanta teoría logran tener al alcance de sus ojos y oídos; para esos que hacen uso de su intelecto y razonan, y piensan, y comparan, y concluyen, para ellos, esta posición es la más adecuada para un ser pensante que no le basta solo creer. De hecho, nun-

ca encontrarán ustedes un científico, un reconocido intelectual, un premio Nobel de literatura, un prolijo investigador, que tenga que sesgar su trabajo por culpa de algún fundamentalismo religioso. Recuerden, además, que el que busca la verdad, corre el riesgo de encontrarla, y esto lo saben los fundamentalistas dominicales que retozan con la fase alfa mental de sus acólitos.

— Deseo aclarar también, que la palabra ateo no me define, ni define necesariamente a quien cree en una inteligencia superior. Me defino como Cristiano, porque creo en la prédica de Cristo, en su deseo de justicia, en su deseo de paz, según lo que se lee en la Biblia. Para ello, uso una religión comodín**:** la católica, a la que todo mundano recurre cuando necesita una para responder si profesa alguna religión. Eso sí, que quede claro, respeto a todo aquel que se identifique con cualquier práctica religiosa, e inclusive, respeto a quienes se desplazan "acrobáticamente" por la delgada línea entre el desmedido arrojo del típico laico, y el conformismo inducido del fundamentalista religioso que además es fanático ciego de una creencia que alguien le inculcó, y que es alimentada domingo a domingo. La mente es como un paracaídas: si no se abre, no sirve para nada, y la razón de que la cabeza humana sea redonda, seguramente es para que el pensamiento pueda cambiar de dirección cuando la razón se asoma. Aunque debo confesar que me duele

mucho en mi fuero interno que la gente use su poderío mental solo para creer, y no para la extraordinaria y placentera facultad humana de pensar.

— *Francis Bacon*, en el siglo XVI, ya lo decía:

Quien no quiere pensar es un fanático, quien no puede pensar es un idiota,

quien no osa pensar es un cobarde.

— ¡Pero maestro! — Inquirió el mismo joven oyente que preguntó antes — entonces, ¿pudiéramos decir que todas las religiones están equivocadas y que entre usted, y nosotros ahora, poseemos la verdad absoluta?

— ¡Un momento, estimado señor! Mi mente rechaza por completo esa frase de "verdad absoluta", y el motivo principal no es más que el hecho de que dicho concepto no existe, ni en sustancia ni en esencia. Aborrezco esa frase harto manida y devaluada en su significado y su pretendida racionalidad, por cuanto estoy seguro de que quienes crean tenerla, jamás serán bienvenidos al festín intelectual de las mentes abiertas. Los obcecados religiosos que pretenden exhibirla cual grímpola en el combate de las ideas y las creencias, están condenados al basurero de la ignorancia, aunque sabemos que con relativa frecuencia, encontramos algún mequetrefe con pretensiones de poseerla, sosteniendo que su fe es la correcta, la indicada, la verdadera, la única con inspiración Divina.

— Entonces le ruego, señores, no me incluyan en ese adefesio amorfo, no mencionemos esas palabras para no incrementar aún más nuestro nivel de ignorancia. Busquemos la manera de combatir semejante barbaridad contenida en esa nefasta frase, pronunció con énfasis Redundo antes de hacer una pausa para un nuevo sorbo de agua.

— Para responderle, señor — dijo amablemente a su oyente — debo indicarle que no creo poseer la verdad absoluta, ni se la adjudicó a nadie. Simplemente, expongo mi verdad, pero mi verdad pensada, no mi verdad creída. Mi verdad producto de mi locura, no la verdad inculcada por alguien que probablemente haya sido víctima a su vez de otro alguien que le inculcó y le hizo creer, castrando el pensamiento y entronizando la "fe" en algo o en alguien, más allá del raciocinio.

— Por otro lado, quiero manifestarle que me agrada en demasía este ejercicio de mayéutica que involuntariamente hemos iniciado; pero si quiero ser honesto, como siempre trato de serlo, entonces deberé decirle también que soy un declarado cobarde dialéctico en temas que, debo reconocer, no soy un erudito. Mi intención última no es otra que despertar en ustedes la necesidad de replantearse su personal escala de credos o convicciones, para de esta manera contribuir desde mi humilde nivel, a estructurar una humanidad más pensante y menos dependiente de neuronas aje-

nas. Lo mismo hago con el lenguaje culto que practico, es mi manera de estimularlos a consultar en el diccionario de nuestra lengua castellana el significado exacto y preciso de las palabras que tenemos a nuestro alcance, pero que por la practicidad de una vida moderna que nos arropa con sus veleidades, entre otras cosas, nunca aprovechamos sino en su mínima dimensión, desperdiciando una de las oportunidades más hermosas que tenemos los hablantes del castellano.

— Ahora mismo, viene a mi memoria un episodio que quiero referirles, para dejar claramente establecida mi condición de ser humano imperfecto; frase, por cierto, asaz redundante.

— Hace meses, algo así como cinco o seis aproximadamente, en un encuentro similar a este de hoy con ustedes, surgió alguien de entre los presentes que luego de escucharme con mucha atención, (según pude notar por la franqueza de su expresión y sus ojos saltones fijados en mi rostro) me pidió la palabra. Como era de esperar, de inmediato lo invité a expresarse.

— No tengo pruebas, ¡pero tampoco tengo dudas!, dijo tajantemente el aludido.

— A ver, ¿podría explicarse mejor? le pregunté de seguidas

— No tengo pruebas de que Dios existe, en los términos en que una persona sin fe como usted reque-

riría. No puedo obrar más allá de su libre albedrío, no me es dado abrir mi corazón para mostrarle el regocijo que me proporciona tener a Jesús alojado en él. Tampoco puedo mostrarle las heridas, restañadas ya, que mi entrega a Jehová Dios borró junto a mi pasado de drogas y malos hábitos. Pero usted se lo pierde, usted con su aparente sabiduría y sus reflexiones basadas en un saturado propósito filosófico empírico, le cierra las puertas de su templo, de su alma, a la salvación eterna, a la dicha de servir a Dios. Usted me acusa de creer, sin pensar. Pero, ¿Quién se sabe usted para juzgar a los que hemos sido llamados por el Señor, para servirle con amor, libertad y lealtad? ¿Sinceramente sabe que su inteligencia está por encima de la de grandes maestros teólogos que pueden atestiguar lo que la infinita bondad Divina ha hecho en su vida, la de sus familiares, la de sus hijos, la de miles y miles de semejantes sensatos que abrieron su corazón a Dios? Sostiene usted que creer es no pensar. ¿Necesitó pensar eso? ¿O simplemente lo creyó? De ser así, ¿será que usted también se inscribe en el renglón de los que creemos sin pensar? ¿Ha presenciado usted alguna vez en su vida alguno de los cientos de miles, de los millones de testimonios de la obra de Dios en nosotros los cristianos de verdad, de corazón? Lo siento amigo Redundo, pero creo, una vez más creo sin temor alguno a errar, que usted está equivocado. Lo incluiré en mis oraciones para que el

Espíritu Santo obre en usted y sea tocado por Jesús, el hijo de Dios Creador.

— Permanecí largos segundos tratando de volver a la realidad pues aquello me

parecía muy bien fundamentado. Permanecí estático, sin pestañear siquiera, digiriendo aquellas inteligentes palabras que dieron al traste con mis pretensiones de sapiencia. Lo miré fijamente, mientras trataba de esbozar una sonrisa que me ayudara a encubrir mi momento de quiebre, hasta que dejó ver que se disponía a retomar la palabra.

— Para finalizar, quiero hacerle una muy cordial invitación, estimado señor. Lo invito a conocer el infinito poder de la oración, lo invito a recibir al Espíritu Santo en su cuerpo y en su mente, lo invito a pensar en que sin Dios, no hay vida eterna. Pruebe, sienta, experimente el poder de la oración, y acepte a Jesús como su salvador, para que pueda conocer el placer de sentirse libre, y pensar lo que quiera y como quiera, sin que nadie interfiera en su fe, sin rituales ni compromisos que no sean de su gusto acatar. Dios no exige templos, ni ritos, ni monedas, Dios exige corazones libres de pecado y mentes lúcidas que oren y se muestren dispuestos de verdad a recibir las bendiciones ganadas con su buen accionar y su correcto proceder. Ahí le dejo eso, para que haga un buen

ejercicio de pensar. Gracias por escucharme, gracias a todos, y que ¡Dios los bendiga!

— Por primera vez en tantos años, alguien me avergonzaba de esa manera. Aquel hombre joven, de algunos treinta y cinco años a lo sumo, había roto el celofán donde permanecía mi ego enclaustrado en espera quizás del premio Nobel de charlatanería, o de algún reconocimiento al sincretismo que destacara solo el trono de mis virtudes, sin tocar para nada el reino de mis carencias. Ese día, recibí la mayor lección magistral de humildad que recuerde en mi vida. ¡Jamás se borrará de mi memoria ese aciago día! Sin embargo, como ráfaga intempestiva, mi reserva evocativa me trajo un pensamiento de *Walter Lippmann*, uno de mis archivos más celosamente guardado**:**

Cuando todos piensan igual, es porque nadie está pensando.

— Desde entonces, siempre está presente en mi memoria, una máxima de *Muslih Ud Din Saa*, poeta de la antigua Persia del siglo XIII:

Si discutes mucho para probar tu sabiduría, pronto probarás tu ignorancia.

— Y siempre pongo en práctica la máxima:

No hables, a menos que puedas mejorar el silencio,

y otra que viene a mi mente en este preciso momento es:

Cuando fuiste martillo no tuviste clemencia, ahora que eres yunque, ten paciencia.

— Desde luego, me alegra saber que en el edén prometido, no habrá ningún musulmán, ningún budista, ningún judío, ni nadie que no conozca la verdad a

través de la Biblia. Es decir, solo menos de la tercera parte de la creación humana, tendrá la opción de salvarse a través de esa verdad que posee y profesa. Los demás, todos, eligieron el camino falso, irreal, y están condenados a poblar los intrincados niveles cavernarios del infierno de *Alighieri*, terminó diciendo, mientras dibujaba en su rostro ademanes con una fuerte carga de ironía.

— ¿Pero qué pasó luego? preguntó escrutador alguien del grupo.

— ¡Nada! Nada pasó. Luego de bendecirnos y agradecer nuestra atención, el religioso se marchó y no lo he visto nunca más.

— De cualquier manera, prosiguió colocando sus brazos en forma de alas y esbozando una sonrisa con intenciones de carcajada, no olvidemos que el *ateo es ateo, hasta que el avión comienza a caer*...

XXXXXXXXXX

La plazoleta América, de forma rectangular y poco más de cien metros de longitud, se ubica en el sector noroeste del barrio Independencia, al que se encuentra integrada colindando con varios solares. En esta amplia barriada habitan Redundo y su hermana a unas cinco cuadras de la plaza, en plena avenida principal. Caracterizada por su gran arboleda, dicha

plaza proporciona a sus visitantes la más refrescante estancia, desde que fue construida hace muchos años atrás. Adornada con arabescos en sus pequeñas torres de iluminación, terminadas en su parte superior en enormes capiteles con volutas (según arquitectura correspondiente a épocas medievales), se erige como el principal lugar de solaz de las comunidades aledañas. En ambos lados de su anchura, de unos setenta metros aproximadamente cada uno, se exhiben engreídas las innumerables plantas de jardín que los mismos vecinos se encargan de regar y mantener, entre las cuales se pueden ver incluso rosales en plena floración aparentando sonreír entre ellos, como si la belleza de sus rosas fuera motivo suficiente para ufanarse cada uno a su manera, sin dejar de compartir la alegría de los otros. Sobre ellos, en las alturas de las copas de los árboles que los resguardan cual centinelas perennes, se asoman a discreción mientras van y vienen, bandadas de aves que con sus colores y trinos terminan de engalanar los sentidos de quienes asisten al lugar.

Como cualquier ciudad pequeña en condición sufragánea sin pretensiones de metrópoli, Caibó se caracteriza por la espontaneidad de su gente y la disposición de ayuda que sus habitantes siempre están dispuestos a ofrecer. Situada en un valle que forma parte del occidente venezolano, con un clima ardientemente tropical y una pluviosidad muy escasa durante nueve

meses del año, se constituye en lugar poco atractivo para quienes buscan vacacionar con la placidez de las bajas temperaturas. Por el contrario, para algunos europeos y canadienses que desean ir al encuentro de días soleados para que su piel atrape el confort que los rayos solares le proporcionan, se ha convertido en los últimos tiempos — aunque a muy pequeña escala — en objetivo turístico. Esto ha permitido, que los caiberos de vez en cuando, puedan interactuar con algún danés o noruego, o quizá un suizo y uno que otro irlandés, o un nativo de Montreal. Y todo esto ha obligado a las autoridades municipales a prestar atención a los servicios que le competen, entre los que podemos mencionar con carácter prioritario el aseo de los sitios públicos. Esto último ha derivado en la venturosa condición de ciudad limpia que junto a sus autoridades los caiberos se esfuerzan por mantener, y han logrado posicionar — a nivel continental por lo menos — la tentadora fama que corresponde.

Probablemente esta sea la razón principal para los letreros que podemos leer, colocados estratégicamente a la vista de los que transitan por sus bordes o ingresan a sus espacios, con letras grandes y blancas sobre fondo lila:

NO TE PEDIMOS QUE LIMPIES
SOLO TE ROGAMOS QUE NO ENSUCIES

O este otro:

NO ARROJES LA BASURA A LA CALLE,
PUES EL HACERLO,
TE CONVERTIRÁ EN SU MÁS CERCANO SEMEJANTE

Y este con un dejo aún más sarcástico:

GANA GRATIS UN CERTIFICADO DE ANIMAL
CON SOLO ENSUCIAR ESTE SITIO.
¡APROVECHA LA OPORTUNIDAD!

Y así como esos, innumerables carteles a lo largo y ancho del perímetro de la ciudad que en su empeño de deslindarse del resto del país, se esfuerza por mostrar su cara más limpia.

Sus autobuses de transporte público se identifican con degradados níveos en equilibrada combinación con azul celeste, más claro que el característico azul cielo del lugar, simbolizando una especie de fraterna armonía entre el colorido atmosférico y el albo que simboliza la pulcritud, en franca amistad con el aseo y el ornato de la cálida población. Sus taxis disponen todos de un pequeño bote de basura en forma de bolsa reusable tanto en el asiento delantero como en el trasero, de manera que nadie tenga la excusa para "convertirse en animal". De esa manera, más una intensa campaña en los diferentes medios de comunicación al principio de todo esto, Caibó ha logrado su propósito sin más que el pe-

queño esfuerzo requerido, y una que otra sanción a pocos infractores en sus inicios.

XXXXXXXXXX

— Cuando muera, le voy a hacer algunas sugerencias a Dios. Todos sabemos que lo que aquí se hace, aquí se paga. Pero le voy a sugerir que agilice sus cobranzas, pues mucha gente mala sigue siendo mala durante mucho tiempo, y sus víctimas terminan su ciclo vital sin tener la satisfacción de verlos pagar por lo que hicieron, dijo Redundo retomando el hilo discursivo nuevamente.

— Aun cuando entiendo, que también el bien que hacemos nos es devuelto aunque no lo notemos y pase desapercibido, pero el solo hecho de despertar en la mañana con salud y bienestar es parte de esa devolución, es parte de la energía vital que nos nutre día a día.

— *La energía ni se crea ni se destruye, solo se transforma,* determinó el francés *Antoine-Laurent Lavoisier*.

— Y yo digo: La energía cósmica, metafísica, está ahí, fluyendo, en constante movimiento evolutivo, nosotros con nuestra actitud y nuestro lenguaje, nuestra manera de expresarnos, la atraemos en su versión positiva, o en su negativa, según sea el caso. Por ejemplo, quejarnos constantemente, el pensamiento delictual,

desear el mal ajeno, el ser rebeldes, o conformistas, o tornarnos estorbo para el buen desenvolvimiento de cualquier circunstancia, atrae energía negativa. Esta nos rodea, nos arropa, nos atrapa, y a partir de su efecto percibimos nuestro desempeño cotidiano.

— Maldecir, por ejemplo, atrae energía negativa, pero más allá de mitos y creencias sosas rayanas en la ridiculez esotérica, la carga emocional con la que lo hacemos es lo que provoca que la atmósfera que nos rodea se torne pesarosa y en oportunidades, alcance niveles de bloqueo a nuestra propia prosperidad. En las emociones está la clave, en la ira que nos invada, en la aptitud emocional que nos impulse a maldecir, ahí está el meollo del asunto. Las palabras no se devuelven, pues carecen de vida propia y al carecer de vida propia, carecen de energía. Si carecen de energía, son inofensivas en su esencia, en su génesis, en su conformación universal. Nuestro énfasis, nuestro acento, nuestro tono, y nuestra intención solapada o no, es lo que las hace malas o buenas, agradables u ofensivas, generadoras de energía positiva o negativa, según cada caso. En síntesis, nosotros podemos atraer con nuestras expresiones y nuestro proceder, el positivismo o la negatividad de la energía del Universo.

— Y a propósito de esto — prosiguió Redundo luego de tomar un sorbo de agua — hay algo que alguna vez escribí cuando alguien me acusó de "ofensivo" y ahora lo compartiré con ustedes**:**

El pensamiento, a veces, puede ser como un dardo venenoso. La palabra puede ser como un verdugo encargado de ejecutar al ser imperfecto que somos. Pero la razón, da la oportunidad de rectificación, y siendo así, ni veneno ni ejecución podrán jamás vencer a la verdad.

A pesar de haber visto en sus breves pausas varias manos levantadas de quienes en algún momento de su charla quisieron intervenir tal vez para opinar o preguntar, Redundo optó por ignorar a sus "discípulos". Aunque pregonaba con ahínco el ser un orador que promueve la participación del público para dar formato de conversatorio a sus reuniones, eludía en la medida de lo posible cualquier intento de dialéctica que pudiera afectar a la postre su perfil de "sabio". Este proceder no lo aleja en gran medida de la inmensa mayoría que como el, pudieran ser solo algo más que aspirantes a erudito improvisado en busca de figuración y reconocimiento, falencias que le han dado identidad al carácter egocéntrico de la especie humana desde los inicios de este algo que llamamos humanidad.

— También a propósito de atracción energética y todo esto — prosiguió — debo añadir que años atrás decidí ser feliz. Para ello solo bastó decidirlo, y luego evitar desear lo que sabía que es imposible obtener. La infelicidad tiene su origen en la vehemencia con la que se desea lo que no se puede tener. Si por el contrario, aprendemos a apreciar lo que tenemos,

y solo aspiramos — sin ambicionar más allá de lo racional — lo que con certeza sabemos que podemos obtener, entonces seremos felices. La felicidad no es más que la ausencia de infelicidad.

— Sigmund Freud decía:

Existen dos maneras de ser feliz en esta vida, una es hacerse el idiota, y la otra, serlo.

— En una oportunidad que alguien me preguntó sobre la felicidad en el matrimonio, le mencioné esta línea escrita por *Oscar Wilde*:

Un hombre puede ser feliz con cualquier mujer, mientras no la ame.

— Esto me obliga a recordarle a ustedes, estimados amigos, que el principal motivo, la mayor causal de divorcio que existe, es el matrimonio. Si no existiesen tantas ceremonias de matrimonio, la incidencia de actos de divorcio sería ínfima, seguramente.

De nuevo la hilaridad hizo su aparición en el espacio ocupado. Una suerte de despereza muscular, facial y mental para quienes pacientemente habían escuchado a aquel hombre, cuya fuente de recursos retóricos parecía no agotarse jamás. Una especie de libro ambulante, lleno de caletres y algunas reflexiones que solo podían ser posible en alguien que como Redundo Mascapiedra, vivía su vida particular, su propia experiencia vital, su exclusiva condición mental, su propio mundo, su propia realidad. Era como una

dosis de algún alucinógeno capaz de convertirse en mota absorbente de las inmensas disimilitudes de su entorno y su extorno más excluyente, falaz y destructivo. Era como una escuadra de caballería yendo al encuentro de la vanguardia enemiga, pero con la única intención de disipar las amenazas a su propia vida que, provenientes del enemigo, obligan a la defensa sin cuartel para preservar las prerrogativas de la vitalidad. Ese mismo extorno, el más influyente además, es el que traspasa las barreras de lo sensato, y pretende cabalgar sobre el lomo de cuanto individuo no se enmarque en su bufa constitución de valores, que aun considerados por ellos como tal, carecen de la más elemental ética y la más básica moral. La premisa superior, independientemente de su relación con preceptos ideológicos de una y otra parte, probablemente sea la dominación del hombre por el hombre, para el goce y disfrute de un grupúsculo con pretensiones de superioridad. Quizás de esta especie de entelequia, procedía el fraternal Redundo, el amigable y bien educado Redundo, el amable y conversador Redundo.

— No olviden, amigos míos — dijo abordando nuevamente a su audiencia — que**:**

El que embriológicamente es traído al mundo con el diámetro antero inferior

de la cavidad abdominal aumentado, no logrará reducir su contenedor visceral

por más intentos extrínsecos de reforzar dicha pared que se hagan en el transcurso de su infancia.

— Es decir, apacibles usuarios del sentido del oído, que:

El que nace barrigón, ni que lo fajen de chiquito.

— Y en ese mismo orden de ideas, ahí les va este:

Planta de tronco leñoso que se ramifica a mayor o menor altura del suelo,

y cuyo tallo macizo gana metros de tal manera que se aleja cada vez más de la verticalidad, jamás obtendrá una posición erguida.

— Para los que no entendieron:

Árbol que crece torcido, jamás su tronco endereza

— Los que fuimos abducidos, gozamos de una condición muy especial para sortear los intríngulis de un idioma, cual sea, y para descifrar las carencias y virtudes de nuestros semejantes mortales. Una suerte de ósculo similar a lo que en épocas remotas los antiguos describieron como mensajes de los dioses, que no eran más que mensajes de habitantes de otros planetas que decidieron colonizar a la Tierra con nosotros como especímenes de experimento para mejorar su propia especie. En la infinitud del tiempo del Universo, aún estamos en esa fase experimental iniciada hace millones de años. Si nos comparamos con la morfología anatómica de esos seres, nuestros padres, encontraremos interesantes similitudes con

tendencia a mejoras estéticas, y probablemente ese sea el fin perseguido. Petroglifos, esfinges, ídolos y monolitos dan testimonio fiel de lo que afirmo, además de papiros y dibujos de naves espaciales hechos hace miles de años atrás, cuando las peruanas líneas de *Nazca*, entre otras evidencias, nacían para quedar como pruebas en la posteridad. Los gobiernos de las grandes potencias cuya tecnología ha permitido acercarse al esclarecimiento de esta tesis, pudiesen eventualmente dar fe de lo que sin mayor detalle aquí afirmo.

Ocúpate de la alimentación de las aves córvidas, y estas te extirparán las estructuras de las fosas orbitales a través de las cuales se perciben los estímulos visuales.

— Dicho en castellano simple:

Cría cuervos y te sacarán los ojos.

— A estas alturas de la tarde — prosiguió Redundo dirigiéndose a su confundido público ante los cambios bruscos en la temática de su discurso — no me queda más que pedirles que hagamos un breve receso para satisfacer las necesidades fisiológicas primarias cuya prioridad los obligue a la evacuación de las pruebas tangibles de que aún viven. En la bodega de la otra esquina encontrarán salas sanitarias para hembras y varones, aunque dicen erróneamente DAMAS y CABALLEROS en sus letreros de las puertas. También podrán hidratar su organismo con refrescos y jugos naturales que ahí mismo encontrarán a mó-

dicos precios. Conste que no tengo nada que ver con el negocio, solo hago lo segundo para compensar de alguna manera el contar con lo primero. En quince minutos nos vemos aquí de nuevo.

XXXXXXXXXX

En medio de su peregrinar oratorio de toda la vida, Redundo Macario (Macario fue escogido por su madre como segundo nombre en homenaje a quien la crio) había aprendido que debe existir lo pequeño, para que exista lo grande, la oscuridad, para que exista la claridad, lo bueno, para que exista lo malo. Porque nada es único si tenemos con qué compararlo, igual que nada es bonito si no tenemos como punto de comparación algo feo. Aprendió, además, como teoría filosófica, que el absolutismo es de mentes pobres, y que mientras más sabio se es, más se duda. El no dudar queda confinado para los que temen enfrentarse a la "titánica" tarea de dilucidar entre una tesis y otra (s), para los que teniendo un coeficiente de intelecto igualable con el de cualquier otro prójimo, se van por el facilismo de no desarrollarlo y de esta manera no tener que entretener su ocio con conocimientos que no les interesa adquirir. "Cada cuerdo con su tema" solía señalar Redundo, para referirse a este tipo de personas.

Aunque nunca tocaba el tema de la vida en pareja, (al menos en lo personal), se decía que Redundo tenía una compañera que cada semana le visitaba un día tarde en la noche, hasta antes de los primeros rayos del alba del siguiente día. Otros lo tildaban de homosexual reprimido, y hay quienes se atrevieron a señalarlo como asexual, por la condición de abducido que el mismo pregonaba. Pero para él, esto no era más que "simple cotilleo de comadres que pudiendo entretenerse con una buena lectura, optan por gastar su existencia nutriéndose con el brollo y la mala educación". Lo cierto es, que más que preocuparse por comentarios desaliñados y fuera de contexto, cada vez más se apertrechaba en su hábito de lectura y "navegación" por la internet, de manera de "aprender cada día un poco más, por la medida chiquita", decía.

Paralelamente, llevaba una vida de apacible y disfrutaba del confort necesario dentro de sus posibilidades. De la tv satelital se le escuchó decir alguna vez, que "Ha puesto el universo de la comunicación al alcance de simples botones de comando, ya que la información que es posible recabar nos otorga el poder de combatir la ignorancia. Estar informado te otorga poder, estar informado impide que cualquiera te manipule, que cualquiera te engañe, que cualquiera te mienta. La información te da poder, igual que el saber, de lo cual forma parte como uno de sus elementos primordiales".

La lectura perjudica seriamente a la ignorancia

era una especie de eslogan que usaba con frecuencia. Citaba también a Sor Juana Inés de la Cruz, ilustre beata mejicana del siglo XVII**:**

No estudio por saber más, sino por ignorar menos.

Y de *James Russell Lowell,* citaba:

Los libros son como abejas que llevan el polen de una inteligencia a otra,

para rematar con una aparente contradicción:

Las personas que leen, viven menos.

Hacía una larga pausa, para finalizar con el siguiente cierre:

Sí señores, viven menos ignorantes, menos engañadas, menos reprimidas, menos inseguras, menos testarudas.

Así nos encontramos con este personaje, lleno de vitalidad, de conceptos, de citas, y también de dudas. Un típico humano con defectos y virtudes, pero procurando integrar su vida al conocimiento universal infinito. El tipo de persona prototipo de *Descartes* cuando dijo:

Daría todo lo que sé, por la mitad de lo que ignoro

Y de *Einstein* cuando inmortalizó:

Todos somos ignorantes. Lo que ocurre es que no todos ignoramos las mismas cosas

Alguien a quien el destino había sonreído con irónica ternura, alguien que sin su minusvalía no hubiese

alcanzado lo que representa para quienes tenían el agrado o el infortunio de conocerlo en su faceta más pública, en su esencia creativa.

XXXXXXXXXX

Poco a poco se fueron reintegrando los asistentes al grupo de la esquina Amencia.

Aun no corrían los quince minutos otorgados, y ya la casi totalidad había retornado. Salvo unos dos o tres que fueron suplidos por nuevos oyentes, todos regresaron a la continuación de la reunión vespertina.

— Bienvenidos de nuevo, estimados semejantes. Noto la ausencia de tres o quizás cuatro personas que antes estuvieron con nosotros, pero me halaga ver cinco o seis rostros frescos que se nos han unido. Déjenme decirles que mi intuición me indica que**:**

En esta ubicación hay felino doméstico tras las rejas

o probablemente muros limitantes.

- Es decir, señoras y señores,

Aquí hay gato encerrado.

— Digo esto porque en apariencia, los que decidieron no regresar son los que hicieron algunos comentarios de mal gusto, comentarios estos a los que mis pabellones auditivos tuvieron acceso cuando llevé mi conformación estructural músculo-esquelética a la

parte posterior del negocio, que da justamente con las ventanas de los sanitarios. Sin embargo, considero que no vale la pena dedicar tiempo a estos desfasados, por cuanto:

A vocablos proferidos por mentes estultas, estructuras acústicas externas

en estado letárgico.

—Es decir,

A palabras necias, oídos sordos

— Dicho esto, y para continuar, de verdad os digo, que la especie humana tiene para sí la convicción de que en toda cuestión inherente al acontecer diario solo hay dos criterios posibles: el equivocado y el nuestro. Sí, así como lo escuchan, no "el otro y el nuestro", sino "el errado y el nuestro". Así ha sido siempre y así será *in* sécula seculórum mientras no evolucionemos a un estadio mental superior. Y si bien es cierto que todo el mundo tiene pleno derecho a volverse loco de vez en cuando, también es cierto que los que hacemos uso del sarcasmo estamos ejerciendo un derecho que nos concede la inteligencia, como arma más a la mano en contra de los que decidieron creer que son poseedores de la verdad absoluta. De allí la sentencia ampliamente difundida vía internet:

El sarcasmo es la mejor manera de insultar a los estúpidos sin que se den cuenta.

— Y como ejemplos de sarcasmo, podemos citar:

Las grandes democracias del mundo ofrecen libertad plena, absoluta. La gente goza de libertad, con la única condición de no ejercerla nunca.

— Y esta otra:

En las próximas elecciones votaré por Alí Babá. Al menos así estaré seguro que solo serán cuarenta los ladrones.

— La ironía, su pariente más cercana, se apoca ante su presencia. Pero al final de todo evento, siempre se les ve amorochadas consumiendo risas y vomitando estiércol de vencedoras.

— En alguna oportunidad, hace cosa de dos meses atrás, se agregó a mi audiencia un grupo de turistas daneses comandados por su guía-traductor. Para mí fue un honor que eso ocurriera, pero la incomodidad por tener que esperar a que el guía tradujera cada palabra con el cuidado debido, fue exponencialmente perturbadora y lesiva para mi poca paciencia. Para entonces, una amenaza de lluvia en forma de nubosidad espesa y oscura cubrió nuestro cielo hasta niveles de casi oscuridad, ante lo cual indiqué a los presentes**:**

A perturbación tempestuosa en la atmósfera del globo terráqueo,

rostro humano jocundo y risueño.

— Es decir:

Al mal tiempo, buena cara.

— Y con cara de "no entiendo nada" los turistas comenzaron a dar pasos hacia atrás y los alrededores,

completando en instantes un "éxodo" que, afortunadamente, fue insignificante ante el arribo de una veintena de otros visitantes extranjeros, esta vez procedentes de Gran Bretaña, y algunos noruegos con dominio del inglés. Fue muy fácil disimular mi afectación por mi fracaso con el anterior grupo, pues la bienvenida a los británicos llenó de euforia el ambiente: *Oocan, frends, oocan tuu mai cantrei, Venezuela. (Wellcome friends, wellcome to my country, Venezuela).*

— A propósito de su agradable presencia — manifesté tratando de recorrer con la mirada a todos uno por uno — quiero enviar un mensaje a su reina, a sus gobernantes, a sus representantes de cámaras: Hace tiempo, (pero tanto tiempo, que no quiero entretener mi mente con la cantidad de años transcurridos desde entonces), me dirigí a su país en los siguientes términos**:**

*Yo, ciudadano del mundo, solicito muy respetuosamente a ustedes, me confieran el título de Lord por cuanto creo cumplir con todos los requisitos para optar tan preciada dignidad***:** *Soy humano, no soy negro ni en el iris de mis ojos, expulso mis desechos orgánicos sólidos a través de la porción terminal del tubo digestivo, y mis desechos líquidos a través del principal órgano de reproducción, debo adoptar una posición horizontal cada noche para que mi cuerpo descanse y regenere mi sistema inmune y mis células sanguíneas, y mi fisiología toda se repare a través de lo que llaman dormir; me creo un ser superior, no soy capaz de dominar emociones, río y lloro, siento dolor,*

enfermo y más luego sano, soy egoísta y creo siempre tener la razón.

Pues bien, si tengo todo lo que un Lord tiene excepto la nacionalidad, si siento todo lo que un Lord siente, si puedo amar u odiar, respirar, y morir, entonces

¿Por qué no puedo optar a dicho título?

— Inmediatamente luego de terminar de traducir el último párrafo el acompañante bilingüe, los gringos casi al unísono estallaron en una carcajada que resonó más allá de los rosales. Esperé que el último vestigio de amenidad desapareciera de aquellos rostros, y continué**:** Aun espero que su embajada tenga la delicadeza de responderme, aunque ya no tengo esperanza alguna de que me harán tal honor, tal vez porque no mencioné la diferencia más notable**:** no tengo tanto dinero como un *Lord.*

— Me enteré luego, entre libros y "*gogleando"*, que se nace con ese título, y si no se es "noble" de cuna, jamás se podrá alcanzar tal distinción. Supe de esta manera que el color intensamente blanco de la piel de los llamados "nobles" traslucía la sangre venosa oscurecida por la falta de oxígeno (a diferencia de la roja arterial) dejándole ver con una

tonalidad azulada; de allí viene lo de "sangre azul".

— Decidí entonces comprar un *"sirato"*, es decir, un título de *Sir,* al que sí podría tener acceso cualquier sangre roja siempre y cuando la reina de turno

lo certifique. Pues, esta vez rechazaron mi oferta de pagarlo en cuotas ajustadas a mi exiguo presupuesto, ya que la reina Isabel de Inglaterra no fía desde que Cristóbal cayó en estado de morosidad permanente con la reina Isabel, la que asistía los domingos a la Iglesia católica en España.

— Con ese grupo, luego de manifestarle muchos datos y curiosidades que ellos no conocían, me fue muy bien, tanto que por primera vez alguien me deja saber con una contribución monetaria, que le agradó mi charla. Esos "dolaritos" que tan gentilmente me obsequiaron, no me cayeron nada mal, les diré.

— Pero con un grupo de españoles, fue genial el intercambio verbal. Excelentes majos alcanzaron mi esquina esa tarde, por curiosidad más que por interés, "para conocer de primera mano de qué cosas habla ese <loco> ínclito que ya es popular a nivel de viajes de cruceros". Unos de Málaga, otros de Barcelona, algunos de Valladolid, de Galicia, y el resto de Madrid, se fueron identificando uno a uno como se lo pedí. Muy atentos a lo que escuchaban mientras masticaban turrones que amablemente compartieron con el resto de la audiencia, los ibéricos se deleitaron con cosas como**:**

Si "separado" se escribe todo junto, ¿por qué "todo junto" se escribe separado?

— O esta otra**:**

Líquido incoloro e inodoro que no has de ingurgitar, permíte-le discurrir

por su cauce natural.

(Agua que no has de beber, déjala correr).

— Este otro despertó euforia en ellos, por cuanto no todos viajaban con su pareja legal**:**

La ausencia absoluta de percepción visual, torna insensible al órgano cardiaco.

(Ojos que no ven, corazón que no siente).

— Pero el que casi logró desternillarlos de risa fue el siguiente**:**

Crustáceo decápodo que pierde su estado de vigilia, es arrastrado irremediablemente

por el ímpetu del estado líquido del agua.

(Camarón que se duerme, se lo lleva la corriente).

— Muchas risas, muchas fotos, mucho goce, mucho entretenimiento y mucha cordialidad, pero poco dinero de propina al final caracterizaron a este grupo esa tarde.

— Pero el rasgo más significativo de los *"ñoles",* donde dieron un viraje de ciento ochenta grados en su emotividad, fue cuando eché mano de las palabras de un insigne escritor, poeta y filósofo suramericano que admiro en demasía porque creo que no hay ningún desperdicio en su obra literaria, me refiero al libre pensador Eduardo Galeano**:**

Vinieron, ellos tenían la Biblia y nosotros teníamos la tierra.

Y nos dijeron "cierren los ojos y recen".

Y cuando abrimos los ojos, ellos tenían la tierra, y nosotros teníamos la Biblia.

— Les indispuso el escuchar esta monumental sinopsis de la historia colonial. No repararon en gestos de desagrado, aunque para algunos la indiferencia fue su única manifestación notable. Los no íberos asintieron con su cabeza en señal de aprobación, y repentinamente, como por arte de magia, el ambiente de camaradería habido hasta el momento, se tornó áspero en las miradas. A pesar del ahora enrarecido ambiente en "mi" esquina, me apresuré a agregar otro pensamiento del insigne bardo literato**:**

En 1492 los nativos descubrieron que eran indios, descubrieron que vivían en América, descubrieron que estaban desnudos, descubrieron que existía el pecado, descubrieron que debían obediencia a un rey y a una reina de otro mundo y a un dios de otro cielo y que ese dios había inventado la culpa y lo vestido, y había mandado que fuera quemado vivo quien adorara al Sol y a la Luna y a la tierra y a la lluvia que la moja.

— Y como si no hubiese bastado con lo anterior, de inmediato rematé con lo siguiente, del mismo autor**:**

*El colonialismo visible te mutila sin disimulo***:** *te prohíbe decir, te prohíbe hacer, te prohíbe*

*ser. El colonialismo invisible, en cambio, te convence de que la servidumbre es tu destino y la impotencia tu naturaleza***:**

te convence de que no se puede decir, no se puede hacer, no se puede ser.

— Sabiendo entonces que pudiera estar hiriendo susceptibilidades, con la inmediatez del caso y a viva voz, expresé con tono firme pero comedido**:** Gracias hijos de la madre patria, gracias por obsequiarnos con el regalo más hermoso de todos**:** nuestro extraordinario idioma castellano. ¿Sabían ustedes, queridos amigos, que la letra más abundante en los vocablos de nuestro idioma es la letra "E"? ¿Y que la palabra más larga aprobada por la RAE es "electroencefalografista", con veintitrés letras en su conformación? ¿Y que "oír" se usa para percibir sonidos, y "escuchar" para prestar atención a lo que se oye? Al igual que "ver" se usa para percibir por los ojos, y "mirar" para prestar atención a lo que se ve.

— Sin su legado, estimados visitantes, no pudiésemos disfrutar de las bondades de tan maravilloso abecedario, y quién sabe de qué lenguaje haríamos uso hoy en día para expresarnos, seguramente idioma este que no nos brindaría la satisfacción de contarnos entre los más de quinientos cincuenta millones de orgullosos hispanohablantes, ocupando el segundo lugar como lengua más usada en el planeta, superado solo por el idioma chino.

— Este salvavidas lanzado a última hora impactó de tal manera a los turistas españoles, que todos se acercaron a felicitarme, y entre estrujones de mano y mues-

tras de reconocimiento por mi claridad meridiana, optaron por obsequiarme una caja llena de deliciosos turrones que luego compartí con los presentes.

XXXXXXXXXX

En ese momento, Redundo con su maniqueísmo, logró entonces devolver la autoestima a quienes había indispuesto anteriormente, restituyéndole a la audiencia la tranquilidad requerida para que el grupo no se desintegrara. Al notar que había dominado a su antojo el tema tratado, haciendo uso y abuso de su verbosidad, sintió que su ascendencia en los presentes era de hecho, aunque no de derecho, lo que lo llevó a alimentar su psiquis con la proteína artificial más perniciosa para toda criatura humana**:** la arrogancia, con petulancia y altivez.

Tengamos por cierto, que Redundo no era ajeno a lo humano. Sí, así es, también el — como todo humano — buscaba abigarrar su espíritu con satisfacciones que rebasaran la propia aptitud desplegada más allá de su lóbulo frontal, y que movieran a reconocimiento y agradecimiento de las personas que le rodeaban. En síntesis, el humano Mascapiedra perseguía lo que todo el universo humano apetece, lo que todo hombre o mujer desea con infinita ansiedad, lo que toda criatura pensante quisiera tener siempre, lo que *Des-*

cartes señaló como la cosa mejor repartida en todo el planeta**:** la razón. ¿O es que acaso saben ustedes de alguien que no desee tenerla? Quien acciona, o piensa, o escribe, u opina, o proyecta, o planifica para sí o para la sociedad, quien se baña a diario, o quien permanece sin aseo corporal por varios días, quien se alimenta o quien pasa hambre, cualquiera sea su religión o ideología, o personalidad, bien sepa cocinar sus alimentos o no, o sea ladrón o policía, blanco o negro, amarillo o caucásico, o indio, médico o paciente, empresario o trabajador, buen mozo o feo, alto o bajo, ignorante o académico, cualquiera, estimados lectores, cualquiera, desea que se le dé la razón.

Solo un imbécil pudiera acusar a alguien pensante de que le agrada que le den la razón en todo momento, pues ese mismo señalamiento entraña la aspiración del imbécil de que se le reconozca que tiene razón en su pervertida dicotomía. Redundo no podía escapar a esa realidad inherente, y también le agradaba cuando le daban la razón. Sin embargo, siempre acotaba que a mayor preparación tenida, menos aspiración a tener la razón se encontraba. Y para ilustrar su tesis, recurría más o menos con frecuencia en sus diálogos a un pensamiento de *Charles Darwin*, el "padre" de la evolución:

La ignorancia genera confianza más frecuentemente que el conocimiento. Son aquellos que saben poco, y no los que saben más, quienes tan positivamente afirman que este o aquel problema nunca será resuelto por la ciencia.

En las tardes de tertulia, nuestro personaje permite ser "escaneado" hasta los intersticios de su alma, aunque con ciertas reservas que ni en privado deja filtrar. Solo muy pocos reales allegados, se cuentan entre quienes conocen apenas detalles superficiales de la vida íntima de "Dundo", como suele decirle su hermana, y nadie más que ella. Doña Gladiola, su siempre "enfermera" le espera todas las tardes luego del ocaso, antes de que la oscuridad tome posesión en el reino de la noche. Su ansiolítico de prescripción es lo primero que le da a su adlátere apenas este entra a la casa, para luego deleitarlo con un par de criollas arepas rellenas generalmente con queso blanco rallado, o una que otra vez, con alguna fritura que puede ser mandocas, pastelitos o empanadas rellenas con el mismo producto lácteo pasado por el rallador. Luego de cenar y ducharse, al igual que antes de dirigirse a la plaza en horas del mediodía, Redundo se encierra en su habitación a leer. Muy pocas veces se instala con su hermana en la sala para ver la tv, y son contadas las noches que no enciende su computadora para "conectarse" luego de terminar su lectura del día.

Cada mañana, al levantarse, "Dundo" es diligentemente obsequiado con una taza de tilo, ante la prohibición médica de consumir cafeína, costumbre esta que ya ronda las tres décadas. Con el té servido, doña Gladiola le alcanza media tableta del anticonvulsivante prescrito por el médico que mes a mes atiende

los requerimientos farmacológicos del paciente que "ya sabe más que yo", según refiere con jocosidad el especialista en patologías de la mente. Luego de desayunar con frutas o cereales, "Dundo" retorna a su cuarto a retomar las lecturas de la noche anterior hasta que en horas del mediodía almuerza para luego ducharse y prepararse para acudir a su cita diaria en la esquina Amencia.

XXXXXXXXXX

— Retomando el tema de los turistas y el párrafo salvavidas que me eximió del peligro de un linchamiento provocado por la ira de los ofendidos españoles, esa tarde me...

— Perdón, perdón, Redundo, expresó una agraciada viejecita desde su asiento portátil.

— Es que hace bastante rato que estoy levantando la mano, y usted no parece interesado en pararme bolas, señor.

— Para mejor decirle, maestro, o señor, o como sea que se le diga, cuando regresé

del receso de quince minutos que nos tomamos, quise pedirle una aclaratoria de una vez.

— Pues soy todo oídos, bella señora. ¿En qué le puedo ayudar?, exclamó sonriente Redundo.

— Pues verá, al irnos usted nos dijo que los ba-

ños estaban identificados con letreros donde se podía leer "erróneamente" DAMAS y CABALLEROS. Antes de entrar al que tenía el letrero de DAMAS, me aseguré que no fuera un error, y efectivamente, era el correcto, al igual que el que decía CABALLEROS, se correspondía con el de hombres. Nos puede explicar ahora, ¿en qué consiste el error?

— Ah, muy bien mi doñita, muy oportuna su pregunta, muy interesante que me permita ahora aclarar el asunto, expresó de buena gana el infatigable orador, tomando de seguidas y abriendo de inmediato un grueso tomo del diccionario de la Real Academia Española de la lengua que permanecía colocado en una esquina de la banca que le servía como especie de proscenio.

— Ahora les diré. La RAE define la palabra DAMA como**:** *1. f. Mujer noble o distinguida. 2. f. Mujer, señora, en tratamiento de respeto.* Y define a caballero, como**:** 3. m. Hombre que se comporta con distinción, nobleza y generosidad. 4. m. U. como tratamiento de respeto o cortesía para dirigirse a un hombre.

— Pues bien, estas son las definiciones, lo conceptual, el marco teórico. En el mundo real, práctico, cotidiano, con extraordinaria ligereza solemos catalogar como dama a cualquier mujer, independientemente de su proceder, o como caballero a cualquier hombre independientemente de su comportamiento.

— Ser dama, estimada audiencia, es una manera de

ser, de comportarse, es usar una manera amable de dirigirse a los demás, es lo contrario a ser zafia, injuriosa, rústica, ordinaria, descortés. Es ser agradable y considerada, es actuar con delicadeza. Ser una dama es no aprovecharse de su condición de género para obtener prerrogativas y preferencias que a una mujer asesada, sensata y justa, no le apetecería tener. Ser una dama o un caballero, es un hábito, es una manera de tratar a sus semejantes. Ser dama o caballero involucra amabilidad, gentileza, educación, cortesía, respeto y justo proceder.

— Dado que estas consideraciones son de orden sociocultural, se necesita, además, que la condición de dama o caballero sea reconocida por el entorno, por cuanto al igual que la honestidad, es algo que no se puede decretar. Nadie puede autoproclamarse honesto, o dama, o caballero, pues cualquiera de estas condiciones depende del criterio ajeno, y solo podremos ufanarnos de ser honesto, o dama, o caballero, en la medida en que los demás crean y dictaminen que lo somos. Sin ese reconocimiento, no puede existir una u otra cualidad. (Esto último pudiera constituirse en la excepción a la regla de la popularizada sentencia de que no debe importarnos el qué dirán).

— Es justo aclarar, que no me refiero a mujeres refinadas, pretenciosas y altaneras, rimbombantes, ostentosas, presuntuosas y algunas veces, egoístas. Lo mismo aplica para los hombres, indistintamente

de su posición económica o profesional. Se debe ser afable, conspicuo, simpático y cordial si se quiere ser tratado como dama o como caballero, a mi entender. Ser afectuoso, cariñoso, cordial, sin dejar a un lado el temple requerido para ser exitoso y perseverante para lograr nuestras metas como individuo social, sin menoscabo del carácter necesario para hacerse respetar, ni caer en el terreno de la extrema pasividad. Todo esto se puede conseguir sin mucha dificultad, si le damos su puesto a la enseñanza de la escuela y, primordial y necesariamente, a la educación del hogar.

— Para concluir, podemos señalar que una mujer es débil, insegura, lloriquea para conseguir lo que quiere, su género le da prepotencia y piensa que los hombres están obligados a favorecerla solo por su condición femenina, sin necesidad de tratar bien a sus semejantes. Una dama es recia, persistente, llora solo si las circunstancias lo imponen, con la seguridad que le otorga su pundonor. Una dama lucha por conseguir lo que se propone, no se aprovecha de su condición de fémina, se exhibe humilde, sin altanería, y sin esperar que los demás le otorguen un trato que no se ha ganado. Una dama es cortés y delicada en sus relaciones humanas, y no reclama para sí el derecho a ser respetada y a servirle solo por su condición. En todos los casos, esto viene acompañado por una alta autoestima.

— Es menester aclarar, dejar muy claro, que esto aplica por igual para el caso de los hombres, y que en

mis consideraciones no hay ni el más mínimo sesgo, ni la más insignificante señal de misoginia, por cuanto considero — y así lo proclamo — que la mujer es la más hermosa y gratificante creación del Universo. A una dama, ¡ni con el pétalo de una rosa!

— Esto me recuerda lo que una vez escribí**:** La enseñanza en la escuela nos

conduce a ser hombres o mujeres de trabajo, de provecho. Pero la verdadera educación para ser un caballero, o una dama, la obtenemos en el hogar. En este caso, esa es básicamente la diferencia entre enseñanza y educación.

— Si le satisface mi respuesta, estimada dama, continuaré con mi circunloquio, expresó Redundo mientras fijaba su mirada en el rostro de la añosa señora, y sonreía con evidente picardía por el tono irónico de sus palabras. La hilaridad, una vez más se hizo presente en todo el grupo.

— Me doy por mucho más que respondida, estimado caballero. Me parece increíble el tratamiento que usted le da a las cosas cotidianas que, precisamente por ser tan cercanas a nuestro día a día, no nos detenemos a analizar. Solo un verdadero caballero es capaz de reconocer en mí a una dama, le dijo en dulce tono la aludida, con una mordacidad que hizo estallar al grupo en una risa colectiva.

— *A diferencia de la solidaridad, que es horizontal y se ejerce de igual a igual, la caridad se practica de arriba-abajo,*

humilla a quien la recibe y jamás altera ni un poquito las relaciones de poder.

— ¿Saben quién lo escribió? Pues nada más y nada menos que el genio literario Eduardo Galeano, que nuevamente se hace presente esta tarde en mi memoria.

— Lo quise usar como exordio para el siguiente tópico**:** la convivencia en sociedad. Me agrada abordar esta temática por cuanto todos somos sujetos de beneficio y/o perjuicio en este ámbito. Y es que la tendencia casi exponencial de los seres humanos se inclina cada vez más a individualizar la acción, en lugar de colectivizar el pensamiento consciente, sensato y solidario. Me refiero al afán egocéntrico que mostramos en la interrelación con nuestros congéneres. Hoy vemos a gente incapaz de amar de hecho a su prójimo, gente manipuladora, negada a ponerse mentalmente en el lugar del otro para analizar con sentida sensatez las diferentes opciones, gente que no piensa en el bien común, gente que solo pone por delante sus propios intereses. Los mismos que con una sobredosis de soberbia, suelen creer que el mundo gira alrededor de su figura, culpando siempre de sus errores a los demás. En los más de los casos, estos seres esconden tras esas actitudes, debilidades y carencias que justamente tratan de ocultar a través de la proyección de una personalidad pretendidamente superior.

— En general, no estamos fuera de este renglón, nuestra tendencia cotidiana es a particularizar nuestra acción, sin importarnos para nada el bien común. Hasta aquí, estaría bien defender lo nuestro y pensar primero en nuestros propios intereses familiares. El gran problema es, que envilecemos nuestro proceder y acudimos a la soberbia para rebasar esa noble medida. *Nicolás Maquiavelo* dijo**:**

La naturaleza de los hombres soberbios y viles es mostrarse insolentes en la prosperidad y abyectos y humildes en la adversidad.

— La arrogancia embriaga de superioridad a las personas, para enmascarar su baja autoestima. El desatino es una especie de égida que los acompaña en la prédica peregrina de su propia incultura. Lo único que aprenden a lo largo de su vida cuando alcanzan una pequeña cuota de poder, es a ser despreciables ignotos que mancillan el honor de quienes le rodean. En esos términos, podemos concluir que el dinero y el poder no cambian al hombre, solo fraguan su verdadera personalidad. Y como guinda, nuevamente *Maquiavelo* sentencia:

Los hombres ofenden antes al que aman que al que temen.

— Es por eso que debemos tener mucho cuidado al momento de seleccionar con quién andamos, con quién compartimos y a quién somos leales.

Dicho esto, Redundo echó mano de nuevo a su joco-

sidad, sus cuasi galimatías, su exorno.

Dime a quién te adosas de manera paralela para ejercer las funciones básicas
de las extremidades inferiores, y podré expresarte de manera diáfana y concisa
cuál es tu identidad social.

E inmediatamente prosiguió:

- Dime con quién andas, y te diré quién eres.

— Y si quieren otra versión refinada del mismo refrán, aquí tienen esta**:**

Revélame la identidad social de quien se desplaza en paralelo a tu conformación
músculo-esquelética, y daré con la manera en que te proclaman en tu entorno cívico

De inmediato ocurrió lo que Mascapiedra esperaba que ocurriera**:** la risa, el relax, la distensión, invadieron el ambiente. Aquella manera de abstraer a la audiencia del arribo de un posible tedio, había dado resultado por años al orador desde los inicios de esta aventura ecléctica que satisfacía su ego y nutría su pretendida condición de sabelotodo. Toda su vida había soñado con ser reconocido de alguna manera, por algún don, por cualquier desempeño que marcara huella en una sociedad que valora más la condición tangible de lo material, y que antepone el cuánto y el qué, ante el por qué y el cómo. "Somos criaturas volu-

bles, frágiles, rehenes de lo frívolo, ante la impetuosa veleidad de los bienes, lo que nos conduce a desechar los reales valores de una existencia verdaderamente de provecho cognoscitivo". "Debo reconocer que el dinero no proporciona felicidad, ¡pero cómo ayuda!", dijo en una oportunidad que le pidieron su opinión sobre el amor a lo material.

Luego del brevísimo receso anti estrés, la charla continuó**:**

— El humano, en su empeño de figuración cual macho o hembra alfa, ha dejado atrás consideraciones que otrora parecían ineludibles a la hora de rescatar adecuados procedimientos de convivencia y fraternidad. *Sir Winston Leonard Spencer Churchill*, en su trajinar político luego de la segunda guerra mundial, sentenció**:**

El problema de nuestra época consiste en que sus hombres no quieren ser útiles sino importantes

— Y lo peor, agrego yo, es que la clase política pretende hacernos creer que la gente importante es la más calificada para ser útil, cuando a través de la historia hemos comprobado sobradamente que sin el ruin comportamiento de ese bodrio colectivizado, el mundo fuera infinitamente mejor en todos los aspectos.

— Es por eso que me anoto sin miramiento alguno, en el sentido de estas palabras del ilustre pacifista *Mahatma Gandhi***:**

Nuestra recompensa se encuentra en el esfuerzo y no en el resultado.

Un esfuerzo total es una victoria completa.

— Igual me anoto en esta otra**:**

Puesto que yo soy imperfecto y necesito la tolerancia y la bondad de los demás,

también he de tolerar los defectos del mundo hasta que pueda encontrar el secreto que me permita ponerles remedio

— Pero donde me anoto con mayor énfasis, es en el que sigue**:**

Nadie puede hacer el bien en un espacio de su vida, mientras hace daño en otro.

La vida es un todo indivisible

— Lapidario, genial, como todo en la vida de este extraordinario ser, que...

— Maestro, maestro, por favor, gritó un joven desde la última hilera del grupo.— ¿Pudiera usted decirnos qué filiación política o qué ideología tiene?

Luego de sonreír durante unos cuantos segundos, Redundo miró a las alturas, inspiró como quien está a punto de sumergirse en las profundidades de un mar tempestuoso, se dio unos suaves golpes en sus sienes con ambas manos al mismo tiempo, estrujó su abdomen con la izquierda mientras que con la derecha apuntaba su dedo índice haciendo un suave movimiento de sube y baja en dirección al grupo, y con su mirada fijada en el joven inquisidor, dijo**:**

— Primero lo primero. Lo de maestro como que va en serio, y sepan ustedes que sería el mejor honor que pudieran hacerme. Pero en mi empeño de ser justo, debo decir que no lo merezco, pues maestro es la mayor calificación alcanzable por cualquier humano, porque maestro significa no solo enseñar, involucra educar, formar y forjar hombres de bien, representa el todo del conocimiento listo para ser vaciado en continentes humanos en forma de bóvedas craneales. Ser maestro es estar en un plano más arriba del horizonte común, es como ser un recipiente lleno de conocimientos que usa como preservativo para no evaporarse, la lectura, la investigación, el razonamiento y el escuchar. Evidentemente, no me refiero al maestro escolar, por cuanto esto no es atinente a una condición profesional para la subsistencia. Me refiero a la más pura calificación de la sapiencia en su máxima expresión.

— En cuanto a su pregunta, debo decir que no, y definitivamente no, pertenezco ni sigo ninguna doctrina, ninguna ideología, ninguna afinidad política. La razón es muy sencilla**:** Amo la libertad, la libertad de ser, la libertad de pensar, de actuar, de obrar, de opinar, y hasta la libertad de creer, esta última con todas las reservas del caso. Y las religiones, las ideologías, las sectas, las cofradías y los partidos políticos, todos ellos, todos sin excepción alguna, se convierten en prisiones del pensamiento libre. Nadie puede ser

verdaderamente libre cuando se es despojado de la posibilidad de tener criterio propio, cuando se es despojado del libre albedrío, cuando se es despojado del arbitrio, cuando se le conmina a razonar de acuerdo a los parámetros que doctrinas o dirigentes imponen para reivindicar los intereses del grupo al cual se pertenece. Habrá seguramente entre ustedes quien desee lincharme por lo que afirmo, con marcada vehemencia, además. Habrá neoliberales que me acusen de comunista, comunistas que me acusen de liberal, conservador o reaccionario, habrá religiosos que me acusen de ser un instrumento de satanás, o seres infernales que me acusen de complaciente teológico, políticos que me acusen de apático o conformista, docentes que me acusen de ignorante, adoctrinados que me endilguen el tener un pensamiento fragmentario, unionistas que me acusen de secesionista, pero sobre todo, habrá ignorantes que me acusarán de irracional por no ser como ellos, por no pensar como ellos, por no actuar como ellos, por no creer lo que ellos creen. Y lo peor, estarán seguros, sin dudar un solo instante, que estoy loco, que soy un enajenado y despreciable orate loco.

— Recuerden ustedes que, paradójicamente, mientras menos se lee y se investiga, más seguro se está de lo que se afirma.

— *Winston Churchill* sentenció al respecto**:**

Un fanático es alguien que no puede cambiar de opinión

— Adicionalmente les cuento que, específicamente abordando el tema político, la acción del hombre (y no la ideología o el pensamiento colectivo que representa) es lo que hace prosperar o fracasar un sistema de gobierno. Es decir, un comunista puede resultar ser un artero ladrón, como igual puede resultar ser vil y corrupto un liberal, un conservador o un demócrata. Ninguna doctrina, ningún lineamiento, plantea el saqueo del erario público ni la desidia, ni la destrucción económica de una nación. Cualquier político, de cualquier ideología, puede resultar un aborrecible maula, un despilfarrador de los recursos de un país. Se puede ser malo, o bueno, o ateo, o profundamente religioso, y luego inscribir su nombre en un pensamiento ideológico que lo arrope y lo apoye en una contienda electoral.

— Siendo milico, se puede ser bien intencionado, o impúdico, y luego dar un golpe de estado con la promesa populista de arreglar todo el desbarajuste que "justificó" dicho golpe. Una economía de libre mercado puede ser impulsada por algún gobernante sin necesidad de la aberrante imposición de tener una idea preconcebida en el marco de una ideología, o de un plan de gobierno con muros de contención en ambos lados que le impidan cambiar de rumbo. Asimismo, una economía de estado con controles de plusvalía y distribución, puede ser apetecible para

cualquier servidor público electo por el voto popular, independientemente de los cánones impuestos por la idea que representó antes de llegar al poder.

— Con respecto a las organizaciones partidistas, creo que sobraría cualquier comentario. En síntesis, no soy político, y mi única participación al respecto es cuando estoy seguro de que mi opinión va a ser tomada en cuenta, va a ser contada, para incluirla en los guarismos de un proceso electoral. Obviamente, me he equivocado, he incurrido en el error de dejarme llevar por los discursos bonitos y lo aparente, sin tomar en cuenta que — en política — las apariencias siempre cambian, al igual que las mentiras tarde o temprano son descubiertas.

— De todo esto, se puede inferir que el humano es el único culpable de lo que hacen los humanos tras hacerse del poder. Así es como aprendí que cada vez que necesite una mano amiga, desinteresada, que me ayude sin esperar nada a cambio, que me comprenda y me sea leal, siempre la encontraré al final de mi brazo. Los pueblos han aprendido en el curso de los años, y cada vez están más claros en lo que a política concierne. Entre otras cosas, han aprendido a perder el respeto cuando los que mandan pierden la vergüenza. Han aprendido en esta era de la noticia en tiempo real, a no dejarse engañar por los que siempre los han defraudado, y han aprendido que en lo único que realmente son iguales a cualquiera, sea rico o

pobre, poderoso o dependiente, es en el momento de emitir su voto. Este cuenta como igual a cualquier otro, no importa con qué interés o intención se haya depositado. Además, recordemos que en política la verdad no es lo que importa, sino que te den la razón. Ellos, los políticos, si no pueden convencer a sus seguidores, entonces optan por confundirlos. Es por esto que me declaro pensador independiente e insobornable, sin riesgo de que me acusen de apóstata, pues nunca he pertenecido a ninguna organización que me imponga lealtad a ciegas.

— ¿O sea, que ninguna ideología, ninguna religión, ningún grupo organizado es bueno?, preguntó otro joven dando un par de pasos al frente.

— Lo bueno y lo malo está en el hombre, insisto. Las cosas por sí solas no califican; la acción del hombre, su comportamiento, su proceder, es el que resulta ser bueno o malo. Un político corrupto no hace que una ideología sea corrupta, al igual que un religioso pederasta o un vividor del usufructo de la fe de los acólitos no hace que la religión sea pederasta o vividora. Definitivamente, el proceder humano es el responsable de lo bueno y lo malo, más allá de lo que proclame en la organización, religión, o ideología en la que participe. Las cosas no hacen al hombre, el hombre hace las cosas. *Marx*, por ejemplo, no fue hecho a partir del materialismo histórico y la igualdad de clases. Jesús, el Cristo, no fue hecho a partir de la

Biblia. En ambos casos, el dogma no los hizo a ellos, ellos hicieron al dogma.

— José Ingenieros, ilustre teósofo, filósofo, médico psiquiatra, psicólogo, criminólogo, farmacéutico, sociólogo, docente universitario, escritor y masón ítalo-argentino, nos legó**:**

La curiosidad intelectual es la negación de todos los dogmas y la fuerza motriz del libre examen.

— Y *Gilbert Keith Chesterton*, connotado periodista y escritor londinense de principios del siglo veinte, llamado por algunos "príncipe de las paradojas", escribió**:**

*Existen dos tipos de personas en este mundo***:** *Los que creen en dogmas y lo saben,*

y los que creen en dogmas y no lo saben.

— Ahora jóvenes, si consideran que el punto ha sido aclarado y su curiosidad ha sido satisfecha, entonces déjenme continuar...

— Sí señor, aclarado...dijeron ambos casi al unísono.

— Pues bien, para que dejemos atrás tanta sobriedad, y nos relajemos un poco, les comentaré algunas de mis breves conclusiones "traídas por los cabellos", lo reconozco. He podido concluir en mis observaciones y análisis, que la vida amablemente le cede su puesto en nuestro cuerpo a la muerte cuando esta llega solicitándonos. A veces, inesperadamente para nuestro enfado, o mejor dicho, para enfado

de nuestros seres queridos, y otras veces se anuncia sin que en el transcurrir del tiempo la sintamos llegar, hasta que ella aparece. En cualquier caso, es el final de nuestro ciclo terrenal, lo que algunos llaman "nuestro destino". Y es que la vida parece ser una enfermedad mortal de transmisión sexual, que al igual que el cáncer, no tiene cura. Quizás ese sea el motivo por el cual los varones solo piensan en comida, diversión y sexo, sin importar qué cosa sea primero o cuál después, pues el orden de los factores no altera el placer. Una conclusión muy particular a la que he llegado luego de horas y horas de profundo análisis y matemáticas, es que de cada cien personas que ven televisión, cincuenta son exactamente la mitad.

— Y para demostrar que es de mala educación hablar con la cabeza hueca, les diré que en la única oportunidad que asistí a una disertación sobre el misticismo, fui expulsado del auditorio cuando al final del evento levanté la mano y el orador me cedió la palabra, para mostrar con sorna mi supuesta ingenuidad**:** Por una duda que me quedó, le ruego por favor repita lo que dijo después de *"Buenas tardes, señoras y señores, sean todos bienvenidos y por favor, escuchen con atención"...*

— Los asistentes estallaron en una risotada que estremeció al auditorio, y el disertador rabioso me dijo que por favor me retirara, sin darse cuenta que ya todos nos retirábamos por cuanto el evento había finalizado, según sus propias palabras. Aproveché la

euforia del momento, y logré gritarle que si esa noche un pajarito se asomaba a su ventana y le decía que estaba loco, pues con seguridad debe estarlo, en tanto y en cuanto los pajaritos no hablan. Desvió la mirada, caminó al encuentro de quien aparentemente es su esposa, y se alejó apresuradamente en sentido contrario a la salida.

Redundo logró lo esperado. Una oleada de relax invadió la atmósfera de la esquina, arropando con una suerte de armonioso sosiego a todos los presentes. Un momento que los sacó de la agenda de la curiosidad y el conocimiento, y los trasladó al ambiente de agradable fraternidad que el hablante había propiciado. Rápidamente en el grupo hubo sonrisas, comentarios solapados de empatía y amistad, pasos cortos contra el adormecimiento muscular, hasta llegar a la lenta desmovilización propiciada también por el líder de la reunión, cuando abandonó su puesto en el improvisado proscenio y se encaminó hacia los rosales en plena florescencia. Esa es la manera en que generalmente termina sus charlas, sin un "gracias señoras y señores por haber venido", ni un "los espero mañana a la misma hora y el mismo lugar" característico de los discursantes de oficio.

Pero esta vez, repentinamente se volvió al grupo y caminando apresuradamente se acomodó de nuevo en su posición de orador.

— Esperen, por favor, esperen, esperen, no se mar-

chen, hay algo muy importante que debo decirles: ¡Recién recibí un mensaje vía telepatía inter estelar mientras conversaba amenamente con las rosas!

— Bueno, realmente no lo acabo de recibir, solo acabo de recordar que la inteligencia eterna se comunicó conmigo hace pocas horas. Valórense y regocíjense, son muy afortunados los presentes esta tarde, porque de ustedes será el reino de los arcanos interplanetarios redundistas.

— Ahora mis amigos, voy a referir algo por primera vez en mis tertulias "amencianas".

— Hace algunos años, tal como es del dominio público, fui abducido por un ente reptiliano que aún no me ha revelado su exacta procedencia. Desde entonces, he esperado expectante y con mucha curiosidad la próxima fase o el desenlace de tal evento, dado que no quedó registrado en mi memoria ningún recuerdo que me permita hacerme de una sólida opinión al respecto. Sospecho que necesita ubicarme nuevamente para concluir su tarea, por cuanto anoche en un extraño sueño este ser me advirtió que debo prepararme para el día de su llegada, antes de dos rotaciones terrestres más.

— Hace muy pocos minutos, al acercarme a la rosaleda, sentí desvanecer mis ganas de vivir, mientras una fuerza desconocida e indescriptible me impulsaba a descubrir mi destino, al margen de mi voluntad. Sucedió en segundos, todo esto pasó en muy pocos

segundos, y creo que esta noche se registrará el desenlace de mi experiencia alienígena.

— Sean prudentes y recatados, por favor, y no se expongan a la burla de la gente haciéndole saber que creen en mi aparente fantasía. Les prometo retornar tan pronto me sea posible, y contarles todo lo que pueda para que se armen con un buen argumento que fundamente lo que les va a tocar demostrar.

— Vayan con eón, y los espero luego de mi travesía probablemente por un hasta hoy inescrutable agujero negro.

XXXXXXXXXX

Así se despidió esa tarde, con esas palabras, con esa fraseología, con ese enigmático dejo cargado de expectativa, motivante, y poderosamente llamativo de una curiosidad inherente a la condición humana.

Hasta ese día, Redundo Mascapiedra siempre recorrió las calles hasta su vivienda sin reparar en el tiempo para detenerse y ofrecer respuesta a cualquier pregunta que durante el trayecto le hicieran amigos y extraños. Hasta ese día, esbozó siempre una sonrisa complaciente y despreocupada al momento de mostrar su estado de ánimo a los que lo veían caminar de vuelta a casa. Hasta ese día, siempre dejó la esperanza de escucharlo en su siguiente jornada parlamentaria. Hasta ese día aquel ser "tocado" que entretenía a grupos que quisieran escuchar su discu-

rrir polifacético, logró extasiar a quienes voluntaria o involuntariamente concordaran con sus criterios, independientemente de estar claros o no en que "en esa cabeza falta un tornillo".

Esa tarde noche, luego de cenar, como siempre abrazó a su hermana, pero esta vez le susurró al oído algo inusual: "Creo haber recibido la señal esperada. Sospecho que esta noche vienen por mí para alejarme quizás para siempre de este planeta. De ser así, dona mis libros a la escuela que me rechazó negándome el derecho de todo habitante de este país a la enseñanza formal, pero pide como condición única que la biblioteca lleve mi nombre. Pide también por favor, que en la entrada pueda leerse las palabras del insigne latinoamericano Facundo Cabral:

Estoy feliz de estar loco, y de no pertenecer al mundo de los cuerdos

que estafan desde los bancos, que mienten desde los templos y que matan en nombre de la patria.

Treinta y tres días después, su hermana Gladiola mantiene en la más absoluta reserva el estado de salud de "Dundo", sin haber confesado más que a mí — amigo desde la infancia de ambos — algunos muy someros detalles del caso. Pero a pesar de haberme acercado innumerables veces a su casa, y rogarle que me deje verlo, nunca más he podido hablar con él, por cuanto le pidió a Gladiola que le permitiera man-

tenerse en el más hermético ostracismo, aislado del mundo circundante. Su hermana solo tiene contacto por voz cuando le lleva la única ración de comida cada día, preparada y seleccionada por las manos amorosas del ser protector que siempre ha sido.

Por mi parte, continúo a la espera de la tarde en que decida regresar a "su" esquina, donde nunca ha dejado de haber una heterogénea cantidad de asistentes en procura de sus datos, chistes y teorías. Quienes le conocimos en su familiaridad y en su entusiasmo pedagógico, sabemos que nada de este mundo lo haría cejar en su empeño de compartir con sus semejantes en términos que identificaba como "cordiales y muy didácticos".

Su menú diario, que hizo llegar a su hermana desde el primer día de su encierro en un trozo de papiro manuscrito con una tinta púrpura muy viscosa, carece de proteína animal, y un recetario vegano prevalece en la única comida del día. Presumo entonces, que su salud y su proporcionalidad muscular deben haber menguado considerablemente, por lo que su apariencia no debe ser la misma a estas alturas.

Por su parte, la gente ha puesto a circular cualquier cantidad de hipótesis, y hasta leyendas se han desarrollado a cargo de radio bemba. Cada quien ha conjeturado lo que su parecer le indica, y de ahí que hasta "convertido en iguana" o "completamente verde" se ha escuchado decir. Algunos afirman que tiene un

mal contagioso que lo convirtió en un enfermo terminal, y otros dicen que agotó el repertorio y está leyendo e investigando nuevas fuentes que sustenten sus charlas.

A Gladiola le sobran las impertinencias de preguntadores día a día, pero ella ha adoptado una conducta silente, de suspicacia total. Por mi parte, jamás traicionaré la confianza que depositó en mí, y nunca saldrá de mi boca absolutamente ningún comentario sobre las escamas que alcanzó a ver en el brazo de su hermano cuando este le entregó el papiro con su dieta.

"Vayan con eón, y los espero luego de mi travesía probablemente por un hasta hoy inescrutable agujero negro", sigue retumbando en la cabeza de quienes le escucharon esa tarde por última vez...

EL PANTEÓN DE LOS SUICIDAS

Narciso Buenanota asomó su rostro enjuto a través de la reja principal del cementerio municipal. Día viernes, hora tres pos meridiano.

Acudía a la cita pautada la tarde del miércoles próximo pasado, cuando prometió ayudarme en mi tesina para diplomarme en tanatología. El punto de encuentro no está identificado, pero todos sabemos cuál es y dónde está**:** Callejuela principal, sexta transversal, a la derecha. Un inclemente sol abrasador hizo incómodos los escasos minutos que pasaron desde que llegué, tiempo en el cual mi angustia por saber si Narciso vendría habiendo logrado la orden de permanencia y observación, absorbió el transcurrir de mi espera.

Esa tarde octubrera, un cielo despejado parecía confabularse — junto a la carga de humedad del ambiente — en contra de nuestra comodidad. La ausencia de árboles permitía a los rayos inclementes broncear mis brazos y mis cachetes desprotegidos por falta de previsión (Un sombrero, lentes de sol y una camisa manga larga hubiesen bastado para protegerme de los ultravioleta). Las paupérrimas tumbas y la soledad del área afinan mi percepción sobre el significado de

"silencio sepulcral". La cobriza tierra aloja las más disímiles colonias de hormigas, mientras las aves se ven a lo alto volando en círculo, como si alguien les hubiese ordenado vigilar nuestro encuentro. Narciso traspasó la entrada y con pasos largos avanzó hacia el panteón donde le esperaba. Rápidamente llegó y el saludo de rigor fueron sus primeras palabras.

XXXXXXXXXX

La profesora Zoila Rosa Vera es bella. No solo por fuera es bella, también por dentro es bella. Doctora en Ciencias Médicas desde hace más de veinte años, tiene a su cargo la cátedra de Tanatología en la Escuela de Medicina de La Universidad del Zulia. Su tutoría sugiere explorar más allá de lo físico y lo tangible, indagando los intríngulis de la mente. "Algo diferente que se enfrente a los esquemas establecidos, sin llegar necesariamente a romperlos. Recorrer las fronteras entre lo aceptado y lo tabú, lo sabido y lo desconocido, para lograr sobresalir del montón", nos dice reiteradamente.

Es ese el motivo que me llevó a visitar ese panteón en particular. Una inusual manera de enfocar el morir, más allá de consideraciones patológicas y/o forenses. Algo más allá del convencionalismo de la muerte natural o accidental, que involucra necesariamente

la manifestación mental previa al deceso. Algo que, por sí solo, dé un toque de expectación mundana, rozando intermitentemente lo pagano y lo religioso. Descubrir con una visión imparcial lo superficial y lo profundo, los vericuetos y las riberas
del acto del suicidio, es un toque personal que aspiro adicionar por mi cuenta.

XXXXXXXXXX

La hilera de tumbas de lado y lado parece interminable. Narciso, a pesar de sus casi ochenta y tres años respirando, tiene un paso firme y largo. Tras él, tratando de no quedar rezagado, me encontraba yo admirado por los más disímiles epitafios que raudamente alcancé a leer en las lápidas que sobresalen como edificios de mármol en una urbe apaciguada por el cansancio del día a día. Uno que otro ramo de flores sintéticas desteñidas por el tiempo, se erige por encima de aquellas losas como si se tratase de pequeños árboles aislados en una desértica jungla de extrema quietud y calma. Sigo constatando para mis fueros internos el significado metafórico de silencio sepulcral. Al llegar a una especie de pequeño mausoleo recientemente desmalezado y aseado en su totalidad, Narciso se detiene y con un ademán me invita a sentarme en el borde, donde la alzada estructura nos obsequia

una leve franja de sombra que comienza a robarle al sol un pedazo de clemencia. Allí, en la placa recién pulimentada, en letras dorado mate, se puede leer**:**

No me mató alguien, me mató la soledad. Aprésenla y castíguenla.

Narciso, con una voz pausada que contrasta con su andar, se sentó a mi lado, muy cerca de mí. Sus rasgos evidentemente indígenas, y su piel rugosa tostada profusamente, han acompañado el trajinar sepulturero durante más de sesenta años de su vida. Un escaso pelo liso encanado casi por completo se deja ver a través de los pequeños espacios no cubiertos por su gorra deportiva, en cuya visera raída se puede leer en pequeñas letras descoloridas**:** *Economato Municipal*. En su muñeca izquierda, semejando un grueso brazalete acerado y con líneas renegridas en sus uniones, un enorme y viejo reloj *Nivada*, cuya esfera con fondo blanco, contrasta con su piel oscura.— Hace muchos años que no da la hora, pero es parte de mí. Lo tengo desde muy joven y me acostumbré a él, nunca me lo quito, - me comentó, mientras yo comprobaba que las líneas renegridas no eran más que arenilla compactada, es decir, mugre. Su ropaje caqui junto a sus botas de seguridad con punta metálica, completan su atavío laboral.

— Bien, comencemos. Esta es la tumba de Estanislao Rocafuego, quien se suicidó

lanzándose desde el puente sobre el lago de Mara-

caibo, a unos sesenta y cinco metros de la superficie acuática. Su viuda y uno de sus hijos vienen cada seis meses aproximadamente, a renovar las flores plásticas y limpiar su tumba. Los otros tres hijos, a pesar del tiempo transcurrido, no los he visto por aquí nunca. - Dime entonces, ¿en qué puedo servirte?, se apresuró a preguntar mirándome fijamente a los ojos.

— Quiero sus historias, sus vivencias, sus pesares, respondí inmediatamente, dejándole saber con disimulada avidez mis intenciones.

XXXXXXXXXX

Desde mucho tiempo antes de comenzar mi diplomado, a raíz de un caso familiar, me ha inquietado el conocer el aspecto sicológico, vivencial y circunstancial de quienes toman tal determinación. Al tener oportunidad de indagar el aspecto tanatológico e inspirado por el auspicio de mi profesora, colateralmente quise satisfacer mi curiosidad en cuanto a las motivaciones y justificación, en contraposición a los valores sociales y teológicos que rodean tal circunstancia, cuyo análisis y desglose son frecuentemente esquivados más por prejuicios alienantes, que por distancia cotidiana de su índice de ocurrencia.

XXXXXXXXXX

— Don Estanislao — retomó Narciso — era un talabartero consagrado por la calidad de sus trabajos. Su producción se destinaba en gran parte a la exportación debido a la alta demanda en países europeos y del Medio Oriente, razón por la cual su rutina mensual le exigía viajar constantemente por diferentes importantes capitales. En uno de sus tantos viajes a Bruselas, conoció la mujer que marcó su vida y produjo su debacle financiera y sentimental. Desarrolló con ella una relación amorosa que cada vez lo alejaba más de sus negocios y de su terruño. Comenzó a desatender su clientela, por cuanto su frecuencia viajera al encuentro con su nuevo amor empezó a ocupar su tiempo, su mente y sus finanzas. Poco a poco se fue alejando más de su familia, sus amigos, sus socios comerciales, hasta sumirse en una especie de peregrino de la infidelidad. A vuelta de dos años, el otrora próspero negocio quebró, su desatendida esposa lo dejó, y sus relegados hijos asumieron el abandono paterno. Imposibilitado ya para cubrir sus gastos de viaje, hubo de dejar a su amante belga. Alojado en una modesta pensión de un barrio pobre, buscó trabajo en el arte que dominaba muy bien, pero la paga como obrero peletero apenas cubría sus gastos más elementales. Una soberbia acunada quizás en los años de bienaven-

turanza obstaculizó el acercamiento a sus hijos. Él no los buscaba, esperando que ellos lo buscaran a él por tratarse de su papá, y ellos no lo buscaban, esperando que el los buscara a ellos por tratarse de sus hijos. Bajo los rigores de esta orgullosa incomunicación estéril y equivocada, la familia se alejó por completo, no tanto en el sentido geográfico, como en el aspecto sentimental.

Años luz de distancia, tan sólo porque ninguna de las partes quiso ceder. En el trabajo, Don Estanislao se aisló de tal manera, que ya más nunca volvió a sonreír, y nunca se le vio hablar con alguien por más de dos o tres minutos. Así pasó el tiempo, hasta que un domingo (Día del Padre) muy temprano se dirigió al puente sobre el lago y antes de que los guardias de seguridad pudieran impedirlo, se lanzó…

— ¿Y tú qué opinas de este caso?... pregunté apresurado, pero pausando también la voz, a un Narciso que en la profundidad de su mirada denotaba el pesar por lo que me venía contando. Mi intención al preguntar, no era más que calibrar el grado de percepción logrado desde la óptica de un sepulturero, la óptica de alguien para quien este tipo de eventos no significaría más que una parte de su cotidianidad laboral, su quehacer diario. Alguien sin excusa alguna para analizar proyectivamente su parecer al respecto. Pero aquí comenzó mi sorpresa, aquí tomé conciencia de mi profunda desubicación...

— Lo primero que debo decirte, mi joven amigo, es que soy sepulturero. Ni juez, ni

Dios, ni estoy investido de poderes especiales para juzgar a los demás. Pero como ser humano, entiendo que las circunstancias y particularidad son indicativos a tomar en cuenta en el momento de emitir una opinión. Lo más importante, siempre, todo el tiempo, es ponerse en el lugar de aquellos a quien califícas. Con asombrosa frecuencia, juzgamos desde nuestro propio punto de vista, desde nuestras circunstancias y desde nuestras particularidades. Entonces esto no es justo, y sin justeza no hay justicia; y si no somos ecuánimes, si no somos equilibrados, tampoco somos aptos para emitir juicio. El día que yo pase exactamente por todas y cada una de las vicisitudes que experimentó Estanislao, entonces podré decirte si hizo bien o si hizo mal. Pero como esto es absolutamente imposible, por cuanto tendría que haber sido el, entonces no podría juzgarme a mí mismo. ¡He allí el dilema!

Traté de disimular mi asombro por la profundidad de las palabras que escuché con atención y respetuoso silencio. Saliendo de aquellos labios oscurecidos y agrietados por la edad y condición económica de quien las emitió, sirvieron para desmitificar lo que hasta ese momento entendía como intelecto. Un hombre prácticamente iletrado, sin acceso oportuno a un régimen educativo formal, Narciso atesoraba la

más insigne representación de la "*pueblosofía*", escasa ocasionalmente hasta en cenáculos universitarios. Sus palabras, una a una, se registraron en mi pequeño "grabador", en lo que más que mi material de apoyo se convertiría seguramente en mi material de aprendizaje de vida. La solidez de sus convicciones me entusiasmó a continuar con mi objetivo del día, y sin levantarme, solo mirando frente a nosotros, leí en voz alta el texto del próximo epitafio**:**

Morí no por terminar con mi dolor, sino por darle alivio a quienes me amaron

con el corazón

Narciso retomó la palabra, casi sin esperar que yo terminara de leer.

— Al igual que el caso anterior, dijo, a Nicomedes Smith le encontraron un papel guardado en bolsa plástica, donde pedía inscribieran en su lápida lo allí escrito. Este era un joven Físico que no alcanzaba los treinta años de edad, y sin embargo su consagración pedagógica lo había catapultado ya hasta la cima de la excelencia. Graduado en Física pura en la Universidad Central de Venezuela, había retornado luego de graduarse a incursionar en el mercado educativo de su natal Maracaibo.

Su estupendo desempeño estudiantil había sido recompensado con un *Suma cum laude* del cual nunca llegó a presumir, pero que le valió para que diferentes

centros de enseñanza privados se disputaran su contratación. Así, terminó dando clases en cinco instituciones a la vez, proveyendo a su cuenta bancaria de un inusitado y vertiginoso aumento en las cifras. Carro de lujo, mujeres, fiestas, viajes y aventuras comenzaron a identificar su vida. El alcohol siempre presente, y dicen por ahí que hasta drogas llegó a consumir. El rap y las discotecas invadieron primero sus ratos de ocio, para después suplantar sus horarios de trabajo. El primero en despedirlo fue el Director de un Tecnológico, quien lo sorprendió en actos lascivos con una alumna en su salón de clases. Las ausencias por culpa de la ingesta de alcohol fueron derivando en la expulsión de los otros centros de enseñanza, hasta que al fin llegó lo inevitable**:** Quedó desempleado, sin ahorros, y alcoholizado.

Nunca más volvieron a verle por los lugares que antes frecuentaba, y la calle se convirtió en su nueva morada. Andrajoso y mendigando para tomar licor barato pasó a ser uno más de los innumerables seres que deambulan día y noche sin razón alguna para mirar al futuro. Días en un hospital, días en un calabozo. Su sapiencia cuántica se enmarañó con su debilidad espiritual. Los números y cálculos se confundieron entre los metabolitos etílicos, y ya más nunca volvieron a ordenarse. La mano amiga tendida al principio de su camino a la autodestrucción ahora estaba lejos, dolida por el desprecio. Su época de esperanzas

e ilusiones quedó relegada al pasado, y sin esposa, ni hijos, y lejos de la calidez del hogar materno, su vida perdió significado. Ese día, los curiosos observaron impávidos y despreocupadamente, cómo bajaban el cuerpo colgado del tubo de un viejo aviso de galletas *La Esperanza*.

Esta vez guardé silencio. Confieso que Narciso me llevaba con su forma de narrar, al momento del suceso. Quise preguntarle por la madre de Nicomedes, su padre, sus hermanos, algún familiar, alguna novia, que pudiesen haber evitado esta trágica historia, pero opté por respetarle el estilo sinóptico de su relatar. El, como esperando mi reacción ante este desenlace, parecía escudriñar lo que pasaba por mi cabeza en ese momento. Rompí el silencio, preguntándole: ¿Y tu opinión de este caso?

— No sé a quiénes se refería con "los que me amaron". No se supo de alguien que acudiera en su auxilio para rescatarlo de las garras del vicio o para demostrarle ese amor que el alude en esas líneas. Lo que sí es cierto, es que nuevamente te digo que no soy Dios y ni siquiera juez para condenarlo o perdonarlo. Si lo condeno, estaría negando mi propia condición de humano; con mis debilidades, mis tentaciones y mis potencialidades, más allá de nuestro libre albedrío. Cuando condenamos, usurpamos funciones que solo corresponden al dios en que creemos. Ya el catolicismo enmendó ese error — entre muchos —

y ahora sí ofrecen los servicios religiosos a los que deciden acabar con su vida por sí mismos. Si lo perdono, pienso que estaría acercándome a la semejanza que Dios propició desde nuestra creación. Pero no puede ser un perdón retórico para evadir la reflexión necesaria y la comprensión del pensamiento ajeno, debe ser un perdón sentido, verdadero, legítimo.

— Cuando alguien perdona, está aceptando a Cristo y a su palabra. El perdón es una emoción. Perdonar es sentir en cuerpo y alma que se ha perdonado. El perdón que proviene solo de la mente, del intelecto, es una especie de disculpa. El verdadero perdón lo sentimos en el corazón, no lo pensamos. Perdonar es elevar nuestra conciencia y nuestra alma a niveles Divinos.

— En ese particular, Dios nos obsequió la posibilidad de igualarlo. Perdonar es una sublime expresión de amor, y amar es vivir en libertad. Quien no perdona, no es libre. Por mi edad, ya perdí el temor de que me señalen como pro-suicida. No quiero hacer apología del suicidio, pero entiendo que el común de la gente elude el tema, so pena de ser señalado como futuro suicida si lo entiende, y la mente humana no está preparada para asumir tal señalamiento.

— Quienes son proclives al suicidio, solo enfrentan el dilema de confesarlo ante seres que los aman, pero más como amenaza o advertencia, que como confesión pecaminosa o intención develada. Es decir,

sobre todo en jóvenes adolescentes, vemos utilizar el < me mato > para atraer la atención y lograr un objetivo específico, sin que esto signifique más que el saber que nuestra muerte compungirá a nuestros deudos. Entonces realmente, meta mensajeamos con producir dolor luctuoso, más que anunciar nuestra verdadera intención.

¡Sabiduría popular! ¡Eso es! Sabiduría en el más estricto sentido de la palabra. Asombroso discurrir filosófico, existencial, de alguien que siendo un obrero toda su vida, tiene tal alcance intelectual. Recordé entonces, que el día que lo conocí, Narciso sostenía en su mano derecha un libro de Filosofía Elemental, cuando me comentó que lee todo lo que pase por sus manos, aun cuando tarda más de lo normal debido a su dificultad visual y su poca habilidad lectora. La conclusión es tangencialmente lógica**:** Para saber, hay que leer. Leer mucho, leer y leer, y adicionalmente, escuchar y escuchar.

Absorto aun por la estructura narrativa y la sutileza filosófica de Narciso, me pregunté entonces si la bella profesora Zoila estaría de acuerdo con mi investigación. Esto me parecía más una indagación sicoanalítica freudiana, que una recopilación visual de elementos degenerativos del tejido óseo humano. No había tenido acceso visual a ningunos restos, y la tarde avanzaba despreocupadamente. Pero estoy entusiasmado por estas historias. No sé si por el mismo im-

pulso grotesco que nos lleva a leer primero la página de sucesos de los diarios, o por el amarillismo social de conocer los detalles de una muerte auto inducida.

Las hormigas casi desaparecen ya de nuestro entorno, pero las aves siguen volando a lo alto. Lejos de allí, las exequias de un difunto árabe se consuman en el respectivo panteón. Más lejos aún, en mi futuro, me veo entendiendo razones de muerte; pero aquí cerca, en mis entrañas, me veo muriendo de viejo, con calma y pausadamente, como ganándole la carrera al infortunio y a la mala suerte. ¡Mala suerte!...Frase que amerita un tratado aparte por su carácter de alta subjetividad, pero que es parte constante del eclecticismo mundano. No podemos hablar de buena o mala suerte, sin mencionar la palabra suerte. Es como el dolor de parto. Quien quiera puede decir que son dolores de amor, de vida, de realización. ¡Pero sigue siendo dolor! O el sabor de las fresas. Para algunos son exquisitas, para otros son simplemente aciditas. A otros le gustan licuadas, en jugo, y a otros le fastidia la sensación arenosa de sus semillas. Pero las fresas, siguen siendo fresas; con su sabor, sus semillas, su acidez desagradable o su agradable acidez.

Narciso con un suave golpe en mi rodilla derecha, me trajo nuevamente a cuestión.

Hizo un rápido recorrido con la vista, y como poseído por una musa parsimoniosa y servicial, retomó la palabra**:**

— Aquella que ves allá, es la de un señor que nunca tuvo bienes de fortuna, pero perdió su trabajo y su familia al mismo tiempo. No conozco los pormenores, porque como imaginarás, me es humanamente imposible acceder a los detalles de cada caso. Pero fíjate en lo que dice su epitafio:

Dame un buen motivo para vivir, y una familia feliz en qué apoyarme,

y no volveré hacer lo que hice

— Más allá, en la siguiente tumba — continuó Narciso — fue enterrada una joven

señora imposibilitada de ser madre debido a la extirpación de su aparato reproductivo a causa de desprendimiento uterino por un acto de violación múltiple. Antes de los cuarenta años perdió a su esposo en un accidente de tránsito, y poco después le fue diagnosticado un carcinoma gástrico. Tampoco de este caso conozco los detalles, pero fíjate en las palabras que quiso eternizar en su lápida**:**

Mi muerte fue a causa de un cáncer espiritual invasivo,

con metástasis en el alma. Resistí, hasta que no pude más

— En aquella otra, podemos leer**:**

Sufrí un dolor invasivo de tipo tumoral, que la radiocompasión y la quimioalegría

no lograron curar

— Y en la próxima…

Me clavé un filoso error en el corazón y sangré profusamente hasta morir infectado de soledad y arrepentimiento

— En la próxima, hay un caso que seguí de cerca, porque inclusive conocí socialmente al difunto. De este, sí puedo relatarte detalles puntuales.

— Comienzo, pues, esta triste historia, para que evalúes su contenido.

— Augusto Piedeamigo vivió hasta cumplir sesenta y nueve años en abril. De porte atlético y estatura promedio, su vida había transcurrido entre su servicio policial — del cual hacía rato se había retirado — y su trabajo independiente a destajo. Con ingresos que le proveían lo necesario para cubrir sus necesidades básicas, y sus tres hijos ayudándole en todo lo demás, transitaba su apacible vejez en su vivienda propia al lado de la mujer que lo había acompañado como esposa y madre de sus hijos durante más de cuarenta años de su vida. Su rutina diaria comprendía levantarse antes que el Sol dejara ver sus primeros rayos, y al trote recorría cinco o seis kilómetros por las calles de su barrio. Al regresar a casa, entre flexiones de pecho y algunos enviones con sus pesas rústicas fabricadas por el mismo, completaba las aproximadamente tres horas matutinas de ejercitación. Por las tardes, otras dos horas de ejercicios complementaban su actividad física. Su dieta era rica en fibra y carente absolutamente de frituras.

— Amaba esta rutina hasta el punto - afortunadamente no peligroso- de la obsesión. Jamás en sus años de vida se llevó un cigarrillo a su boca, y bebía solo dos o tres tragos puros de licor el último día del año, ante la insistencia de sus familiares y el deseo de celebración. Jamás se le vio borracho y su afición por el juego no pasó más allá de un damero casero y observar las peleas de boxeo por televisión. Su porte físico era admirado por todo el que le conocía. Su comprobada honradez y su estricta rectitud moral constituían ya, en vida, la mejor herencia para sus tres orgullosos hijos. Aunque de carácter poco apacible, la confinación de su día a día en el hogar, era un obsequio para sus vecinos, quienes sabían que tenían en el a un hermano solidario, pacífico, bondadoso, recto, y reñido con los problemas, las habladurías y la deslealtad. Así era Augusto Piedeamigo.

— Era enemigo acérrimo del envite, el trasnocho y los vicios de cualquier tipo. La TV documental ocupaba sus ratos de ocio y sus nietos todos padecían de "abuelitis" por los constantes mimos de que eran objeto, seguramente drenando hacia ellos la dedicación motivacional que no tuvo con sus propios hijos. Sus limitaciones suntuarias, eran aceptadas por Piedeamigo más que con resignación, con el placer que proporciona la mesurada ambición por los componentes materiales de una felicidad condicionada al placer del gasto.

— Pero llegó el día. Amaneció un día con la inquietud de un pequeño quiste sebáceo desarrollado en la región retro cervical izquierda de su nuca, y la biopsia descubrió una diseminación metastásica a nivel ganglionar en cuello y garganta. Diagnóstico**:** CA con metástasis, de origen primario desconocido. Tratamiento sugerido**:** Radio y quimioterapia en sesiones continuas con evaluación alterna de frecuencia bimensual.

— El día de su primera sesión de radioterapia, Augusto fue el primero en acercarse al Servicio de Medicina Nuclear del hospital. Habiendo llegado por sus propios medios — en su modesto pero bien conservado vehículo — también fue el primero en pasar. Fue el inicio de las primeras doce sesiones, y en su mente solo estaba el positivismo, la esperanza, la fe en Dios, en José Gregorio Hernández, en la ciencia y en su ferviente deseo de vivir. Precisamente, sus ganas de vivir le mantenían un entusiasmo que la radiación combatía sin compasión alguna. Una a una, estas sesiones fueron medrando su calidad de vida, y muy pronto los severos efectos colaterales cobraron implacablemente su presencia. El primer indicio molesto fue la total y completa supresión de la salivación. Sus glándulas salivales habían sido, más que atrofiadas, destruidas por la radiación. La pérdida total del cabello no había hecho ninguna mella en su espíritu combativo, pero la falta de saliva lo condenaba

a permanecer constantemente con un vaso de agua a su lado para proporcionarle con pequeños sorbos la humedad necesaria a su mucosa bucal. En las noches, no pasaba media hora sin despertar debido a la resequedad de su lengua. El cielo palatino rechazaba la adherencia provocada por tal resequedad, y la halitosis junto a un intenso amargor pasaron a formar parte de sus insomnios.

— En el día, cada bocado de alimento debía acompañarlo de un sorbo para lograr su deglución (con la propiedad enzimática ausente), y la falta de apetito se agregó inmisericordemente para lograr en poco tiempo que aquel otrora cuerpo atlético se convirtiera en una conformación ósea cubierta apenas por la piel. Las dificultades para orinar y defecar se agregaron rápidamente a estos eventos, antes que el impedimento de caminar por sí solo ocupara su espacio. La debilidad hizo mella progresivamente, y en escasos tres meses dependía de su abnegada esposa para todas sus funciones vitales, incluyendo las fisiológicas.

— Paralelamente ella, su esposa, se fue sumiendo en una especie de obligado ostracismo, que derivó inevitablemente en un perenne insomnio, aislamiento social, vecinal y familiar, y el peso de su sacrificio físico a pesar de su aliento espiritual, no se hizo esperar. A estas alturas, nadie hubiera podido apostar nada por los dos. La enfermedad de él, aunque sin las características patológicas y las restricciones fisiológicas, co-

menzó a sembrar sus secuelas en ella también. Ya no tenía fuerzas para continuar, pero por ningún motivo dejaría de continuar. La fe en Dios y en su Siervo, la alentaban cada tortuoso amanecer.

— Para cuando comenzó el segundo ciclo de quimioterapia, sus cuerdas vocales demostraban ya que no se recuperarían de la dosis radioactiva recibida. También el comunicarse tenía ya sus limitaciones. Una estenosis esofágica previa se había acentuado también, y la ingesta de sólidos hubo de ser sustituida por una dieta completamente líquida. Pero alimentos especialmente indicados con alto contenido proteico, eran devueltos casi en su totalidad, luego de cada sesión de quimio. Entendía ahora la paciente y abnegada compañera de su vida, el significado lamentablemente evidente de lo que era un guiñapo humano. Sin embargo, su devoción y su fe no llegaron a sufrir en ningún momento merma alguna. Al contrario, resignada como estaba a sacar de su cuadro clínico al único amor de su vida, cada día y cada noche lo medicaba con la exactitud horaria de un novedoso reloj electrónico. Para ella, no era su karma, era su labor amorosa encomendada por el dios en quien nunca perdería la fe.

— Luego de seis meses, una resonancia magnética reveló por qué los derivados opiáceos no lograban calmar el intenso dolor en la espalda baja de Augusto**:** Compresión radicular a nivel lumbar, por la de-

generación progresiva de tejido óseo vertebral. La costosísima operación no se hizo esperar, gracias a la presta colecta familiar, a pesar de las reservas del neurocirujano y su equipo interdisciplinario, que en ningún momento llegaron a garantizar resultados satisfactorios. De rodillas, y con sus manos apoyadas en el piso (como un bebé gateando), lo encontró en múltiples ocasiones su mujer, tratando de paliar el fortísimo dolor que la intervención quirúrgica no había podido eliminar. La ausencia de deposiciones espontáneas, obligó al uso de enemas, y la dificultad derivó en asomo hemorroidal con sangrado profuso.

— Una constante depresión comenzó a minar su existencia cada vez con más fuerza, y su sed de vida hasta entonces incólume, dio muestras de debilidad. Empezó a inquietarle el deseo de no provocar más sufrimiento a su leal y ejemplar pareja, y a sus hijos y nietos. Percibía sus penurias como el motivo de sufrimiento para sus seres queridos. La fuerte depresión lo hizo sentirse estorbo, e incluso causal de muerte para su mujer. No quería que los demás siguieran sufriendo por él, consciente ya del carácter irrecuperable de su caso.

— El camino a recorrer en lo adelante, sería espinoso, tormentoso y lamentablemente infructuoso. De aquel hombre de cuatro y cinco horas de ejercicio diario, que llegó incluso a ser premiado en maratones donde participó, ya no quedaba ni la sombra. En ape-

nas meses — menos de un año — había quedado reducido a un ser que dependía completamente de los demás, hasta para sus necesidades más elementales.

— Una tarde, cuando agosto estrenaba apenas sus días, tomó la decisión. Se las arregló para quedarse solo — por primera vez desde el inicio su enfermedad — y en un último hálito de vida, retomó fuerzas ya desaparecidas por completo, y procedió. Había garabateado lo siguiente, con el pedido de que se inscribiera en su tumba:

El que pase por lo que yo pasé, y no sienta el deseo de hacer lo que hice,

que arroje una piedra. Mis manos bastarían para colectar lo arrojado.

La diferencia, más allá del deseo, es que algunos lo cumplimos con valentía,

pero otros no tienen el suficiente valor para hacerlo.

Estos últimos, andan por el mundo arrojando piedras a los demás.

Fueron necesarios varios segundos de silencio y contemplación para que yo reaccionara. Narciso, en su puesto, esperaba inmutable una pregunta, una opinión. Ya la noche asomaba su espectro. Las hormigas habían desaparecido, y las aves no se alcanzaban a ver en su alto vuelo. La escasa actividad exequial en el campo santo había terminado por completo, y mi mirada extasiada recorría con indefinición la penumbra

que nos cubría. En mi mente se agolparon muchas dudas, muchas opiniones, muchas preguntas, pero mi ánimo amainó en su afán de aprendizaje. No había logrado mi

cometido inicial, pero no me importaba.

Cuando al fin logré reaccionar, solo fue para levantarme de un solo tirón y extenderle la mano a Narciso en señal de agradecimiento. Le ofrecí llevarlo a su casa, pero se negó argumentando que su labor no había terminado. Ese rostro enjuto que antes significó para mí un rostro más, ahora quedaba alojado en mi mente, cambiando casi por completo mi escala de valores y mi consideración perceptiva para con mis congéneres. Sin duda alguna, esa tarde había partido mi vida en dos.

Camino a casa, recorrí mental y presurosamente mis juicios del pasado. Ahora me parecía absurda la asombrosa ligereza con la que me formaba opinión. Solo mi punto de vista. Solo el color de mi cristal. Solo mi lado de la acera. Nunca practiqué el ponerme en el lugar de los demás. De ahora en adelante mi actitud ante la vida, ante mis semejantes, habrá de cambiar sustancialmente. Y sobre todo, no volveré a emitir juicio sin conocer a fondo la materia o el ser humano que voy a juzgar.

Por otro lado, todo el tiempo una sociedad prejuiciosa me ha enseñado que los suicidas son seres sin historia, sórdidos, entregados, disminuidos mentales,

débiles morales o incapaces. Aprendí que no es así. Aprendí que de todo hay en la viña del Señor. Hay suicidas con espeluznantes historias y finales, y hay otros con inverosímiles y muy variadas motivaciones, dignas de conocer y analizar. Como todo en este mundo, hay también relatividad en este tema. Lo verdaderamente importante, es no erigirnos en jueces supremos en un errático intento de equilibrar el fiel de la balanza.

Ahora me debato entre esta realidad, y el precepto religioso de no disponer de nuestra existencia en contra de la voluntad de Dios, teoría también digna de profundo estudio y análisis meticuloso. Pero bueno, así es la vida, nada es estrictamente lineal, y no debemos creernos entes poseedores de la verdad absoluta. Lo más importante para mí, de ahora en adelante, es ponerme en el lugar de los demás, en cualquier circunstancia inherente a la imperfección humana.

Así mismo, la inusual impresión causada por Narciso, me enseñó que el pensamiento académico a veces es trascendido por la sapiencia popular. El conocimiento no formal y la capacidad de análisis de un hombre del pueblo, ha rebasado las barreras que yo le ponía a la vanidad del conocimiento y la simplicidad de la experiencia, más allá de la silueta pragmática de lo aprendido. En este momento, para mí, Narciso es bello. No solo bello por fuera, también es bello por dentro.

De la profesora Zoila, recuerdo ahora su clase sobre genética del suicidio. Esa tarde universitaria, la profe Zoila Rosa nos habló de siquiatría biológica, y de las investigaciones del profesor *Michael Poulter*, del Departamento de Fisiología y Farmacología de la Universidad de *Ontario*, en *Canadá*. En sus indagaciones, que son parte del floreciente campo de la epigenética, luego de examinar los cerebros de gente que cometió suicidio, un equipo de científicos liderado por *Poulter*, encontró que estos cerebros contenían en abundancia cierta proteína que afecta a un gen en particular, el cual se encarga de controlar la ansiedad y el estrés. Creen que la abundancia de dicha proteína altera o modifica un gen que normalmente ayuda a la gente a enfrentar el estrés. Como resultado del cambio, el gen se desactiva y funciona incorrectamente, inhibiendo la capacidad del individuo de manejar el estrés y de enfrentar la ansiedad.

Así, entre el discurrir vivencial, religioso y científico, conduje mi vehículo por más de una hora transitando las vías que rodean mi casa, con la intención de profundizar mis reflexiones y fijar mi aprendizaje. La luz roja de los semáforos me permitía otear la ciudad desentendida. El ir y venir de los transeúntes, me abstraía en mis pensamientos, cuando miraba a sus ojos. Será así. De ahora en lo adelante, miraré a la gente directamente a sus ojos, para transfundirle a sus retinas las imperfecciones de mi condición humana.

Ya más nadie será para mí, el ser ignorado que suelo desechar de mi entorno. Ahora sé que de cualquier mortal puedo aprender una filosofía de vida, una escala de valores. Ese simplismo de "nadie es más que nadie" se convierte en un valor para mí, e invade mi entusiasmo por desglosar mi nueva forma de vivir en sociedad.

De tanatología, no indagué nada este día. Pero aprendí que las flores sintéticas son inservibles en su simbolismo. De las naturales, deduzco ahora que hay que obsequiarlas en vida, y que el homenaje póstumo más sincero es conservar un hermoso recuerdo con el orgullo prendado en nuestro corazón. Que la motivación del razonamiento se enfrenta ferozmente con la subjetividad del desespero, y que la frescura del entendimiento aborda sin cortapisas el deseo de un comportamiento Cristiano, con tolerancia y amor fraternal por nuestros semejantes. Tolerancia, comprensión, y sobre todo humildad. La humildad más humilde de todas las humildades. Humildad en el infinito sentido del término, con entrega, sinceridad y armoniosa tolerancia.

Al llegar frente a mi casa, supe que Narciso sería mi compañero de tertulia todos los viernes a las tres de la tarde. Quiero que mi esposa y mi hijo lo conozcan, y cuando nazca mi próximo bebé le pediré a Buenanota que lo bautice. Quiero que sea mi compadre, quiero hacerle saber lo orgulloso que me haría el te-

nerlo en mi entorno más cercano en los años que nos queden de vida…

EL SECRETO RÁSPER

En medio del insomne meditar de la madrugada, cada cual abrasaba sus deseos más privados para acomodarlos al festín que le darían a sus retinas y a sus ganas, al llegar aquel personaje de película que tanto habían esperado. Absortas en una suerte de embeleso por cuotas, el pensamiento se convertía en guía de un destino que cada una quería acercar a su quehacer íntimo cotidiano, sin ningún obligado confinamiento que mediara en su asomo a un mundo exterior que aún no terminan de asimilar en toda su esencia. Bajo bruma montaraz y una brisa gélida entumecedora, las cobijas arropaban las más disímiles apariencias, los cuerpos más prestos resistiéndose al frío calador, y las sonrisas más ingenuas, junto a los pensamientos más aprehensivos. Cada mujer, cada adolescente y hasta cada niño del villorrio, percibía a su manera el próximo transcurrir del día en que Sigfredo Rásper les visitaría.

****

En el amanecer de aquel abrileño día, tras los primeros asomos de luz, la muchachada salió en tropel persiguiendo la ilusión de conocer, escuchar y hasta — ¿por qué no? — poder abrazar al famoso actor que en las películas se erigía prácticamente como un

héroe de historietas. Inclusive, hubo quien no durmió en toda la noche, imaginando poder sentarse en la silla equina y pasear ufano por las calles adyacentes a la plaza, en el brioso corcel del personaje.

Aquiles, el hijo mayor del alcalde Marlon Tatuche, no pudo disimular más su entusiasmo y suplicante acudió a su padre para que este se asomara una vez más al camino, y asegurarse de saber con antelación el momento del arribo del famoso visitante. Durante toda la velada había practicado el discurso de bienvenida a nombre de la juventud.

La joven Esmeralda — hija del comisario — con gesto apacible y sonrisa jovial, una vez más cepillaba sus cabellos en procura de su mejor porte para el momento esperado. Resuelta, sin ninguna señal de nerviosismo, escrutaba el trinar de las aves canoras dispuestas en paralelo al callejón de entrada, como para que el paso afinado del hermoso caballo se acompasara con el canto infinito de la naturaleza viviente. Pocas veces el cielo se había manifestado tan celestemente claro, sin oscuras nubes ni vientos que hicieran temer un mal día.

En la entrada prima del pueblo, aproximadamente a cien metros antes de las primeras casas de caña y barro con cerca de bahareque, había sido colocada una improvisada atalaya desde donde Cipriano Martes oteaba el horizonte en busca de este o cualquier otro visitante, que asomara su derrotero por la senda

de tierra y cactus que llevaba al caserío. Allí, justo en donde aparecerían las narices del galán y su corcel para que Cipriano hiciera el anuncio con su enorme silbato, se erigía la tosca pancarta donde se podía leer**:**

BIENVENIDO A BATATAL
EL LUGAR DONDE SUCEDEN LOS SUEÑOS

****

Cuando la gente advirtió la profusa señal sonora a lo lejos, supo que el momento había llegado. Ya no habría más un después para compartir con el hombre que tenía la cortesía de visitarles para conocer el pintoresco poblado. Ahora en vivo, de cierto, sin más dilación, Sigfredo había llegado y al trote su caballo lo acercaba a las almas que ansiosas le esperaban, con una amplia y satisfactoria sonrisa haciendo de tarjeta de presentación de una ilusión creada.

****

Hace un par de años atrás, en la capital solo se hablaba del suceso más relevante de los últimos tiempos. La saga fílmica de *"Dinero y justicia"* habíase convertido en el suceso nacional, en la comidilla del día a día, en el evento artístico de mayor realce, hasta el punto de haber sido adquirida por una cadena importante de televisión para realizar una serial de emisión semanal. Y precisamente gracias a esta compañía televisiva, las imágenes del protagonista habían llegado a los lugares más recónditos del país, haciendo del perso-

naje un referente de heroísmo y solidaridad. Fue esa la manera en que los fan idealizaron al hombre que hoy conocerían personalmente…

****

Sigfredo Rásper es un tipo fornido, pero no de esos que andan por allí exhibiendo con mucho afán su metro ochenta y siete de estatura. De cabello lacio y nariz perfilada encajada en un rostro ligeramente aguileño, con su piel morena oscurecida por el influjo de un sol tropical, y una sonrisa casi permanente a flor de labios; con su humildad lograba granjearse la admiración de todos. Su empatía llega a niveles de amistad inmediata con quien le trata, y su lenguaje fino y respetuoso lo cotizan como un interlocutor procurado y un soltero muy deseado.

La fama no lo ha embriagado, y con la frivolidad ausente en su desempeño social, sigue siendo aquel buscador incansable de la verdad del hombre, de la veracidad religiosa y de la terneza solapada en el aparentemente insensible transcurrir vital de los humanos. Empedernido lector como ha sido desde siempre, posee un bagaje de conocimientos que le permiten estar muy definido en sus convicciones y claramente centrado en sus posiciones. De allí su empeño por conocer el trayecto genético de su estirpe, su determinación de descifrar su árbol genealógico, la filogénesis familiar que lo incluye y los posibles orígenes rurales de sus ascendientes.

****

Mientras se apeaba de la bestia, la algarabía infantil estrelló su eco contra la sencillez que transpiraba su personalidad, y en un gesto de sincera modestia pidió a todos hacer silencio para que le escucharan. Con ademanes que sus habilidades histriónicas hicieron ver muy bien, se dirigió a los presentes para agradecerles por tan hermosa bienvenida, y de seguidas comenzó a autografiar los más disímiles objetos, que incluyeron prendas de vestir, sombreros y afiches con imágenes de su papel en la serie protagonizada. Al rato — más de media hora después — posó junto a todos para una foto "oficial" de la alcaldía. Antes, agradeció las emotivas palabras del joven Aquiles en su discurso.

Ya en la tarde noche, luego de un breve descanso en una siesta que reparó su ánimo, se dispuso a reunirse con los ancianos del pueblo, como primer recurso en la búsqueda de la identidad de sus orígenes y la aclaración de sus dudas. Había llegado a donde su investigación genealógica le había conducido. Una condición muy particular le acercaba a los confines de Batatal, y le hacía estar esperanzado en disipar las dudas con respecto al germen del apéndice que la ciencia no había podido aclarar aun. Era su secreto, era la razón de ser de su espíritu aventurero, era su identificación con la peregrinación gitana, era el motivo de su visita al apartado lugar donde se encontraba.

En la reunión con los ancianos, Sigfredo no logró llegar a ningún punto esclarecedor, y muy por el contrario, sus dudas se acrecentaron. En la noche, mientras trataba de conciliar el sueño en el catre que con mucha amabilidad le ofreció el alcalde en su casa de habitación, pensó en los intríngulis de la vida humana, sus potencialidades, y su debilidad ante lo desconocido. Recordó las palabras de su madre — profundamente devota ella — antes de morir**:** *No puedes abusar de tu albedrío para andar por el mundo buscando razones que Dios por algún motivo no quiso darte a conocer. Estar en paz contigo y tus semejantes, debe ser lo que prevalezca en tu devenir, más allá de lo que algún misterio te incomode.*

¡Y vaya que deseaba acatar ese ruego postrero!... pero a medias, pues a su mente le era imposible conciliarse con su corazón en el deseo del desbrozo atávico. Y es que aun retumban en su memoria los episodios de *bullying* casi permanente que desdibujaron la alegría y el bienestar a los que todo adolescente tiene derecho. *Nadie quiere malgastar su vida entre sollozos y enojos, pues la impotencia puede transformarse en oscura intencionalidad*, se repetía para sí en sus momentos reflexivos. *No quiero dejar este mundo sin antes tener la satisfacción de saber qué pasó en el vientre de mi madre antes de yo nacer, y el por qué un apéndice se anexó a mi cuerpo sin lógica alguna*, se decía a sí mismo. Recordaba a *Sigmund Freud*, quien decía que *los conflictos del pasado pendientes de resolver desembocan irremisiblemente en neurosis,* al tiempo que trataba de redu-

cir su sed de entendimiento al simple hecho de pasear por algún lugar escabroso que le asignara explicación a su motivo de búsqueda incansable.

Así, entre uno y otro pensamiento somnoliento, pasada la medianoche logró conciliar un dormir que se dio por finalizado tan pronto los gallos comenzaron desgañitados a anunciar el inicio del amanecer. Descansado, y con ganas de compartir con todos aceptando las múltiples invitaciones a desayunar, se levantó con el ímpetu que su ánimo le proporcionó. *Ningún visitante a Batatal puede marcharse sin zambullir su cuerpo en las cristalinas aguas del* río, es una premisa generalizada que inevitablemente se convertía en cita obligada.

Al comenzar a esconderse el sol, más de medio centenar de personas que le acompañaron seguían preguntándose por qué un ilustre visitante venido de la ciudad se obstinó en bañarse con sus ropas habituales, negándose a recibir en préstamo infinidad de trajes de baño y pantalonetas que le fueron ofrecidos, a lo que el personaje seguía respondiendo que *cada quien debe bañarse con lo que tiene y puede, porque no se sabe en qué momento la adversidad se lo pueda imponer. Además* — decía — *estar cómodo es lo más importante, y yo me siento cómodo con mis ropas.*

Así era Sigfredo, sin tapujos ni medias tintas, sin la discreción hipócrita de los nobles y sin las *gríngolas* de los déspotas para no tener que ojear a sus seme-

jantes. En su día a día, era un explorador insatisfecho dispuesto a ir a contracorriente si la persistencia por motivos de principios era necesaria, si el resultado esperado era esclarecedor para el interés común. No cejaría en su empeño de descubrir si en sus ancestros la fusión parental en términos de incesto habría tenido algo que ver con su indeseada condición, y después de este, habría muchos Batatal (es), muchos ancianos y muchos ríos para compartir, valiéndose — aunque sin proponérselo — de su vasta popularidad. Seguro estaba que al final, daría con lo buscado por mucho tiempo, y al fin podría disfrutar de la paz mental que siempre había deseado.

****

La siguiente mañana, listo ya para partir, Sigfredo Rásper en gesto de agradecimiento donó el importe requerido para una biblioteca en la escuela local. La joven Esmeralda, en un impulso pueril de enamoramiento fugaz, logró tomarlo por el cuello y lo besó con brusquedad en la boca. El, muy caballerosamente, declinó responder al cumplido, y con delicadeza la retiró de su cuerpo.

De seguidas, con vítores, hurras y halagos, aquel gentil hombre — parsimonioso en su hablar y generoso en su trato a los demás — montó en su caballo y con las riendas en sus manos instó suavemente al animal a comenzar la marcha. En su baja espalda, aprisionada bajo sus ropas, como quien guarda el más oscuro de

los secretos, aun llevaba la cola de conejo que desde su niñez lo había atormentado...

GENES BENDITOS

Para esa Navidad, es lo que quería. Lo había pedido con insistencia a mi madre y hasta le había escrito una carta al Niño Jesús. Lavé ropa ajena para comprarlo yo misma, pero las borracheras de mi papá acababan con cualquier indicio de ahorro en la modesta casa que me vio crecer. Ese día, veinticinco al amanecer, abrí emocionada la bolsa de regalos, y allí en el fondo…ahí estaba mi unicornio miel.

Recuerdo ahora, a muchos años de distancia, que mi primera reacción fue de llanto. Sí, lloré de alegría, de felicidad, de complacencia plena y de satisfacción infantil. Fue mágico, esplendorosamente mágico. Miles de recuerdos después, viene a mi mente la maravillosa magia del peluche color miel. Para entonces, no podía tener ni la más remota idea de lo que significaría el resto de mi vida aquel muñeco de no más de treinta centímetros, muy liviano y suave, que la perseverancia ponía en mis manos. Laura, mi mejor amiga en la escuela primaria, siempre me dijo que, si apretándolo contra mi pecho pedía un deseo, el unicornio me lo concedería rápidamente. Fue así cómo conseguí que Javier (el tierno chico de sexto grado B) me pidiera mi primer beso en la boca, y que a Luisa, la odiosa compañera burlona que una vez colocó un piojo en mi cabello gritando a todo pulmón que yo era una

piojosa desaseada, la encontraran luego cundida de esos animalitos caminando por toda su cabeza.

Para los exámenes siempre estudié, pero Laura se encargó de convencerme de que las buenas notas se las debía al unicornio miel. "Es cuestión de fe, me dijo en una parada de autobús. Tienes que creer que se te va a cumplir el deseo y ¡zuás! … se te cumple. Recuerda el cuento de La Cenicienta, que de calabaza y ratones salió una bella carroza con sus pajes y hermosos caballos. Recuerda también a La Bella Durmiente, que gracias a la magia de su hada madrina, un príncipe azul se acercó a ella y la besó", insistió Laura, mientras esperábamos el transporte de regreso a nuestra barriada. En esa oportunidad, a pesar de la hora pico y las dificultades de espacio en el bus, apreté contra mi pecho el Unicornio y en muy pocos minutos estábamos viajando, sentadas, gracias al gesto caballeroso de dos adolescentes que ni ellos mismos entendieron por qué nos cedieron sus asientos.

En ocasión diferente, pero no muy distante en el tiempo, mi memoria evoca el momento en que pedí el viaje a la laguna de Mucubají, en pleno páramo merideño, y que me fue concedido a pesar de la estrechez económica de mi madre para ese momento. Concéntrate, pon en blanco tu mente, sonríele y pídele lo que se te antoje, que él se encargará de lo demás, me instruía Laura, la chica que — paradójicamente — nunca tuvo un unicornio entre sus juguetes. Nues-

tros caminos se abrieron alejándonos del lugar donde compartimos nuestros sueños de niñez, y más nunca volví a saber de la mejor amiga que me acompañó desinteresadamente — como ocurre casi siempre a esa edad — en mis tristezas, aspiraciones, vivencias y mis alegrías, hasta la pubertad.

Mi fiesta quinceañera fue austera, sencilla, breve y sin bebidas alcohólicas. Mi tía Matilde, siempre pendiente de los cumpleaños de la familia, fue quien asumió los gastos. Asistieron mis amigas y vecinas, y uno que otro amigo del vecindario. Mis primos asistieron todos, y de mis doce primas sólo faltó la "Moñitos" debido a su varicela. Al finalizar la fiesta, y luego que todos se marcharon, me encerré en mi cuarto y di gracias a Dios por mi existencia, y a mi unicornio por todo lo bonito del agasajo. Me había cumplido — al apretarlo contra mi pecho — un deseo más.

En mi matrimonio con Pedro Miguel, vendedor de ropa que conocí en el almacén donde alguna vez fui secretaria, todo salió bien. La iglesia, decorada tal cual se lo había pedido a mi unicornio, fue escogida por la mamá de mi novio debido a la cercanía familiar con el sacerdote. La celebración se prolongó más allá de las cuatro de la madrugada, y Pedro y yo nos fuimos de viaje de bodas a Canaima, exótico y encantador lugar que siempre había querido conocer. También esto se lo había pedido a la magia de mi peluche…

Antes de los tres meses ya estaba embarazada, y todas

las mañanas, antes de levantarme, apretujaba en mi pecho el unicornio que, recosido y nuevamente rellenado con algodón, aun me acompañaba y me complacía. Le pedía cada día, que fuera hembra mi bebé. Quería una niña bella, preciosa, jovial, inteligente y que se pareciera físicamente a su papá. Deseaba una hija en quien pudiera descargar toda la felicidad contenida en mi corazón.

Me sentía feliz, orgullosa de mi esposo, de mi vida, de mi historia, y de mi unicornio mágico. No paraba de darle gracias a Dios por tanta dicha, y por enviarme un ángel protector camuflado en mi peluche. Aunque mi gravidez me obligaría dentro de algunos meses a dejar por un tiempo mi carrera de Ingeniería, Pedro y yo estábamos contestes con la idea, porque ambos deseábamos grandemente ser papá y mamá. El, en pleno desarrollo de tesis de grado, seguía trabajando en el almacén de ropa, solo que ahora como Administrador hasta que se graduara de Economista, y ya veríamos entonces qué opción escogería para superarse.

Así transcurrieron los meses, entre ajetreo y descanso esporádico, entre carencias y recompensas económicas. El pequeño apartamento propio que ocupábamos, se erige en pleno centro de una capital saturada de esmog y modernismo. El bullicio citadino impedía reeditar el silencio natural de mi barrio pobre. El tráfico insoportable le arrebataba la pureza al oxígeno

que nos alentaba, pero la virtud de la vida no abandonaba su riqueza Divina. Transeúntes angustiados desplazándose de una calle a otra y a lo largo de ellas, testimoniaban la diversidad racial y fenotípica de la especie humana.

A unas pocas cuadras, hacia el centro económico de la ciudad, el hospicio maternidad aguardaba pacientemente por mis dolores de parto. Mi mamá, siempre presente en mi vida cotidiana, aun luchaba contra el vicio etílico de mi padre, entregado ya al destino de los alcohólicos, como aguardando en sus peas que la muerte decidiera recogerlo.

Al cabo de treinta y ocho semanas menos dos días, mi embarazo no esperó más. Era domingo al amanecer, y nos despertó la humedad del líquido amniótico derramado. Había "roto fuente" sin aviso previo y sin dolor presente. Mi esposo me llevó a la Maternidad, y en escasas cuatro horas estaba dando a luz una hermosa niña de cincuenta y cuatro centímetros y tres kilos y medio de peso. Mi primera reacción posterior al parto fue el llanto, pero al igual que aquel día de Navidad, fue un llanto de alegría, de felicidad, de complacencia plena y de satisfacción, esta vez de mujer realizada.

Cuando la trajeron a mi lado y di de mamar por primera vez a mi bebé, sentí que Dios me entregaba el mundo como premio a mi ferviente deseo de procrear. Me sentí dichosa, muy contenta e ilimitada-

mente feliz, de sentir que Carla Susana llegara a mi hogar para formar familia junto a Pedro Miguel y yo. Un hermoso ramo de rosas rojas que solo alcancé a ver a través del cristal de una ventana que daba al pasillo (a Pedro le prohibieron ingresarlo a la habitación múltiple), fue la concreción del primer halago prometido por un papá feliz y satisfecho. Mi suegra, la señora Susana — en homenaje a quien colocamos el segundo nombre a nuestro querido retoño — saltaba de contenta porque para ella al igual que para mi madre, era su primer nieto, es decir, su primera nieta. Al brindis de los "*meaítos*" asistieron nuestros respectivos compañeros y gran número de familiares de ambos. La cantidad de regalos superó con creces nuestras expectativas, que dicho sea de paso no fueron para nada el motivo de la celebración. Nuestra verdadera intención era compartir con el resto del mundo nuestra aparente felicidad. Además, había algo que no queríamos esconder: Desde el momento del nacimiento, el médico neonatólogo de guardia estremeció nuestros corazones cuando, todavía con el crúor cubriendo la delicada piel, nos comunicó que la niña aparentemente tenía una copia extra del cromosoma 21. Esto es un trastorno genético causado por la trisomía del par 21 (Es decir, en lugar de los dos genes habituales, hay uno adicional para tres) que se caracteriza por la presencia de un grado variable de retraso mental y unos rasgos físicos peculiares que le

dan a quien lo padece, un aspecto característico y fácilmente identificable. Aparte, esto que llamamos comúnmente mongolismo, hace que quien lo padezca tenga una probabilidad mayor de desarrollar algunas patologías, especialmente de corazón, aparato digestivo y sistema endocrino. A nivel médico-científico, se conoce como *Síndrome de Down*.

Probablemente, soy una de las pocas madres, o seres humanos, que ha logrado conocer el peso del cielo, cuando este cayó sobre mí. El globo terráqueo se hizo pedazos, y yo quedé, inestable, parada al borde de uno de esos pedazos. El precipicio era inconmensurable, y el peso repotenciado de la totalidad del Universo encogido para caber en mis hombros, era imposible de sostener. La frustración me arropaba con su negro manto, y aun así no podía combatir el avatar de los vientos asfixiantes convertidos en tormentosas desilusiones. Era como estar desterrada del jardín de las delicias en este mundo, como si el disfrute me hubiera exiliado de su reino.

La felicidad se convertía ahora en clandestina resignación y mis ilusiones, y mis visiones de futuro para mi hija, se mecían de un lado a otro entre la frontera de la tristeza y el margen insuperable e incorruptible del amor de madre. Mi esposo, Pedro Miguel, dejó de sonreír para sus adentros. Solo reía para afuera, para los demás, como para cubrir apariencias, como queriendo decirle a la gente que no le importaba cuán

feroz fuera el padecimiento de su primogénita, como para demostrarle a la humanidad que seguiría echándole bolas a la vida.

Esto nos duró una semana, quizás dos o hasta tres interminables domingos, periodo durante el cual las palabras cruzadas se limitaron solo a la elemental comunicación conyugal. Sin apetito fisiológico ni interacción social más que la estrictamente necesaria con nuestro entorno familiar y nuestros allegados, vimos transcurrir los días comprendidos en el desarrollo de nuestro proceso de aceptación, en el más puro ostracismo. Bastaba mirarnos para comprender nuestra angustiosa frustración mutua, tratando, sin elemento de juicio o convicción alguna, de señalar como culpable al otro. A ese extremo llegamos. A señalar, solapadamente, al otro, como autor de esta herencia genética. A todas estas, dentro de mi enajenación conjugada con llanto gris, tomé con muy poca delicadeza para tirarlo en el rincón más negro de mi clóset, a mi otrora querido unicornio miel…

Afortunadamente, gracias a Dios, poner los pies sobre la tierra nos llevó poco tiempo. Al cabo de un mes, con motivo de su consulta de niños sanos, ambos fuimos a llevar nuestra bebé al pediatra. A partir de entonces, las visitas al médico se hicieron rutina sobre todo para mí, que asumí con entereza y dedicación el karma de mi vida.

Así fui mes a mes, médico a médico, fármaco a fármaco, recorriendo mi pesadilla, solo que cada vez se hacía más gratificante mi tarea. Al cumplir un año, Carla Susana ya representaba para mí la niña más bella que alguien pudiera jamás haber visto, y aun cuando nunca sonreía, su mirada inocente frecuentemente extraviada, transmitía ternura y paz. Me sosegaba el contemplarla, mimarla, cambiarla y atenderla en todo lo necesario. Ser ella especial me convertía a mí — orgullosamente — en madre especial. Atrás habían quedado mi inútil angustia y mi equivocada desilusión, y en la fiestecita que le organizamos cuando cumplió dos años de linda existencia, la piñata fue un inmenso angelito repleto de cualquier cantidad de corazoncitos sintéticos y figuras de querubines acabadas en terciopelo azul. A ellos se parecía mi preciosa Carla**:** a querubín, a terciopelo, a suavidad, a ternura, a sutileza existencial.

A los cinco años comenzó mi peregrinaje por hospitales, especialistas, escuela para niños excepcionales y muchos gastos extras. Una anomalía a nivel de *septum* cardíaco que provocaba disfunción ventricular izquierda, o algo así, obligaba a la intervención quirúrgica. Pero no sería una operación cualquiera, sería una operación a corazón abierto, donde indudablemente corría peligro de muerte mi pequeña niña. Diligente y bondadoso, todo un equipo médico se mostró siempre presto a servirnos desinteresadamente,

siendo la exoneración de sus honorarios el rasgo más insignificante de su dedicada atención. Todos querían servir a Carla Susana, como exaltando lo más alto de la piedad humana en sus acciones, su tiempo y sus esperanzas.

Mientras tanto, durante este lapso de cinco intensos años, debo decir que la vida de Pedro Miguel y yo no había desviado su rumbo. A pesar de nuestros errores de apreciación en los primeros meses de Carla, nuestro matrimonio continuó enrumbado hacia la consolidación familiar. Al principio, nuestro temor por un nuevo embarazo nos llevó a agotar todos los exámenes habidos, hasta que un día domingo, después de misa, tomamos la decisión**:** Tendríamos otro bebé, y esta vez le pediríamos al Creador que, de existir la probabilidad de engendrar un nuevo síndrome de Down cualquier pareja no preparada para ello, nos hiciera llegar esa bendición a nosotros preferentemente. Era algo que aceptaríamos con beneplácito, y seguros estábamos que al igual que lo habíamos hecho con Carla, lo haríamos con nuestro próximo vástago.

Aprendimos que la grandeza de la especie humana está en el proceso a través del cual sus debilidades se convierten en fortalezas. Las convicciones son el camino. Un águila agazapada, no es más que una pequeña bola de plumas confinada a su nido. Cuando extiende sus alas, y emprende la conquista de las

alturas, es cuando apreciamos su majestuosidad. Su vista, solo en raudo vuelo, es capaz de atravesar los confines del horizonte. Permaneciendo echada, en el peñasco, no puede ver más allá de los obstáculos que se impone. Se auto limita en sus potencialidades y sus reales posibilidades. Esto mismo hace, con relativa obstinación, la raza humana.

Pues bien, haciéndole frecuentemente el amor al porvenir, y besando con pasión, a diario, al ineludible destino, logramos que el milagro de la vida obrara nuevamente en mi vientre. Lo diferente es que este embarazo representaría una especie de reivindicación Divina dentro de la magistral humildad del Señor. Esta vez, Papá Dios nos obsequiaría con el mejor de los regalos**:** Un par de niños, hembra y varón para ser exacta, morochos por disposición uterina. Perfecto parto, perfecta salud, perfectos signos vitales… y perfecta genética. La niña la nombramos Laura Sofía, en honor al feliz recuerdo de mi amiguita de infancia, y al varón Pedro Segundo, en honor a su orgulloso padre.

Sentíamos que éramos felices, actuábamos como personas felices, y parecíamos felices. La felicidad — definitivamente — no tiene nombre, ni apellido, ni forma, ni color, ni clase. Está en cualquier parte, en cualquier tiempo, encubierta solo por nuestras propias incapacidades. Solo necesitamos estar conformes con lo que tenemos, y eso nos hará felices.

Pero no significa que seamos conformistas, solo significa que no seamos codiciosos. Si no aspiramos más de lo que nos merecemos, entonces tendremos todo lo que necesitamos.

Retomando la operación de Carla, pues debo decir que fue un proceso lógicamente traumático, pero muy satisfactorio, no solo porque todo fue un total éxito, sino también porque conocimos la amistad sincera con su verdadero rostro. La solidaridad de la gente toda, inclusive desconocidos que se acercaron con cualquier aporte, nos enseñó que la caridad inspirada en la fe es indudablemente pura y hermosa. Con frecuencia un frío sudoroso recorría mi anatomía nocturna, en disputa siempre con mi mente que anhelaba un término de súbito contento, y al final, el sueño madrugador vencía sus propias adversidades. Los desvelos se hicieron acompañantes habituales, pero el desenlace postrero en positivo borró todo vestigio de sufrimiento y llanto. Sí, es así, al final, todo esto valió la pena. Carla salió bien de la operación, y su corto periodo de recuperación asombró a todos los protagonistas de este hoy apenas recordado episodio.

Mientras los morochos crecían, Carla Susana y yo asumimos con fortaleza nuestra sublime heredad. La escuela especial se convirtió rápidamente en su segundo hogar, y las maestras especiales en su segunda madre. Entre labores de manejo de inteligencia

emocional, comportamiento, lectoescritura, juegos didácticos, manualidades, jardinería y pintura sobre lienzo, transcurrían las actividades pedagógicas cada semana, día por día hasta las cuatro de la tarde, desde las ocho treinta de la mañana. La profesora de pintura al óleo muy pronto descubrió en Carla habilidades como paisajista, y muy marcadamente, para retratista. Era algo innato, espontáneo, manifiestamente nacido con ella, el pintar hermosísimos paisajes, y con exactitud de principiante aventajado los rostros más diversos en sus ejercicios artísticos.

La sugerencia inmediata de darle atención especial a estas cualidades pictóricas, la seguimos al pie de la letra. Aparte, en academia sabatina, Carla junto a niños no especiales desarrolló poco a poco sus dones con el pincel. Más temprano que tarde sus pinturas estaban siendo exhibidas en lugar preponderante en diversas exposiciones colectivas de aficionados y sus vistosos paisajes alabados como la incipiente obra de un dotado prospecto. Poco a poco, perfeccionó la técnica de retratos, y sus rostros comenzaron a verse colgados en las paredes de las salas de los allegados.

Antes de cumplir los catorce años, ella, su papá y yo conocimos Chile gracias al estupendo óleo de *Bernardo O' Higgins* que expuso en concurso abierto en la embajada de ese país. Posterior a su premio local, el cuadro de Carla fue a concurso con los mejores

de cada nación latinoamericana y finalmente la de mi hija resultó la pintura ganadora del certamen que reunió a pintores profesionales consagrados desde hacía tiempo ya. El viaje era el premio, y por la condición especial de la autora, y tratándose de una menor, incluyeron a sus padres. Cinco días y cuatro noches de estupendo relax, diversión e infinito orgullo en cada agasajo ofrecido.

La vida se tornó color felicidad, y la condición de nuestra hija mucho más que ser un pesado lastre, desde mucho tiempo atrás se había convertido en satisfacciones y hermosas recompensas. Ahora, lejos de ser mi karma como enajenadamente llegué a pensar, sentía que algo indescifrado por mí hasta entonces, estaba siendo premiado por Dios. Era un premio, un regalo indiscutible, el que Carla hubiese llegado a nuestras vidas. ¡Gracias, mi Señor!

Aclaro, para fines de fidelidad con la historia, que desde mucho antes de estos

eventos acontecidos aleatoriamente, nuestro regocijo, nuestro orgullo y nuestra dedicación amorosa ya había logrado el milagro de la transformación en nuestras mentes y en nuestros corazones. Con pinturas o sin ellas, con o sin premio, o sin habilidades especiales mostradas desde sus inicios en la escuela, hubiese sido igual nuestra bendición. Dios nos obsequió a Carla como hija, como humana, lo demás no representa más que valor agregado.

Igual de orgullosos nos sentimos cuando — tardíamente — pronunció (o balbuceó) su primera palabra**:** Papi. Después vinieron Mami, Lauda, Pedo Secundo y muchas otras. La gran ausente siempre fue y seguía siendo, la sonrisa. Carla no sonreía, ni aun en los momentos más significativos para ella. La computadora lograba entretenerla más que la televisión, y los juegos sencillos en bajo nivel eran su gran distracción. "La deficiencia sináptica en ciertas áreas de su cerebro, es compensada con el desarrollo inusual de algunas otras", nos explicó alguna vez la sicóloga.

El bordado sobre tela, fue la actividad que le permitió comenzar a tener sus propios ahorros. Comprábamos las franelas, y en apenas horas de labor lograba los más disímiles modelos que gustaban tanto a niños como a jóvenes y adultos. Los encargos en cantidades respetables me sacaban de mi sosiego, pero ella con absoluta tranquilidad cumplía con puntualidad meridiana. Al poco tiempo, ya era un pequeño negocio... su pequeño negocio.

Entre sus actividades recreativas, su escuela, su academia de pintura, sus bordados y sus tareas transcurría su vida. La habitación que ocupaba, transformada en una selva de hilos, caballetes, pinceles, agujas y juguetes, era su universo total. Allí orbitaba, en torno a su propia idea del mundo y su manera de alcanzar las estrellas. Su luz propia, iluminaba todo su entorno sideral. Las melodiosas notas de la bóveda celeste, su

infinita bóveda celeste, se escuchaban en su ingenua mirada, se percibían en sus gestos, se sentían en su apacible trajinar.

Su cumpleaños veinte lo celebramos entre compañeritos de escuela, amiguitas, familiares y uno que otro vecino. Los gastos corrieron por su cuenta, pues así lo exigió ella misma. En las tarjetas de invitación, estampadas de su propia mano, quiso que escribiera**:** "Si desea traer algún regalo, por favor deposítelo en efectivo en la Dirección de la escuela especial". Así, bondadosa, caritativa, se mostraba siempre mi Carla. Para quienes le conocíamos no resultó nada nuevo esta petición, por cuanto era la reedición de su deseo en la celebración de sus quince primaveras. Para entonces, había hecho la petición, pero esa vez a nombre del hospital donde fue operada. Su bondad, su entrega, su desprendimiento de lo material, la hacían destacar constantemente. El generoso importe de su primer cuadro vendido a un extranjero que lo llevó a Suiza para exhibirlo en el salón principal de su casa, según nos dijo él mismo, lo donó también al hospital donde conocimos la ciencia tomada de la mano con la solidaridad y la compasión.

Tres años después, recién cumplidos los veintitrés de Carla, mientras la llevaba a su escuela, recibí una llamada a mi celular. Una voz trémula, aparentemente de un policía de tránsito, me comunicaba sin más rodeos que mi esposo había sufrido un accidente

mientras viajaba a Valencia. Una gandola le quitó su derecha y hubo un encontronazo de frente, articuló a continuación el desconocido, agregando que se encontraba mal herido en un hospital de esa ciudad. Cuando llegué a la Emergencia, luego de haber hecho los arreglos mínimos necesarios para poder ausentarme, me enteré que su muerte fue instantánea.

En ese momento, la fatalidad llegó a mi encuentro, sin más preámbulo que el

beso de despedida que nos dimos. Sentí que mi cuerpo desfallecía y mi ánimo se derrumbaba. Mi desmayo, de seguidas, movilizó al personal paramédico e inmediatamente me convertí en una paciente más de la Sala de Urgencias de aquel pequeño hospital.

Pedro Miguel estaba cerca de cumplir veinte años de labor en la empresa. Era una firma internacional de Contadores, y él se desempeñaba como Asesor Financiero. Por las características de su cargo, era menester que viajara por todo el país, y para ello le asignaron un vehículo ejecutivo. De ciudad en ciudad se le iba la mayor parte del tiempo, pero al llegar a casa, la intensidad con la que desarrollábamos nuestra vida hogareña, nos retribuía plenamente. Su "Brillantico", como cariñosamente le decía a Carla, esperaba con ansiedad su regreso y le hacía acompañarla hasta dormirse en plácido sueño. Por mi parte, desde los años subsiguientes hasta el día de hoy, le he guardado

la más noble fidelidad hasta en las más recónditas habitanzas del pensamiento, como si aun viviera, como si aún fuera mío. Creo poder decir que aún lo amo…

Mi cambio de estado civil trajo otros consigo. Carla y yo, ahora solas y sin el soporte salarial de mi difunto esposo, debimos reorganizarnos económicamente. Laura, la morocha, graduada de Arquitecta y felizmente casada con un Ingeniero Civil, vivía en Barquisimeto. Pedro Segundo, flamante oficial del Ejército egresado de la Academia Militar, vivía de cuartel en cuartel por los más lejanos lugares del territorio nacional. Éramos Carla y yo a secas, a solas, una para la otra. Ella asumió la muerte de su papá con aparente despreocupación, pero su dolor fue tan sentido que incluso llegó a representarlo en un cuadro donde la *Parca* leía un manifiesto a su padre. Entre pésames y lamentos transcurrió el tiempo. Mi decisión de no ridiculizarme con un trapo negro a menos que me provocara lucirlo, me valió comentarios negativos de la gente de tercera edad y uno que otro rezagado intelectual ortodoxo más joven.

Mi luto lo he llevado desde el primer día en lo más profundo de mi alma, y nunca he sentido la necesidad de enseñárselo, color negro, a nadie. Ese luto es mío, me pertenece, y le pertenece a Pedro Miguel, solo a su memoria y a Dios debo rendir cuentas. Creo que si algo debiera demostrarle a la gente, es

que mi esposo no se merece — y no le agradaría — que andemos mis hijos y yo por allí dejándonos ver con telas color hipocresía. Además sería — según comentaba Pedro con mucha frecuencia — como retroceder en el tiempo, y volver a la época de mitos, leyendas y costumbres herejes. Dios nos mira el corazón y nos escucha el alma, y le importa nada el color de nuestras apariencias frívolas. A El no podemos engañarle.

En homenaje post mortem en el primer año luego de su ascensión a otro plano, Carla y yo reacomodamos la parte del armario ropero que le correspondía, para donar toda su ropa y artículos de uso individual a un asilo local. Este reacomodo involucró el revisar todo lo habido para regalar o botar algunas cosas que ya no cumplían ninguna utilidad. Un reloj-campana guardado en su estuche fue una de las primeras piezas que redescubrimos. Aislado en los márgenes de mis recuerdos, había permanecido muchos años embalado junto a una pequeña batería de cocina comprada a unos buhoneros cuando acompañé a Pedro en uno de sus viajes a la ciudad de Punto Fijo. Una máquina de escribir portátil, de tecnología vanguardista para finales del siglo pasado, hoy día no era más que un aparato obsoleto ante la imponente complejidad de una computadora. Un maletín ejecutivo usado, pero en perfecto estado de conservación, un colchón inflable con su bombita portátil, una cocinilla eléctrica

de una sola hornalla, un toldo playero, porta trajes, bolsos viajeros, pequeñas partes eléctricas hogareñas de repuesto y muchas menudencias más, fue el bagaje seleccionado para donación.

Al final de la "jornada de limpieza", al fondo, en el lugar más oscuro, alcancé a tomar con la punta de mis dedos un envoltorio anudado sin arte pero con mucha fuerza. Hube de ayudarme con los dientes para lograr desanudarlo, y como si hubiera ingresado a velocidad supersónica en un agujero negro, dispuesto en los confines del Universo entre épocas astrales distantes años luz unas de otras, me trasladé en fracciones de segundo a esa Navidad que nunca podré olvidar.

Ahí, bajo esa cubierta, bajo esos nudos, bajo ese plástico preservante, encontré mi olvidado unicornio color miel. Lo tomé entre mis manos, lo estrujé cuidadosamente contra mis senos, cerré los ojos y le pedí perdón por mi ingratitud. Oré, recé, y en alabanza meditativa le agradecí por lo que había hecho y lo que había significado para mí en el pasado. Le pedí que cuidara a mi esposo donde este se encontrara, y que me diera fortaleza y salud para llevar mi vida hasta que el Señor disponga de ella. Lo acaricié suavemente hasta que dos lágrimas inevitables se deslizaron por mis mejillas. En un acto de constricción pedí perdón por mis pecados y mis errores, hasta que un evento maravilloso me sacó abruptamente de mi medita-

ción. Un evento, uno más, que marcó mi vida y que jamás podré borrar**:** Carla Susana sonrió, rio, y con efusividad extendió sus gruesas manos en señal de petición. Quería tocarlo, y casi obligadamente me lo quitó. Literalmente, lo arrancó de mis manos, para de seguidas imitarme en mi acto de apretujarlo contra el pecho, y así se quedó por varios segundos, mirándome fijamente, sin dejar de sonreír.

De nuevo, mi injustamente execrado peluche, me inspiraba alegría, satisfacción, felicidad. Mi unicornio obraba el milagro de hacer reír a mi Carla. El milagro estaba ahí, conmigo, con ella, y lo podía percibir de manera tangible. Una especie de resplandor iluminó la habitación, y el sonido de la carcajada de mi bebé olió a magia, supo a gloria y se dejó ver a través de su mirada. La expresión de su rostro fue apoteósica. Jamás había transmitido con tanta vehemencia su alegría, su satisfacción. Para ella, el descubrimiento del unicornio, era como música para quien extraviado en el desierto, a punto de perecer deshidratado, encuentra un enorme y cristalino oasis. Como quien al final de su redención, encuentra la verdad de la humanidad. Como quien vuelve a casa, después de la eterna soledad, como quien siendo huérfano de fe, experimenta el roce de Dios.

A partir de ese día, Carla bordó cientos de franelas con un exactamente copiado unicornio y el color más usado fue el miel. En sus pinturas, que para entonces

recorrían toda la geografía nacional y algunos países europeos y latinoamericanos, el motivo preponderante — aparte de los retratos — fue también un unicornio miel. Le hacían pedidos desde embajadas y consulados para enviarlas como especial obsequio a los respectivos países. Una firma internacional de ropa *sport*, compró los derechos para imprimir masivamente la creación de Carla.

Nuestra estabilidad económica llegó a niveles más allá de la cobertura de esenciales necesidades, y Carla se convirtió rápidamente en benefactora de muchas Fundaciones, llegando su altruismo a ser su principal característica de identificación. Sus modestos aportes (nunca llegó a ser una potentada) significaron la sobrevida para muchas organizaciones filantrópicas, mientras que su actividad artística le valió varios reconocimientos universales.

Hoy, mientras mi rugosa piel se pertrecha para cubrir las manos que escriben esta historia, debo decir que llevamos una vida muy acompasada. Yo, con mis achaques hipertensos y mi Diabetes, y Carla con su arritmia, su obesidad y su desorden digestivo.

Entre consultas a médicos, medicamentos y dosis con diferentes cumplimientos horarios, transcurre nuestro día a día. Los sábados, en horario corrido, Carla enseña a bordar y a pintar a niños especiales. Ellos asisten desde la mañana hasta bien entrada la tarde, le facilitamos todos los materiales y yo soy

feliz cocinando para todos. El costo lo determinó Carla**:** absolutamente nada. Totalmente gratis, a menos que algún representante quiera hacer un donativo a la escuela especial donde la atendieron y enseñaron. "Brillantico" se acuesta a diario con el unicornio miel, y cada noche se duerme aprisionándolo entre sus manos y su pecho. Nunca podré saberlo con exactitud, pero imagino que también ella pide que le cumpla sus deseos.

El peluche, maltratado y evidentemente castigado en su color y en su forma por la implacabilidad del tiempo a su paso, no aguanta más remiendos. Sin embargo, Carla se opone rotundamente cada vez que intento renovar su cubierta y su relleno. Carla sonríe a menudo, y su risa mueve a sus alumnos a sonreír también. La atmósfera se torna ligera, y la distancia entre lo especial y lo no especial se reduce solo a nuestra manera de percibir al semejante. Las barreras que bordean la insensatez y la prepotencia, son derribadas por la camaradería de los cursantes en su desprendimiento de los prejuicios que a otros ahogan. Ante los ojos de una inteligencia superior creadora de almas, estas escenas de compañerismo y lealtad deben comportar cualidades edénicas. No hay egoísmo, no hay malicia, no hay desconfianza. A veces concluyo, gracias a ellos, que los peores males de la humanidad son su propia intelectualidad y su libre albedrío.

Sabiéndome ya en la curva descendente de mi existencia, me he convertido en un ser mucho más reflexivo, tolerante y compasivo. Mis principios, antes deambulantes en la conveniencia circunstancial, a estas alturas se solidifican, y mi férrea adhesión a los valores cristianos cada vez adquiere mayor radicalidad. En mis momentos de revisión espiritual, condeno severamente mis pensamientos del pasado, mi flaqueza durante los primeros meses de Carla, y la ligereza de mis apreciaciones. Me enorgullezco, por el contrario, de los momentos de transición después del periodo de aceptación, ante lo que fue el más bello obsequio escogido por Dios para bendecir mi matrimonio.

A veces el Señor actúa de manera incomprensible para nosotros los mortales. Él tiene formas de actuar que escapan a nuestra comprensión. Pero al final, en el desenlace de las vivencias, nos permite entender esa cosa que llamamos destino. La otra cosa llamada suerte, no es más que el transitar por nuestros propios caminos hacia esa cosa llamada destino. La diferencia la pone el libérrimo pensamiento, porque de nuestra fe y aceptación depende el entender o no la voluntad Divina. Es en estos términos y formas que — segura estoy ahora — tenemos buena o mala suerte, feliz o trágico destino.

Ahora sé que la verdadera dádiva del Todopoderoso, es mi hija como lo que es y nada más. No como pin-

tora, ni maestra de bordado, ni como facilitadora, ni como generadora de finanzas propias. Es como el ser humano que es, es como el síndrome de *Down* que representa, como la insustituible compañera de mi vejez y mi viudez solitaria.

Amo entrañablemente a Laura y a Pedro Segundo, y estoy muy orgullosa de ellos, pero entiendo que hagan su vida aparte, al igual que yo hice mi vida con Pedro Miguel. Crecieron conmigo, a mi lado, llevados de la mano por mí hasta que fue necesario. Pienso que Dios no quiso verme morir de soledad, y envió a Carla Susana para que inyectara vida a mi trayecto a la adultez mayor y probablemente luego a la ancianidad. A veces entro en conflicto conmigo misma porque creo que no soportaría el avasallante dolor de sobrevivir a Carla. No logro imaginarme mi vida sin ella, sin su sonrisa, sin su presencia física y sin su bondad espiritual. No soportaría dormir sin su abrazo perenne y su pierna izquierda sobre la mía. Amanecer y no disfrutar de su tosco beso matutino, sería como renunciar a los rayos de un sol resplandeciente. Su lado de la cama, con su figura contorneada por el desgaste, se rebelaría ante su ausencia.

Pero a la vez, pienso, que de morir yo primero para ella significaría que el mundo se termina junto al progresivo óxido de mi ataúd. Algunos días amanezco convencida de que es mejor que ella se vaya primero al encuentro con su padre, aunque para mí eso repre-

sente morir de añoranza; y otros pienso que sea ella quien me sobreviva a mí, para que tenga la larga vida que se merece. Pero esto involucra que su deambular por el mundo en solitario, puede ser terriblemente peligroso para ella hasta su momento final.

Así es hoy mi vida, entre altos y bajos, entre ríos de fe y mares de esperanza. Con la dilemática inseguridad de no estar conforme con ninguna muerte, la de ella primero y la mía después, o la mía antes que la de ella.

Debo acotar que sus hermanos la adoran, y segura estoy que cuidarían de ella con esmero y mucho amor. Pero aun así, no podría ser lo mismo para ella, por cuanto la dependencia desarrollada entre ambas es superior a cualquier resolución de vida lejos de mí. Sin necesariamente llegar a extremo crítico, ese es mi único actual dilema existencial. Por lo demás, segura estoy que he vivido a plenitud conforme a las leyes universales de la paz y la armonía y en consonancia con la honradez, sencillez y transparencia mandatadas por Dios. Es mi forma de entenderlo y reverenciarlo. Él y yo hemos sido concluyentemente simétricos. La vida no me alcanzará para mostrarle lo agradecida que estoy con su voluntad, y hasta Carla entendió desde siempre que fue puesta en mi útero por disposición Divina.

Y mientras la vida sigue adelante, las horas pasan, la mentira huye ante el avance triunfante de la verdad, los pájaros vuelan como símbolo de su conquista de

los aires, la lluvia cae para vigorizar los bosques y remozar los jardines; aunque la torpeza humana avanza campante a través del menosprecio, la apatía y a veces, de manera nefasta, la ironía y la burla a seres diferentes.

Para mí, es el orgullo más grande de mis vivencias, y segura estoy que algún día, en algún tiempo y en cualquier lugar luego de su muerte, Dios la devolverá a este mundo como el ángel que es, camuflada quizás entre un extraordinariamente blanco algodón rellenando un unicornio de cualquier color…

LAS FECHAS DE UN ADIÓS

Viernes 20.-

Casi son las diez de una noche más y aun no llega de su trabajo. Hasta que supe que no llegaría a tiempo, la esperé en vano desde las ocho, para cenar juntos como desde hace semanas no lo hacemos. Hace mucho que no logro conversar con María Victoria sobre el futuro de nuestra relación. Hace millones de apatías que no fusionamos nuestros cuerpos como en otrora, y nuestra deuda de un beso en la mejilla al despertar y despedirnos todos los días, aumenta con cada amanecer. No quiero tenerme lástima, no deseo sentir lástima por quien no es digno de ella, pero esta tortuosa agonía me subyuga a los confines de la irracionalidad. Mis pensamientos entumecen mi ánimo, y el

gatillo que apretujan mis trémulos dedos me conecta con el desahucio que me importuna.

Soy una brizna a merced de la tormenta, reducido a insignificante, sin voluntad propia, sin ganas de retorno al campo de los placeres y a la siembra de las delicias. No encuentro en los archivos de mi memoria alguna época que pueda parangonar con este lúgubre abatimiento. Insisto en rebuscar en lo más profundo de mis afectos las fuerzas que ahora me faltan, me

abandonan, me olvidan, como si se tratara de una heredad infértil incapaz de ver a sus semillas germinar, a sus espigas brotar, para lentamente caer al suelo antes de la pródiga mies. Amalgamo ahora en mis reminiscencias las tardes cargadas de solaz y tierno esparcimiento cuando el amor comenzaba a tocar, con sutileza de principiante, el corazón de María Victoria y el mío propio, enmarcados en el desinterés y el encanto. Revivo una a una las sonrisas sin razón que coloreaban nuestras miradas, y los ojos que se arropaban tímidamente con los párpados que guiñaban sonrojados, al mostrar desnudas las pestañas que abrasaban la intensidad de aquellos momentos.

Hoy, las horas derraman la espera impotente en forma de lágrimas somnolientas. El desespero avanza indetenible en su intento de ganarle la carrera a los celos malolientes que persiguen a la resignación, luego de haber masacrado impunemente a la cordura. Siento que he perdido a la mujer que le dio sentido a la compañía en esta etapa de mi vida, siento que me desgarro poco a poco y mis pedazos caen en una charca pestilente sin fondo definido. Mientras, una pertinaz lluvia avanza veloz en sus pacientes gotas, siguiendo los pasos del rocío que empaña el cristal en los asomos de la espera inútil.

Sábado 21.-

El repique telefónico interrumpió el avance de mis muy pocas horas de sueño, sin darle tiempo a la no-

che para que me obsequiara el habitual descanso. No sé a qué horas hablé con ella sin poder ver su rostro, sus ropas, su encanto. No pude sentir su aroma de mujer entregada a mis ganas; solo escuché su voz al teléfono anunciándome que había dormido en casa de su amiga Neydis, al hacerse tarde para llegar a mí. Mi fugaz conjetura comienza a tomar cuerpo, a definir su amargo contorno, a delinear las bases de la sospecha fundada, y no creo tener vocación de cornudo. Aunque no es a simples cuernos a lo que se reduce esta triste situación, esta humillante y devastadora condición que hace desplomar mis querencias en la oquedad del infinito, como si una mazorca de maíz pretendiera desgranar los dedos que la cosechan.

Ahora soy convicto de mis errores. Mi pasado cobra con el acíbar de la pena suprema ulterior, su benevolencia con mis desatinos cuando con supina ignorancia pensaba que las cosas malas, desagradables, frustrantes y catastróficas solo le ocurren a los demás. Para entonces, en época de mocedades y travesuras, tenía tiempo de sobra mientras esperaba que se me acabara el tiempo que ya no tenía. Esa época en que buscando la evidencia del todo, uno termina concluyendo que la nada es la esencia del principio de lo total, de lo tangible, de lo trascendente. Y entonces asoma su frente la acomodaticia fe, que no es más que el creer en algo o en alguien cuando se carece de evidencia para demostrar la existencia de ese algo o

alguien en que decidimos depositar dicha fe.

Paso a paso voy pisando el aire que respiro mientras traslado mis rencores de un dolor a otro. Las añoranzas van y vienen como desfilando ante la impaciencia del desenlace de esta vicisitud amorosa. María Victoria aparece ante mis azares cuando regresa en los recuerdos que despiertan junto a mis noches de insomnio. La miro altiva, hermosa, sonriente, mientras sus labios enjugan las lágrimas de mis pesares. Pero su actual ausencia parece indicarme que sus carnes se convierten en manjar para otras manos acariciantes, tal como las mías acariciaron la piel bajo la ropa que estorbaba. No quiero escucharla nuevamente al teléfono, pero deseo con vehemencia que se apiade de mí con tan solo una llamada. Deseo la explicación que nunca llega, una explicación que me permita justificar el tronar de una bala que acabe con el tormento, o quizás una palabra que me libere del presidio que padezco.

Quisiera preguntarle a su amiga Neydis, pero una decepción gigantesca asoma su perfil ante el temor de la más infame de las noticias. No quiero saber con quién compartió las cobijas, ni quisiera saber por qué ya no las comparte conmigo. No quiero enriquecer mi esperanza con palabras vacías echadas al aire para confortar mi desgracia en el amor; es decir, tan simple como eso, no quiero saber nada de nada. Me conformo con la información que me da mi duda por su

ausencia de la cama que guarda recelosa toda nuestra ventura. Jamás mujer alguna con sus desplantes hurgó tan profundo en mis emociones, ni taladró mis sentidos hasta la iracundia de la locura. Ahora, en este momento, mi animal interno reclama sus besos y su pubis se convierte acogedoramente en mi meta anhelada. Quiero sentir que burlo a la vida y esquivo el infortunio. El tenerla se convierte en el obseso sentimiento de mis entrañas y la infelicidad me invita a desear años más de vida para soportar a su lado las traiciones del destino. Quiero seguir perteneciéndole y que ella siga perteneciéndome; que seamos libres teniéndonos el uno al otro, poseyéndonos mutuamente, amándonos como si estuviésemos atados por un cordón umbilical forjado con la pasión de un amor irrestricto, puro, sincero, sin más cota que nuestras propias ansiedades, y alimentado con los nutrientes de sentimientos probos y placeres infinitos.

Domingo 22.-

He descubierto que en verdad no amo mi vida más allá de evitarle a los seres que me quieren, el dolor de mi partida. Apenas amanece este día de descanso, y ya María Victoria alejó su cuerpo de la habitación compartida. Ayer, llegó *"muy cansada"* como para *"contarte todo lo que he vivido"* y un profundo sueño caracterizó su rígida posición estable desde el principio hasta el final de un compartir sin abrazos, en la cama que ya no alberga nuestra pasión ni sus ganas.

Al marcharse muy temprano, me dijo que iría a un convite con Neydis, y que seguramente estaría con ella hasta avanzada la noche.

Hace un par de años, el hombre que compartía su vida, debió enfrentarse a la decisión de María Victoria de dejarlo por mí. Ahora entiendo por todo lo que debió pasar cuando la fugacidad de nuestros encuentros lo relegaron a un segundo plano y lo convirtieron en simple receptáculo de las mentiras avenidas. La perdularia mujer que triangulaba nuestros destinos sin remordimiento alguno, fue construyendo una farsa en torno al compromiso marital adquirido con su entonces pareja. En ese momento, lamento decirlo, no sentí ni el más mínimo vestigio de remordimiento. No me importó en lo absoluto robarle el amor de "Mariavic" a un ser que probablemente la amaba tanto como he llegado a amarle yo mismo. Quizás, sea la ley de la vida el hecho de que en la actualidad esté pasando yo por ese trance, a punto de colapso emocional y con una colosal minusvalía moral que me excluye de la posible quejumbre a la que haya podido tener derecho. Para entonces, Mariavic le decía a su pareja que se quedaba a dormir en casa de su mejor amiga, Neydis.

En todo caso, es parte de mi naturaleza lograr lo que me propongo. Me siento fuerte, seguro de mí mismo, con una personalidad atrayente y con un nivel cultu-

ral adecuado para la época y el entorno social donde transcurre mi vital presencia. ¿Mis flaquezas?... pues en estos momentos aciagos las he descrito. De nada me sirve mi bagaje de fortalezas, cuando el guiñapo en que me ha convertido esta ambigua situación realza mis defectos, al tiempo que encumbra mis debilidades. Bien lo decía mi madre: *"Fíjate bien de quién te enamoras; el mundo da una vuelta diaria y cada día es un principio y un final de algo. Cada día nacemos, cada día perecemos, cada día es distinto, único, irrepetible"*.

Lunes 23.-

Anoche no le fue posible eludirme, evitarme, impedir que mis fluidos seminales traspasaran las barreras de su indiferencia, de su frialdad, de su desgano. Hoy desperté con su recuerdo encajado en mi dicha. Antes del alba, ella se levantó y en total silencio, con pasos sigilosos cuidando de no hacer ruido alguno, se marchó gélidamente apática un día más. Anoche se acostó a mi lado, pero durmió sin mí. Le hice el amor de una manera apoteósica, especial, como si fuera la última vez, mientras ella tenía sexo desabrido y casi compelido conmigo. No existe peor manera de extrañar a alguien, que estar acostado a su lado y saber que ya no es tuyo. Quizás no exista peor decepción que abrazar a la mujer que amas mientras duerme contigo, y que para ella no signifique nada, más allá de la molestia de *"tu respiración en mi nuca"* o *"tu pierna sobre las mías"*.

Aun teniendo todo este tsunami de adversidades azotando mi dorso expuesto, hoy desperté con su recuerdo al lado de mi almohada, deleitándome hasta el éxtasis con su aliento impregnado en las sábanas que encubrieron nuestra casi furtiva voluptuosidad nocturnal. En el pasado próximo, ese mismo aliento en complicidad con sus besos, supo dar buena cuenta de mi aparatosa locura de amor. Aun hoy, bajo estas acérrimas circunstancias, me siguen enloqueciendo sus besos, me enajenan sus labios frotando los míos mientras su aliento se adentra en mi boca, en mis entrañas, en mis poros, mis huesos y mi cabello. Amo su aliento tanto como le amo a ella. Amo sus besos, porque con ellos me entregaba su olor de mujer fogosa, me ofrecía su cima hormonal y me estremecía con el aroma más cautivante jamás sentido en mis resquicios. Además, después de cada impulsiva sesión lujuriosa, donde las caricias labiales penetraban hasta los tuétanos del deseo; después de ese clímax, después de esos besos, mi piel y su piel eufóricas se dejaban sentir tal cual vinieron a este mundo**:** frágiles, sinceras, agradadas, sonrientes.

Allí, en momentos cumbres como esos, conocí el amor; supe lo que significa estar enamorado, experimenté lo que se siente estar seducido, mirar, tener, tocar…poseer a la mujer amada, dejando en mi boca con sus besos el excelso sabor de su aliento. Y es eso lo que más extraño, su dulce

aliento, su aroma femíneo que exacerba mi testosterona y reclama su espacio en la inexactitud de lo tácito. Experimenté la realidad virtual que trata de solapar sin éxito alguno a la realidad real. El esquivar lo negativo desde un plano terrenal, el asimilar lo real de lo cotidiano, el aceptar que ya Mariavic no me ama, y ofrendar el resto de mi vida a lo que disponga el resto del mundo. Dejarme llevar por los vaivenes de una sociedad que no prepara al ser humano para el fracaso, y donde se castiga al que triunfa con la intriga del nefasto en su intento por parecer no intrigante ni pérfido. Así son mis pensamientos, así ocupo a tiempo completo mi ocio…

Martes 24.-

Once p.m. de ayer. A esa hora hizo su aparición el ser que impulsa mi neurosis, acompañada solamente por un despiadado dolor de cabeza, según me dijo. A lo largo de toda la noche, traté de calmar la fortísima cefalea que Mariavic padeció sin pausa ni tregua. Su lado de la cama lució como un fruto prohibido para mí, y solo me era permitido acercarme a su piel con las compresas húmedas que colocaba intermitentemente en su frente. No hubo pasión, ni diálogo, ni explicación. Para mí, no hubo oxígeno a lo largo de toda la velada. Solo recuerdos. Recuerdos, y lágrimas de soledad imprecisa…

Ahora, en este mismo instante, luego de marcharse en silencio y sin despedirse tras los únicos cinco minutos en que he podido dormitar, recopilo mi desvelo, paso una a una las páginas de recónditas apatías, mientras mi naturaleza perceptiva me hace una mala jugada mofándose de mi congoja.

Mi discurrir evocativo me traslada al pasado reciente, y la melancolía hace anunciar su llegada con la impronta conceptual de Mariavic y su arquetipo de la felicidad. Hace menos de lo que podamos tardar en llenar nuestras manos con arena de una playa paradisíaca y acogedoramente dispuesta para el romance, María Victoria y yo hablábamos de la felicidad. Consensuamos siempre, desde el principio de nuestro amorío, que el desear lo que no tenemos es la mejor manera de esquivar la sensación de felicidad, y que cuando se cubren las necesidades básicas y las condiciones de vida son las deseadas, la mente estará alegre y cómoda gracias al hecho de haber aprendido a equilibrar las emociones. *"Es lo que denominamos nuestra zona de confort"* me decía Mariavic en nuestras tertulias eróticas mientras malgastábamos la lujuria del pensamiento hecho placer.

"El amor verdadero no tiene gradientes ni intensidades. El amor verdadero es infinito, incondicional, sincero, puro, sin medias tintas; por eso nadie puede amar verdaderamente un poco — o mucho — a alguien, simplemente se le ama a plenitud" solía repetir Mariavic en tiempos donde coinci-

díamos en que *"una mentira pequeña, no es menos mentira que una mentira grande. ¡Ambas son una mentira!",* frase recurrente en nuestros momentos de efectiva y eficaz comunicación mutua, es decir, en momentos ideales de pareja, en momentos ideales de lecturas compartidas, en momentos ideales de aprendizaje común. Así, solíamos leer que *"la esperanza es una lata vacía de promesas incumplidas",* o que *"la ausencia promueve vanamente la esperanza en lo no tenido",* o que *la esperanza es un pedazo de vida que de último se desprende, dándole un sentido abstracto a la existencia, al ser que somos, a la piel que habitamos. "Vivir en permanente búsqueda de razones para vivir, es una buena razón para vivir",* habríamos leído en un acopio literario de frases de la vida, en el que solíamos coincidir en el hecho de que hacer la misma cosa una y otra vez esperando resultados diferentes, es la mejor definición de *locura*.

Siento, percibo, que la perdí. Ya no son míos los sudorosos poros de su piel sin ropas, ni su alma desnuda busca acomodo en mi tosco regazo. No hay apetencia amatoria en sus demorados retornos diarios a la cama que atestiguó nuestro embriagador gemir en libidinoso modo *ON*, en días de gloriosa comunión de fluidos carnales. Debo hacerme a la idea, que ahora es ajena, que la perdí paso a paso sin siquiera darme cuenta que sus ojos ya no miran a los míos, que su aliento ya no evoca el aroma resplandeciente de mil sensualidades acariciantes, y que su cabello ya no es

mi antifaz en las noches de arrebatadores abrazos en el descanso coital tras la lujuria.

Sábado 20.- (Una traslación terráquea después)

Hace un año exactamente, comencé a escribir estas líneas. Hace un año intenté describir con alevosa premeditación la cronología de mi propia muerte espiritual, o emocional, o simplemente física. Pensé en morir, y el pensamiento fatídico se hospedó en una especie de fijación letal, ante la inminencia de mi vuelta a una soledad que con pertinacia me niego a reconocer como mía. Mi fugaz transitar por la relación amorosa más hermosa del universo imaginable, ante el inminente final abrupto y frío que veía venir, me llevó a negarme mis propios respiros, mis propios latidos. Pensé morir de pesar, y la congoja que abrasó la azarosa ofuscación de mis instintos perceptivos, casi me llevó a accionar con mis trémulos dedos el inoportuno gatillo acerado.

Hoy, respiro la tranquilidad que me da la sanación que el tiempo hizo de mis

heridas. Ahora entiendo muchas cosas, una de las cuales es que nada es lo suficientemente importante y trascendental como para desplazar a la vida, del orden universal de prioridades en un ser humano. Sin ella, sin la vida, no es posible restañar cicatrices y la razón de dominio, el sentido de pertenencia, de

un amorío que completó su ciclo. Es decir, vivir es amar de nuevo, vivir es haber superado la muerte y sus trágicos impasses en la cotidianidad de lo trascendente. Vivir es respirar el amor que está por darse, o está a punto de recibirse. Siempre hay un amor quizá muy cerca, a la vuelta de la vida, que espera por cada ser a quien le corresponda ese amor en el sorteo del destino. No intentar descubrir ese amor por miedo al fracaso, es como recurrir al suicidio por miedo a morir; y es que, convencido estoy ahora, que la gente no tiene miedo a las alturas, a lo que verdaderamente tiene miedo, es a caerse.

De Mariavic debo decir, que, luego de marcharse con un morral lésbico a cuestas, ha encontrado su verdadera identidad. Su preferencia de género solo es profanada por nuestros bimensuales encuentros, en la habitación que en nuestra otra vida contemporánea compartimos, y que hoy sirve para disfrute de nuestros espíritus sedientos de libertad mental.

Por mi parte, en lo sentimental, debo decir que ostento como prueba superada todo el amargor de esos días en que ella se negaba a dejarme oler su aliento, tan siquiera con las aciagas palabras de una despedida. Cuando al fin tuvo a bien comunicarme su decisión, pude ver en sus ojos, cómo el reflejo de su alma transmitía sinceridad, expectativa, alegría y satisfacción. Me atrevo a asegurar, sin lugar a la menor duda, que tanto ella como Neydis se encuentran en su zona

de exquisito confort.

Y yo, entre los aconteceres de mis tareas como traductor en una Editorial local, y mis deslices amorosos ocasionales, me sumerjo en una especie de vertedero existencial donde he aprendido que no soy nadie para juzgar a los demás. Cada quien debería ser como quiere ser; y respetar eso, involucra que ese respeto se vuelva a mí. Ahora, así voy por la vida**:** tranquilo, despejado, sin estrés, sin necesitar los recuerdos de nadie, sin requerir los besos de alguien en especial…

MESA PARA DOS

I

Un mini arreglo con unas descoloridas flores plásticas ocupa el centro de la pequeña mesa redonda. Ubicada en el rincón más lejano desde la entrada, apenas si delata la silueta del hombre que recién la ocupa, y antes de que el mesonero se acerque para tomar pedido, el famélico personaje hace señas en dirección a la barra, pretendiendo ser atendido con la misma prontitud que su angustia le llevó a aquella cervecería con aires de taberna en la zona sur-peligrosa de la ciudad.

El ambiente lo hace tolerable un viejo aire acondicionado que encaja sus ductos en la tabiquería que sirve de pared posterior. Afuera, un horrendo calor desquicia a los peatones que desentendidos van y vienen por la acera en sentidos contrarios y a ritmos diferentes. Cada uno con su vida, sus problemas, sus triunfos y sus fracasos. Rostros disímiles componen aquel conglomerado contrastante, sin dejar ver a simple vista más que las incomodadoras gotas de sudor que se desprenden de sus sienes. A un lado de la puerta principal del establecimiento, bajo el *ABIERTO* iluminado con neón, un indigente andrajoso espera pacientemente las monedas de la misericordia.

Adentro, ocupando otra pequeña mesa para dos en el rincón lateral opuesto, una pareja evidentemente enamorada paladea un par de cervezas interrumpiendo su diálogo íntimo solo cuando un sorbo de la bebida los abstrae de su momento. Una tonada romántica tecleada por *Clayderman* baña el ambiente con una mezcla de romanticismo y difusa melancolía. Con la lumbre de un cigarrillo usándola para encender otro, el visitante solitario salpica toda el área con un asqueroso olor a nicotina, combatido infructuosamente por el delgado hilo de humo aromático de un barato palillo de incienso hindú colocado en un extremo de la pequeña barra. Un televisor con la leyenda *MUTE* proyecta las incidencias de un partido de fútbol, y el *dimmer* de las luces graduado a la mitad trata de encubrir la identidad de los presentes.

II

Crispín Alfredo Matos Pertuz es en estos momentos la mar de nervios. Profesor de oficio, da clases de matemáticas en la secundaria más antigua de la ciudad. Adoptando un bajo perfil social, pretende no dar a conocer abiertamente su abandono del hogar tras separarse físicamente de su esposa, única mujer en su vida durante los últimos veinticinco años. Hace algo más de uno que reside en casa de su madre, quien lo acogió únicamente por la incondicional característica amorosa propia del género femenino. Su introversión

compite con su encierro, y entre las dos custodian sus pensamientos y frustraciones. Una involuntaria lejanía de su hija, cuenta con el insensato aval de echarle la culpa al otro. Cada parte achaca a la otra ser la causa del casi absoluto distanciamiento. Cada uno por su lado recorriendo las veredas de los sentimientos, pisoteando a su paso su derecho a la armonía parenteral, seguro asaz cada quien, de ser asistido por la razón. Rasgando distraídamente el orlado azul celeste del pequeño mantel blanco que cubre la redondez de la mesa, se muestra ansioso cual alumno en espera de la nota final de su más difícil examen.

Otro cigarrillo encendido humea ante su rostro, evidenciando el desdén a su salud y la indiferencia ante una probable muerte cancerosa. Hace dos años que fuma de nuevo, como protesta activa a lo que cree, es una suerte inmerecida. El humo que exhalan sus pulmones se disipa lentamente en su derredor, dando la impresión de una calamidad en tinieblas, de una especie animal en decadencia. Sus ojos enrojecidos no dejan escapar detalle alguno de todo cuanto acontece, buscando afuera entre los caminantes que se pueden ver a través de los paneles de vidrio, el verdadero rostro de la caridad y el significado de la compasión. Uno a uno parece enumerar los latidos de su corazón, como "apilando cuentas para canjearlas por libros viejos que hablen de los avances de la hipocresía humana", refunfuñaba ocasionalmente.

En ese momento, entre el individuo bajo el neón y el, no había otra diferencia más que el sitio de permanencia y los pocos bienes materiales disponibles.

III

Reina Sofía Arroyo de Matos es una mujer aparentemente feliz. Con buen garbo y mejor actitud de echarle ganas a la vida, ha pasado mucho más de la mitad de su existencia emulando un pesquero en alta mar en busca de cardúmenes de fantasías que repleten sus redes de arrastre. De aspecto sobrio, pero permanentemente presta a la informalidad de la chanza y la celebración, se desenvuelve entre sus deberes hogareños incluyendo la atención a su única hija, y las obligaciones laborales como asistente ejecutiva del Gerente de Medios de la agencia de publicidad que le dio la oportunidad de crecer como profesional. En lo personal, es la mujer ideal como esposa, y en lo social su inclinación a la solidaridad y la lealtad es reconocida por muchos congéneres.

Apenas unas cuantas horas antes, recibió un nuevo mensaje de texto pidiéndole asistir a una cita. Sin darle mayor importancia — al igual que a los anteriores — oprimió la opción "*Eliminar*" de su teléfono. No quiere el reencuentro, no desea creer una vez más en las promesas de un paranoico enamorado volviendo a hacer añicos en poco tiempo la posibilidad de una feliz reconciliación. La personalidad del hombre que

aun ocupa su corazón es indeclinable, impetuosa y prepotente ante la ineludible adversidad de conductas y caracteres incompatibles. Rumiando el dolor de sus penas aliñadas con los sinsabores de vivir en solitario, su elección era el permanecer en la distancia, dándole chance al tiempo de sanar las heridas, mientras el mundo evoluciona hacia un futuro indómito provisto de enigmas y expectativas.

Cada semana, durante los últimos meses, la tecnología hace llegar un mensaje, y esta misma se encarga de borrar el testimonio escrito de la súplica trillada de una nueva oportunidad. *"Hablemos, dame otra oportunidad, muero lentamente sin ti, te espero en…"* es un texto agobiante que marcha a velocidad meteórica sin llegar a surtir un efecto más allá de la molestia por un indeseado repique telefónico cada siete días.

IV

Carla Vanesa Matos Arroyo es una joven despierta, educada, estudiosa, amigable y buena moza, que ha heredado el carácter fuerte y dominante de su papá, y la sensibilidad y dedicación laboral de su mamá. A su corta edad, puede incluir en su currículo un diplomado en Informática aplicada a la Gerencia Administrativa, amén de su licenciatura en Ciencias Económicas. El cabello liso castaño claro se debe seguramente a algún gen recesivo aportado por alguno de sus padres, los cuales se caracterizan por su cabello negro

semi rizado. A sus veinticuatro años de edad, siempre se lamenta por haber sido al nacer la causa de extirpación uterina en su joven madre, debido a una complicación de última hora.

En la transnacional comercializadora de cosméticos donde labora, ha escalado rápidamente posiciones y obtenido prestigio y reconocimiento. En el aspecto sentimental, afirma siempre que la madurez del juicio le indicará el momento adecuado para su realización maternal. Entre una y otra actividad, su quehacer transcurre al margen de la problemática sentimental de sus padres, al punto del distanciamiento y la apatía.

V

En la mesa, un nuevo cigarrillo inhalado protagoniza el evento de mayor realce. Crispín Matos luce su talla apertrechado en su trinchera. Una vez más espera a la mujer que secuestra sus pensamientos y los apila desordenadamente sobre su desdicha, haciéndolos parecer un cheque sin fondos para pagar sus desatinos. Más de veinte cumpleaños atrás, formó parte de la población más feliz del planeta, pero ahora debate su razón de vida entre la esperanza de una nueva oportunidad, y las aristas que oscurecen su horizonte próximo.

A estas alturas, el mesonero que le atiende comienza a hacerse de propina, ya que con cada nueva cerveza

dispensada hace crecer de manera ficticia el monto de la factura. Seis o siete personas más ocupan otras mesas en actitud de camaradería y entendimiento. Ahora es el turno de *Arturo Sandoval* para musicalizar el ambiente con su magistral ejecución de la trompeta. La vidriosa mirada del hombre en espera larga — a veces distante, a veces perdida — devela la disparidad entre lo que se quiere y lo que se merece, lo que se necesita y lo que se obtiene.

Los minutos transcurridos sugieren un nuevo plantón en la tenebrosa soledad de sus deseos extraviados, como queriendo propiciar la entrada a la oscuridad del olvido. Tratando de remendar el mundo obviando el parecer de quienes le gusta vivir en un mundo roto, se ha topado muchas veces en los últimos años contra los muros de viejas praxis innobles que lo hacen carecer de la característica tranquilidad del hombre práctico. En el único bolsillo de su camisa, guardada como grial de santa reliquia, reposa dispuesta a servir en su cometido, la pequeña libreta contentiva de ideas que acuden a su poética diaria. Una a una ha ido anotando las sentimentales frases que desea expresar en su encuentro con la mujer amada, para así evitar desperdiciarlas en la incontinencia de la desmemoria.

El mesonero una vez más acude a limpiar el cenicero lleno de chicotes — sin pedirlo el cliente — buscando con esto alejar la asquerosidad del olor a muerte

de la nicotina. Logró sacarlo de su letargo, al traerle una cerveza más…

VI

Son los finales de la primera década del siglo XXI en una ciudad convulsa y a punto del colapso vial, entre otras cosas. La gente ávida de monedas y carro nuevo corretea sin descanso con el único objetivo de lograr su propósito, aun por encima de los cadáveres de sus propias generaciones. La luz roja de los semáforos es irrespetada casi con la misma asiduidad que las mujeres ajenas. El egoísmo recurrente y enfermizo toma posesión de las mentes débiles y muchas de ellas son chantajeadas por la avaricia para alcanzar el bienestar material, en oportunidades hasta en desmedro de la espiritualidad y la nobleza de alma.

Alguien guarecido en su ostracismo, en espera de nada específico, y confinado en la más amarga soledad por aislamiento voluntario, es como un eremita consagrado a su oratorio montañoso y apartado de la civilización y el bullicio. Un ser humano solitario, consumiendo alcohol y fumando más que una prostituta tras las rejas de una celda, no marca distancia con respecto a esa misma puta presa. Son símiles cuya imagen encaja en un marco de libertinaje y despreocupación llenos ambos de antivalores y antipatías. Las excepciones procuran ser parte de la regla, con el innoble propósito de invertir los roles y convertirse en las propias reglas.

La codicia y el deseo de lo ajeno se fueron configurando lentamente en el menú de opciones, y el desinterés por cultivar valores y principios morales convirtió en anécdota el honor y la dignidad del hombre. La especie humana se fue adaptando poco a poco, y hasta la fecha continúa con su proceso de acomodo en la involución de su propia esencia.

VII

Matos Pertuz discurre, analiza, recuerda y espera sentado, levantándose solo ante la imperiosa necesidad de orinar en forma de levadura fermentada el dinero invertido. A tres pasos de él se encuentra una mujer trigueña, de pelo largo y cejas pobladas, que le recuerda a la Directora del plantel donde imparte sus clases. Ella se mantiene ajena a la mirada escrutadora del profesor, quien sin proponérselo observa cómo entrelaza su mano izquierda en forma acariciante con el hombre que le acompaña.

Para este momento, Crispín Alfredo es presa de la desesperanza, y entre la angustia y la incertidumbre se abate su ya mareada espera. La escena presenciada trae por los cabellos sus propias escenificaciones románticas, cuando otrora respiraba el oxígeno de sentirse amado. Siempre quiso tener un hogar ejemplar, siempre procuró lo mejor para su esposa y su hija, por lo que sentía que no merece pasar por esta absurda separación de las mujeres que más ama. *Ray*

Coniff fondea ahora la íntima melancolía con las clásicas melodías instrumentales de su orquesta, mientras el esperador se debate ensimismado al plantearse una especie de competencia donde los rivales enfrentados son el orgullo (apoyado ciegamente por un desviado amor propio) y el deseo irrestricto de rendirse arrodillado ante la necesidad del perdón de su amada compañera en las últimas décadas de su azaroso tránsito por esta galaxia.

Con el tiempo ha llegado a comprender que solo quien es capaz de amar a un ser con todos sus defectos, sin pretender para nada cambiarlo, puede brindarle toda la felicidad que este desee. Ha concluido asimismo, que con el tiempo uno se da cuenta que cada experiencia vivida con alguna persona es afortunada o desafortunadamente irrepetible. También el tiempo le ha enseñado que las palabras dichas en un momento de ira, pueden seguir lastimando al herido durante el resto de su vida. Pero lo más importante, a su parecer, es el haber entendido que apresurar las cosas o forzarlas a que pasen podría ocasionar que al final no resultaren como se espera, y el haber descubierto que en realidad lo mejor no es el futuro, sino el momento grato vivido en su instante.

Paralelamente, apenas sospecha haber sido feliz, endosando con esto la certeza de que en ocasiones, la felicidad nos alcanza sin que lo notemos, y solo nos damos cuenta luego de haberla perdido.

VIII

Remedo de anacoreta consumado, reincidente y hasta eventualmente incoherente, pasea ahora su memoria por los vericuetos de las lecciones aprendidas. Perfeccionista desde el cabo hasta el fin, desmenuza su arrepentimiento con respecto a su exacerbada filosofía de vida en un mundo pleno de imperfecciones, donde la mayoría vive sin el anclaje moral que el pretendía para sí mismo y su núcleo familiar. Sintiéndose capaz de regenerar el mundo, se ha pasado la mayor parte de sus días bregando por proyectar una imagen proba, transparente y austera, mientras que a contracorriente la degradación humana avanza a paso colonizador.

El transcurrir de los años le ha enseñado a diferenciar entre lo bueno y lo malo, sabiendo que el carácter subjetivo del pensamiento hominal prima sobre cualquier forma de identidad. En el plano hogareño, su dedicación a la excelencia ha tocado los límites de la tolerancia, y lo que otrora fue amor y admiración, se convirtió poco a poco en molestia, incomodidad y temor. Hoy en día, intenta aprender a vivir sin el roce nocturno de su mujer; solo, íngrimo, en un pequeño catre que no alcanzaría para resguardar sus abrazos, salpimentados con la pierna derecha rodeando la cadera de ella, en señal de protección y simbiosis de cuerpos necesitados entre sí. Extraña al máximo no poder pronunciar las palabras usadas para hacerle sa-

ber que deseaba tenerla, estar en su cuerpo, sentir su aliento en su propio paladar, hasta quemarse con el ardor de su fuego al respirar en su rostro.

Ya no es lo mismo, y a regañadientes acepta haber aprendido que lo que para él es correcto y/o viable, para su hija y su esposa —desde su particular perspectiva — no necesariamente lo es. "Ese es un efecto colateral de la cruel subjetividad hominal", se grita en silencio para sus adentros. Su conclusión, estigma de por medio, es que el carácter en una relación es como las matemáticas**:** más por más da más, y menos de ambos lados también pudiera dar más; pero si uno da más y el otro da menos, entonces irremediablemente el resultado será negativo. Es decir, signos y actitudes iguales dará positivo, mientras que signos y actitudes diferentes dará negativo.

IX

Hace algunos días, cumplió muchos años de vida, y al igual que todos sus congéneres, siente que la vejez le sorprenderá en un abrir y cerrar de ojos, sin darse cuenta (y sin probablemente notarlo) siquiera. Su memoria va y viene en el tiempo con la fluidez que alguien va al mercado cada semana, y las evocaciones cumplen su misión confortadas por una realidad inconclusa y desvergonzada. Su estómago no alberga en este preciso momento ningún componente sólido; mientras que, indiferente a nuestra enajenación in-

dustrial, la capa de ozono agranda su agujero sin que su intención haya sido nunca hacernos blanco de los castigadores rayos ultravioleta. Esto último es la más clara evidencia de que el mundo continúa su marcha, su devenir, sin que nuestras intimidades lo afecten en lo más mínimo. La camisa del mesonero asoma su borde posterior por la espalda del atento empleado, y la mujer parecida a la subdirectora ya no luce con petulancia su improvisado peinado a lo *Madonna*. *Paul Mauriat* deja saborear los acordes de su grupo con melodías tropicales en arreglos hermosamente sonoros, y el indigente de afuera hace rato concluyó su jornada de recolección de dádivas y lástima.

El sonido remoto de un *jet 747* hace un arco en la escala sonora, y el tráfico vehicular amaina en su afán de congestión. Los presentes comienzan a duplicarse, se ven dobles, y la cuenta a pagar prepara sus nudillos para el golpe final. Un pequeño plato con fabadas asturianas, pretendiendo ser un exquisito pasapalo, aguarda con su espesura a ser retirado sin que el solitario cliente haya tan siquiera mirado de reojo la ración.

Otra espumosa lo devuelve al planeta y la rítmica de *Glen Miller* entusiasma el recinto con los acordes de su orquesta, dándole un matiz sublime a la droga y los asesinatos a manos de mercenarios y soldados norteamericanos en el Vietnam de la resistencia vencedora. Recordó la esquela de su pensamiento, escrita

con la frustrada intención de dársela a leer a la esperada dama tan pronto se siente a su mesa.

Sacó de un apartado rincón del bolsillo derecho de su pantalón las dobladas hojas guardadas, deshizo sus pliegues y expuso ante sus llorosos ojos, lo que sigue sin fecha,

destinatario, ni firma que personalizara aquellas líneas**: En la prisión de mis errores, dos milenios después de Cristo.**

Sin referirse a mí en lo más remoto de su desempeño filosófico, el sabio literato alemán *Goethe* escribió una vez**:** *"Quien soporta mis defectos, es mi amo, aunque sea mi esclavo"*. Evoco ahora esta profundidad intelectual, por cuanto hasta hoy descubro que durante nuestra vida juntos, sin proponértelo fuiste mi ama, no por la connotación aberrante de la dependencia en esclavitud implícita en esta palabra, sino más bien por la interminable lista de horripilantes defectos que debiste soportarme con estoicismo y serenidad, como garantes de tu resignación. Ahora entiendo las sensaciones de frustración e impotencia, de tus diarias decepciones al filo de mis imposiciones, y la sórdida ambientación de nuestra vida conyugal. Me esfuerzo por conciliar mi perfeccionismo con tu apatía, y solo consigo enmarañar lo posible, más acá de la escasez de añoradas remembranzas.

El aprendizaje — afortunadamente — ha sido provechoso y pienso que ha servido para comenzar a

blanquear la oscuridad de mi espíritu sin rumbo. Entre otras muchas cosas, ahora sé que si tenemos miedo de comenzar a hacer algo, entonces ya hemos terminado, y que el futuro está lejos cuando es ayer, pero cuando es hoy el futuro es apenas mañana y casi nos alcanza desprevenidos y sin planificación. Ahora sé que hay dos tipos de tontos**:** los que lo son sin saberlo, y los que sabiéndolo piensan que pueden hacer creer a los demás que no lo son. Es decir, creen que sus tonterías pueden hacer tontos a quienes no lo son y no las digieren, aunque aparenten hacerlo.

Algo similar ocurre con los infieles**:** adosan su infidelidad a la creencia tonta de que los demás no los descubrirán, más allá de la simple sospecha de una traición inmerecida. Y al cabo de todo esto, puedo exhibirte la fidelidad como único estandarte honorable, porque el irrespeto a nuestro matrimonio jamás podrá contarse entre mis debilidades. Aparte de inofensivas escaramuzas varoniles en el campo de la sexualidad, nada amenazó nunca nuestra estabilidad de pareja. Hoy mi transpirar no reconoce ningún lecho extraño al tuyo, y con tímido orgullo trato de ufanarme de ello.

Cada vez que respiro, una bocanada de tu aliento entra a mis entrañas llenando de oxígeno mi alma. Mi espíritu impreciso absorbe tu pasada entrega, mientras las ganas de tu boca arrecian en su cometido. Desplazándome en mis deseos alcanzo tu cuerpo

difuminado entre la felicidad que no descubrí tener mientras compartimos la dicha, y la solemne irreverencia del destino a las causas perdidas. Quizás no seas la más bella de las mujeres, pero para mí eres la mujer más bella.

A veces, mientras acuno mi sufrir para que repose conmigo en mis escasos sueños nocturnos, se levanta sobresaltado y procede a instalarse con más ahínco para negarme el porcentaje onírico que me corresponde. Mis ojos abiertos se han convertido en una cotidiana heredad de mis errores, hasta el punto del acostumbramiento. Mi único consuelo es que, al arribar el sol a mi horizonte, viene embalado en él un nuevo día de cigarrillos y contaminación en el camino al buscado colapso pulmonar que avizoro al final de ese mismo horizonte.

Olvidarte no forma parte de mis muy pocas capacidades. Si tú lograste olvidarme, ayúdame por favor a ser humano, ayúdame a respirar otra cosa que no sea la obsesión de esto que siento por ti y que se atora en mi garganta. Ahora sé que si se hace lo que siempre se ha hecho, se obtendrán los resultados que siempre se han obtenido, y puesto que nadie debe ser esclavo de su identidad, cuando surge una posibilidad de cambio, pues hay que cambiar.

Basándome en esto último, creo poder presentarme ante los más como un ser diferente, quizás no en la esencia que uno nunca aparta a un lado para recorrer

el camino, pero sí en el devenir constante de la interacción personal. Gracias a este sentimiento que me invade hasta los tuétanos, descubrí el final del infinito. Descubrí también que mi único éxito después de muchos falsos abrazos con la seguridad de mi autoestima, es saber ahora que estaba equivocado.

Escuchando los diferentes sonidos del silencio, concluyo que si somos viejos, siempre que deseemos algo estaremos pasados de edad para tenerlo, y si somos jóvenes nos faltará edad para merecerlo. La única excepción de esta regla es el amor. Y después de comer y respirar, cualquier otra cosa será un valor agregado. Nadie necesita lo que no desea. Es decir, la especie humana es un manojo de deseos que crean la necesidad de algo.

La avaricia, por ejemplo, la maldad, la envidia, el odio, la venganza y la gratitud, son hijos del deseo. Si no los deseáramos, no sentiríamos la necesidad de tenerlos y sentirlos. Pero lo que realmente mueve a la humanidad, cual génesis universal, es el deseo de amar, que es el menos consciente deseo que experimentamos y a la vez el más consciente deseo que afloramos. Entre estos dos extremos se mueve, humilde o prepotente, petulante o cabizbajo, grande o pequeño, sabio o incoherente, este sentimiento que llevo dentro, en lo más profundo de mi corazón. Ahí te siento, ahí te recuerdo, ahí me llega el dolor que me produce no tenerte a mi lado, ni compartir contigo las facetas de

esta a veces ingrata vida, y a veces altamente satisfactoria existencia.

Luego de estas desaliñadas consideraciones, mi amor, puedo concluir que profunda, y desinteresadamente, te amo. Y cuando uno ama, parece ser imposible sobrevivir al dolor de perder a quien se ama, y cualquiera que ame de verdad, estará dispuesto a ofrecer su vida si con ello evitase perder al ser amado.

El tiempo, vida mía, es implacable y lo sabemos. Conmigo ha sido criminal, verdugo y catastrófico. A veces pienso que sobrevivo en una especie de purgatorio, y que medio vivo ilícitamente en el umbral de la fatalidad. Las incipientes arrugas en mi piel parecieran tener su origen en mi corazón, escapándose subrepticiamente y con muy poco sigilo hacia mis hemisferios cerebrales. Hay un no sé qué impulsándome al abismo, y a mis espaldas te encuentras tú llamándome para impedirlo. Quiero dar vuelta atrás y estrecharte fuertemente para poder acompañarnos hasta la fecha de caducidad de nuestros alientos.

El haber descubierto cuánta falta le haces a mi cuerpo, parece reñirse en procura de la supremacía, con la falta que le haces a mi espíritu. Entre tú y yo los años han recorrido poco más de un siglo, y sospecho que el porvenir lentamente pretende anunciarnos su intención de seguir sumando muchos amaneceres compartidos. La esperanza toca a mi puerta anun-

ciándome que ella también moriría si no te percatases a tiempo de lo inmenso de mi amor por ti. Ella depende de una decisión tuya para renacer como las alas del Fénix. Victimizarme luce ahora como mi as bajo la manga, conocedor como soy de tu apego a la misericordia y el perdón, aunque no subestimo las frustraciones que descansan altaneras en el baúl de tus tristezas. Pero ser víctima, como sabes, nunca se ha correspondido con mis estilos. No se enmarca en el contexto de mis planes para reconquistarte. Y aunque el sabor agrio de la distancia permanece instalado en el paladar de mi aislamiento, prefiero optar por el último vestigio de amor digno que me queda, guardado bajo la piel de mis lamentos. Te amo y creo que con eso debería bastar. De no ser así, todo esto que nos está pasando perdería el más mínimo sentido. De no ser así, mañana no sería un nuevo día, sino un día más…

De lo que ocurrirá una vez juntos de nuevo, sabrá hablarte la prosperidad de nuestros futuros tomados de la mano, nunca ensombrecidos por el tortuoso pasado en el que se convertirá este odioso presente. En lo adelante, el dolor lancinante que hoy estorba entre nosotros, será el recuerdo fugaz de un fructífero aprendizaje. Por mi parte, juro saber responder con altura y algún indicio de sabiduría a las expectativas de tus merecimientos. Una nueva caricia a mis esfuerzos, le dará paz a mi alma, a mi mente y a mi exis-

tencia. Prometo darte el doble de lo que tú me des a mí. Prometo devolverte con creces el sublime olor de tu compañía. Prometo no regodearme más en mis incapacidades de pareja… y te prometo ser faro que ilumine el sendero de la dicha. ¡Lo prometo!

X

Al finalizar la lectura, sus ojos llorosos apenas pudieron ver el monto de lo consumido. Enjugó sus lágrimas con los mismos dedos desnudos que contaron los billetes para pagar. Al contemplar su alrededor descubrió que estaba solo en aquel salón lleno de manteles manchados y sillas desubicadas. Descubrió también que, siendo el último, el mesonero y su compañero el *barman* esperan ansiosamente por el para cerrar el local y marcharse después de la jornada laboral de un día cualquiera. Pero el descubrimiento que realmente lo conmovió, fue el saberse una vez más ignorado, embarcado, desatendido, defraudado y desilusionado, por la mujer de su vida. Nuevamente su intento de diálogo y reconciliación se va por los albañales del tiempo perdido.

Sus ojos aun húmedos no pudieron contar el cambio de su pago, sin importar para nada el monto de la propina dejada. El papel, esta vez toscamente doblado, volvió al bolsillo que lo ha alojado durante los últimos seis meses, seguramente para ser de nuevo desplegado y leído la próxima semana, como parte de

una especie de ritual que recorre ya los más disímiles lugares de la ciudad. Y aunque sus ganas se mantienen intactas, las circunstancias comienzan a asomarle la posibilidad de un irremediable fracaso. Pero su afán, su constancia y su optimismo, sustentados en su fe religiosa, seguirán en conjunto, en unidad, para sortear la aparente imposibilidad del reencuentro. Lo otro, será valerse de cualquier subterfugio para hacer llegar la carta, como última instancia.

Afuera, las luces vehiculares ahora son escasas, y el ulular de las vigilantes sirenas policiales sugiere una noche sin traumas ni percances. Sin despedirse, sin pronunciar palabra, cabizbajo y tratando de vencer la dificultad para coordinar sus movimientos y enfocar su mirada, agarró por un brazo su intoxicación etílica, para lograr — una semana más — acostarse con ella en su desvencijado catre en procura de un esperanzador amanecer…

MINA LUNA

La Facultad de Ingeniería invitaba al acto de grado. Orgullosos bachilleres habían culminado sus estudios en diferentes menciones y áreas de la misma. Cuarenta y tres pertenecían a la rama Civil. Entre ellos, ostentaría su título a partir del acto en el Auditorio Alí Primera, el nuevo ingeniero de la república, Desiderio Malpica, de apenas 21 años de edad, y con una sólida ilusión de comodidad económica mezclada con una bien formada actitud de salir a devorar el mundo, un mundo que brinda toda clase de posibilidades a quien con dedicación se apunta — o pretende apuntarse — a ganador.

****

Tan pronto obtuvo el registro de su título y la certificación del Ministerio de Educación, tal como lo diligenció, comenzó a consignar su currículo en toda dirección electrónica que lo solicitara, y en físico — adecuadamente encuadernado - a cualquier organismo público o empresa privada donde presentía que había oportunidad para un incipiente ejercicio profesional. Día tras día copó su tiempo a la caza de cualquier oportunidad de trabajo, prescindiendo incluso de actividades recreativas y románticas propias de su edad y su entorno. Pensaba que el sacrificio valdría la

pena, y entre los pleitos con su hermana adolescente y las diferencias ideológicas con su padre, se dejaba absorber por el deseo casi obsesivo de tener bienes y dinero.

En carros por puesto, con choferes expertos en sortear el agobiante tráfico vehicular citadino, con un constante sol recalcitrante acompañando el intenso calor en las colas de calles y avenidas, fue entregando solicitudes de empleo de lugar en lugar, de edificio en edificio, de sector en sector. El teléfono celular siempre encendido y a su pronto alcance, nunca recibió la llamada esperada. Su habitación se convirtió en la elipse de su vida, y la televisión e Internet se posicionaron como únicos contactos con el mundo exterior.

Diez largos meses después, mientras hacía las arepas para la cena de la familia,

Desiderio le comunicó a su madre que había tomado la gran decisión**:** Se iría a El Callao, al Estado Bolívar, al mítico El Dorado, para probar suerte con el oro albergado en las entrañas del sureño estado venezolano. Había pasado todo este tiempo acariciando la idea, y definitivamente no había marcha atrás. En plena cena se lo hizo saber a su papá, quien ya había terminado por aceptar la independencia de su único hijo varón. Esa noche, más que cualquier otra, el cielo lució una pléyade de estrellas imitando en su titilar la inconformidad latente del joven ingeniero, y una espléndida y clara Luna redonda pareció ilumi-

nar el sendero a la aventura. Una repentina baja de voltaje quiso alertarle, como queriendo dejar saber lo calamitoso de su ausencia en el lugar que "*Desi*" había escogido para laborar. Su perro Mucuchíes (de nombre, más no de raza) salió con paso raudo hacia el patio, en peculiar señal de aparente desaprobación y descontento, como si de verdad entendiera de la orfandad que le aguardaba.

Sus pocos amigos y los compañeros de carrera con quienes mantuvo eventual contacto, luego de la respectiva burla y la tradicional pregunta de - ¿Cómo es la vaina?... decidieron recoger algún dinero para contribuir en algo con aquella, según ellos, descabellada idea. Su hermana respiraba aires de tranquilidad, según decía, y silbando le rozaba el brazo en ademán despectivo cuando coincidían en el único pasillo de la casa, festejando con su ironía el quedar sola en el resguardo hogareño.

****

El impresionante bus-cama de dos pisos donde Desiderio partió rumbo a Caracas, es el vehículo más cómodo y moderno que había abordado hasta entonces. Las silenciosas salidas de aire acondicionado individualizadas se pueden abrir o cerrar a gusto del pasajero mientras se relaja con él apoya piernas extendido y una película que se deja oír en audífonos independientes en cada asiento. Con tal confort y tranquilidad inició el novel aventurero su periplo

hacia su independencia económica y su madurez racional, al margen de la oposición casi radical de sus allegados. Una escala en Yaracuy fue la única interrupción del viaje antes de arribar a la ciudad capital, para luego — boleto en mano — abordar otro autobús hasta Ciudad Bolívar.

Extensas sabanas y largas rectas conformaron esta vez el paisaje contemplado, a la par de una espesa vegetación que delata la proximidad a la zona menos poblada y menos intervenida por el urbanismo y el desarrollo industrial del mapa venezolano. Al llegar a la terminal de pasajeros, los ocupantes del *Volvo*, que colmaron apenas treinta asientos de la espaciosa unidad, bajaron uno a uno tique en mano para reclamar su equipaje. Desiderio, sin ningún motivo específico para aligerar su marcha, esperó su turno alejado del tumulto, y el mismo encargado de hacer entrega de las maletas le indicó cómo seguir su ruta hacia la población de El Callao.

Esa tarde, mientras un ocaso tempranero le abría paso a una oscura noche que presagiaba incertidumbre y desorientación, Desiderio bajó de la buseta que lo llevó hasta la tierra del calipso y las mujeres sonrientes. Casi de inmediato se instaló a bordo de un 4 x 4 utilitario que terminó su recorrido en Pueblo Guariche al cabo de hora y media de viaje.

Al ubicar la posada, el joven Malpica conoció a quien pudo haber sido la inspiración de Botero para plas-

mar su obra. Una enorme humanidad frente al portal de acceso le recibió sin ningún rasgo de amabilidad en su rostro. Sentada, con el ceño fruncido, en una silla mecedora cuyas dimensiones superan ampliamente las medidas estándar, estaba Doña Carmensa, la mujer pronunciadamente obesa, dueña del casi centenario edificio despintado y sin retoques de mantenimiento y aseo, que hace las veces de pensión pueblerina y aliviadero hormonal a quien lo requiere. Sus inquilinos pagan el equivalente a una habitación de un hotel tres estrellas, por un cuarto que alberga un duro catre con base de cemento y un ruidoso y desvencijado ventilador de mesa, que a duras penas logra paliar el infernal calor diurno del poblado fundado sobre las bases de la transacción comercial aurífera.

Tres *Susy* y dos *Cocosette* se constituyeron en su primera cena fuera del calor de hogar, y un vaso de agua con sabor ferroso logró complementar la inconsistente comida chatarra. El agua se la pidió a una joven que lo condujo a la habitación cuando Carmensa se lo ordenó. Ella, profundamente tímida y con cierto aire de perturbación y desasosiego, reflejaba a través de sus pupilas en su mirada melancólica, un temor apabullante producto quizás de su relación laboral con su patrona. Sus rasgos faciales parecen disputarse con su piel color canela sus orígenes genéticos. El cabello liso cae sobre sus hombros y su alta espalda, como hilos de seda acariciando la tersa uniformidad

de sus encantos. El rostro aguileño y la proyección de las pestañas sugieren subliminalmente una inocente y natural belleza. Sus labios carnosos moderadamente pronunciados y sensualmente simétricos, son una invitación a extasiarse con sus besos. Vestía ese día un decolorado bluyín que resaltaba sus líneas, y la estrecha cintura marcaba el final de una blusa color blanco impuro cuyo último botón resguardaba apenas un discreto y seductor ombligo.

Con esa perceptiva imagen como única ocupación de sus neuronas, Desiderio logró conciliar el sueño esa noche, agotado hasta en sus pensamientos.

Cantares de gallo y el bullicio de los buhoneros espabilaron al joven en una especie de gran bazar donde cualquier cosa se vende con sobreprecio. Una fritanguera le sirvió los dos enormes pastelitos que colmaron el apetito mañanero, y el hielo blancuzco picado en pedazos sirvió para enfriar el refresco en el desayuno más caro que Desiderio había pagado jamás. Al rato, prosiguió su camino hasta las precarias oficinas de la *Standard Gold*, donde la compra de pepitas de oro y el reclutamiento de personal por parte de audaces "molineros" copan la escena.

****

El señor *Mancini* (a quien todos llaman Míster *Mancini*) es un hombre alto y corpulento con acento, apellido y rasgos más europeos que norteamericanos. En ese momento era quien requería mano de obra de

inmediato, y un apretón de manos sin más ni menos preguntas lo colocó en el grupo de los "aceptados" a la espera de la orden para partir a Cerro Guariche, desde el pequeño villorrio que sirve de escala a quienes transitan entre El Callao y la espesa montaña selvática con vísceras amarillosas, que los aguarda con la pétrea paciencia de los depósitos auríferos resignados y entregados a su suerte.

El piloto brasileño de la avioneta que abordaron les explicó en perfecto castellano que el viaje duraría entre treinta y treinta y cinco minutos, tiempo durante el cual los seis pasajeros debían permanecer sentados con el cinturón de seguridad abrochado, y tranquilos ante los eventuales sacudones del vuelo. *Mancini*, instalado en el lugar del copiloto, no volvió a pronunciar palabra alguna hasta que tocaron tierra en el improvisado aeropuerto perfectamente nivelado y mantenido con la máquina *Caterpillar* estacionada en la cabecera de la pista. - "Bienvenidos al infierno de oro, el hacedor de sueños, la Sorte de algunos pendejos y la alegría de pocos afortunados" dijo con sorna el viejo zorro minero, al tiempo que bajaba de la nave monomotor.

Desiderio evaluó su situación**:** Hace casi cuarenta y ocho horas ya, que dejó atrás su vida. Donde se encuentra, su teléfono celular se convierte en un pedazo de moda electrónica inservible, un simple estorbo. Internet se extravía en una esquina de sus frustracio-

nes, y el "ven a comer, estás servido" de los labios maternos se escucha como un eco lejano refugiado en el pasado. Ante sus pasos, camino a la mina (un gigantesco hoyo cavado con la agudeza y meticulosidad del sudor y los músculos de hombres con piel marchita y manos nudosas) solo ve el reverso de caras soñadoras que sin arrastrar aun los pasos, repisan el sendero de sueños no realizados. Sus cinco compañeros de vuelo - evidentemente mayores y reflejando experiencia ya de trabajos manuales — avanzan delante de el con la marca onírica de la esperanza.

Del otro lado de la inmensa excavación se erigen toscamente unos cuartuchos hechos con madera y palma esperando dar alojo en alguna de sus partes a los nuevos braceros itinerantes. Cae la tarde y aun el calor del mediodía sofoca los cuerpos, quizás alentado por la carga de humedad del ambiente. En una mala pasada que le jugaron sus tripas, sus compañeros supieron que el novato emprendedor no había probado bocado desde aquel desayuno lejano ya en sus intestinos. Bastó llegar a la esquina asignada en el rancho que le serviría de alojamiento, para que contrajera su primera deuda**:** dos arepas y una ración de huevos revueltos más un vaso de agua a temperatura ambiente, en la enramada que sirve de comedor a la peonada.

Al amanecer, la diferencia entre su cómoda cama y el chinchorro donde durmió, hizo saber con contracturas que hubo un cambio radical. Ahora los cuarenta

minutos de caminata agreste con su morral a cuestas hasta llegar al campamento desde el aeropuerto, se reflejan en forma de dolor de piernas, espalda, hombros, brazos, alma, cabello y hasta de uñas. Todo duele, ¡pobrecito!... murmuró una indígena *pemón* a su patrona la cocinera, en el momento que Desiderio se sentó a desayunar tajadas de plátano maduro y las sardinas que disimuladamente apartó. El café con leche, claro y desabrido, le hizo recordar una vez más que está fuera del alcance de las manos complacientes y afectivas de su madre. Míster *Mancini* lo condujo con premura a lo que sería su primera labor auriminera**:** ayudante de operador de motosierra, en el espeluznante ecocidio que con feroz voracidad y rapidez se comete en el pulmón vegetal propiedad virtual de la humanidad.

El aseguramiento de galerías y las estructuras a cielo abierto, incluyendo moradas y establecimientos conexos, se consumen en forma de madera, el oxígeno alguna vez producido por inmensas extensiones de bosque, ante la ineficacia mezclada con vanidosa complacencia de autoridades de resguardo y ambientales. La incautación de oro a buscadores venezolanos y a garimpeiros entregados a la pasión de la riqueza súbita, queda la más de las veces en manos del uniformado de turno, según *vox pópuli* lugareña.

Una semana bastó para su "ascenso". Ahora sería martillero, y sus doloridos bíceps soportarían el peso y la

vibración de la herramienta neumática que hace colapsar el suelo y las paredes terrosas para la simplificación de la materia prima que va a las muelas del molino. A la siguiente semana comenzó a operar este gigantesco molino, que con un motor *Cummins* adaptado, baja el material a la "plancha" para con ayuda del azogue separar el saldo aurífero de la espesa arena arcillosa y pedazos rocosos. Irreconociblemente atrigueñado por la constante exposición al sol y armado con el entusiasmo característico de todo principiante exitoso, pasó luego al área de barrenas, donde los agujeros que atapuzaba con cartuchos de dinamita le permitieron reflexionar sobre los conocimientos adquiridos en la universidad, y la aplicabilidad de los mismos en la rutina exploratoria y productora del llamado metal precioso.

Tras convencer a un *Mancini* (reticente y negado casi por completo a los cambios que no provinieran de él o sus asesores peruanos que cada dos meses visitan la mina), ciertos cambios menores empezaron a experimentarse en un improvisado manual procedimental y el flujo de producción alteró levemente en positivo los números finales. A manera de prueba, los barreneros comenzaron a taladrar en forma de X con inclinación opuesta, en lugar de orificios horizontales nivelados. Esto permitió que la roca se fragmentara más y se abarcara mayor superficie con cada explosión. Resultado**:** ahorro de dinamita y de horas hombre en el segmento mejor pagado de la explotación aurígera.

Una estructura trapezoidal en el molino, con una mejor disposición angular de la correa transportadora en su declive logró resultados que terminaron de complacer a *Mancini*, quien abiertamente agradecido nombró Jefe de Producción al ingeniero Malpica, bonificándolo dadivosamente por su esfuerzo. Paralelamente, su estatus había mejorado, y aunque seguía comiendo en el comedor de los obreros, una mesa especial le había sido asignada junto a un menú abierto, que le permite escoger a su gusto la comida. Su nueva barraca cuenta con sanitario y ducha, además de tabiques divisorios que ofrecen cierta privacidad. Su mente es ahora una incesante máquina de pensamientos, ideas e ilusiones, en un lugar donde mascar chicle y cazar mosquitos zancudos con las palmas de las manos es lo más divertido que puede hacerse.

****

Reminiscencias, recuerdos personales, académicos, amorosos y familiares ocupaban sus noches en los escasos minutos de vigilia antes del reparador sueño diario. La imagen de su hermana — con su odiosidad y su belígera actitud — es recurrente en sus añoranzas. La nostalgia alimentada en dos meses de permanencia en esta especie de exilio voluntario, cobra cada día más valor sentimental y golpea sin misericordia sus querencias.

Poco a poco se fue consolidando su espíritu emprendedor hacia niveles superiores de desempeño laboral,

al mismo tiempo que la relación horizontal con sus compañeros de aventura se consolidó en algunos casos específicos, como una naciente amistad. Del pueblo no sabía más que lo que oía comentar a diario, y luchaba consigo mismo, con sus ganas, para no caer en la tentación de "bajar" antes de los cuatro meses, periodo en el cual quería atesorar lo suficiente como para abrir su primera cuenta bancaria y enviar algo de dinero a su familia.

Leonardo Melendes, un brasilero que conoció mientras diseñaba una nueva forma de movilización de las herradas contentivas de arena a través de un complejo sistema de poleas, se convirtió en su confidente y facilitador de portugués. "Leo" viene de Manaos, Brasil, y a sus veinticinco años no sabe hacer más que lo que su papá minero le enseñó. Con el comparte en las noches y algunos breves momentos durante el día, en el debido recorrido rutinario por las diferentes áreas de la excavación. Por sus labios conoció la insólita similitud entre la barbarie de la explotación inmisericorde del hombre por el hombre, y la relación - displicencia incluida — entre los empresarios molineros y los ávidos buscadores de colchas bordadas con hilos dorados para arropar sus sueños. Su papá, cuarenta años después, sigue buscando la pepita que lo sacará del marasmo financiero que marcó la infelicidad de su abuelo y el resto de su ascendencia.

****

En sus años universitarios, Desiderio había forjado un pensamiento progresista, y en el seno familiar desde niño le habían inculcado valores, principios, ética, bondad y sentido de justicia. Su papá es un Contador Público de esos que por tener como norte la honradez profesional, le niega a sus clientes la indecente práctica de la evasión fiscal, lo que explica el por qué nunca ha llevado contabilidad a ninguna corporación o empresa grande. La elusión es su más ilícito ofrecimiento, pero ante tales posturas de ejercicio profesional los clientes prefieren migrar hacia firmas más complacientes y consecuentes con sus intenciones de negación impositiva. Su mamá fue una maestra de escuela entregada a su misión. Desde antes de casarse, su cita diaria en el centro educativo era estrictamente puntual a las siete de la mañana, y las faltas injustificadas a su labor en más de dos décadas brillan por su ausencia. En ese ambiente, en ese entorno, creció el hijo mayor del matrimonio.

En las aulas de clases, el aprendizaje académico de Desiderio se evidenció durante toda la carrera con un promedio de quince punto cuatro, y fuera de ellas, a *motu* propio, participó en muchos y variados seminarios y charlas de superación personal, profesional y desarrollo de la autoestima, en constante búsqueda de aptitudes cognitivas que le sirvieran para siempre.

Aprendió que el manejo de la conducta es esencial para alcanzar la armonía dentro del trabajo. Que el

secreto radica en la forma en cómo se debe manifestar, sin que el individuo comprometa su puesto de trabajo o imagen. Que las compañías deben entender que el manejo de las emociones es fundamental. Si un trabajador no aprende a darle un cauce positivo, tarde o temprano saldrán a flote en una forma negativa y descontrolada. Que las rabias, por ejemplo, se pueden contener pero no se pueden reprimir. Que el miedo — a su vez — aunque resulte paralizante, puede servir para realizar una actividad que en condiciones normales no se atreve alguien a hacer**;** pero las emociones se contagian, de ahí la importancia de conservar un clima laboral que permita el correcto y sano desempeño de los empleados dentro de una organización. Aprendió también que las experiencias le dan forma a las creencias y valores acerca de cómo dirigir a los demás. Estos valores y creencias se convierten en un estilo de liderazgo y crean el ambiente en el cual se dirige.

En su condición actual de Jefe de Producción, siente en carne propia, cómo la vanidad de una joya lucida es llenada con el sacrificio en condiciones infrahumanas de la gente que se dedica a extraer el oro. Imagina cómo cualquier potentado puede lucir su *Rolex* sin tener la menor idea de las vicisitudes atravesadas para que el metal amarillo llegue a su muñeca. Todo esto ronda constantemente su mente, su esfuerzo, su pasión por el trabajo y su deseo inalienable de hacer

las cosas bien y con apropiada rectitud. Este es un mundo aparte, diferente, cuya practicidad en cualquier posición en que alguien se encuentre, depende más de experiencias aleatorias y sino personal, que de la envergadura o fragilidad con que se emprenda un proyecto de vida.

Cada noche se ha echado a dormir sin saber dónde termina la delgadísima línea que separa la fábrica de sueños de un hombre libre, y dónde comienza el cementerio de ilusiones del hombre frustrado. Se acuesta en las tórridas noches sin saber la diferencia entre amanecer vivo o ser un guarismo más en las estadísticas de muertes por robo. La incertidumbre y el elemento sorpresa son una constante hasta para el caso de hacerse rico de un momento a otro. Así es la vida del minero, así es la vida en aquellas inhóspitas y grandes oquedades de la tierra milenaria escarbada en procura de la dorada vanidad.

****

El día que Desiderio cumplía tres meses de trabajo continuo, sin descanso ni pausa dominical, amaneció tras una pertinaz llovizna de esas que han caracterizado por siempre la zona. Las plantas y los grandes árboles destilaban agua imitando la sudorosa piel de los mineros bajo el destellante sol del mediodía. Comenzaba un día más de expectativas e interrogantes sobre lo logrado al final de la jornada, y la esperanza calzaba nuevamente sus polainas para montar el

potro del destino. Una, dos, tres tazas de café ingeridas antes de las ocho de la mañana ayudan a salir del letargo y la pesadez producto de una fortísima gripe recién superada. Mediando entre el hastío y la obligación del trabajo, emerge insolente el deseo del despeje mental y el descanso acostado con un buen libro entre manos, pero la responsabilidad combinada con la satisfacción producto del deber cumplido, imponen puntualidad y esmero.

La alta rotación de personal no ha permitido al joven Malpica recordar rostros y características ordinarias. De los dos mineros víctimas de apuñalamiento anoche, no recuerda más que la procedencia margariteña de los mismos. Es esa la razón por la cual se espera para esta tarde la "subida" de los escuadrones especiales de la policía, lo cual seguramente provocará el ausentismo de muchos con cuentas pendientes con la ley, o indocumentados. Cuando suben sin previo aviso en operativos de razia dejan tras de sí uno o dos muertos al menos, incrementando cada vez más la animadversión del conglomerado minero que es despojado — con la fuerza de las armas y el chantaje — de lo obtenido tras semanas, y en oportunidades, meses de trabajo. (También es válido reconocer que la actividad aurífera funciona como atractivo a muchos desadaptados y malvivientes que encuentran el refugio ideal en las minas).

****

Tratar con *Mancini* es sumamente difícil. Por causa de injusticias cometidas y maltratos derivados de una neurastenia evolutiva que mina el ambiente todo, Desiderio y su patrón han tenido aislados pero irresolubles encontronazos que no hacen más que afianzar la radicalidad en ambas partes. La visión del mundo y de la vida en cada uno, disiente en todas sus formas, de la visión del otro. Pero la preparación académica ofrece cierta ventaja al joven subordinado, en contraposición al poder económico y material del acaudalado subordinante que no escatima esfuerzo alguno para imponer su criterio. A pesar de esto, Desiderio ha sabido llevar inteligentemente la "buena vibra" entre ambos.

Ejemplo de las derivaciones de esta conducta de *Mancini*, es el caso de *Manolo Oliveira*, un garimpeiro aislado que luego de pasearse por todas las grandes transnacionales del oro, habíase convertido en minero *free lance*. Para el momento en que amaneció su cuerpo enmarañado entre las raíces de un gran árbol sito sobre la orilla rocosa del caudaloso río Guariche (cuyas vertientes riegan la explanada explotada), Míster *Mancini* y el habían roto relaciones tanto comerciales como personales, a decir de muchos como consecuencia de la "viveza" del molinero.

Cuentan los testigos que una tarde de esas en las que *Mancini* se extasiaba sentado en su cómodo sillón contemplando lo que queda de naturaleza, mientras

sostenía en su diestra una botella de güisqui mayor de edad contrabandeado a través de Santa Elena de Uairén, Oliveira osó estrujarle con un puñetazo el fino tabaco rapé que se fumaba, impulsado el agresor por una reciente discusión por el peso en gramos de las pepitas ofrecidas en venta al veterano y despótico comprador. Herido en su enfermizo orgullo y su avaricioso estatus depredador, *Mancini* le espetó las más disímiles insolencias y ante los expectantes observadores le juró venganza de acero (En la jerga de la zona, venganza de acero significa muerte a puñaladas o cortes múltiples de tórax y abdomen).

****

Transcurridas tres semanas desde el encontronazo, y ante las características de ensañamiento en los cortes longitudinales y transversales con exposición y pérdida visceral, todo indica que se trató más que de un simple robo, de una alevosa venganza premeditada.

Para cuando las autoridades se marcharon llevando consigo el cadáver, más de veinte personas habían sido interrogadas. El primero fue *Mancini*, quien en presencia de Malpica ofreció sus impresiones y prometió "colaborar" con las investigaciones, no sin antes hacer entrega de un sobre tamaño carta cuyo contenido lo abultaba. Desiderio observó aquella "extraordinaria camaradería", tragó grueso y decidió callar.

Con el transcurrir del tiempo, este caso se olvidará. Uno más para los anales de la memoria, sin culpable y sin castigo. De ese día, solo queda el recuerdo del saqueo que hicieron los investigadores a los desvalidos buscadores que van acumulando lo encontrado diariamente hasta el "sábado de pesada", término con el que se denomina al día en que el molinero compra la producción semanal a todos sus "protegidos".

La tarde de ese día, cada obrero con la paga que a bien tenga asignarle *Mancini*, se dirige al pueblo en busca de licor y mujeres para regresar el domingo en la noche con solamente una resaca agobiante y la esperanza de que esa nueva semana resuelva sus aspiraciones económicas de por vida. Los que no acceden al pago caprichoso del dueño del molino, se aventuran con su polvo de oro camuflado en la pretina o los ruedos del pantalón buscando mejor precio "allá abajo", sorteando el voraz apetito saqueador de los uniformados que revisan hasta las medias, suelas y tacones de zapatos antes de la requisa íntima, para apropiarse de lo incautado. Las múltiples "comisiones" y alcabalas muy pocas veces le dejan algo para gastarse en sus bacanales guaricheras, pero lo que logran pasar es hasta tres veces mejor pagado por los compradores del pueblo.

****

Desde la época de la colonización, en la que algunos españoles se dejaron cautivar con "una zona donde la

riqueza mana como el agua y brota como pasto desde el subsuelo", se han tejido las más increíbles leyendas sobre El Dorado. Para quienes se han acercado a la tentadora posibilidad de la abundancia, estas tierras no representan más que un aliviadero febril que embauca a muchos y lucra a muy pocos.

El ser humano, siempre en la búsqueda de cubrir necesidades insatisfechas, da vida a este submundo de deslealtades y traiciones, haciendo posible esta especie de feria de competencias innobles, donde cada quien, cuando menos necesita andar ojo avizor para proteger su propia existencia, y portar un arma de fuego o un cuchillo para defender su "amarillo". Un joven recién graduado, de buena familia, con un título de ingeniero entre sus pertrechos, no constituye excepción. Desiderio acintura un arma de fuego comprada al propio *Mancini*, haciendo que su recato, parsimonia en el hablar y su coeficiente intelectual no valgan absolutamente nada. Aquí es él y el oro que tiene, más nada.

Para lo único que le ha servido a Desiderio su preparación, es para que debido a sus innovaciones el patrón le asignara el cargo que tiene. Y lo único que el joven saca de todo ello, es el tener una pírrica asignación fija más un insignificante coma decimal porcentaje de "la pesada" sabatina. Y con casi cinco meses de ahorro y privativa de muchos gastos incluyendo el de ropa y perfume, consideró que bien merecida

tenía una visita al pueblo, así que decidió que ya era hora de un romance furtivo momentáneo pero intensamente confortante.

****

Su amigo *Leonardo Melendes* fue el escogido para acompañarle en su primera incursión al pueblo. Era sábado al mediodía y ya ambos jóvenes se preparaban entusiasmo en mano para drenar sus inquietudes. La nubosidad presente presagiaba lluvia vespertina, y a la vez paliaba el intenso calor común a estas horas. Una camisa a cuadros vestía la cincomesina espera, casi un mes adicional a la meta trazada. El único bluyín no raído completaba el atuendo a lucir junto con sus botas de goma, guardado todo desde su debut aventurero. Era la misma percha portada el día de su llegada a aquel enjambre de vida y muerte, de expectativas y desesperanza, de riqueza ilusoria y fracaso macabro, todo junto como en una colmena.

Desi pensó mientras esperaba, en el sentido de su propia historia. Sentía por momentos que no pertenecía a ese lugar, pero en lo más íntimo de su conciencia, de su espíritu, seguía creyendo en la súbita aparición de una riqueza fortuita, que el sabría convertir en permanente. *Leo*, por su lado, no malgastaba sus pensamientos en un futuro incierto. Para él lo importante era el presente, la ración de comida de hoy, y el remanente a guardar para consumir el fin de semana aguardiente, intensidad y carne feme-

nina. Es la antítesis hecha amistad, soportada por valores y consideraciones de tipo samaritano únicamente. Ambos se regodean en un chiquero amoral, sin llegar a revolcarse en él. Ese es su punto de coincidencia, y es eso lo que los llevaría juntos a Guariche ese sábado de asueto. Solo quedaba esperar que no lloviera en el camino.

Sentados, frente a frente, en una de las diez mesas para cuatro personas que plenaban el salón de "La Pepa de Oro", no esperaron más que pocos segundos para ser amablemente atendidos por Raquel, la más antigua mesonera de aquel antro. - "Dos tercios bien fríos", repitió la caucásica anfitriona al despachador interno. En la barra, instaladas en asientos circulares y giratorios con cromo desgastado en su base y topes de madera maltratada, se encontraban seis o siete féminas pintarrajeadas conforme al estilo meretriz, que no escatimaron en brindar sonrisas y miradas socarronas a los tempraneros clientes sedientos de cerveza y diversión.

Eran las cuatro p.m. y ya los jóvenes habían soportado tres cateos de uniformados en busca de armas y oro. Dos en el camino, y un tercero en el propio pueblo, que involucró escarnio y humillación al obligarlos a caminar descalzos hasta la sede militar. Pero ni siquiera cuarenta minutos de pie esperando nada en una sala aislada provocaron en los oreros la más mínima intención de ceder al

amedrentamiento y el chantaje. El intento de soborno había sido infructuoso, al igual que la amenaza de lluvia para esa tarde.

Mientras, en "El Pepa Bar", las miradas iban y venían como ráfagas de lujuria, hasta que dos "bombones" se sentaron con ellos. Ahora eran cuatro las cervezas victimizadas por aquel encuentro, cuyo final feliz espera impaciente en la pensión de Doña Carmensa. Dos rondas más, y la consumación del hecho se prolongó hasta las primeras sombras de la joven noche.

De vuelta en el bar, dos, tres, cuatro, cinco, varios servicios más de Raquel, pagados con dinero del ingeniero, fueron suficientes para que este claudicara y buscara nuevamente las percudidas sábanas de la vieja pensión esta vez con la necesidad de descanso en sueño profundo. Así amaneció; vestido, calzado, "enratonado" y semi extraviado, pero con la satisfacción de haber dormido después de tanto tiempo nuevamente en una cama. Del paradero de su amigo Leo — a quien dejó bailando al ritmo de un vallenato rocolero — no tenía ni la menor idea. Seguramente, su resistencia hepática le permitió amanecer de farra una vez más.

La primera imagen humana que observó al abrir la puerta de la habitación, correspondió a una joven, escoba y lampazo en mano. No terminó de dar el siguiente paso cuando aquella juvenil figura de aspecto

ensimismado y mirada extraviada quedó expuesta a la vista escrutadora masculina. Ella, aun cuando trató de esquivar el encuentro, esbozó una tierna sonrisa mientras bajaba su cara como huyéndole a la posibilidad de un saludo. Era Mercedes, la muchacha que conoció el día de su llegada a esas latitudes. Caminó hacia ella estirando su brazo para poder tocar su hombro derecho, y el encuentro frente a frente se hizo ineludible. Lo que siguió a un afectuoso y cálido saludo, fue una extensa conversación que marcó para siempre al joven profesional, estableciendo un hito entre el antes y el después de aquella charla.

Conoció así detalles que jamás imaginó encontrar en un ser tan introvertido, y supo de la pesada carga que soporta la muchacha. La primera sorpresa fue el saber que es hija de Carmensa, única, además. Su papá, de origen español, llegó a Venezuela casi a finales del siglo XX trayendo consigo unas cuantas pesetas y el deseo de hacer fortuna. Una inversión inicial en un molino lo convirtió poco a poco en uno de los patronos más prósperos de la zona. En sus momentos de esparcimiento y labor comercial entabló una profunda amistad con la para entonces esbelta dueña de la pensión. Se enamoraron, y de ese romance surgió un embarazo que, aunque no deseado, culminó con el nacimiento de una niña.

La depresión y el desencanto hicieron presa a la desprevenida madre, que vio un día cómo se marchaba

el europeo sin el más mínimo sentido de paternidad responsable, y sin siquiera un rebuscado indicio de amor y sentimiento conyugal. Desde entonces, la solitaria madre comenzó a drenar su frustración hasta el punto de una especie de vesania, y su descuido personal comenzó a marcar pauta en su vida junto con el maltrato, humillación y vejámenes a la inocente niña recién nacida. La amargura destilada a través de los poros de la ahora madre soltera, se convirtió en un rasgo definitorio permanente, y su entorno comenzó a padecer las embestidas de su exagerado mal carácter y su casi absoluta introversión.

Sola, represando a voluntad los recursos del desahogo, hoy día se mantiene inmersa en esa especie de catarsis permanente.

Mercedes, la niña de marras, veinte onomásticos después, por primera vez se atrevía a contarle a alguien su desventura. Sin haber experimentado jamás la agradable sensación de apagar velitas de torta los días de la Virgen que le dio su nombre, su apenas sexto grado de instrucción y su crianza sometida no le daban el suficiente nivel de autoestima para emprender algo que no fuera barrer, dar lampazo, tender sábanas y permanecer como una cartuja en voto de silencio. Su libertad de acción y de pensamiento se circunscribe a las quince habitaciones que debe atender, mientras que los diálogos con sus semejantes se resumen a cero.

Aquella mañana, de haber sido descubierta en tan inhabitual conversación, el castigo hubiese sido desmesuradamente severo. Desiderio, con la promesa de regresar pronto a un nuevo encuentro, se atrevió a besarla en una mejilla como ritual de despedida. Se sonrojó, bajó la cabeza sin decir una sola palabra, y continuó con sus labores. A su lado, en el pasillo que conduce a las habitaciones, colgaba en la pared despintada un almanaque con el mensaje del día**:** *La libertad es como las estrellas; nunca*

se sabe si es muy pequeña o si se encuentra muy lejos.

****

El camino de regreso a la explotación minera con forma de media luna se hizo ese domingo pesado e interminable. Leo, imitando en su andar a un bípedo simiesco ancestral, debió ser ayudado en varios tramos por su amigo y nuevo compañero bacanal. Las náuseas lo hicieron vaciar su contenido estomacal en el camino, dejando tras de sí el rastro maloliente de su semanal resaca.

Al llegar finalmente al campamento con los rayos solares extenuados y a punto de extinción ya, ambos fueron directamente a pagar en la hamaca el precio de su cansancio. El cantar de gallos, casi al amanecer, les dejó saber que la cena había faltado en su itinerario. Un nuevo día, una nueva semana y un gigantesco apetito marcaban el ahora de ese despertar madrugador. Así fue, así sucedió, hasta el momento de meter

las piernas bajo la mesa. Una nueva jornada como la del viernes, como la de mañana, como cualquier otra, intentó decir cada uno con la mirada al dirigirse a su lugar de trabajo.

La apreciación conceptual y la personal escala de valores de Malpica, habían sido tocadas ese fin de semana. Su hastío de todo aquello que le rodea, tiene ahora un sentido elementalmente emocional. El deseo de pareja permanente comienza a tener espacio en su mente, paradójicamente, como resultado del efímero deseo saciado de pareja ocasional. La conversación con Mercedes se mantiene presente con todos sus detalles en su pensamiento diario, en su ahora desconcentrada ocupación.

Cada una de las semanas que sucedieron aquella fecha fue matizada con nuevas "bajadas" al villorrio y gratificantes encuentros con la muchacha. Ella, cada vez más espontánea, fue aprendiendo poco a poco a llamar las cosas por su nombre y a identificar su anti vida. El, descubrió que en los últimos tiempos había dedicado su esfuerzo a atender las prioridades de enriquecimiento de otro, empobreciendo su crecimiento humano y desvalijando su espiritualidad. Descubrió que solo se estaba ocupando de lo urgente, haciendo a un lado lo verdaderamente importante. Descubrió que, sin darse cuenta, había provocado la antipatía del conglomerado obrero, debido a su dedicación incondicional a hacer las cosas bien, o mejor dicho, a hacer las cosas como su jefe quisiera.

En una visita a El Callao, se enteró por su primera llamada telefónica después de muchos meses, que no todas las cartas enviadas habían llegado a su destino y que la solidez del amor familiar se mantiene intacta. Pobre o rico, bueno o malo, exitoso o fracasado, las puertas de su hogar están abiertas para cuando quiera regresar. Supo también que el corazón de una madre no distingue conductas, solo ve hijos. A pesar de su lejanía geográfica, hasta su hermana le confirmó que lo sentían al lado de ellos, alojado en sus corazones.

Por primera vez desde su llegada a la mina, la impaciencia y la añoranza ocupaban espacio en sus reminiscencias oníricas, mientras el enamorarse de la hija de la cruel Carmensa se convirtió en una especie de sutil pesadilla.

La amistad con Leo se consolidó hasta el punto de sociedad comercial. Unos equipos usados puestos en venta por un desahuciado viejo minero, dieron la oportunidad al todavía iluso Desiderio, de iniciar por cuenta propia la recolección de oro sin dejar de trabajar para *Mancini*. Cinco garimpeiros respondían ahora a las órdenes de los jóvenes amigos, y el producto de su esfuerzo era vendido al tacaño molinero.

Ellos, al igual que todos los patronos de esos confines, pagaban por producción a sus obreros. Sus ganancias se limitaban a unas cuantas monedas que no se correspondían con la inversión ni con la responsabilidad y el riesgo. La manera de hacer ren-

table la actividad, era obteniendo el precio pagado en el pueblo, pero los contactos con los oficiales uniformados para pasar la "mercancía" sin ningún problema cuestan mucho tiempo y dinero. La solución es el contrabando, pasar el polvo sin que en las requisas lo descubran. La opinión de *Melendes*, el más avezado en esas lides, fue la que se impuso para tan riesgosa empresa.

Un sábado, camuflada en las pretinas de sus pantalones, los jóvenes se arriesgaron a llevar una parte de su atesorada producción. La otra parte, ingeniosamente la ocultaron entre el contenido de un termo de café. Simulando ser adictos a la tinta bebida, lograron burlar el apetito saqueador de los "de verde" y consiguieron una significativa mejor paga que hizo valer la pena el riesgo. En su ahora habitual encuentro con Mercedes en el mismo pasillo de la misma habitación de la pensión, ella es estrujada y apasionadamente besada por el hombre que ha cambiado su vida. Por primera vez, la desgraciada jovencita se siente mujer, siente que le importa a alguien, siente que es un ser humano cuya valía se cimienta en el sentimiento de pertenencia que le proporciona su furtivo amor. Semana tras semana se cumplió la misma rutina**:** pretinas repletas y termo de café o cantimplora de agua con un pequeño saco cuidadosamente envuelto en bolsa impermeable; luego Leo en La Pepa de Oro y el con su amada Mercedes. Todo esto fue tomando

cuerpo, hasta hacerse hábito, costumbre... necesidad.

El viejo zorro *Mancini* comenzó a sentir las consecuencias del desapego laboral de su más leal y dedicado empleado, y fue haciéndose cada vez más estricto en sus exigencias horarias. Entre su empleo y su nuevo negocio, Desiderio trabaja algo más que de sol a sol. La noche lo alcanza haciendo cuentas diarias con su socio y sus cinco trabajadores, y los fines de semana son dedicados a su esparcimiento, traslado y venta de su producción, y a su amorío. Se siente profundamente enamorado y correspondido, más allá del cansancio y saturación con que arranca cada lunes sus tareas semanales.

La necesidad de realización personal, amorosa, familiar y económica priman ahora en una mente pasado reciente ocupada únicamente en destacar profesionalmente y subsistir hasta una madurez de personalidad y carácter, que probablemente ha comenzado a llegar. Sus ahorros empiezan a necesitar algo más que el espacio que su patrón le cedió en la caja fuerte de su improvisado búnker, y el cuidado de su integridad física reclama más atención ante la arremetida de la delincuencia. Su constante estado de alerta impide que su otrora tranquilidad no sea ni remotamente la misma en las escasas horas de descanso y de camino a colocar su oro al mejor postor. Se acostumbró a ser reo de la desconfianza, y el tener que dormir con un ojo abierto dejó de ser un eufemismo para convertirse en una agobiante realidad.

Pero a pesar de todo esto, desde el mismo momento en que consiguió mejor paga por su producción, trasladó esa mejoría a sus cinco obreros. Es decir, gramo a gramo terminó pagando más que *Mancini*, contando con el apoyo y la aceptación de su socio Leo.

****

Carmen Sara Espinoza Blanco se casó muy joven. Había llegado a estas tierras con su familia, en busca del resguardo de su abuelo instalado desde años junto a los fundadores de Pueblo Guariche. La actividad comercial del para entonces septuagenario al igual que la de todos allí, era la compra, venta y producción de oro con resultados medianamente exitosos. La joven recién llegada llamó la atención inmediata de muchos comerciantes, lugareños y obreros, pero ella fijó su vista y su corazón particularmente en un apuesto colombiano, destacado por su seriedad en los negocios y con un trato amable y cordial que supo conquistar su interés, enamorándose mutuamente al cabo de corto tiempo, y entregándose en matrimonio el uno al otro hasta que la muerte los separó.

La permanente actividad del neogranadino le exigía viajar constantemente, y en aras de no reñirse con el tiempo, fletaba avionetas para trasladarse de un lugar a otro en su periplo de compra-venta no solo de oro, también de equipos de extracción y lavado, ropa, artefactos, enseres y cualquier otra cosa que podamos imaginar, se requería para la permanencia de inconta-

bles mineros hasta más allá de los hitos demarcadores de las fronteras venezolanas.

Pues bien, uno de esos vuelos, trajo el desafortunado evento**:** Cayó a tierra en medio de la espesura de la selva, no hubo sobrevivientes, y fue necesario el transcurrir de dos semanas de angustia y desesperación para rescatar los malogrados cadáveres. Carmen Sara asumió con estoicismo su viudez, pero la melancolía y el profundo dolor sentido parecieron contraer sus músculos faciales impidiéndole esbozar nuevamente una sonrisa. Durante algún tiempo la viuda continuó el negocio de su difunto esposo, pero las dificultades de desplazamiento por los diferentes campamentos y las atinentes a la actividad lucrativa per se, hicieron cuesta arriba mantener su bonanza.

Entre el rescate de capital y la venta de la cómoda vivienda habida en la sociedad conyugal se hizo del dinero suficiente para adquirir la única posada del pueblo, cuya razón comercial según documentos protocolizados respondía al inusual nombre de Posada Ocasional Cuyo Objetivo es Amar, Merecer, Obtener y Recrearse, Compañía Anónima (POCOAMOR, C.A.).

Tan pronto llegó al establecimiento llave en mano y con papeles a su nombre, pintó un pequeño letrero que decía "Pensión Carmensa", en honor a como le llamaban su madre y su difunto esposo. Allí moró solitaria durante muchos años, encerrada y alejada

por completo de sus antiguas amistades, taciturna y visiblemente golpeada por la tragedia aérea que enlutó su alma; lucrándose espléndidamente y atesorando sus ganancias, pronunciando solo las palabras requeridas para hacer bien marchar el alquiler de habitaciones. Con su mirada siempre extraviada, parecía revivir a cada instante el día del concurrido entierro de su amado esposo.

El tiempo no lograba neutralizar las marcas indelebles impregnadas en su corazón, y el ceño fruncido era como el estigma revelador de su añejado sentimiento de dolor, como si la vida le hubiese cerrado las puertas a su porvenir. Sus ojos iban y venían al ritmo de su silencio, mientras recordaba con amargura los consejos de su madre: *"No solo debes ser pulcra y honesta, también debes parecerlo",* le repetía cada vez que alisaba con un cepillo su cabellera rizada. *"Somos parte de un mundo donde cada una es, lo que la mayoría opine de nosotras"*, agregaba para rematar su exhorto. Pero pese a estas premisas rondando constantemente su para nada espurio parecer, la ley de la naturaleza se impuso y poco a poco, cortesía a cortesía, grano a grano y detalle a detalle, su espacio vital fue abriéndole campo a una nueva esperanza.

Sin darse cuenta, se fue involucrando con el hombre que logró posteriormente embarazarla de Mercedes, para luego abandonarla a su suerte. Este nuevo golpe terminó de desquiciar sus neuronas, y a la fibra

que enriquecía su apego a la convivencia. Aislada y extremadamente dolida, se postró en un cómodo sillón y comiendo desmesuradamente a deshora para bajar sus niveles de ansiedad, fue ganando kilo a kilo el excesivo sobrepeso que sin remordimiento alguno ahora luce.

****

Más acá en el tiempo, Desiderio se debatía cual guerrero draconiano contra el enigma de su futuro inmediato. Cada trinar matutino de aves libres lo jaloneaba desde su letargo, arrastrándolo hasta la desnuda realidad planteada. Iba y venía en su historia personal recónditamente albergada en su peregrinar incierto por un mundo imposible de moldear a su medida. Lo acosaba un "veremos qué ocurre mañana" mientras luchaba por darle un brusco giro a la casualidad, para convertirla en el resultado incontestable y sólido de la relación causa-efecto.

Creía firmemente que podría estructurar su porvenir si encaminaba sus recursos personales hacia la prominencia de la causalidad. Y aunque consciente estaba que con respecto a sí mismo podía convertirse en el timón de sus propios resultados, sabía de antemano que hay eventos y situaciones ajenas que solo pueden ser producto del fenómeno casual. Casualidad y causalidad eran los polos de su debate interno. Sabía que no podía evitar que un día llueva o que alguna persona haga o piense esto o lo otro,

pero en lo atinente a su voluntad podía solidificar un comportamiento causal. Eso era lo que hacía, esa era la bandera que blandía.

A estas alturas, su espacio sentimental había echado raíces en su vida experimental. Su declarado amor por Mercedes lo alejó definitivamente cada sábado, cada domingo y cada día feriado de su trabajo para *Mancini*. Este último, enterado de haber perdido la dedicación exclusiva, parcializada y constante de su mejor "esclavo", no pudo contener más en el tiempo las sobradas razones de parte y parte que los hacían sustancialmente diferentes y que permanecían reprimidas debido probablemente a la relación de dependencia de uno para con el otro. Se hicieron tangibles sus discrepancias, hasta que de mutuo acuerdo decidieron cesar la relación laboral. Sin arreglo legal, sin prestaciones sociales, sin reivindicación alguna, Desiderio sumó su hamaca al ranchón-domicilio donde Leo dormía y comía junto a sus trabajadores. Ahora toda su atención se centraba en conseguir el oro que sustentaría y le daría un sentido práctico a su independencia.

Había semanas que ganaban mucho, y había semanas que perdían. Lo que no lograba variar nunca era la visita a su novia. Una de tantas semanas, sin premeditación ni alevosa lujuria, el encuentro a escondidas en el pasillo cómplice de sus deslices registró un inesperado desenlace. El diálogo amoroso de ese día giró en

torno al futuro. Los dos, acostumbrados ya a largas conversaciones sin interrupciones ni cansancio, hablaron y hablaron una vez más de sus metas, sus deseos, sus logros, sus decepciones. Bueno, realmente ella no era más que el sujeto pasivo en sus diálogos, la parte activa y explícitamente parlante correspondía a él. Tomados de la mano parecía cada uno simbolizar la extensión del cuerpo no sólo material, sino también espiritual del otro. La cuasi penumbrosa escena semejaba la representación histriónica de un drama devenido en un Romeo y una Julieta con sus características propias y su particular historia.

El timbre retumbante y escandalosamente ordinario anunciando un nuevo cliente para alquiler, era la única interrupción a la que se veía sometida la escena fervorosamente romántica. Vislumbraban un espacio futuro juntos, definidamente concreto. Ella, sumisamente cándida, se extasiaba hasta más no poder con las proyecciones que su novio hacía para el mañana inmediato, el de mediano plazo y el largo y lejano periodo que comprendía su vejez. Como una Eva, asentía con su cabeza cada emocionada afirmación del Adán de sus sueños, autor efímero de su emancipación sentimental y familiar. Entre besos, abrazos y diálogo, se paseaba el deseo.

Hasta ahora no habían logrado superar el miedo, pero con las circunstancias dadas y el fragor amoroso en condición cimera, con mucho sigilo fueron en pun-

tillas a entregar su cuerpo y su pasión en simbiótica aceptación del otro. Durmieron juntos, abrazados, en un mismo regazo, bajo una sola cobija, sobre la misma cama, fundiéndose así en un solo elemento.

Antes del amanecer Mercedes se fue a su habitación, y una hora después el amor de su vida se marchaba sin ningún rasgo que pudiera delatar la consumación habida. Cerca de la puerta principal, sentada como siempre, encontró a Carmensa cavilosa y lejana en su mirada. Amablemente se despidió, dirigiéndose enseguida al desayunadero. En el bolsillo de su camisa, llevaba guardada la pequeña hoja arrancada del almanaque la noche anterior. Había impresa al dorso una frase atribuida a *Maquiavelo*: *No se necesita ser bueno, sino simplemente parecerlo.*

****

De regreso a sus labores, el ahora más enamorado joven constituido en el primer hombre de su novia, se encontró con un alborotado tropel de uniformados que subía a la empinada formación montañosa. Por su experiencia, sabía que algo nuevo había acontecido. Algo extraordinario que provocaba la inusual movilización, vista solo cuando ocurre algún asesinato o saqueo delictual de grandes dimensiones. Siguió su paso, sin preocuparse por algo que no fuera el llegar pronto para incorporarse a su nueva labor particular. Había convenido con Leo en regresar juntos desde el pueblo, pero en el sitio de encuentro le comunica-

ron que el garimpeiro decidió marcharse un día antes para adelantar el despeje de una presunta veta horizontal encontrada días atrás. Se preguntaba mientras caminaba qué estaría haciendo su ahora mujer, y qué pensamientos ocuparían su mente sabiéndose ahora sin su virginal inocencia.

El, por su lado, pensaba que tan dichosa e inigualable experiencia serviría para sellar su deseo de compartir el resto de su existencia. Apuraba los días, esperanzado en concretar su solidez económica para poder de esta manera enfrentar los deberes de un matrimonio. Se veía lejos de allí, con su esposa, sus hijos, su buena casa y su carro del año paseando por las calles de la ciudad que vio su nacer. Calculaba cifras y momentos, despertares y pasiones. Solo el bullicio y la aglomeración en torno a los cadáveres traídos hasta el campamento de *Mancini*, logró sacarlo de su cavilar itinerante cuando al fin llegó.

Eran seis los muertos, más de los que había visto juntos en los últimos meses. Una sombra pavorosa lo invadió, pensando en la exposición permanente que todos tenían a ser protagonistas de estas escenas. Inevitable es sentir miedo, concluyó mientras se dirigía a curiosear en el tumulto.

Sus rodillas fortalecidas por la actividad física y las caminatas, doblaron, cediendo ante tal imagen dantesca. Seguidamente sintió desfallecer sus brazos y toda su humanidad, mientras una sensación extraña

jamás sentida invadía su espíritu. Un fuerte escalofrío sacudió su alma y lo obligó a exteriorizar su quiebre con lágrimas, al tiempo que su voz sollozante y apagada intentaba en vano gritar a los cuatro vientos la impotencia que lo embargaba. Arrodillado y sin aliento miró los despojos acuchillados, sádicamente cortados y parcialmente mutilados de su entrañable amigo Leo y los cinco compañeros que trabajaban para ellos. Le tocó pasar por la insospechada y desagradable tarea de reconocerlos ante las autoridades, casi arrastrando sus pies entre ellos. Llorando a rajatabla, no pudo evitar abrazar a su socio, a su casi hermano, a quien en ese día le comunicaría su deseo de que apadrinara su boda.

Con un giro de ciento ochenta grados, su vida comenzaba de nuevo. La desgarradora experiencia vivida con la intensidad de un dolor infinito, extingue sus ganas de seguir luchando. Tiempo de reflexión se impone, y la necesidad de cambio de planes y estrategias es inaplazable. En el campamento improvisado escenario del terrible crimen no dejaron nada útil los sanguinarios asesinos, y hasta el tronco hueco localizado a cientos de metros selva adentro, donde guardaban la producción y el dinero, dejó de ser secreto confiable para pasar a formar parte también del saqueo.

Sospechosa e inexplicablemente, *Mancini* le ofreció retomar su cargo, pero el asco y la frustración le im-

pidieron siquiera pensarlo. Estaba decidido**:** Se iría de ese nefasto lugar, asumiendo como lección aprendida el fracaso de su aventura. Del balance hecho al periodo pasado fuera de su hogar — lejos de quienes le aman — sacó como conclusión que no había valido la pena, a no ser por haber conocido a Mercedes. Desvalido, con muy poco dinero disponible y toneladas de pesar entre sus sienes, concluyó que gracias a estar con la mujer de su vida, logró salvar su pellejo.

Pues, ese sería su nuevo rumbo, como si en mensaje Divino su fe hubiese sido arengada con el macabro hecho. Ahora más que nunca cobra vigencia el amor, pero es necesario rehacer su vida lejos de ese infierno. Con solo la ropa vestida como equipaje, salió por última vez, sin despedirse, de aquel nicho de insensatez, indigno de ser parte de la humanidad.

****

Mercedes, compungida y solidaria, no dejaba de intentar consolarlo mientras él le narraba lo sucedido. En el pasillo, noche tras noche durante más de una semana continua, hubo oportunidad de tocar todos los tópicos que podamos imaginar. Sus gustos, sus ambiciones, sus futuros hijos y sus nombres, sus vivencias, sus debilidades, sus fortalezas, sus desvaríos, sus infortunios, sus dichas y sus placeres, además de cómo abordarían a la difícil Carmensa en el momento de confesarle su romance. Razonaron ampliamente, analizando varios escenarios y situaciones, pro-

yectando resultados y enredos, para luego como en efecto cascada terminar concluyendo que lo mejor era escaparse.

Para Desiderio, este sería el primer acto verdaderamente innoble. Para Mercedes era — después del hecho de entrega carnal — su primer acto verdaderamente importante en su largo suplicio vital. Para ambos, era enfrentar al mundo, sus adversidades y sus vicisitudes, con la única arma que poseen**:** el amor. Un amor que no reconoce razones,

un amor que solo responde a motivaciones llenas de espiritualidad y encanto.

****

Al *autopullman*, aun con un nudo testicular en la garganta de él, y uno ovárico en la de ella, los jóvenes novios embarcaron sin retraso. Se habían escapado en la madrugada sin aviso, ni nota, ni explicación alguna, sin mencionar una sola palabra a una Carmensa inocente por completo de lo acontecido en el corazón y en la mente de su única hija. El osado joven compartía ese próximo trago amargo, por cuanto tampoco había comunicado absolutamente nada a su familia, más que el retorno que emprendía.

Rehacer su vida sería su próximo paso, ahora más maduro y con otra visión del mundo. Su experiencia no sería en vano, se repetía, y con su título universitario se abriría un abanico de posibilidades que sabría

aprovechar en esta nueva etapa. Felicidad y familia son su meta inmediata, luego de contraer nupcias como es debido, y honrar sobradamente a su padre, madre, hermana, esposa y a sí mismo. Atrás queda el sabor a hiel de su odisea, pero la dulce miel de su futuro aguarda su retorno. Al desembarcar, camino a casa, Mercedes le pidió leer en voz alta el mensaje calendario que había arrancado al pasar por el pasillo momentos antes de su fuga**:** *El recorrido más grande de la historia, tuvo como inicio un primer paso.*

Una vez leído, Desiderio cuidadosamente lo plegó, y mientras lo guardaba en su bolsillo pectoral le sonrió amablemente a su hermosa cómplice…

PARQUE CEIBOTE

Cuando terminamos de rodear el ceibo con la cinta métrica, algunos de los presentes se ufanaron de su buen tino al calcular la circunferencia, y otros nos rezagamos — callados — tratando de evitar la bullosa celebración de los ganadores. De cualquier forma, independientemente de los unos y los otros, nos reunía un fin común**:** salvar un pedacito de naturaleza, un pedazo de raíz de pueblo, un símbolo centenario que distingue a una población que en su casi totalidad está conformada por braceros, agricultores, labriegos, campesinos y criadores. Gente de campo, pues, que apoya su vida sobre el soporte de la bondad verde y su dadivosa existencia.

Si midió doce o catorce o dieciséis metros en su circunferencia base no es lo más importante. Más allá de lo numéricamente tangible, hay una razón mucho más poderosa para que los integrantes del Grupo Ambiental Amazonas nos opusiéramos a su tala "para dar paso a la modernidad y el desarrollo del poblado", según palabras de los gobernantes de turno. Las autoridades ministeriales de Ambiente y Recursos Naturales habían dado el visto bueno alegando que la ejecución del proyecto involucra la siembra de dos mil árboles a lo largo de la futura autopista.

La razón que nos movió a semejante acción de protesta y protección natural, es poder conservar en el gigantesco árbol de más de sesenta metros de altura, una porción de vaso capilar vegetativo, e impedir que poco a poco — aunque a cada predador le parezca nada — sigamos destruyendo la naturaleza pulmonar de nuestro planeta.

En el último Congreso Iberoamericano de Conservación Ambiental, que reunió a grupos ambientalistas de todo el mundo, nos asignaron como tarea la defensa a ultranza de cualquier componente vegetal en nuestras respectivas regiones. *"Los mares se hacen gota a gota, por muy pequeñas que estas sean",* fue el lema del Congreso.

El día que arribamos a *Maguiche*, llegamos entre caminos, actividades, tiendas de campaña y carpas, horas después del mediodía. Acampamos al pie del hermoso ceibo, bajo su sombra, antes que una delegación de las autoridades municipales nos abordara para conocer de nuestras intenciones. Siempre hemos pensado que muchos poquitos hacen un mucho, y si somos muchos haciendo un poco, entonces los resultados serán grandes. Es como la inconsciencia y la estupidez de tirar algún pequeño desecho a la calle. Cuando se suman, se obtiene como resultado una ciudad sucia, un pueblo sucio, una avenida sucia, un vecindario sucio… la gente viviendo entre su propia suciedad, en un planeta sucio.

Mi tío Pedro dramatizaba aún más esta situación: *El humano tiene la tendencia a imitar al escarabajo estercolero, solo que la gente — a diferencia de este — no usa estiércol ajeno sino su propia mierda. Si Cristóbal Colón* — decía — *hubiese arrojado envases plásticos resistentes, muy probablemente estuviéramos tropezándonos hoy con estos contaminantes más de quinientos* años después. En su lenta y tóxica biodegradación hubieran ahuyentado nitrógeno *y nutrientes del suelo. Con solo disponer en nuestros días de estos agresivos derivados petroquímicos en adecuados botes de basura dispuestos para ello, estaríamos dándole calidad de vida a nuestro querido y único planeta. El oxígeno se lo dan las hojas. La fotosíntesis es parte del sistema respiratorio de la Tierra, y mientras más plantas existan, mientras más árboles y más zonas boscosas existan, más larga será nuestra existencia armónica y vital.* Es por eso que para nosotros es punto de honor — y de vida — salvar el ceibo de las garras del modernismo.

La autopista de entrada a la pequeña ciudad se proyectó desde hace un par de años atrás. Dos canales de ida y otros dos de vuelta con isla central plantada con árboles de *nim* se ven extraordinariamente bien en la maqueta arquitectónica. Los proyectistas alegan que el ceibo será un mínimo sacrificio a pagar a cambio de la estupenda vía principal de acceso rápido. Nosotros en contraparte alegamos que una insignificante semi curva a cada lado convertiría al ceibo en el centro de una hermosa plaza que incrementará la

estética, dará una mejor vista panorámica y a la vez permitirá un área de solaz y descanso en forma de paradero, consagrando al gran árbol como símbolo natural de respeto y amor a nosotros mismos y a la paciente labor de la naturaleza por más de cien años.

Empíricamente, presentamos un proyecto alterno a mano alzada que solo incrementará el presupuesto de ejecución en unas cuantas monedas más.

Alonso Pedernales, estudiante de Medicina, es el miembro más reciente de nuestro grupo. Su ímpetu juvenil y su arrojo incesante fue lo que nos trajo aquí. Desde Maracaibo y por nuestros propios medios, nos trasladamos con fines de pernocta permanente con la esperanza de revocar el decreto municipal de ejecución. Íbamos y veníamos de acuerdo a nuestras necesidades y obligaciones laborales o estudiantiles, de manera de nunca desmayar en nuestro objetivo. Queremos sentirnos útiles, dejar huella, sabernos salvadores del mundo desde nuestra escala geográfica, acodada con nuestra escala de valores y nuestros principios ecológicos. Los alimentos escasean, el agua potable rápidamente se agota, pero nuestras ganas no se rinden ante la intransigencia autoritaria y — lamentablemente — la apatía de los pobladores. Rodolfo *Martinello*, el coordinador y vocero principal, está en año sabático en la universidad, y simbólicamente ofrece una cátedra magistral conservacionista mañana y tarde cada día, a los presentes.

Eventualmente se acerca uno que otro habitante del pueblo, movido más por la curiosidad de conocernos y detallar nuestro improvisado campamento, que por sumarse a nuestra causa. José, Arquímedes y Luis Antonio se encargan de nuestra precaria logística, mientras seis o siete integrantes más se apostan en improvisada alcabala para repartir volantes fotocopiados en papel reciclado que dan a conocer nuestra tarea ambiental del momento. Arengamos a quien nos deja hacerlo e invitamos a la población a formar filas con nosotros.

Los noticiarios radiales nos han hecho el hazmerreír, alineados con el poder del dinero, y hasta llegaron a culparnos del atraso urbanístico de la zona. María Fernanda es la única mujer del grupo y contra ella enfilaron baterías los aliados comerciales del proyecto. Han hecho públicamente comentarios puritanos descabellados e injustificados totalmente, por lo que comenzamos a llamarle jocosamente *Juana de Arco.*

Nuestra organización, fundada a principios de siglo, tiene oficina itinerante. Cualquier plaza, de cualquier parte, es habilitada presurosamente para nuestra reunión semanal. Mi casa es el punto de encuentro cuando necesitamos estar bajo techo y realizar cualquier actividad que requiera de la electrónica, la electricidad y el posterior papel impreso. Nuestros propios fondos cubren los gastos de las actividades que las autoridades ministeriales en alguna ocasión califica-

ron de frívolas y estériles, en boca de un funcionario de rango medio.

La velocidad con la que el hombre acaba con reservas naturales nos agobia permanentemente, y la falta de políticas de Estado para concientizar a la gente en cuanto a disposición de desechos, brilla por su ausencia. Es como la lucha de *David* contra un *Goliat* gigantesco, de un campesino de las estepas rusas contra un ejército de cosacos, de una hormiga contra una manada de elefantes en tropel...

****

Al cabo de dos semanas, un par de estudiantes de secundaria se acercó para pedirnos que los aceptáramos. Luego dos más, luego un abogado, después un grupo de amas de casa y antes de cumplir las tres semanas en nuestro ciclópeo empeño, éramos más de cuarenta personas con pancartas, volantes y un fin común. Nada de quemar cauchos, advertimos a tres nuevos integrantes que asomaron esa posibilidad. Nada de trancas, porque eso iría contra los pobladores, aunque llegamos a reconocer que impactaría en la opinión pública y al fin la prensa se haría eco de nuestra petición.

Solo nuestra presencia constante, para impedir que la llegada de una sierra eléctrica acabe con la simbología y punto de referencia que ha representado el ceibo década tras década, sería nuestra bandera de oposición a la barbarie próxima a consumarse. Además, la

presencia de soldados y un piquete de policías en un radio de doscientos metros, nos obliga a actuar con mucha sensatez. Nos enfrentamos a un monstruo de cuatro cabezas y al poder establecido, a la sempiterna parafernalia oficial.

****

"Mamá Chinca" reunía a todos sus nietos los fines de semana para contarnos historias reales. Nos hablaba de personas que gracias a su constancia y perseverancia habían alcanzado lo que se propusieron. Nos hablaba de *Jesús*, de *Gandhi*, de los colonos norteamericanos, de *Washington* y su ideal independentista, de *Lincoln* y su libertad a los esclavos. También nos hablaba de *Bolívar*, de *Martí*, de *Lumumba* y hasta de *Galileo Galilei*. - Son ejemplos a seguir, acotaba cada vez, dejando filtrar entre nuestras mentes que el hombre y su acción no tienen límites, sino limitantes.

El abuelo Perpetuo era más radical y nos ampliaba más la historia de *Bolívar*. Nos contaba de la oposición colonialista imperial y mantuana que hubo de enfrentar con sus ideales libertarios, y los desplantes y calificativos de que fue objeto durante toda su gesta. Fue calificado de loco aventurero, desquiciado, irreverente, profanador imperial, traidor y hasta de hereje por el infeliz sacerdote que, refiriéndose al terremoto que arrasó Caracas en 1812, dijo que era un castigo de Dios por oponernos al dominio español. — "La grandeza de nuestra alma, depende propor-

cionalmente del tamaño de nuestro corazón cuando de causas nobles se trata", agregaba siempre al finalizar cada disertación.

Entre deseos y alimentos enlatados, entre solidaridad y deserciones, entre principios y apatía, transcurría mi afán proteccionista adosado al de mis compañeros y vecinos activos. La magnitud de nuestra aspiración no se circunscribe a unos cuantos metros cúbicos de madera viva, va más allá del agradable olor a campo que nuestro olfato puede percibir. Más allá de lo que nuestra limitada visión panorámica puede captar. Nuestra preocupación huele a orígenes, a indio, a génesis, a poder creador.

Mi tostada piel por la inclemencia solar es como un escudo contra la intromisión humana y el aparato destructor del urbanismo. Nuestras raíces de vida, más allá de las raíces del *mollejúo* ceibo, son el motor que nos mueve en nuestra peregrina lucha. Un adobe por sí solo no constituye más que un solo adobe aislado, perdido, indefenso. Es un conjunto de adobes, la suma de ellos, lo que nos permite levantar nuestras murallas defensivas. La unión de esos muchos adobes, y la concatenación de su individual accionar, es lo que da fortaleza a la misión asignada. El impresionante desierto del Sáhara, está constituido por trillones y trillones de minúsculas y casi microscópicas partículas silíceas, insignificantes granos de arena. Nuestro todo no es más que la suma de las partes que lo componen.

El vetusto árbol, situado justo en el centro de la vía de acceso por lo que la infausta proyección vial involucra derribarlo, se erige inmutable dejándose ver en sus ramas más altas desde la carretera interestatal. Como mudo testigo, permanece silente ante las vicisitudes que experimentamos a sus pies. Su imponente verdor contrasta con el negro mate de las bolsas donde recogemos hasta el más mínimo desecho producto de nuestra estada en el lugar. Su sombra ampara nuestro descanso durante el día, a la vez que nos brinda un agradable frescor como para paliar la intensidad térmica tropical. Sus hojas lanceoladas dispuestas en forma de mano abierta, parecen arropar nuestra esperanza, y la corteza en su grosor y amplitud nos deja ver hasta muy alto los diferentes mensajes de amor escritos desde hace dos o tres generaciones atrás.

"Si las mismas premisas hubiesen privado en la mentalidad de los urbanistas y gobernantes de entonces, hoy no pudiéramos disfrutar de la extraordinaria testificación histórica del monumental Samán de Güere", afirmamos insistentemente en nuestros volantes.

Transcurrido un mes de nuestra permanente vigilia, y con los trabajos de los tramos no ocupados adelantados más allá de los movimientos de tierra y compactación de suelos, llegamos a sentir que nuestras fuerzas se agotarían básicamente por el desgaste.

Nuestros recursos merman y ahora nuestra protesta parece más una huelga de hambre que cualquier otra cosa. Pero con la voluntad incólume y todavía con el apoyo de algunos nativos, nos mantenemos firmes en nuestro propósito.

Así llegamos al día en que se cumplieron dos meses y una semana de nuestra aventura de dignificación y reivindicación ecologista. Ese día, muy temprano en la mañana, se nos acercó un cacique *yucpa* acompañado de medio centenar de indígenas para apoyarnos en nuestra gestión. En la tarde, otro cacique esta vez de la etnia *barí*, se nos unió con similar cantidad de defensores de la naturaleza. Reimpulsamos nuestra razón ahora con más "combatientes verdes", y logramos de esta manera el diálogo obligado de los entes comprometidos en el proyecto. Cumplidos los tres meses de amarga y penosa espera, de combate por la vida y por la naturaleza, sobrevino el feliz desenlace**:** No se talará ningún árbol, no se destruirá ninguna vida vegetal. En su lugar, se acepta nuestro proyecto con las debidas modificaciones profesionales y las correcciones técnicas correspondientes.

Al amanecer de un nuevo día, una euforia contagiosa recorrió la atmósfera humedecida por la tormentosa lluvia caída sin aviso y sin protesto. De hecho, todos empapados y dispuestos osamos desafiar a los electrizantes rayos, como quien reta a un duelo — padrinos de por medio — al caballero de la coraza

chatarreada. Los azotes violentos de las gotas en su caída semejaban grandes aspas de enormes molinos de viento usurpando a feroces dragones su potencial dañino. Un grupo heterogéneo, multiétnico y multirracial se mostraba satisfecho ante la efímera amenaza de una infalible y bien ponderada naturaleza.

A pesar de los diferentes dialectos, lenguajes, idiomas, fenotipos y color de piel, nos habíamos convertido en un compacto grupo de activistas opuestos frenéticamente a la muerte, a la desolación y a la indolencia. Hay quien afirma haber escuchado reír durante la noche al salvado ceibo, sin importarle la expresiva incredulidad de los presentes. Santa Carmen de Maguiche ahora se inscribe en el listado de los pueblos que han dejado huella al surgir del anonimato en el ideario del movimiento ecologista mundial. La compasión cobra vida y la sensatez envuelve almas.

En lo particular, el saber que próximas generaciones podrán palpar la corteza rescatada del oscurantismo urbanístico, como arrancada a empellones de las garras de insolentes depredadores, conforta nuestro corazón y le da sentido a nuestra lucha. Luego, cuando ya las carpas y nuestra presencia se ausenten con la victoria en ristre, quedará el recuerdo grato de nuestra conquista. Será un homenaje *pre mortem* a nosotros, a ellos, a todos los que consumamos nuestro esfuerzo por un planeta más limpio y una modernidad verde. Será un homenaje a Dios, a su fuerza creadora y a la humanidad entera.

Para mis hijos, nuestros hijos, conquistamos un pedazo vegetal de este todo enmarcado en el Universo, un universo que gravitaremos siempre con mucha fe en nuestras propias expectativas.

Solo la muerte logrará desprendernos de la esperanza, pues solo después de morir la perderemos…

REFLEJOS DE MUJER

Esa mañana, Sofía Arámbula Sotomenor desayunó en la cafetería de la universidad antes de dirigirse apresuradamente al salón de clases. Un par de horas antes, un evento personal, muy íntimo, y - sin proponérselo — también secreto, había producido en ella un torrente de inquietudes sobre procederes y preceptos encontrados, de tal manera, que aun ocupaban su mente haciéndola meditar sin apuro alguno pero también sin cortapisas ni tapujos para consigo misma.

Sofía estudia el último semestre de Ciencias Políticas, carrera que, hace cinco años atrás, no ejercía la más mínima atracción en su proyecto de vida. En la terna que la institución le presentó, ocupaba el tercer lugar en torno a sus preferencias. Ella aspiraba para su futuro laboral una carrera que le permitiera solventar algo más que sus necesidades básicas, y que a la vez le diera cierto estatus en una sociedad cuyos marcos de referencia están inmersos en un sinfín de subjetividades sorprendentemente vigentes hasta la fecha, aunque deberían ser absolutamente anacrónicas ya. Una carrera cuyo campo laboral sea lo suficientemente amplio como para no tener que deambular peregrinamente en busca de un puesto de trabajo.

En base a esta premisa, Sofía siempre había deseado graduarse en la escuela de Medicina, o en la de Derecho como segunda opción.

Contrariamente a su deseo, la Coordinación de Estudios Universitarios le indujo a inscribirse en Ciencias Políticas como primera —y coercitivamente única- opción. Su padre, ingeniero civil al servicio del Estado, renunció a influir en la toma de decisiones de la joven, ofreciéndole, eso sí, su irrestricto apoyo cualquiera que fuese su preferencia académica.

Pues bien, aquel evento de la mañana que aun ocupaba su pensamiento, ocurrió cuando cepillaba su cabello frente al espejo de su baño. Mientras lo hacía, imitando una repentina lluvia tormentosa arrasando con mariposas estivales al tiempo que remecía el ramaje de los más frondosos árboles de un lado a otro - pretendiendo esquivar sus propios vaivenes - aparecieron como en gavilla cúmulos de ideas entrecruzadas que apuntaron todas hacia lo que significa ser hembra, el pensamiento femenino, la acción y fuerza de la humanidad hecha mujer. Al apenas darse cuenta de lo que pasaba a velocidad sideral por su mente, cual estrella fugaz que vaga en el infinito antes de fenecer irremediablemente en alguna atmósfera planetaria, la joven Sofía asintió para sus adentros lo que sería el centro de la temática a tratar en su tesis de grado.

El cepillo de suaves cerdas proseguía su labor deslizándose por sus cabellos, intentando semejar gotas de agua discurriendo a lo largo de un cristal engastado en la serenidad de un pensamiento, y el espejo parecía ufanarse de tener la dicha de reflectar tan cándidas facciones mientras desvariaba en una influencia alucinante a punto de golosina. De súbito arribaron visiones casi espectrales marcando una generosa distancia del pensamiento patriarcal que ha dominado la historia social de nuestro mundo terrenal desde su propia génesis. Ahora devenían interrogantes - por igual trascendentes que correspondientes al día a día - sobre el rol de género y su influencia en la formación y desarrollo sociocultural de los seres humanos. Estos episodios trajeron a colación interrogantes que marcarían por siempre a la joven universitaria, cuya inquietud más próxima le llevaría a indagar profundamente al respecto.

Al ingresar al salón de clases, Sofía solo atendió perceptivamente a lo que se iba a tratar ese día, de acuerdo a lo dicho por su profesor en la clase anterior. Cada uno de los alumnos titularía provisionalmente la investigación a desarrollar en su trabajo de grado. (Hasta este amanecer, los niveles de angustia fueron arrasando con su equilibrio conductual, por causa de no haber decidido en qué fundamentar su tesis). Y en eso estaba centrado su pensamiento, era esa su

actual tranquilidad, su paz, su certeza, pues ya no le angustia para nada el desarrollo de su exposición escrita. Ya decidió el tema, y así se lo hizo saber a toda la clase cuando le correspondió su turno para bosquejar su proyecto.

Su tutora — designada aleatoriamente por sorteo — es la profesora *Magdalena Di Brino*, con quien la joven alumna sostiene una relación bastante cordial y de absoluto respeto mutuo. Habiendo coordinado ambas la metodología a seguir, establecieron los parámetros del caso y Sofía regresó a su casa súper motivada, estupendamente tranquila

y — sobre todo — decidida a acudir al espejo cada día para formatear su cometido.

Al siguiente día, antes de que la penumbra entregara solícita la silueta oscura de la noche a una hermosísima alba antesala de los primeros rayos de un estupendo sol naciente, Sofía cavilaba aun en su lecho antes de levantarse desperezada para afrontar la realidad de un nuevo día, dispuesta a comerse al mundo, con el mayor soporte exponencial de su ya por sí alta autoestima. Hacía bastante tiempo que no recargaba su ego de tal manera que advirtiera la complacencia que en esos momentos experimentaba. Se sentía plena, llena de vigor y de esperanza, y como nunca, de gratitud sincera. Desde el día anterior, se había asignado un bloc de papel donde plasmaría sus apun-

tes y anotaciones para ir dándole forma a sus datos investigativos. Desde hoy, comenzará a inmiscuirse en el intríngulis de "El rol de la mujer desde el inicio de la humanidad hasta nuestros días. Razonamientos reflexivos y contextuales".

Al levantarse, se dirigió al baño y luego de mirarse al espejo, una especie de efluvio fulgurante penetró de súbito para finalmente alojarse placenteramente entre sus sienes, llevando consigo una impresionante mezcla de inquietudes, acertijos, dudas, certezas y pareceres, todo esto combinado con datos, visiones, semblanzas, opiniones, tabúes y criterios. Una especie de mezcolanza que lejos de representar atiborramiento de su intelecto, sirvió de gatillo para la producción de endorfinas encargadas de hacerle sentir una placentera tranquilidad, una paz emocional y una seguridad solo comparada con la de alguien que tiene plena satisfacción por el objetivo alcanzado.

Al separarse del espejo comenzaron a desfilar - como en procesión - con orden estricto e inmediatez sináptica, una a una todas las ideas, haciendo que la percepción sucumbiera ante lo que ahora era el pensamiento lógico, filosófico, fraternal, humanista, sin apasionamiento ni mezquindades. Una especie de remanso, de sosiego, de placidez, en un entorno que hasta hace pocos días estaba repleto de tensión, incertidumbre y desasosiego. Esta vez, Sofía le ganó la partida a la desesperanza, al fracaso, y a las pervertidas voces agoreras internas.

Pues bien, con un nuevo e interesante bagaje conjetural, junto a la prolijidad argumental adquirida frente al espejo, la joven tesista comenzó de inmediato a plasmar en su bloc de notas todo pensamiento que asomara sesudez y racionalidad frente al papel jugado por la mujer en las diferentes etapas del proceso histórico humano.

De inicio, en su síntesis fundacional del objetivo trazado, se planteó la trascendente importancia del vientre materno. Y es que de acuerdo a su profesión de fe — a través de la Iglesia católica — hasta Dios, nuestro Creador omnipotente, necesitó a una mujer para traer al mundo a *Jesús Salvador*. Es decir, fue la *Virgen María* - una fémina - la que sirvió al Señor para hacer su voluntad en la Tierra (la Tierra, así, femenino) gracias a lo cual los seres humanos pudimos expiar nuestras culpas. Y partiendo de este obvio principio universal, interesante es recordar que todos los grandes hombres que han poblado nuestro planeta, los grandes genios, los grandes inventores, los teóricos, los buenos, los malos, los que han trascendido dejando su huella y los que no, los que fundaron empresas, los que dirigieron ejércitos, los que han necesitado ser padres para dejar descendencia y seguir poblando el mundo, todos, absolutamente todos ellos — al igual que las mujeres - nacieron de una mujer.

No obstante, y a pesar de la trascendencia fundamental para el desarrollo y funcionalidad operacional de

la especie humana, en términos generales la mujer siempre ha sido relegada a desempeñar un papel meramente reproductivo aunado al irracional usufructo sexual que se ha hecho de ella en muchas etapas de la historia. Desde luego, el trato se ha diferenciado siempre dependiendo de la época, creencias, etnias, grupos sociales, nivel de desarrollo nacional y racional, y hasta de la competitividad en el plano profesional**;** por lo que es justo aclarar, que en las últimas décadas la mujer ha ido conquistando un sitial de relevancia, muy a pesar de la inmensa carga de machismo imperante en esta evolución.

Luego de apuntar en su bloc estas consideraciones superfluas, pero de una inconmensurable profundidad emotiva, filosófica y racional, su mente continuó recopilando ideas y pensamientos extraídos de la magia del espejo, tal como una dedicada y laboriosa abeja reúne de flor en flor el polen que sustentará la elaboración de miel, transformándose esta tarea en nuevas vidas. La existencia de una verdad que engendra expectativas, para combatir una desviación histórica que exalta al machismo como conductor advenido de la humanidad entera desde sus orígenes.

Y en este cavilar incesante, el recuerdo de *"Lucy"* hace su entrada magistral al escenario. El fósil humano más antiguo del que se tenga registro hasta ahora — su data es de más de tres millones de años — corresponde a una mujer. Repentinamente, también

aparece el recuerdo de *Juana de Arco*, mártir que jugó un papel preponderante en la historia de Francia en época de *Carlos VII*, y que a sus diecisiete años fue capaz de conducir el ejército francés en su intento de expulsar a los ingleses. Al mismo tiempo, en ese torbellino de repasos históricos con el género femenino en ristre, aflora el nombre de *Elena*, mujer que con su influencia y pródiga bondad motivó a su hijo el emperador *Constantino* a convertirse al Cristianismo. Gracias a este evento, la Iglesia Católica es hoy por hoy una de las más grandes expresiones teológico—dogmáticas del planeta.

Cuando hubo apuntado en su bloc estas últimas notas para su posterior desarrollo en su investigación, Sofía continuó en su discurrir atisbando sus pensamientos bajo el influjo aun de su mágica experiencia reflectante. Recordó así, a mujeres ganadoras del Premio *Nobel* que marcaron época en la historia reciente. Una de ellas es *Marie Curie*, quien en un entorno profundamente dominado por el machismo, logró hacerse de dos premios *Nobel* por sus investigaciones y logros en campos de la física y la química, marcando un hito que trasciende a nuestra época en la práctica médica y otros procesos. Otra es la Madre *Teresa de Calcuta*, quien con su bondad y andar parsimonioso distribuyendo por igual la caridad entre sus semejantes, mereció sin reparo alguno el Premio *Nobel de la Paz*. Esta última, fue canonizada por la Iglesia Católica, entidad

a la que entregó en cuerpo y alma su obra terrenal a lo largo de su existencia.

Y en ese orden de ideas, aparecieron en su mente casi como bandadas de golondrinas pretendiendo hacer varios veranos (o fragmentos de escurridizas partes de un todo cuya conjunción se sintetiza en un micro cosmos), varios nombres, varias ideas, varias historias con alcances significativos, varios logros femeninos que servirían para enriquecer su trabajo de grado.

Fue así como llegaron a su encuentro la pintora *Frida Kahlo*, quien con su surrealismo llevó su obra -- mayormente retratista -- a niveles de reconocimiento mundial. *María Callas*, soprano que sorteó toda una gama de adversidades en su vida personal y aun así se convirtió en la preferida de grandes y afamados directores de orquesta para consolidarse en todo el mundo. Y en el campo político, *Indira Gandhi*, Primera Ministra de la India en dos ocasiones, *Evita Perón*, quien siendo hija de campesinos, se convirtió en lideresa argentina con su célebre reivindicación a los "descamisados" y también *Benazir Bhutto*, la primera mujer que ocupó el puesto de Primera Ministra de Pakistán, un país musulmán de raigambre machista ancestral.

Y continuando en el plano teocrático, es menester también mencionar en la historia reciente hasta la actualidad, a *Atifete Jahjaga*, mandataria de Kosovo, *Ameenah Fakim*, mandataria de la República de Mau-

ricio, *Sheikh Hasina*, Primera Ministra de Bangladesh, *Roza Otunbayeva*, Presidenta de Kirguistán, *Mame Madior Boye*, Primera Ministra de Senegal, *Megawati Sukarnoputri*, Presidenta de Indonesia, y un largo etcétera de ilustres féminas que han accedido al poder, luchando contra una ruin segregación religiosa por su condición de género. Esto, más que representar un listado de menciones al azar, tiene un trascendente significado reivindicativo de la figura y la acción femenina incorporada al quehacer político, a la cotidianidad, en una sociedad que ya no enfrenta con asco discriminatorio el rol de la mujer en el desempeño de tareas que poco tiempo ha, estaban reservadas exclusivamente al sexo masculino.

Mención aparte para *Cleopatra*, quien heredó el trono de Egipto, de su padre, y cuya habilidad la convirtió en una de las reinas con más poder en la antigüedad. Asimismo, la britana *Boutica*, a quien Inglaterra le debe en gran parte su independencia del Imperio romano en la época de *Nerón*, organizando todas las tribus británicas y vecinas para acabar con la opresión.

Progresivamente, su mente comenzó a destacar también a innumerables mandatarias en los cinco continentes, que con esfuerzo propio han alcanzado en nuestros tiempos posiciones de relevancia en los gobiernos de sus respectivos países. También a nivel medio la lucha feminista ha escalado posiciones y peldaños, y hoy varios organismos mundiales —

incluyendo la ONU -- cuentan con su aporte. Organizaciones de DDHH, de lucha por los derechos de la mujer, cancilleres, emisarias especiales, ministras, directoras de entes estatales. También merece digna mención, la única mujer latinoamericana -- indígena además -- *Rigoberta Menchú*, que se convirtió en la primera fémina guatemalteca en ganar el Premio *Nobel de la Paz*. Y más allá del Atlántico, la cosmonauta rusa *Valentina Tereshkova*, primera mujer en viajar al espacio, o — de nuevo en América — *Rosa Parks*, quien se negó a ceder el asiento a un blanco en un autobús, convirtiéndose este valeroso acto en el embrión de la emancipación de los afrodescendientes norteamericanos de piel oscura.

Todas estas líneas llegaban a la cabeza de Sofía, como traídas en un tropel de pergaminos, que asomaba su silueta transparente para obsequiar a la manceba con datos suficientemente auténticos para materializar su proyecto. En el ínterin, se llenaban una a una las páginas de aquel recién estrenado bloc de notas, y el día despedía perezosamente la luz solar, para amablemente ceder espacio a la penumbra nocturnal correspondiente. Es el momento del descanso, la cena reparte sus aromas por toda la casa y la somnolencia por fatiga impone su dominante voluntad.

Durante la noche, disfrutó de un sueño placenteramente reparador, a tal punto, que antes de despuntar la aurora ya sus ojos miraban extraviados en

lo más alto de su habitación, como buscando en el infinito los pedazos de una noción, un motivo, algo que le aclarara lo que estaba pasando en su vida. Sin duda alguna, eso que estaba ocurriéndole la tenía muy sorprendida.

Al dirigirse al baño, pudo ver que el rocío había empañado a su nuevo confidente, a su nuevo mejor amigo, a su magistral pedagogo, a su querido y admirado espejo. Sin mayor dilación que el término de la distancia, con premura tomó una toalla y con giros acompasados lo lustró, de manera tal que lo hizo lucir esplendorosamente limpio, sin máculas ni manchurrón alguno. De seguidas, se posicionó frente al brillante cristal reflector, y el ya conocido efluvio mágico comenzó a poseer su mente para fundamentar una nueva jornada de trabajo. Se duchó, desayunó, y de seguidas comenzó a escribir.

Sin soslayar la figura de consorte, escribió evocando a *Agustina de Aragón*, patriota española llamada *La Artillera*, famosa por su defensa del portillo de Zaragoza durante la guerra de independencia. Siguió por los campos de batalla a su marido cuando contaba con apenas dieciséis años de edad, y se hizo célebre al disparar un cañón contra las tropas francesas que ya estaban a punto de entrar en la ciudad. Recordó también a *Manuela Sáenz*, joven ecuatoriana conocida como *La Libertadora de El Libertador* -- en referencia a *Simón Bolívar* -- a quien con arrojo y valentía le salvó

la vida en un atentado. Asimismo, la argentina *Juana Manso* amerita mención especial, puesto que fue la primera mujer que pensó en la educación mixta en su país, además de ser la primera conferencista, en una época en que el machismo no permitía a las mujeres hablar en público.

De seguidas, una especial mención para la británica *Florencia Nightingale*, la madre de la enfermería, fundadora de la primera escuela formal de enfermeras, que en la actualidad lleva su nombre. Y otra merecida mención para *Malala Yousafzai*, la persona más joven en ganar el Premio *Nobel de la Paz* a sus diecisiete años de edad, natural de Pakistán, luchadora incansable por los derechos civiles, privilegiando en este empeño a los derechos de la mujer, desde el acceso a la educación hasta su participación en la política. Su trágica historia incluye haber recibido disparos en su cabeza y cuello. Actualmente vive en el Reino Unido. (Su historia es un caso que merece estudio particular).

Y la lista continúa con la valiente y tenaz *Ana Frank*, que siendo una niña aun, supo sortear las tropelías nazis durante más de dos años en la segunda guerra mundial. Y la precursora *Federica Montseny*, la primera mujer nombrada Ministra en España, conocida entre otras cosas por su dedicación feminista libertaria. Al igual que *Clara Campoamor*, impulsora del derecho al sufragio femenino, fundadora de la Unión Republicana Femenina.

Así, evocando y plasmando en el papel las ideas neonatas emanadas de aquellos mágicos episodios, Sofía Arámbula proseguía en su afán de recopilar la mayor cantidad de datos antes de darle forma final a su redacción. Necesita reflejar calidad, más que cantidad, y necesita también anexar sus propias consideraciones de fondo. ¡Eso es!... "Forma y fondo, observancia gramatical estricta y capacidad de síntesis", le habría acotado su tutora desde el primer día.

Sentía estar en una especie de estado de euforia, como en su zona de confort, a sus anchas y sobre la marcha. Sin embargo, al ir concatenando sus apuntes, con recurrencia se pregunta el por qué algunos vestigios de misoginia se erigen incólumes en pleno siglo XXI, más allá de los considerables logros alcanzados hasta nuestros días. Se pregunta cómo fue posible que hasta mediados del recién pasado siglo a la mujer le fue vedado el derecho a votar para elegir sus autoridades, infravalorando abyectamente su capacidad para discernir y su potencialidad intelectual. Afortunadamente, se dice a sí misma, la emancipación femenina se ha hecho notable a partir de episodios históricos puntuales, y la inobservancia a su capacidad ha disminuido progresivamente a través del tiempo. Sin embargo, la abominable violencia de género sigue acaparando día a día el desenvolvimiento de una sociedad que persiste en la superioridad del varón.

En el acápite, pensaba, debo referirme al sometimien-

to de la mujer ante el machismo dominante, apenas por encima del trato a los esclavos en tiempos remotos, aunque sus vestigios hoy se observan — es justo decirlo -- cada vez con menos frecuencia. O quizás incluya una interrogante, que aunque parezca una banalidad, ofrece un gran impacto real: ¿Qué sería de la publicidad, sin la mujer?

El motor principal que me mueve en esta iniciativa — pensaba para sí — es el deseo de compartir con el mundo esta nueva inquietud. Quizás agregaré una cita de *Mahatma Gandhi*: *"Llamar a las mujeres el sexo débil es una calumnia; es la injusticia del hombre hacia la mujer"*. O tal vez, una cita de *Henrik Johan Ibsen*: *"Nuestra sociedad es masculina, y hasta que no entre en ella la mujer, no será humana"*. - Pues bien, será cuestión de escoger al final la frase que más se adapte al contexto de mi exposición escrita.

En su mente -- calada hasta los intersticios de sus neuronas -- se mantenía aun fresca toda la información recibida. Solo era cuestión de darle forma siguiendo los parámetros sugeridos, haciendo hincapié también en pequeños detalles que salpimentarían sus propuestas. Habría que resaltar también datos como el del afamado *Código de Hammurabi*, que, a pesar de su data a. C. otorgaba a las mujeres el disfrute de importantes derechos, como el derecho a poder comprar y vender, tener representación jurídica y testificar libremente, muy al contrario de la posición

machista aristotélica, que definía a la hembra como *un hombre incompleto y débil, un defecto de la naturaleza.* O el caso étnico de obsolescencia absoluta, donde desde tiempos inmemoriales, en las tribus el padre se encarga de conseguir marido para su hija y discutir la dote. Aunque nos parezca inverosímil, hoy en día aún existe esta despreciable práctica inhumana.

Se podrá destacar también el papel correspondido a las dos guerras mundiales, las cuales lanzaron a la mujer al campo laboral al encontrarse su marido fuera del hogar, en el campo de batalla. Algunas, muchas, para ser más explícita, enviudaron y se vieron forzadas a asumir el sustento familiar y los patronos se vieron en la necesidad de contratar mano de obra femenina.

Habiendo apuntado esto, repentinamente se instaló en su conciencia la necesidad de ejercer cabalmente su profesión y dentro de ella, asumir la lucha por la defensa de los derechos de la mujer contemporánea. Desde una plataforma política, o desempeñándose en cualquiera de sus competencias, estaría siempre dispuesta a dar un dedo de su mano por ello.

Cerró su bloc, caminó despreocupadamente y se dirigió a darle gracias a lo que con su mágica influencia marcó el nuevo derrotero de su vida. Con delicada reverencia le sonrió al espejo y guiñándole un ojo acercó su boca para extasiarse con su propia imagen, luego de un suave toque de labios...

SEREZADE Y UNA SOLA NOCHE

Un viejo escritorio heredado de mi padre, una cómoda silla, buena luz, mi modesta laptop y yo…

Érase una vez, una hermosa princesa y un apuesto príncipe que vivían en dos reinos separados no solo por la distancia, sino por culturas que chocaban conceptualmente desde lo más profundo de sus raíces. Sin embargo, en uno de los tantos viajes que el Rey Maduceo hacía cada cierto tiempo (siguiendo la ruta de antiguas expediciones de mercaderes de piedras preciosas), hubo de — por imperio de la necesidad- hacer escala en feudos del Rey Honorio, conocido desde su nacimiento como el Rey Pirulo. Este a su vez…

****

¡Pamplinas! No es así como quiero comenzar este relato. Esa temática de la realeza quedó en el pasado, y — sin desmeritar para nada la portentosa imaginación de sus autores — en la actualidad el lector ha elevado su nivel de exigencia. Mejor dicho, la narración contemporánea necesita proveerse no solo de tendencias que apunten a la excelencia, sino también de un público lector que se sienta atraído y sin darse cuenta se sumerja en la profundidad de la lectura, sin necesidad de una moraleja implícita o una temática recurrente.

****

La elegante mujer, mirándose al amplio espejo que ocupa una gran parte de la espaciosa pared por encima de la chimenea en el salón biblioteca de la espaciosa mansión, notó con particular asombro que las implacables líneas del tiempo comenzaban a expresarse en su sobre maquillado rostro. Entendió en ese momento que las huellas de los años no reconocen fortunas ni miserias, no distinguen pobres de ricos, solo se asoman y sin anuncio previo se instalan. Fue entonces cuando cavilosa, meditabunda, gimiendo cual niña malcriada reclamando su chocolate, se dirigió a su marido y estrechándole ambas manos le susurró con voz quebrada lo que venía atormentándole desde hace me…

****

¡No! ¡No! ¡No! Tampoco es esta manera de escribir lo que persigue mi novicio ego de literato. No quisiera ser uno más del montón de cuentistas que andan por ahí envaneciéndose con material inédito bajo el sobaco. Deseo algo diferente, algo llamativo, algo espectacular, a lo *Hermann Hesse* quizás, o a lo *Ernesto Sábato*.

****

La espesa bruma sirvió de mampara para que el viejo barco pesquero convertido ahora en navío mercante, zarpara sigilosamente del puerto de Maracaibo. El Capitán Sifontes, recio hombre de mar acostumbrado a los desafueros lúdicos de una tripulación casi siempre embriagada, (y a los traspiés de una

reiterativa carencia de soporte legal para su carga), hacía solo momentos se había despedido de su amor de turno, en un tugurio cercano al centro de la ciudad puerto. Antes de despedirse bajo el esquema de amante furtivo, tuvo oportunidad de poseer su tesoro del momento, y cual pirata encorvado con garfio y la respectiva pierna de palo, había trasegado sus fluidos sexuales en torno a un pubis sediento de monedas.

Ahora ante el timón, con cada maniobra parecía revivir las caricias que durante dos días le brindó al cuerpo de alquiler, y ya alejado lo suficiente, fue capaz incluso de suspirar por lo vivido, añorando los ricos filetes asados especialmente para él.

Mientras tanto, la tripulación disfrutaba frenéticamente de…

****

¡Ni modo! Tampoco es esto lo que deseo. No se correspondería su desenlace con el "colorín colorado" que siempre he querido dar a una buena historia. La estructura narrativa me sugiere que el cuento debe constar de un planteamiento inicial, un nudo que absorba la atención del lector y un desenlace que lo asombre o por lo menos lo haga saborear una placentera sonrisa al final. El morbo implícito en una historia compromete el interés por lo leído, pero quizás segmenta cautivamente la lectoría, razón por la cual lo descarto.

****

A todas estas, la noche avanza lentamente entre las cuatro paredes de la habitación que sirve de biblio-

teca y estudio en mi modesto apartamento. El ruido cadencioso de un viejo aparato de aire acondicionado atestigua la dependencia actual a los rigores de la tecnología en un mundo donde la inmediatez es el recurso más buscado por los que creemos en el avance raudo, sin mayor perdedera de tiempo ni recursos, de todo emprendimiento en que nos involucremos. Ya no tenemos la capacidad de espera que nuestros ascendientes exhibían como el gran sacrificio hasta alcanzar el objetivo.

En este cuarto me refugio de la insensatez de cualquier humano que decida tener derecho a ejercer la contaminación sónica como su tarea más próxima**;** en esta pieza solo me acompaña el silencio de mi aislamiento. El proceso digestivo de una cena con sobredosis de carbohidratos aun ocupa mi sistema nervioso autónomo. Las dendritas, por su parte, trabajan incansablemente y hacen reaccionar al hemisferio derecho de mi cerebro, que procura satisfacer el deseo calculado de mi fantasía. Quiero escribir una historia, quiero desarrollar un plano morfosintáctico con elipsis, anáforas y paralelismos que devenguen en algo atractivo e interesante. Pero un lenguaje rebuscado, un empeño exacerbado en demostrar que quien escribe es culto y sabedor, también segmentaría peligrosamente la narración. La clave está en complacer tanto a eruditos como a gente de a pie en la amenidad de una buena historia...

****

*Una ciudad. Medianoche, poco tráfico. Una esquina, una mujer, un pequeño banco ornamental. Un cigarrillo humeante y una mirada inquisidora mientras Pablo se acerca trémulamente para abordar a su objetivo sexual. Su timidez se instala en sus propósitos y le hace dudar al punto de sudoración. Ella lo mira insistentemente como queriendo apresurar el encuentro. Descruza sus piernas y finalmente rompe el hielo***:**

— ¿Y…? Le pregunta desprevenidamente, mientras observa en derredor

— ¡Hola!... pronuncia Pablo entre dientes

— ¡Hola!... le responde ella con picardía

— ¿Cómo te llamas? Pregunta el en tono furtivo, imitándola en su recorrido visual a los alrededores

— Yénifer, respondió ella, dejando ver al fin su enorme y amarillosa dentadura

— ¿Qué haces?... indagó Pablo relajado ya, en procura de mantener el escuetodiálogo

— ¡Soy puta!

— ¡Me refiero a este momento, en este banco!

— Ah!... Espero a un cliente que me ponga a trabajar pronto, sin que su voz le tiemble al acercarse

— ¿Qué tipo de cliente?...

— Uno que no pregunte sandeces

— ¿Y cuánto le cobrarías a un cliente así?

— Depende. Si lo prefiere le cobro por plato, menú completo

o servicio especial…

— ¿Eres prostituta o restaurante?

— Soy madre soltera con dos niños que alimentar, y mis servicios los brindo en platos. La mantelería y los cubiertos los pone el cliente…

Diciendo esto, visiblemente molesta se levantó y con cortos pasos y contorneando su cuerpo se dirigió al próximo asiento. Sintiéndose ofendido en su orgullo, Pablo rápidamente comenzó a caminar en sentido contrario. Mientras lo hacía, pensaba en los motivos que le habían impulsado a efectuar lo que ahora le parecía un desafuero, una tontería más. Trataba infructuosamente de desdibujar de su mente el episodio reciente. No agrega nada positivo a su deambular mundano, y tampoco es factible enlazarlo con sus pocos recuerdos gratos, los mismos que soportan su fe en un amanecer placentero ese día. Ensimismado, cabizbajo, emulando su despreocupado andar hacia el trabajo que alguna vez tuvo, avanza sin reparar siquiera en los destellantes neones que atestiguan con su existir el activo comercio de la urbe que a esas horas descansa. No termina de entender el porqué de su abstracción.

Con una esposa que aunque furibunda sempiterna por su falta de aportes a los gastos del hogar, significa mucho más que un premio de consolación a sus desvaríos, detesta verse inmerso en estos menesteres informales, que a la postre solo ensombrecen su hoja de vida ciudadana. ¿O acaso son la expresión — con rasgos de insensatez — más evidente de que por sus venas corre sangre? ¿Acaso alguien puede pasar por la vida sin deslizarse por una vez al menos en las indefiniciones existenciales? Y de

ser así, ¿Por qué habría de atormentarle el hecho de hacer saber con sus acciones que es un ser humano común y corriente, en la versión latina del homo sapiens?

Mientras pensaba y pensaba al caminar por las aceras semi alumbradas de la extensa zona comercial, la aurora ya transitaba inadvertida por los espacios contiguos. Los vehículos comenzaban a romper la rutina silenciosa de otro amanecer estéril en su vida, y la silueta de sus pasos desaparecía del concreto. El querer huir de sus recuerdos, la realidad y los desvelos, tenía un efecto bumerán que le aprisionaba contra las paredes levantadas en sus incapacidades, un efecto de rebote en sus truculencias.

Al llegar a su casa, casi no podía diferenciar entre la moralidad de…

****

¡A ver… a ver! Definitivamente, los constantes contratiempos en mi trabajo me hicieron saber que hoy no fue mi día, y ahora la dificultad para concatenar un buen relato, me advierte que tampoco es mi noche. En las horas precedentes a mi enclaustramiento en esta pequeña habitación, mis hijos y mi esposa consensuaron en dejarme en paz sin interrumpir para nada mi momento. A cambio, les prometí amanecer con una historia que leeré tan pronto coincidamos en el descanso pos almuerzo.

Precisamente debido a este ofrecimiento, me encuentro aquí, ante la madera mateada de este viejo escri-

torio que me obsequió mi madre meses después de morir mi padre, oprimiendo las teclas que se rinden parsimoniosas frente a los desafueros de una incipiente aspiración literaria que no termina de aflorar. La pesadez de mis párpados acompaña al cansancio diurno, pero la voluntad les vence en lid gallarda. El deseo de ser famoso arrastra más coraje que el segundero de un pequeño reloj de mesa que se rinde ante las horas que se cumplen una a una cada sesenta lentos minutos. La ansiedad por ver la labor cumplida, supera apenas la sentida por estrechar a mi amada esposa este amanecer sabatino. El deseo conyugal de consumación amorosa en oportunidades nubla momentáneamente mi concentración en lo que escribo. Pero aun así, trato de continuar…

****

El dedo medio de la mano enguantada del urólogo se deslizó sin inconveniente por el orificio rectal artificialmente dilatado. No podría describir si en ese momento culminaba satisfactoriamente la expectativa que me había creado en torno al acto médico para descartar una incipiente hiperplasia prostática, o si lejos de eso, mi machismo se derrumbaba a pedazos por los prejuicios sociales de mi entorno cultural.

Más allá, en los confines de la memoria, mis recuerdos retrotraen las vicisitudes de mi tío Juancho padeciendo la disfuncionalidad de una próstata granulosa expandida, que multiplicaba por diez las micciones nocturnas y profundizaba el temor de un carcinoma, ante la pasividad de una familia invadida por

consideraciones meramente míticas en cuanto a un acto médico, que ahora descubría era rutina diaria en aquella camilla de hospital. En este momento, no sabría distinguir entre el antes y el después de ese examen por cuanto ni mi personalidad ni mi definición sexual han experimentado cambio alguno.

Mitos, ignorancia y estúpida seducción de la creencia se esfuman en los escasos segundos de duración de tan insignificante método invasivo, que contradice ampliamente la tesis de Manuelito (el jocoso gay de los tiempos de bachillerato), quien afirmaba con cierto dejo de cinismo que "eso" era como tragarse una bola criolla...

Pues bien, amén de la salud y la larga vida del chistoso compañero, mi tío Juancho había fallecido a pesar (o como consecuencia) de un diagnóstico tardío. Recuerdo ahora, cómo fuimos obligados a guardar un luto que — más que honrar el dolor sentido — perseguía el guardar las apariencias en una sociedad cundida de costumbres fatuas. La urna, a la que con presunción llamamos cofre por ser de madera, costó varias veces más de lo que mi tía podía pagar. El escuchar música fue vetado por un largo año, en una casa que mi tío fallecido habría visitado tres o cuatro veces en toda su vida. El contingente femenino de la familia abolió los colores más tradicionales, y solo el negro el primer año, y luego el blanco y el gris, fueron sus distintivos en las telas usadas.

De las exequias, lo que más frecuentemente recuerdo es el ver a mis otros tíos "desgarrados de dolor", siempre y cuando no estuvieran besando el pico de una botella de aguardiente en pleno velorio y — como si esto fuera poco — también en el

entierro. Desde entonces, siempre he sentido la frustración de no haber podido gritarles a todo pulmón: ¡Hipócritas! ¡Fariseos del carajo! ¡Hijos de la grandísima bestia!...

Por mi parte, descubrí que las flores huelen a comercio, y que para ir al Cielo hay que pagar en la iglesia. Que en el novenario solo rezan las mujeres, y que el resto del mundo sigue viviendo después que alguien se muere. Igualmente descubrí que a veces erramos dando el pésame, solo basta que una persona esté sentada cerca del féretro, y descubrí también que todos compungen su rostro solo cuando están ante los deudos. Pero el descubrimiento más aleccionador aprendido para entonces, es que decimos "sentido pésame" cuando la realidad es que no sentimos el pesar ajeno. Frase vacía, que la costumbre ha hecho ley.

Volviendo al dedo de marras, ese día, al regresar a mi barrio…

****

Sentí que estaba herido de fracaso con esta nueva interrupción narrativa, pero no parece de interés especial lo que en ella trato. Debo relajarme, meditar, atraer ideas y plasmarlas sin una sintaxis compleja. Debo usar técnicas descriptivas adecuadas que se valgan de la palabra para crear belleza, igual que un poeta se vale de los versos para crear su obra. Sin abusar de las licencias literarias que nos provee nuestra lengua, debo llenar un plano léxico-semántico con neologismos, polisemias, metáforas, ironías y eufemismos, sin atosigar al lector con la pretensión de poseer alto ni-

vel cultural, y debo además alejarme de complejos tecnicismos.

El público lector debe pasearse por la trama de la historia, como si hubiéramos atrapado sus secretos y vivencias en ciertas líneas en las que la identificación con el o los personajes le conlleve a sentirse atraído irreversiblemente por lo que escribimos. También es válido e interesante que sus emociones encuentren en nuestra historia un canal que desemboque en sus querencias o preceptos, para poder drenarlas sin la dificultad del protagonismo. Algo así como el realismo mágico del *Gabo*, o las descripciones metamórficas *Kafkianas*. En otras palabras, lo que se escribe para alguien, debería parecerse a ese alguien.

A esta hora, cuando la noche agoniza para darle vida a una neonata madrugada, mi mente desmaterializa mi cuerpo ardiente de deseo y traspasa la pared que me separa de mi querida esposa. Ella, cubierta apenas con una ligera pieza transparente que deja contemplar sus encantos, duerme plácidamente sin sospechar el hermoso encuentro ardoroso que nos espera. Hoy (o ayer) es viernes, y su aroma fecundiza mi libido. Un fortísimo dolor de cabeza ha impedido la fusión corporal de nuestra pasión los últimos tres viernes, por lo que hoy me he preparado con una buena dotación de analgésicos.

Entre este discurrir de la memoria, pasa fugaz el día que conocí a mi Serezade. Llovía. Mi hermana, empapada, recién llegaba de sus clases universitarias. Su

amiga le acompañaba, abatida también por la inclemencia lluviosa. Era febrero y mi horóscopo una vez más me alentaba ese día, indicándome que "puedes encontrar hoy el amor de tu vida". Una presentación de rigor sembró en mi corazón aquella figura melancólica de mujer buena para esposa. Solo era necesario enamorarnos, y ella con su extremada timidez no facilitó las cosas. Fue un duro batallar con sus preceptos y sus valores, hasta lograr que la posibilidad se hiciera cierta. Semanas después, el cine fue el cómplice ideal de nuestro primer encuentro, pero el lograr que aceptara mis nobles intenciones me llevó el resto de los dos próximos años. El horóscopo decía lo mismo para todos los signos, y eso me enardecía. Me fui acercando a sus sentimientos sin horóscopo y sin mentiras. Ella no leía horóscopos. Ni siquiera estaba segura de ser Aries, uno de los signos que no es compatible con Acuario, que teniendo agua en su nombre, es un elemento de tierra o de fuego, o algo así. A partir de esas fechas, sé que los horóscopos son pura paja. Si me pagaran lo suficiente por hacerlos, podría diariamente escribir cuanto quisiera en ese estilo bobalicón de los "*horoscopistas" de salón*. Sé que "Sere" me ama, y sé que yo la amo. Aunque, con honestidad confieso, en los últimos años he sentido un enfriamiento progresivo al punto de desgano marital. Pero hoy es viernes, y su aroma fecundiza mi libido. Hoy no está a salvo de mis instintos...

****

Anaxímedes Saavedrano quería ir a París. Había oído, desde sus comienzos en la modesta escuela de arte de su pueblo (a cargo de Galileo Peralta, que no era pintor, ni poeta, ni escritor, ni músico, pero le echaba bolas a lo que saliera con tal de contribuir con el acervo cultural de sus coterráneos), que esa ciudad tenía muchas luces. ¡Oh... si tendrá luces París! — exclamaba - que solamente pa' alumbrar la torre esa mollejúa se deben necesitar como diez millones de bombillos. Y en su ilusión de tomarse un café con artistas consagrados por la crítica, en la llamada "ciudad luz" había pintado un pequeño cuadro recreando una fotografía de un tabernáculo aparecida en la extinta revista Le Boheme.

*Y aunque le desquiciaba la crítica especializada, sabía que sin ella es imposible consagrarse. "Un pintor — decía en la Plaza Bolívar mientras nivelaba su caballete y encuadraba sus lienzos — no debe pintar para el común de la gente si quiere triunfar. Debe pintar para los críticos, que son a la final los que determinan quién va pa'l baile y quién no. El paisajismo y el retratismo simples, que más que habilidades artísticas son dones Divinos, no escalan a posiciones de galería porque no involucran esnobismo. El cubismo, el abstraccionismo y cualquier otro raro "ismo" por allí, se prestan orondos para comentarios cuya intangibilidad se percibe en lo subjetivo***:** *<Los alegres trazos que sumergen la voracidad creativa del autor en la más sublime consideración simétrica, nos trasladan a lo largo y ancho de un arco iris, cuyos matices demarcan la frontera entre lo hermoso y lo eclécticamente apacible. La armoniosa confluen-*

cia lograda en tiempo y espacio, nos invita a conocer a fondo la obra de este gran artista, para quien la tradición pictórica rescatada de afamadas academias de arte como la de Berlín, y la elitista ACP de París, son un paradigma cuya inclinación hacia la bifurcación de los colores, y la delineación de curvas y proyecciones, nos van sumiendo casi ensimismados hasta el interior de sus meta mensajes visuales>.

Así, de caletre, con puntos, comas y demás, recitaba Anaxímedes su discurso cada

vez que lo rodeaban en su labor artística, cinco o más curiosos transeúntes. "No en vano el arte exige que se adicione a una obra factible de realizar por el ser humano, algo más allá de la creatividad simplista para inscribirse en la particularidad del artista. Es decir, si todos podemos hacer algo, entonces eso no es arte. Arte es todo aquello que rebasa la frontera de lo cotidiano y abarca en tal o cual medida lo admirable, desde el punto de vista de lo exclusivo, lo fantástico, lo inimaginable. Pero aquí entra en juego la estética, ya que sin ella no es posible agregar valor a lo antes descrito. Es decir, sin esteticismo no hay arte, aunque este se enmarque al margen de nuestras preferencias visuales o auditivas", decía, parafraseando a algún experto en la materia.

"Después que te hagas famoso por causa del destino, o por ensalzamiento de los críticos, cualquier cosa que pintes, escribas, talles o compongas, de seguro tendrá el automático reconocimiento como obra de arte. Será bueno, tácitamente, y nadie se atreverá a decir que no le gusta, so pena de parecer inculto o desadaptado intelectual", vociferaba con su ronca voz hasta

hacer volar las palomas que permanecían en torno a la estatua del más grande hombre de América.

Así las cosas, el humilde pintor — de quien un viajero dijera alguna vez que era el Diógenes de la pintura — buscaba a tientas a plena luz del día y con una lámpara encendida en su mano izquierda, las razones que privan para que un hombre honesto y artista no pueda conjugar la denominación…

****

Cansancio hasta el agotamiento, sueño, pesadez, un lumbago asomándose al umbral del dolor y una muy poco amable frustración en mi deseo de concluir alguna historia, se confabulan peligrosamente para estropear mi ansiado clímax conyugal, pero no lograrán su cometido. Me paseo intensamente entre la probabilidad de terminar una narración, y la satisfacción postrera de un sueño reparador que seguramente se prolongue hasta avanzadas horas de la mañana sabatina. Entre estos dos tiempos, ¡vayan ustedes a saber lo que podría pasar! ¡Prepárate Serezade, prepárate!

Temprano, en el transcurso de la tarde (en los mejores términos de cordialidad y comprensión mutua), mi esposa y yo convenimos en dejarnos más tiempo libre el uno al otro. Ella mantiene su empeño afanoso de superación profesional a pesar de su edad, y yo ruego por su apoyo para mi nueva causa escritural. Quiero publicar una novela, un cuento, un poemario o algo que haga sentir a mis familiares orgullosos de mí. Eso, a su vez, me haría sentir or-

gulloso. Sería el hombre más orgulloso del planeta, si mis hijos se sintieran orgullosos de mí. La vanidad no queda excluida, todos la llevamos en algún bolsillo de nuestro ego.

Abrigo una esperanza, de la que siempre he pensado que es una cara más del optimismo. La esperanza es tierna, ingenua, efímera, pero retornante, perseverante, terca y en oportunidades evasiva, y en otras, concluyente. La esperanza ajena es libre, no puede ser impuesta, por eso nadie puede ser su dueño, a no ser que se haga de ella a través del engaño. En este caso, después de auto limitarse, se desvanece.

Serezade es elocuente, es pragmática y calculadora. Ninguna de estas últimas en extremo, pero lo es. En una obra de teatro, admira su contenido más que su esencia. No es llorona, pero es muy bondadosa y amigable. La gente le admira por su sencillez. Yo la amo toda. Campeón, nuestro perro mascota, mueve con más ímpetu la cola cuando es ella quien llega. Yo lo baño y lo desparasito. *Sere* no ve telenovelas, las lee, cuando son de suspenso. Lee a *Coelho* y a *Twain*. Riega las macetas del balcón cada dos días, y es la mejor amiga de mis hijos.

Si quiero desarrollar una buena narrativa, debo evitar las adjetivaciones de entrada, y los lugares comunes. Es recomendable también proporcionarle descanso visual al lector, procurando cada cuanta línea un punto y aparte. Esto hace menos pesada la lectura. Pero

más que eso debo tomar en cuenta que en este mundo, todo es relativo.

****

La disposición anatómica de las vísceras ventrales de aquel cuerpo estaba alterada por la saña con la que había sido apuñalado. La sangre, ausente ya debido al lavado hecho por la pertinaz lluvia, faltaba tanto en los vasos irrigadores como en la cavidad abdominal. La materia fecal se asomaba a través de los cortes intestinales seccionados, y estos a su vez se apilaban sobre el estómago desinflado desplazado ahora sobre un hígado evidentemente necrosado. La ausencia de apéndice explicaba la pequeña cicatriz a la derecha del bajo vientre, y el bazo se había constituido en una bolsa amorfa adosada a la vesícula apartada de su posición original, por el páncreas descuartizado. La sala de autopsias de la morgue apestaba a ese olor indescriptible que aunque no lo hayamos sentido nunca, lo podemos imaginar.

El doctor Carlos Mendizábal, anatomo-patólogo de la Unidad, en ese momento era uno más de los angustiados conductores que luchan contra el congestionado tráfico matutino urbano. Había salido de su casa una hora antes, pero entre semáforos y pequeños siniestros vehiculares, se encontraba atrapado en medio de aquella infernal selva automotriz. Su esposa, bioanalista prestada a la venta de instrumental médico quirúrgico y reactivos para laboratorio, había viajado a la capital a un curso de adiestramiento comercial. Es por eso que a su lado estaba Isabel Cristina, la hija mayor del matrimonio, quien apresuradamente leía las últimas líneas del tema a evaluar

hoy. Le tocaba a su papá dejarla en la universidad para su examen a primera hora.

*"Era un azote de barrio", le dijo vía telefónica Alcides, asistente forense de turno, ante la pregunta formulada. "Data***:** *siete horas. Lisis visceral generalizada con colapso de arteria celíaca a nivel de plexo solar por corte sagital in situ", agregó luego.*

Ellos se entienden. Es su día a día. Es su rutina. A eso se debe que el doctor Mendizábal haya pedido para sus guardias, al eficiente Alcides. Ambos se sienten cómodos con su trabajo, en su jerga, en su terminología médica.

*En la Casa Comunal, los vecinos cuentan a los investigadores del caso los pormenores del linchamiento. Los más asomados tratan de justificar la acción. "Cuando se trata de violación, debemos ser implacables", insist*ía Nubia, la encargada del Departamento de desarrollo Cultural. "Si las autoridades no actúan, debemos hacer justicia por nuestra propia mano", agregaba Esperanza, a*l frente de Salud y Bienestar. "Basta ya de tanta impunidad delictual", agregó tímidamente el Jefe de Seguridad y Asistencia legal.*

Luego de varios recorridos por el amplio estacionamiento en su intento de aparcar su Toyota recién pintado, al fin el médico forense logró su objetivo bajo un inmenso árbol de mango que sombrea el lugar. Maletín en mano, se dirigió a la puerta…

****

Nuevamente la incertidumbre me embarga. Debo repasar objetivos, y estar claro, más allá de la intención.

Las ganas ayudan pero no hacen todo el trabajo. Jamás podré concluir algo digno de apreciar si no lleva implícita la esquematización esencial previa, necesaria en casos como este. ¡Es la locura! Tengo sueño y estoy exhausto. Cogitabundo abordo la frustración y el desencanto. *Campeón* araña la puerta quizás extrañado por la luz encendida. Abro presuroso y se cuela entre mis piernas. Se echa al pie de la silla que ocupo. Cierro y vuelvo a sentarme, después de apagar el aire acondicionado. Siento frío hasta el temblor. Me reconforta la solidaridad combinada con fidelidad de *Campeón*. Mientras más conozco a mi perro, menos entiendo la perfidia del humano.

Estiro mis músculos y moldeo mi mente, que súbitamente vuelve al trabajo encomendado. Me reclino y cierro mis ojos con fuerza, sacudiéndome la pereza. Mis visiones rebotan en el lomo del tomo de *Doña Bárbara*, y Rómulo Gallegos parece extender su sencillez narrativa y la versatilidad de su pluma hasta el bloqueo que me invade.

A esa hora, *Sere* vuelve a mis deseos. Hace una semana, mientras íbamos de compras al mercado periférico que ordinariamente visitamos, ella, modosamente coqueta y con rasgos de extroversión poco frecuentes, me pidió celebrar nuestras Bodas de Plata. En pocas semanas, cumpliríamos veinticinco años de casados. Tres hijos varones y dos hembras constituyen nuestro invaluable caudal de vida, y el orgullo que

emanan nuestros pechos henchidos de alegría y felicidad. Felicidad en el estricto sentido de la palabra, por lo menos así humildemente lo creemos.

A estas alturas, mis entumecidos pies reclaman ya el debido descanso. El incansable espíritu hacedor se desliza por mis retinas y se mantiene atento. Ávidas de finales concluyentes, mis narraciones exponen su inicio a los presurosos ojos que contemplan su génesis. Ligeramente pesaroso, pero sin el estigma del fracaso, archivo mi entusiasmo. Mi ego desinfla su ímpetu, y se rinde obediente ante la fatiga mental. Sin embargo, para mi escala de valores artísticos, mis escritos "anuros" más que representar fracaso novicio, significan el exitoso principio de una prolífica etapa vivencial. La maraña narrativa en que ahora estoy sumergido, me indica que soy capaz de un comienzo, y seguro estoy que también de un final. Es cuestión de tiempo, es cuestión de paciencia, es cuestión de estilo.

Campeón en un gesto de humilde obediencia, mueve el rabo al tiempo que cambia su lugar de descanso. Me mira fijamente, como quien mira admirado algo que en amor le pertenece, y parece reclamarme por el inusual trasnocho. Ahora me siento acalorado, pero en la recta final de mi faena, no me es dado encender nuevamente el enfriador ambiental. El enojo medra entre las A4 cuyas líneas han sido casi permanentemente corregidas con innumerables enmendaduras.

Mi desempeño varonil me exige retirarme ya al descanso, pero antes de dormir**:** el éxtasis, la pasión…

Guardo uno a uno, en su respectivo archivo virtual, los borradores escritos. Folio a folio acomodo mi desvelo. Recojo también con premura la promesa hecha a mis hijos, de leerles una historia al reunirnos. La endoso con mi perseverante ilusión, y arropo mi fe con su manto. Un tenue rayo de luz atraviesa la única ventana aun cerrada, y me deja sentir la claridad del vecindario. Me prometo conseguir un final adecuado para cada historia, y satisfacer mi propia curiosidad por conocer la infinitud de la imaginación productiva. No se trata en este caso de ser o no ser, a lo *Shakespeare*, sino que sencillamente, debe ser.

Repaso en mi memoria cada una de las historias comenzadas, y en ese momento, como si se tratase de amores a primera vista, transitan por mi mente los finales que antes no llegaron. Me levanto con la satisfacción dibujada en mi expresión de triunfo, y camino en puntillas hasta la nevera en busca de un vaso de agua. Tomo la mitad, y luego de alcanzar un calmante para dolores de cabeza, llevo el medio vaso restante al encuentro con mi *Sere*. Con sumo cuidado acerco mis labios a su mejilla derecha, y más tierno que nunca le estampo un suave beso. Ella despertó, y al observar mis manos ocupadas con la solución de su cefalea, sonrió cándidamente y con ojos brillosos de mujer enamorada sin molesto dolor alguno, susurró

dulcemente lo que aun exacerba mi testosterona cada vez que lo recuerdo**:**

— "El semáforo está en rojo"...

En un instante, mi propia historia, la real, tenía un final absolutamente inesperado.

Sus palabras habían desencadenado en mí la certeza de que no vivo inmerso en un relato. Es cierto, preciso, inalterable, inimaginable. Un final calamitoso para un amanecer expectante. No pude contener mi frustración ante la evidencia de la realidad. En ese momento, no supe diferenciar entre la modestia de un hombre comprensible, y la monumental arrechera de un ser degradado. Era como el ave mansa que regodea su vuelo atrapada en las alas extendidas de una rapaz arpía. La inalcanzable deidad de lo perfecto, jugando a las escondidas con lo Divino. Una lanza que atraviesa un mediastino azotado por la indiferencia de lo posible. Sin embargo, en ese impertérrito afán de descubrimiento y sabiduría que siempre ha estado a la vanguardia de mi andar peregrino, mi adorada pareja me dio a conocer algo que hasta este momento no sabía. Mi querida *Sere* me enseñó, echando mano de la más amorosa pedagogía, que cuando la mujer mensualmente sangra debido a la hermosa misión de preparar su cuerpo para ser madre, desaparece así cualquier tormentoso dolor de cabeza.

Cada día la amo más, aunque tardé cuatro semanas para asimilar semejante lección de fisiología femeni-

na. Los efectos del síndrome de abstinencia, se encargaron de no dejarme dormir en paz soportando mi muy dura frustración.

Y así, el aroma de un viernes sabatino, se disipó en las sábanas de la tortuosa madrugada de aquel deseo extinto...

TOMOPU YOCPE

Si hubiese optado por despertarlas con un ¡a pararse y atenerse a trabajar para mantenerse! con mi voz grave intencionalmente exagerada en plena madrugada, la cosa hubiera sido distinta, y ellas se hubiesen levantado con prontitud.

Pero mi opción fue entrar de puntillas en su habitación y con suaves toques conminarlas a prepararse para partir. La modorra de quien duerme (especialmente en esas edades en que la adolescencia se entroniza para estimularnos a ser rebeldes y cometer errores con la excusa de que de esa manera es como mejor se aprende), aplica para cualquiera. La diferencia está quizás en el grado de responsabilidad que hayamos debido asumir — a regañadientes o movidos por las circunstancias imperantes — y en el apego que tengamos a una puntualidad que en un mundo inmediatista está casi de sobra.

Lo cierto es que era mi tarea emprender el viaje con mis dos hijas lo antes posible, ante el temor de que el avasallante tiempo nos jugara una mala broma y luego no pudiéramos materializar lo que tanto esfuerzo de planificación y entusiasmo nos había costado. En penumbras aun, y con el temor de la dificultad visual martillando mi sentido común, debimos tomar rum-

bo a nuestro lejano destino. No había forma de desbaratar los planes tanto tiempo encajados en nuestro proyecto de vacaciones, y habiendo llegado el día, era el momento de asir el volante del vehículo con mis manos simulando el querer fusionar mis dedos con el vinilo acolchado.

Los últimos vestigios de una madrugadora llovizna aún estaban presentes cuando aquel día del mes de agosto arribamos al poblado rural de Machiques, municipio sur-occidental del Estado Zulia, provincia del occidente venezolano. Mis dos hijas adolescentes, Meybor Carola y Paola Cristina, veían coronado el paseo aventura que tanto les había entusiasmado durante el último año. Era la concreción de un sueño, la materialización de una expectativa, algo así como una realidad hecha emoción en el transcurrir de una fantasía.

En la plaza Bolívar, frente a la imponente Catedral de estilo colonial — una especie de centro de acopio religioso, cultural y económico de los machiquenses entre baratijas, vendedores ambulantes e improvisados centros de tertulia mañanera, que solo se ven interrumpidos por el tañer de una inmensa campana en lo alto del edificio — conocimos a Julio, el guía que días atrás me habían recomendado.

El guía Julio, a quien reconocimos no solo por su característica indumentaria color verde y sus accesorios de origen artesano, sino por sus innegables rasgos

indígenas con sus cabellos lisos hasta la media nuca, nos recibió con una amabilidad y sonrisa pocas veces acostumbradas por estas latitudes. Adicionalmente, Julio hace gala de un castellano fluido y una muy buena dicción.

Sosteniendo entre dientes un rústico tabaco encendido cuyo humo había logrado impregnar el ambiente circundante, Julio parecía (a sus aparentes treinta y tantos años), un personaje sacado de las viejas películas de safaris donde el nativo líder era la mano derecha del *safarista* jefe, sin más recompensa por su lealtad que un puñado de monedas que en ningún caso se hacían acompañar de un trato digno, considerado, justo. De ojos lanceolados y mirada esquiva llena de timidez y premura, era portador además de una constitución física que negaba por completo la condición vegetativa atribuida a sus hermanos de etnia.

Luego de las primeras indicaciones y orientación respectiva, nos solicitó amablemente emprender cuanto antes el largo camino hasta nuestro destino**:** La aldea *Tomopu*, en el corazón de la Sierra de Perijá. - En otros viajes donde han participado mujeres, el tiempo promedio ha sido de ocho horas en total, nos comentó mientras caminaba al frente para dar inicio a nuestro largo periplo.

En las afueras del pueblo, desde donde se puede apreciar el pie de monte, imponente se alza un horizonte lleno de vegetación, cuyo sempiterno verde delata las

bondades invernales del lugar. A lo lejos, por encima de las encumbradas vistas de la fascinante serranía, el cielo parece rendirse ante la placidez de un panorama donde se confunden nubes claroscuras con el azul espectral de nuestros límites visuales.

Pues bien, apenas minutos después de haber llegado a una especie de terminal, estábamos abordando lo que, por algún motivo que aun ignoro, llaman "Pirata". Es una suerte de camioneta acondicionada en su espacio de carga con asientos de madera apenas tapizados con una cubierta de dudosa calidad, y un techo notablemente rústico cuyos "puntos" de soldadura semejan aguijones a la espera del más insignificante descuido para hacer sangrar la piel de algún pasajero.

Transcurridas ya casi dos horas de camino por una semi asfaltada vía de penetración agrícola en algunos tramos despejada, y en otros bañada por la caritativa frondosidad de árboles, que parecen entrelazar su ramaje conformando un túnel vegetal para refrescar el caluroso trayecto, llegamos a la Misión del *Kotuko*. Este pequeño poblado, que cuenta con una emisora radial, es llamado *Misión,* por haber sido fundado a principios del siglo veinte por misioneros españoles que aun ofician su liturgia desde un convencional templo al final de la calle principal, donde la conversión de los indígenas al cristianismo ha sido la profesión de fe más resaltante hasta los días de hoy. (*Kotuko* proviene del dialecto

indígena *yocpe Kutuku*, que significa pie de monte). Desde la emisora, cuya programación diaria es eminentemente educativa a través de las horas diurnas, se puede escuchar la lengua *yocpe* en los espacios nocturnos hasta la hora de cierre alrededor de las diez de la noche. Allí el cacicazgo cuenta con sus propios espacios horarios, en lo que representa la prueba más auténtica de la incorporación de su cultura a la tecnología contemporánea.

Luego de un breve recorrido a pie por las pocas calles que conforman el precario pueblo, y de observar cómo se conjugan modernidad, cultura, costumbrismo y naturaleza en cada una de las casas que lo componen, nos encontramos saboreando un recién hervido café, la bebida insignia derivada del principal cultivo de la zona**:** el cafeto. A pesar de su exquisito sabor, los granos molidos (debido a la falta de una coladera), semejaron en nuestra boca granos de arena provenientes de un terrón cualquiera. Mis hijas y yo nos miramos, solo para descubrir en un lenguaje gestual propio, que era el café más puro y fresco que jamás nuestro paladar haya apreciado. Allí, en la casa de nuestro guía, en la última calle del pueblo, donde la modernidad entrega a la montaña el testigo de nuestra ruta, comenzamos nuestro trayecto arreando cuatro mulas y un pequeño burro, cuyo lomo se convirtió en plataforma de carga para nuestro abundante equipaje.

A medida que avanzamos, la espesura del follaje nos indicaba qué tan lejos íbamos dejando la civilización, y el bullicio de las aves junto a la sombra agreste y la humedad de la tierra que las bestias pisaban, atestiguan que la gigantesca Sierra de Perijá — a la que solo hemos visto con su imponente majestad a lo lejos — nos acogía en su seno. Solo tras largas horas de camino, logramos avistar (desde una meseta que nos devolvió la luz solar) a lo lejos, las siembras parceladas de cafeto y la cúpula de la iglesia que habíamos dejado atrás. - Estamos a mitad de camino, nos dijo Julio luego de apearnos de las mulas, cuya mansedumbre nos sorprendió desde el principio. - Debemos continuar a pie hasta cruzar el río *Konana* — agregó — para que no corramos riesgo de un resbalón de estos animales, por cuanto el camino de ahora en adelante se hace escarpado hasta el lecho del río. Allí podremos beber agua no contaminada y fría, y si lo desean, tomaremos un baño refrescante, comentó mientras se hacía a las riendas del jumento portaequipajes y las mulas que nos trasladaban.

Una laja enorme que se extiende a lo largo y ancho del paso a unos cuarenta o cincuenta centímetros por debajo del nivel de cota, y que semeja el fondo de una piscina con el agua más cristalina y pura que nuestros ojos hayan visto jamás, nos permitió bañarnos por espacio de unos treinta minutos soportando la gelidez más acentuada que nuestros cuerpos hubieran experimentado hasta entonces.

Emprendido nuevamente nuestro itinerario, fuimos transitando muy lentamente el camino de recua que nos llevaría a destino. Mis hijas maravilladas no salían de sus ¡uh! ¡ah! ¡mira! ¡Qué bello! contemplando las multicolores y extrañas aves de diferentes tamaños que adornan con su preciosa sonoridad la encumbrada y espesa vegetación que no dejaba de asombrarnos. Los gigantescos árboles apenas nos dejaron percibir en horas avanzadas de la tarde, el remanente de una que otra gota de lluvia que lograba sortear el tapiz que forman las hojas en lo alto de la arboleda.

Ya cuando la hasta ahora soleada tarde cedía lentamente su reino a una noche que avanzaba portando una amplia y clara luna brillante, tuvimos la primera vista de unos lotes sembrados de cafeto, muestra tangible de que habíamos llegado al esperado poblado indígena, la aldea de *Tomopu*. (Más alto, en *yocpe*).

La cima montañosa se asoma semejando una inmensa verja, a pocos kilómetros de *Tomopu*. Tras ella, según nos indicó Julio, se puede pisar tierra de Colombia, país hermano cuyas zonas limítrofes carecen de la debida demarcación, y solo los baquianos de lado y lado son capaces de reconocer y guardar la debida distancia. A lo lejos, en lo más alto de la cumbre, las nubes se fusionan con las copas de los árboles, como si se abrazaran en tierno beso los dos elementos**:** Tierra y aire conjugados en una hermosa vista.

Una algarabía que nos sorprendió por inesperada, dejó ver los primeros habitantes. Los niños salieron en tropel al ver que nos acercábamos, y antes de llegar al patio común, nuestras reservas de caramelos y chupetas se agotaron. La palabra viene justa también a nuestro estado de ánimo debido al largo recorrido. Nos sentíamos así**:** agotados.

Sin que todavía algún lugareño adulto nos dejara ver su rostro de cerca, el guía nos dirigió a una especie de plaza comunitaria, donde recortes de gruesos troncos y grandes piedras invitan al descanso. Fue allí, en pleno centro de la aldea, donde nos recibió Venancio (Cacique *yocpe* de mayor edad y jefe aldeano por consiguiente) cuya prole se encargó de llevar nuestros morrales al sitio donde pernoctaríamos en calidad de invitados especiales.

Una hilera de caneyes techados con palmas de *Coruva* — especie autóctona cuyo fruto se rompe luego de tostado para saborear su nuez — en forma de herradura y de unos cincuenta metros de largo por unos treinta de ancho, con una incontable cantidad de chinchorros, se alza en nuestro derredor. El lado abierto de lo que conforma el hábitat *yocpe*, deja rastrear con la mirada una serie de trillas que apuntan monte adentro. Se nos hizo saber que cenaríamos ahí, en el lugar donde reposábamos aun de la fatiga del viaje, en compañía de unos veinte o veinticinco ancianos que uno a uno se acercaron a nuestro en-

cuentro. El resto de los varones, junto con las mujeres y los niños, ocuparían a unos quince metros una comida y celebración aparte.

La *quitcha*, una bebida alcohólica obtenida de la fermentación de la cáscara de la piña, sirvió de aperitivo antes de la cena. Meybor y Paola solo pudieron probarla ya que su paladar no acostumbrado al licor fuerte, fue incapaz de soportar el grado etílico contenido. Ya oscuro, y apenas alumbrados por la fogata al centro de la "plaza", las indígenas trajeron varias pailas contentivas de arroz, plátano salcochado y un guiso de carne con evidente adobo de onoto, lo que conocemos como bija o achote. En platos de peltre, en contravención a la usanza indígena, sirvieron la carne guisada y en hojas de plátano previamente ahumadas, un arroz a punto de melcocha. Los plátanos ocuparon el centro de la reunión dispuesta en círculo, colocados en una amplia bandeja hecha de madera.

El sabor de la carne se correspondió con su aroma. A pesar de carecer de las ricas especias disponibles en la ciudad, aquel guiso picado en trozos suavemente masticables, poseía un sabor que nunca había paladeado, exóticamente delicioso. El arroz, aunque no suelto, era un excelente contorno, y ni qué decir de los tiernos plátanos que sucumbieron rápidamente ante la avalancha de manos extendidas para alcanzarlos. Meybor, mayor que Paola y más osada ante lo

desconocido, se atrevió a pedir más carne. Amablemente fue complacida de inmediato. La misma amabilidad y prontitud sirvió para ofrecernos a Paola y a mí una generosa dosis adicional, ofrecimiento que rechazamos al unísono, mostrando con ademanes nuestra saciedad.

Al cabo de algunas horas, ya cuando los rostros de los *yocpes* que me acompañaban se desdibujaban y/o se duplicaban alternamente, y de haberme asegurado al acompañarlas que mis hijas descansarían cómodamente en los chinchorros que como parte de su cortesía para con el visitante nos habían "colgado", sorbí el último trago de *quitcha*. Ya la frontera entre la sobriedad y la intoxicación había mostrado su amarga presencia. Me dirigí a nuestro caney dormitorio para descubrir de inmediato que el repelente de mosquitos lo habían agotado las muchachas en su desesperada búsqueda de combatir la excesiva plaga que como parte activa de nuestro entorno, nos agobiaba con sus "picadas". En la plaza, la fogata me había impedido ser huésped de estos insectos, pero aquí me encontraba a su merced...

En la víspera del amanecer, aun cuando la noche no terminaba de marcharse, el mugido vacuno, el trinar de decenas de pájaros y los indescriptibles sonidos guturales de pavos, gansos, gallinas, patos, paraulatas y demás aves domesticadas, se confundían con los balidos de chivos y carneros, el latir de los perros y el

llanto de los niños en procura de su primer alimento del día. Ya despierto, pero sin la menor intención de levantarme, tuve oportunidad de cavilar despreocupadamente. Recordé cómo la avasallante plaga primero, y el desconcertante frío después, habían desesperado la pernocta de mis hijas. En mi caso, confieso que los efectos de la *quitcha* habían hecho pasar desapercibidos los aguijonazos y el frío que ahora cobra su cuota. El gruñir matutino de los cerdos hozando todo a su paso, nos aupó a levantarnos junto a la llegada de los primeros rayos de sol.

Para esa hora, ya nuestro desayuno estaba servido, pero esta vez comeríamos junto al fogón principal, bajo techo, en el largo izquierdo del caney — herradura. Huevos revueltos, tajadas fritas de plátano maduro, yuca y mortadela dispuestos en amplias bandejas para servirnos a nuestro gusto, y jugo de piña como refresco, después de saborear un exquisito café puro recién tostado. Mis hijas se saciaron. Les gustó todo, a pesar de su innoble delicadeza para comer.

Al levantarnos de la mesa, agradecimos entusiastamente su esmerada atención, que no se correspondía, a nuestro criterio, con las modestas provisiones que habíamos entregado la noche anterior para cubrir nuestro consumo. De inmediato, una jauría canina nos hizo saber que los jóvenes de la aldea se acercaban. Traían un picure, roedor gigantesco de hábitos nocturnos, de carne muy suculenta si se destaza a

tiempo. - Es para el almuerzo, nuestro almuerzo, nos indicó Venancio, al tiempo que las mujeres luciendo sin prejuicio alguno sus senos descubiertos, cortaban la leña que habían apilado antes.

El transcurso de la mañana representó para nosotros la oportunidad de curiosear. Entre otras cosas, supe que la endogamia es obligatoria, y que solo ahora en los últimos tiempos los niños al cumplir siete años son enviados de lunes a jueves a una escuela — dormitorio en la Misión. Caminando unos cien metros al norte de la herradura, me sorprendió ver en impecable condición de mantenimiento un helipuerto, que más tarde supe es para que el ejército cada tres meses haga jornadas de vacunación y profilaxis, además de control de embarazo y medicina curativa. Por cierto, desde ayer y hasta mañana se cumple el lapso de espera, por lo que su llegada está prevista para cualquier momento.

De regreso a la aldea, pude ver que mis hijas habían obsequiado a los niños la tienda de campaña que erróneamente pensamos necesitar. Los niños visiblemente emocionados no dejaban de entrar y salir de ella, mientras los más espigados abrumaban a mis retoños con hermosas flores que recogían en las proximidades. En el lado ancho del caney, tres *yocpes* se dedicaban — según observé al acercarme — a curtir la piel de una enorme serpiente. - Es una "tragavenado" me respondió Julio, ante mi curiosa interrogante. - Se le

conoce en el medio científico como *Boa Constrictor*, comentó de seguido, mientras yo estupefacto miraba los siete u ocho metros de piel, con unos ochenta o noventa centímetros de ancho en su parte abdominal. - Su carne es muy apreciada por nosotros, aunque la depredación nos aleja cada día más de la exquisitez de este manjar, agregó luego de otros comentarios al respecto.

No terminábamos aun de disfrutar el suculento almuerzo generosamente servido junto a Venancio y Julio con los mejores cortes de la carne cazada y posteriormente asada, cuando las aspas del helicóptero militar irrumpieron en el espacio como cortando a grandes pedazos el viento, que silencioso y apacible, nos brindaba un mediodía de frescor. Pocos segundos después, el piloto apagaba el rotor de la estrepitosa aeronave. Todos los aldeanos, con nosotros en la retaguardia, fueron hasta el lugar del descenso.

Luego de las presentaciones y comentarios de rigor, presenciamos la extensa y meticulosa labor médica realizada bajo la mirada expectante de mis hijas, en la primera vez que presenciaban algo similar. Al finalizar sus labores, el joven capitán Terán, al mando de la operación, no dudó en ningún momento en trasladarnos hasta Machiques, cuando mis hijas se lo pidieron. Ellas, en su deseo de obviar el escabroso recorrido de regreso en mula, y preocupadas por la inexistencia de repelente para usar esa noche, soli-

citaron mi permiso de antemano. Antes de caer la tarde, Meybor y Paola disfrutaban su primer vuelo en helicóptero, extasiadas por la novedad tecnológica del mismo, y las vistas aéreas posibles solo desde este tipo de aeronaves. La amabilidad del capitán no concluyó así, ya que al pisar tierra ordenó trasladarnos en un carro militar hasta el sitio de resguardo de nuestro vehículo.

Dos horas bastaron, para que nuestro adelantado retorno se concretase en la puerta de nuestro hogar. En el camino, las reminiscencias de la recién finalizada aventura coparon nuestro diálogo. Atrás, en tiempo y espacio, quedó la silueta de la Sierra escudriñada en sus entrañas. Un profundo y emotivo suspiro marcó el final de nuestro compartir aventurero. En oración conjunta, dimos gracias a Dios por tan hermosa experiencia.

De seguidas, entre sonrisas y gratas remembranzas, le dije a mis chamas lo que comimos al llegar a *Tomopu*: guiso de tragavenado.

Entraron a su habitación para dirigirse a la sala sanitaria, y no volví a saber de ellas hasta el otro día...

TUTO MAGO

La tarde que Juan Ramón logró entrar al circo, prometía ser inolvidable por tratarse de algo novedoso en su vida, y una oportunidad de oro para contactar al mago "Príncipe de las Fantasías", como objetivo primordial. El Gran Circo Estrella, itinerante espectáculo que en su recorrido por todo el país ofrece funciones de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad, hace dos semanas llegó a Siempreverde ofreciendo su particular distracción. La gente, asumiendo la novedad como algo ineludible para hacer productivo su ocio, acude en masa día tras día para instalarse en las graderías dispuestas alrededor de la plataforma. Payasos, gente pequeña, equilibristas, trapecistas, domadores, jinetes acrobáticos y la infaltable banda musical, entre otros, sirven de abreboca para el plato principal**:** La magia ilusionista del magnífico mago Tuto.

XXXXXXXXXX

Juan Ramón Pernalete es un pequeño armador de sueños. Con sus doce años y el peso de una carga familiar encima, le sonríe de frente, sin miradas de reojo, a un enigmático futuro que no le proporciona ninguna pista sobre su mañana mediato.

En sus días de escuela — alejado de ella momentáneamente debido al periodo vacacional — comparte su rutina de venta de pastelitos y tequeños con su horario de clases y sus tareas. Su mamá, Carla Pernalete, una madre soltera que a diario se queja (entre su soledad conyugal y las frituras que ella misma amasa), de no poseer tan siquiera un rancho que dejarle a su único hijo. Ambos viven en casa de Doña Leonor, abuela y madre respectivamente, a la vez que viuda muy enferma cuyas últimas horas en este mundo parecen asomarse cada mañana con la salida del sol.

XXXXXXXXXX

El día inaugural del circo, en su primera función, Juan Ramón vendió en tiempo récord todos los tequeños, que acomodados como piezas de rompecabezas, colocó su madre en el tobo que sirve de contenedor. Siempre pendiente del control de sus ventas, el pequeño atendió a los desesperados comensales que, sin abandonar la larga cola frente a la taquilla, se agolparon a su alrededor como abejas en procura de su porción de néctar. Así nació la idea de más producción = más venta = más ganancias. En cada función, Juan Ramón vendía todo lo que llevara, fueran pastelitos, o fueran tequeños. Entonces surgió la posibilidad de que en alguna función, al cabo de unos cuantos tobos, el mismo se convirtiera en un

espectador más. Iba y venía, vendía y llevaba el dinero, hasta que reunió lo suficiente para su propio tique de entrada. Pero no sería un espectador cualquiera, sería un espectador especial con una misión especial**:** presenciar, observar y analizar en profundidad el espectáculo del ilusionista estrella, del artista principal, del mago hacedor de imposibles…

XXXXXXXXXX

La secretaria del doctor Pérez Ontiveros, especialista diabetólogo y médico de cabecera de Doña Leonor, tenía orden expresa de hacerla pasar tan pronto llegara al consultorio — sin pago alguno — por cuanto su estado de salud ameritaba tal atención, aunque en los últimos meses era el galeno quien se trasladaba para hacer consulta domiciliaria a la anciana diabética. Él sabía que la debilidad de la paciente, su estrechez económica y sus úlceras expuestas y profusamente sangrantes, la confinaban en una resignada espera a que la muerte llegara. Sus extremidades inferiores parecían más una desgarradora visión dantesca de una película de terror, que las piernas que alguna vez sirvieron de apoyo y sustento a un ser humano que dedicó gran parte de su vida a planchar ropa ajena para subsistir.

En el sector donde vivía reconocen su honradez, su dedicación familiar, su carácter bonachón y su buen

humor, hasta que la insulina comenzó a ser parte de sus diarias necesidades. Su hija y su nieto asumieron con esmero la búsqueda del ingreso económico, y aunque con precariedad, también el gasto medicinal a fuerza de fritangas, y el corte y la costura. La casa era una especie de bazar donde se encontraban desde modestos modelos de vestimenta casual, pasando por los ya famosos pastelitos y tequeños fritos, hasta mandocas hechas previo encargo.

XXXXXXXXXX

En los días de estreno, rápidamente se popularizó el increíble acto del mago Tuto. Su actuación dejaba perplejos a los asistentes, y en cuestión de una semana todos se referían a su magia.

— ¡Es asombroso cómo corta en dos partes a esa mujer y luego la une otra vez como si nada! se le escuchó decir alguna vez a Ño Melquíades, el bodeguero de la calle que lleva a la plaza.

— "En un cajón vertical, divide en cuatro pedazos a su asistente y luego ella sale completica, tal como entró", decían otros.

Un cliente mientras comía refirió que jamás hubiese imaginado tal poder en un humano. - La bandada de palomas que sale de su pequeño pañuelo rojo es imposible de ocultar, y sin embargo el ofrece ese milagro, decía.

— El tigre que desaparece es real, yo lo vi, lo toqué y después el mago lo desapareció, comentó Ña María, la bedela de la escuela.

— No hay dudas, el hombre fue impregnado por Dios con su magia milagrosa, afirmó el alcalde en una entrevista para la radio local. ¡Es milagroso! ¡Espectacular!

Juan Ramón escuchaba y digería. Escuchaba con atención y meditaba. Imaginaba a alguien vestido impecablemente de negro, chistera incluida, llevando a cabo su magia, sus milagros, sus imposibles. Esto lo motivó fuertemente a ver la función. Ahorraría con trabajo extra, y se regalaría el placer de ver al mago. Pero lo que realmente catapultó su ahora irrefrenable deseo de presenciar la función, fue el comentario de don Jacinto, el dueño de la tienda de muebles, a quien escuchó decir**:**

— "Respeto y comparto todas las apreciaciones de la gente que aclama el acto de magia. Sin embargo, pienso que lo verdaderamente inimaginable y asombrosamente increíble, es cuando hace que el antebrazo de su asistente, cortado con un filoso cuchillo de brillante acero y revisado por algunos presentes para comprobar su autenticidad, deje de sangrar y cicatrice inmediatamente tras el conjuro mágico de Tuto. ¡Esto es lo máximo! ¡Esto es magia de verdad, verdad!"

Estas palabras se anclaron en la mente de Juan Ramón, hasta el punto de alelarse

pensando día y noche en el acto, hasta niveles de obsesión. Juan Ramón creyó entonces que el mago comidilla de la gente, era un enviado de Dios para acabar con las úlceras sangrantes y el sufrimiento agobiante de su abuela.

XXXXXXXXXX

El personal de seguridad, ante la insistencia y el llanto del niño que se negó a abandonar las instalaciones del circo sin antes hablar con el mago, llevó a Juan Ramón hasta el tráiler. Al tocar la puerta, apareció un hombre maduro, de espesa barba gris y larga cabellera pelicana, con una mirada cuya profundidad parecía devastar la voluntad de quien le viera a los ojos. Sin maquillaje ya y en ropa de descanso, aquella humanidad de casi dos metros de alto cohibió al pequeño en sus pretensiones, y redujo a un manojo de nervios al que minutos antes había sorteado cualquier cantidad de obstáculos para acercarse a él.

Tuto, amablemente parco, invitó a su admirador a subir al rodante, al tiempo que pidió a los guardias que se marcharan. Juan Ramón subió los tres escalones que lo separaban de aquella figura casi mítica, y una vez instalado en una especie de recibidor del pequeño ambiente, se sentó y comenzó sin más demora a plantearle la inquietud que lo había llevado hasta allí.

El joven nieto pensaba que su abuela podría sanar las ulceraciones de ambas piernas tan solo con disponer de las virtudes mágicas de aquel hombre parsimonioso y de seca amabilidad, y así se lo hizo saber a su admirado artista. Tuto, luego de reflexionar durante dos o tres minutos caminando con la mirada perdida entre los tabiques divisorios del estrecho alojamiento, tomó asiento frente al niño y como trayendo las palabras de muy lejanos confines, comenzó a responderle…

— Bien, dime una cosa, ¿Crees en Dios? Preguntó el mago al pertinaz irruptor. — ¡Sí! Respondió presuroso, como para provocar sin dilación alguna, una respuesta inmediata.

— Pues veamos, continuó Tuto, aun dudoso de ser asertivo en su intención. Creer en Dios, es amar a Dios. Todopoderoso significa que todo lo puede, y Dios, estimado amiguito, todo lo puede. Puede quitar, puede poner, puede decidir, puede trazar nuestro destino. Lo primero que debo decirte, es que no es dable a los mortales el cuestionar las acciones Divinas. Pero eso no debemos confundirlo con el conformismo y la resignación, y es allí donde entra en juego nuestro albedrío, nuestra perseverancia y nuestra fe. Además, hay algo que debes saber**:** La magia no es más que un acto de ilusionismo donde se aprende a manipular las manos al mismo tiempo que algunas emociones ajenas. El acto de la magia no es real, como tampoco es real el amor basado en el interés,

o la oración basada en un dogma subliminalmente alienante.

— A través del ilusionismo se puede conseguir que la gente crea haber visto algo que no pasó, que no existe en la realidad. Todo lo que hago, no es más que el resultado de cientos y cientos de ensayos para perfeccionar movimientos calculados que involucran trucos espectaculares para provocar resultados asombrosos. Más o menos así es la vida. Rechazamos algunas cosas por no encajar en nuestros modelos socialmente prefabricados, y acogemos otras por parecer placenteras y concordantes con nuestro criterio. Hacemos magia empírica a partir de nuestras preferencias y nuestros gustos. Haré todo lo que esté a mi alcance, y haría cualquier cosa por reforzar la capacidad amatoria de tu corazón, y por también reforzar el deseo de lucha de una vida digna que se apaga. Iremos a tu casa, y trataré de confortar a tu abuelita.

A la siguiente semana, entre ir y venir de artistas y personal circense incluyendo el médico itinerante y motivados todos por la insistencia del mago Tuto, la humilde vivienda de Juan Ramón parecía un concurrido parque público lleno de obsequios de todo tipo destinados a una sola persona**:** la anciana enferma, cuyo nieto no quería perderla diluida solo en el recuerdo luctuoso de su partida. Fue entonces, cuando se le comunicó al pequeño el próximo paso a dar**:** el Gran Circo Estrella tendría toda su logística preparada para una muy especial función.

Al siguiente día, sábado en la mañana, hubo una función especialmente dedicada a la abuela Leonor, por lo cual personal paramédico y una ambulancia fueron habilitados para el traslado en camilla hasta la carpa. Fanfarrias, luces, música, alegría, desfiles, bandas sonoras y los alegres payasos, marcaron el inicio del hermoso homenaje. Al final, el mago Tuto lució su mejor gala y se esforzó como nunca para concretar su rutina completa, al mejor estilo de los grandes clásicos fílmicos y editoriales de magia blanca. Cada uno de los artistas que estuvo en escena, luego de su actuación se dirigió hasta la platea de honor donde descansaba en feliz contemplación la anciana, para colocar en sus manos, una a una, preciosas rosas blancas hasta formar un enorme ramo que simulara una exuberante Luna Nueva en una noche llena de fulgurantes estrellas. Tuto, al finalizar su presentación (que duró unos veinticinco a treinta minutos más de lo habitual), coronó con un enorme corazón formado por exóticas orquídeas azuladas, el jardín quimérico fabricado con fantasía de sonrisa hecha emoción y dicha. Era la primera vez que Doña Leonor sentía latir su corazón con tal furia, y era también la primera vez que se habilitaba de tal manera a todo el personal del circo para tan singular obsequio.

Mientras su abuela disfrutaba del emotivo festejo, el pequeño J. R. tras bastidores — con licencia especial conferida por Tuto — pudo escudriñar el desenla-

ce de cada acto de magia, y descubrir por sí mismo el origen artificial y los secretos de cada uno de estos actos. Ahora comprobaba con sus propios ojos y desde otra perspectiva, la maravilla ilusionista que envuelve a los actos de los magos.

Entre los días que sucedieron a este evento, y el momento de la partida de la caravana gitanesca, reinó entre ambas partes la más expresiva y solidaria camaradería. Al pequeño fritanguero se le asignó un quiosco interno para vender su mercancía, y un pase especial con derecho a acceder a cualquier área de las instalaciones del circo. La abuela Leonor fue nombrada miembro honoraria y hasta se hizo una función cuyos fondos fueron a parar en su totalidad a su vacía alcancía.

Juan Ramón no pudo contener las lágrimas en la despedida. Lloró y se abrazó con aquellos benefactores que enmarcaron su desolada existencia, en una más amplia y clara perspectiva de vida.

La oferta de unirse al circo estará vigente por diez años, tiempo en el cual Juan Ramón podrá definir su rumbo y saber ciertamente lo que quiere y le conviene.

Meses después, antes de fallecer, Doña Leonor pidió que le avisaran a Tuto el instante de su muerte, dando cumplimiento a una promesa hecha en su lecho de enferma. Lo que trataron ella y Tuto en aquella conversación privada, aún permanece en el más absoluto secreto. Por su parte, Juan Ramón sigue su marcha

hacia el futuro, convencido ahora de que la verdadera magia es la Divina.

— "El mago Dios nos envuelve con su manto protector, y nos enseña la ruta a seguir, dependiendo de nosotros el hecho de dejar o no huella en nuestro recorrido", fueron las últimas palabras de la abuela, cuando le confió a su nieto que moría "feliz, orgullosa, plena de alegría y extraordinariamente tranquila".

Ahora J. R. sabe que la muerte más que un castigo, representa el portal a la tranquilidad del descanso eterno. Su abuelita descansa en paz en el regazo del Señor, y el junto a su madre sigue la lucha diaria de la hermosa vida. Cada vez que respiramos, inhalamos un poco de esa magia que rige al mundo, por lo que nuestro organismo y nuestra mente están llenos constantemente de magia, de ilusión, de sutil fantasía. Cada segundo que transcurre, es un acto mágico más. El ahora adolescente Juan Ramón Pernalete posee a su corta edad el don de poder reconocer y diferenciar la magia blanca de la magia negra; lo grande, de lo pequeño; lo bueno, de lo malo; lo triste, de lo alegre; la bondad, de la maldad.

—Todos tenemos esa capacidad, aunque lamentablemente, no todos la desarrollamos, le confió Tuto antes de partir.

Ahora sabe, que la espléndida y maravillosa magia, esa mágica virtud de la ilusión y la acción buena, sí existe… ¡y existirá por siempre!

UN ABRAZO ETERNO

Este encierro además de agobiarme, exaspera mi paciencia y profundiza mi angustia bajo este cristal toscamente pulido. Siento que carezco de conciencia para ubicar con exactitud el sitio donde me encuentro, y mis manos ya no se muestran sudorosas cual costumbre en mis momentos de estrés máximo. Experimento una placidez que desdibuja mi carácter y borra cualquier indicio de molestia o incomodidad, e increíblemente suprime el terrible sofocamiento de mi claustrofobia congénita. La posición supina en que permanezco, me indica que mi voluntad ya no se impone al momento de yacer en descanso, y la ausencia de mi inmisericorde lumbago me anuncia probablemente lo terrible de mi infausta realidad.

Aun así, no experimento nada que perturbe mi extraña calma, me extasío en mi placentero sosiego, como si descansara en formidables almohadones que en la inmensidad de lo etéreo me subyugan a la paz del espacio infinito. ¡Jamás advertí tanta tranquilidad en mi existencia! No logro precisar cuántos enojos hace que no veo a los míos, a mis seres queridos. Tampoco preciso cuándo fue mi última sonrisa, aunque levemente llega a mi memoria con irracional placidez, mi último suspiro.

Sé que mis ojos permanecen rigurosamente cerrados — en una muy rara mezcla de visión astral y certidumbre — pero puedo ver cuanto acontece en el ángulo visual que debería tener en la posición en que me encuentro. Los empañes de este vidrio acotan la cercanía de los que ahora comienzo a ver desfilar constreñidos para asomarse a mi rostro, como mercachifles aprovisionándose de baratijas para la venta. Poco a poco, las circunstancias me van haciendo imaginar lo ocurrido. El embotamiento mental que me aturde, comienza a darle paso a la claridad de lo real, como si un apacible amanecer comenzara a mostrarme con su luz la inigualable belleza de un manantial de rosas; como si una refulgente agua cristalina me invitara a saborear la savia de sus entrañas.

¡Eureka!...¡Ya sé dónde estoy! El vidrio de marras pertenece a mi ataúd. ¡Estoy muerto! ¡He fallecido! ¡Descanso exhibiendo mi maltrecho y edematoso rostro! Nunca pensé en la incorrecta comodidad de someterme a las miradas escrutadoras de cuanto mortal se le antojara asomar sus narices a mi claustro final. Pero aquí estoy, contra mi voluntad última de sobrevivir al canalla infarto que execró mi aliento vital. No recuerdo los detalles que sucedieron a mi caída en la sala de baño, por cuanto perdí mi conciencia mortal. Apenas ahora estoy despertando lentamente, y cada vez más mi conciencia astral me va ubicando en tiempo y espacio, en amor y en hipocresía, en lamentos legítimos y en falsas condolencias.

Ahora soy testigo de la premura de algunos en asomarse para inquirir a través del vidrio las huellas de mi infortunio, o para de cierto compadecerse de mi partida. A mi esposa la escucho remotamente gemir su pena, y a mi hijo consolándola en lo que para ellos, es un nefasto momento. Quiero sentir su dolor, su pena, pero no sé por cuál motivo no logro conectarme con mis emociones. Avienen a mi conciencia cósmica todos los parámetros de solidaridad y comprensión tenidos en vida, pero ninguno logra calar en los sentimientos que ya no tengo. Desearía acompañarles en su dolor, pero no siento nada, no experimento nada, no me aflige nada y no me contenta nada. Es decir, la insensibilidad hecha actitud; la impasibilidad como fuente inagotable de apatía en mi nuevo plano.

La celeridad de mis pensamientos me impresiona, al poder repasar a velocidad sideral toda la historia de mi vida desde la sala de partos donde lloré por primera vez, hasta esa tarde cuando la parca furtiva y sigilosa llegó sin aviso previo para embarcarme en su tren. Y algo muy curioso me está ocurriendo**:** he notado en estos últimos instantes, que soy capaz de calibrar la sinceridad de los presentes, saber cómo pensaban de mí y conocer de antemano lo que están por decir. Una especie de pericia esotérica sobrevenida que no cambia para nada, mi apacible estada en este cajón mortuorio.

Para mejor decirlo, los eventos, circunstancias, pensamientos y personas no me dan frío ni calor, me da igual, no me interesan en lo absoluto. Perdí todo interés, salvo para con las personas que amé y me correspondieron. La mayoría de ellas, hoy muestran aquí sus rostros afligidos por mi temprana partida de este mundo terreno. Su presencia, debería llenarme de satisfacción... ¡Pero me da igual!

¡Oh!... ahora mismo se asoma — entiendo que una vez más — mi dolida esposa. Ya no la amo, ya no siento nada por ella, pero intuyo que la amé de verdad, con locura, en nuestros días de vida matrimonial. Ella también me amó, y muestra de ese amor son las sinceras lágrimas que ahora humedecen el cristal que me separa de sus labios, de su piel, de su ternura. No experimento ningún sentimiento, ninguna emoción, pero aun así, mi conciencia se conecta con mi pasado vital y con los afectos que albergué en mi ahora insensible corazón.

Creo —aunque sin fundamento alguno— que me encuentro en eso que algunos llaman limbo. Una suerte de estamento incorpóreo que deshace toda presunción que pude haber tenido al respecto. Superada la etapa de aceptación de mi nueva condición, me es dado meditar ahora sobre las valoraciones de esta incursión post mortem. Mi apreciación en mi ciclo terrenal era que después de esta vida, a quienes nos esforzamos por amar al prójimo y servir a Dios,

nos espera una edénica recompensa. En mi Iglesia, se habla del limbo como lugar temporal del alma de acuerdo a una concepción estrictamente teológica de la Divinidad.

De *Alighieri*, el autor del transitar mítico por el infierno, rememoro una de las frases que más me impactó: *"No menos que el saber, me place el dudar"*, a la par de aquella que reza *"Quien sabe de dolor, todo lo sabe"*. Pero la que realmente dejó huella en mí, luego de mis enriquecedoras lecturas de *Dante*, fue la siguiente**:** *"No hay mayor dolor que recordar los tiempos felices desde la miseria"*.

Según la obra maestra del florentino, *"La Divina Comedia",* que fue texto fundamental en la transición del pensamiento medieval al renacentista, el limbo es el primer círculo de los nueve en que se constituye el infierno, hallándose en este estrato del orco los no bautizados y los que pese a una vida virtuosa, sin pecados, no conocieron a Jesús. Es, pues, una especie de hito entre los vivos y los muertos, donde los que se encuentran, morarán por toda la eternidad sin poder conocer jamás a Dios.

Pero no es allí donde creo estar. Me veo espectralmente aun en este mundo de los vivos, solo que inanimado y al garete, sin dirección o propósito fijo que me aliente a proseguir o a detenerme. No logro conciliar mi pensamiento con la conformación material de un ser, no logro definir mi contorno, presiento que

soy como una nube errante vagando por los confines de mi propio velorio, sin rumbo ni bitácora, tal como el polluelo que emprende a término su primer vuelo sin saber en cuál rama próxima habrá de posarse.

Mis bienes materiales, lo mucho o poco que pude haber tenido, desaparecieron totalmente de mis recuerdos. No existe en mis reminiscencias ninguna conexión con dinero tenido, viajes realizados o lujos poseídos. Ignoro si testé algo a mi familia, o si alguna agencia bancaria aguarda la emisión de algún cheque por concepto de pago. La casa que fue mi hogar, ahora no logro representarla en mis dislates evocativos. No sé de hipotecas, ni de préstamos, ni deudas que no sean de amor para recompensar a los que me amaron a plenitud. No entiendo muchas de las representaciones que vienen a mi nueva mente, pero lo cierto es que no me interesan absolutamente para nada en esta transición en que me encuentro.

Logro avizorar con precisión e inmensa plenitud, que a donde voy no necesitaré el más destartalado de los vehículos, ni la más suntuosa de las limusinas. No usaré ropa, como tampoco nada material que me haga ufanar de poseerlo, y mi verbo petulante tendrá que confrontar mi adaptada resiliencia en esta descarriada travesía obligada en que me encuentro.

De vuelta a la sala del velatorio, alcanzo a percibir lo superfluo del carácter melindroso de algunas manifestaciones de pesar para con mi esposa e hijo. En

un ambiente harto seductor por el delicioso aroma de las flores que — entiendo ahora — en mítico rito algunos han enviado como muestra de adhesión, percibo a los presentes contorneando finamente su formalidad en franco coqueteo con su buen humor, su afán de relax y el deseo de encuentro familiar esporádico, confinado injustamente a convocatorias socialmente obligadas por este tipo de eventos.

En mis actuales especulaciones cognitivas, logro también percibir a María Fernanda — mi esposa — rodeada de energías positivas emanadas de quienes ocupan su entorno inmediato, es decir, quienes sienten verdadero pesar por mi deceso. Pero más allá de ese "primer anillo" y sus amplios alrededores, la emanación negativa se involucra con uno que otro individuo convenientemente afectado por este evento. Algunos de estos personajes solo muestran probablemente el lado hipócrita de su personalidad. Otro grupo se acerca a expresar su pésame por mero convencionalismo, lo que los lleva a obsequiar con hermosos arreglos florales mi estancia en el lugar. Estos últimos, en su mayoría, hicieron impregnar con escarcha sus encolados nombres para que todos sepan de su holgada posibilidad económica, básicamente para alimentar su vanidad y egocentrismo, entre otras cosas.

Mis actuales reminiscencias, pues, son una maraña de pensamientos desparramados que se confrontan con mis antiguas capacidades y conocimientos. A ratos,

logro conectarme con situaciones y valores específicos, cotidianos, vívidos, y a ratos también divago en la inmensa oquedad del plano en el cual me encuentro, como si escalara una vasta y muy alta verja para asomarme al raciocinio y la meditación, del mundo que me tocó poblar con mi presencia corpórea.

Advierto con precaria avidez conceptos y nociones que se avienen a mi indefinida dirección actual, en esta suerte de vago itinerario que me asalta. Lo que queda de mí, aún permanece en la dilemática de lo que me espera. La posición actual de mi alma errante, solo es comparable con una mariposa en primavera, que despreocupada y apacible, entra en el centro de un tormentoso huracán que la arrastrará con fuerza incontenible a confines desconocidos por ella, en contra de su endeble voluntad. Ignorando absolutamente su destino en espacio y tiempo, deberá permanecer en las entrañas del torbellino sometida a lo que está por venir. Así me siento, así me encuentro, así debo asimilar la incertidumbre de mi transitar por esta especie de intrincado túnel sin luz al final.

Repentinamente, alcanzo a encontrarme con quienes amé en el pasado. Sin rostros que los definan, pero con la certeza de saber quién es quién a través de una conexión inexplicablemente fáctica, totalmente nueva para mí, doblego mi espíritu levantisco ante su influjo dominante, como el fiel y sumiso alumno que acata sin medidas ni reservas al maestro que le indica

sus derroteros al saber. Veo, en este plano, al abuelo Víctor enseñoreado a pesar de su aspecto compungido, vanagloriarse de lo aprendido en sus escuchas de mis lecturas asignadas para deleitarse con lo narrado. (No aprendió a leer, y me pedía leerle textos seleccionados por él, de acuerdo al título, en mis años de adolescente ávido de intelecto).

En paralelo, orbitan en su derredor infinidad de esencias, antiguos seres, todos de una u otra manera destacados por su influencia en mí, en diferentes etapas y circunstancias de mi vida. En ellos, encuentro indistintamente, manifestaciones de algarabía, y en otros, expresiones tácitas de amargura y melancolía. Inusitadamente, mi padre asoma su disímil silueta destellante, ufanándose humildemente de su exitosa mies de las semillas de virtudes y valores sembradas, en cuyo honor fundamenté mi tránsito vital en este planeta que ahora abandono, al menos en lo material.

Sin pretender en lo más mínimo convertirme en elemento desquiciante, mi indiferencia trastoca esta calma que procede al anuncio de la ya lista partida a mis exequias. Un contingente de vehículos dispuestos en casi perfecta alineación, se prepara para partir tras la carroza fúnebre que llevará mis restos mortales hasta el congestionado cementerio sureño de la ciudad. Impresionantes alaridos acompañan la llantina que me despide de la sede funeraria. Alguien — asumo

que empleado — trajeado de impecable negro, cierra la tapa del féretro anulando el contacto visual de los presentes con mi deforme cara, insensible e inexpresiva, fría y lívida, evidencia inequívoca de mi *rigor mortis*.

Me da igual, no experimento ninguna emoción que me conecte con alguien de este mundo, ni siento nada más allá de la inquietud por lo desconocido, lo por venir, sin que esto melle mi tranquila y sosegada paz. Aun estando mi ataúd cerrado, al llegar al camposanto percibo casi todo lo que ocurre en mi alrededor. Percibo, por ejemplo, que los sepultureros apuran el paso para acabar con lo que para la familia representa el momento álgido de mi despedida, pero para ellos no significa más que la conclusión de una rutinaria jornada más. Ahora el pesado ataúd es bajado por el pequeño güinche hasta el fondo de la fosa…

De súbito, sin dejarme lugar para observar por última vez a los presentes y rebuscar imágenes que se graben en mí como película postrera, una especie de efecto que no puedo describir más que con el adjetivo de "brusco", sustrajo la pasividad de mi hasta ahora calmada actitud, y en una especie de viaje ascendente con aceleradores de partículas bajo fisión nuclear, en instantes me ubiqué en el espacio sideral.

Traspasando las líneas orbitales del planeta que ahora abandono, no sé si para siempre, y adentrándome en lo que creo corresponde a las entrañas de la gran bó-

veda celeste, ahora veo — como desde una ventana de una nave espacial — a la Tierra semejando un minúsculo grano irregularmente circular de alguna gramínea alimenticia. Estando en el vacío, en la nada, en los confines del Universo, en la oscuridad galáctica más tenebrosa jamás advertida, me invade la mayor incertidumbre. Pero antes de intentar siquiera buscarle sentido a esta vaguedad, una luz profusamente resplandeciente e intensamente alba asoma su cono de iluminación y como atraído por un magnetismo cautivante, comienzo a ser arrastrado a su vértice semejando a quien andando a la deriva en medio de una mar picada, se debe someter a la voluntad del impetuoso oleaje.

Sin noción del tiempo ni del espacio recorrido, repentinamente me encuentro en una especie de valle amplio, sin vegetación alguna, cuyo suelo está constituido por exquisitas nubes, algo similar a lo que se ve desde un avión volando en las alturas al momento de atravesar una densa techumbre nubosa, semejando copos de algodón crudo sirviendo de alfombra, extensivo a toda la superficie hasta el horizonte posible. No hay frío, no hay calor, no hay temperatura alguna, pues no me es dado sentir algo; insisto en que en este plano no experimento ni siento nada. Emprendo mi viaje con pasos trémulos, que no son pasos reales, hacia la lejanía de esta maravillosa alfombra, que no tiene confines al alcance de mi actual visión.

Al culminar una especie de levitación en pos de cualquier pista o dato que ilumine mi trastabillante entendimiento, sin voluntad propia ni decisión particular, me detengo ante un inmenso pórtico aparecido al cabo de un pestañeo, cuyas columnas de soporte alcanzan una altura inconmensurable, con grandes y amplísimas puertas, engoznadas con decorados herrajes y barnizadas de tal manera que su resplandor las hace sumamente llamativas y tentadoras, como si en ellas existiese la invitación implícita a traspasarlas. Dos hermosas y sugerentes aldabas asoman sus aros como incitando a tantearlas y una cautivante melodía se escucha al interior.

Antes de tocar, un menudo rechinar sonó anunciante de invitación a acceder. Las puertas se abrieron. Allí, estático, paralizado, me dispuse a leer el enorme cartel que ocupando por completo el ancho del lugar, impedía la revisión escrutadora que por instantes estuve dispuesto a realizar. El cartel — en fino pergamino de piel laboriosamente curtida, translúcido, escrito con preciosas letras góticas en apariencia a mano alzada pero muy bien delineadas, en color violeta y sombreadas de negro — con bordes resaltantes en irregular zigzag pero perfectamente acabado, dice:

BIENVENIDO AL LIMBO

PRÓXIMA PARADA: EL NIVEL CELESTIAL, O INFERNAL, QUE MEREZCAS

POR TU PROCEDER EN VIDA. DEBIDO A

QUE FUE TU ELECCIÓN,
TE QUEDA TERMINANTEMENTE PROHIBIDO SORPRENDERTE DEL LUGAR
QUE SE TE ASIGNE POR LOS TIEMPOS DE LOS TIEMPOS.
ATENTAMENTE: EL DESTINO
NOTA: APLICA PARA CUALQUIER FORMA DE VIDA INTELIGENTE EN CUALQUIER PLANETA

Algo parecido a la perplejidad inundó mi esencia. No es esto lo que llegué a imaginar cuando pensaba en el mentado limbo, y la ausencia de Ángeles o de San Pedro con el inmenso llavero portado en sus manos, me hace desubicar por completo. Aquí estoy, flotando, remeciéndome, en total incertidumbre, a expensas de cualquier acontecimiento o entidad que disponga de mi espíritu errante, y de mi alma convicta en espera de eterna sentencia.

A pesar de todo, me siento en paz hasta los momentos. Asido de todo sentimiento, emoción y pensamiento, en hondo letargo, cavilando con impredecible precisión, doy un fugaz y desinteresado repaso a mi tránsito terrenal. A manera de síntesis, concluyo que, independientemente de religión, creencia, dogma, enunciado, teoría, postulado o cualquier otro bemol al respecto, lo que verdaderamente hace la diferencia es la nobleza de nuestros actos y la pulcritud

de nuestros principios y valores. Compruebo ahora que la caridad, vista desde el compartir lo que posees, más allá del dar lo que te sobra, es la obra magistral de la especie humana.

Creo que el recorrido vital que realicé por el tercer planeta más cercano del Sistema Solar se puede calificar como aceptable. Aunque ahora descubro todo lo que pude haber hecho y no hice, por la menesterosa costumbre de dejar para mañana lo que perfectamente podemos hacer hoy. Descubro la inigualable, influyente, determinante y todopoderosa herramienta que es el abrazo. En un abrazo se puede contener todo el amor, la satisfacción, la alegría y el agradecimiento a quien se abraza, y sería un formidable medio para unir en comunión de paz a la humanidad entera. En mis niveles de conciencia y sub conciencia actuales, concluyo sin lugar a la menor duda, que el abrazo, indefectiblemente, es el instrumento de salvación que siempre se ha anhelado conocer.

Ahora me centro con ahínco, en eso que llaman reencarnación. En caso de que así sea, que reencarne en otra forma de vida, cualquiera sea esta, el abrazo será mi postulado. Además, evoco en estos instantes, la agradable y muy placentera sensación de abrazar a un semejante. Así es, así será, así lo haré si se me da la oportunidad de poder abrazar de nuevo en cualquier vida futura…

VIDA DE BARRA

Entre cerveza y cerveza las reminiscencias han esparcido la noción del tiempo y me han sumido en una madeja de pensamientos aislados, que ahora trato de acomodar en buen desorden alfabético en esta barra de bar. En el mismo orden que llegan a mi memoria, y en la medida que mi desgano contribuye a la evocación, voy desechando o profundizando en ellos mientras de reojo observo a la trigueña que besuquea a su acompañante, al tiempo que esboza sutilmente una sonrisa cada vez que voltea, para coquetear con mi apatía.

Su compañero, aparentemente ajeno a lo que ocurre en su derredor, parece derretirse como una vela encendida ante el calor sofocante de una lumbre en las tinieblas de la indiferencia. Del otro lado de la barra, el siempre sonriente Martín prepara otros cocteles para los dos hombres amanerados que en el extremo derecho, fisgonean incesantemente como procurando llevar el control de lo que acontece en su ámbito. Solo la pantalla del televisor logra abstraerlos ocasionalmente de su diálogo, mientras parecen ligar con desinterés el gol de la victoria.

La puerta de entrada con su pesado y grueso vidrio polarizado rechina con la misma frecuencia con la

que un nuevo cliente entra, o alguno de los que cancela su cuenta, sale. Basta solo estar sentado en la barra viendo el trajinar del *barman,* para saber cuánta ansiedad embarga a los clientes tabernarios deseosos de tragos. Martín, solícito, me sirve otra cerveza bien fría, como sabe, me gusta. Hace siete días hoy, me ayudó a salir de pie, para llegar en un taxi luego de medianoche a mi casa. ¡Mi casa!... ¡Ay mi casa!...Mi triste y lúgubre casa, alquilada desde que mi separación me confinó a esta vida de anacoreta. (Debo confesar que las más de las veces, pienso que me apresuré a irme del lado de mi esposa pensando que la soledad es buena compañía).

Es por eso que cada vez me convenzo más de lo difícil que es el vivir. Vivir no es para nada fácil, sobre todo cuando de hablar se trata. Si hablas demasiado, lo más probable es que llegues a arrepentirte de muchas palabras que no debiste haber dicho; pero en otros casos nos arrepentimos de no habernos expresado convenientemente con las palabras adecuadas en el momento indicado. Y cuando creemos tener dominio sobre el cuándo no y el cuándo sí, generalmente ya es demasiado tarde.

Sin querer, veo cómo se besan disimuladamente en los labios los hombres del extremo derecho de la barra. La mujer trigueña de al lado, sigue su besuqueo casi penitente — por lo menos en apariencia — y mientras vira los ojos en clara señal de fastidio,

continúa coqueteando con mi apatía, alternada manifiestamente con mi tristeza. Sin embargo, le sonrío complaciente, como para dejar testimonio de mi nada esquiva virilidad.

Martín me trae mi ración de maní tostado. Él sabe que me gusta cuando bebo, y sin esperar mi orden, con delicadeza me lo sirve en un pequeño plato de cerámica. Al ver esto, los demás se apresuran a exigir el mismo trato, quizás desconociendo que debe ser cancelado como parte de la cuenta. Martín nos da la espalda después de mucho rato, para poder seguir por instantes las incidencias del partido, donde los futbolistas locales se juegan la clasificación a cuartos de final. Los jóvenes de una de las diez mesas del local, le increpan que ya está bueno de vallenatos, quieren que suene un rap o algo parecido. Reclaman su espacio musical, y como cliente lo entiendo así. (Aun cuando no quiero rap, ya estoy también harto de vallenatos).

Pero más que simplemente para escuchar música, mi presencia aquí obedece a una búsqueda incesante de un escape para mi nada formal vida de soltero. Con los años que tengo encima, estas visitas cada vez más frecuentes, responden a mi necesidad de socializar y despistar mi infortunio. Llegar a casa, y que nadie nos espere porque no es más que eso, una casa — en lugar de un hogar — es lo peor que puedo desear a quien sea mi enemigo. ¡Es terrible! ¡Es para quien

lo viva! ¡Una soledad que degenera tu espíritu y envilece tus ganas! Martín me sirve otra cerveza, y aun me queda más de la mitad de la anterior. No quiero emborracharme de nuevo, no deseo tener que llegar al lugar donde la soledad pacientemente me espera, sin recordar siquiera el medio utilizado para desplazarme, y depender del tabernero para dejar el local de mis retaliaciones etílicas.

A estas alturas, acabo de devolver a Martín la nueva espumosa servida, por cuanto apenas comienzo a tomar la mitad restante de la anterior. Los tipos amanerados del extremo, como amantes desenfrenados acercan sus bocas para intercambiar besos que ahora ya no son nada disimulados.

— Del respeto, al asco; me susurró Martín, de evidente inclinación homosexual, y con un gesto de aprobación, le hago saber que estoy de acuerdo con él. Creo que debo aclarar, que soy profundamente respetuoso de la preferencia sexual de cada quién, y para nada me inmiscuyo — ni siquiera de lejos — en la vida de ninguno de mis semejantes. De allí, que pueda orgullosamente contar con una generosa cantidad de amigos gay, religiosos y políticos.

Cuando regreso del baño de varones, la trigueña de la barra me coquetea ahora sin la discreción de antes, y temo que su acompañante termine notándolo. No quiero ser un estorbo para nadie, y principalmente, para la paz del lugar. Opto por darle la espalda y diri-

jo mi mirada a las mesas repletas de gente alegre y despreocupada. Asumo que — con diferentes motivaciones — todos hacemos uso de nuestra facultad de estar en paz a nuestra manera. El rechinar anuncia la entrada de una pareja que se dirige de inmediato al único par de sillas disponibles en la barra que ocupamos. Martín sirve de inmediato un par de cervezas sin que nadie abra la boca para pedirlas, en señal de conocer a los nuevos visitantes, que a claras vistas se trata de una mujer trabajadora de la calle y su cliente. La trigueña de la barra saluda a su congénere, y aprovecha la distracción para mirarme. Le guiño un ojo en señal de correspondencia a su coqueteo, pero bajo la mirada al instante, denotando arrepentimiento por el flirteo. Giro mi cuerpo y le enseño a Martín mi jarra vacía. — Ahora sí, le digo sin alzar el volumen de mi voz, casi apagada por la melancolía.

Mi debate interno me arrastra a regañadientes a mi exponencial conflictividad. Por mucho que intento limar las aristas de mis entelequias, estas me arrodillan ante el fracaso. Recuerdo mis días de relativa opulencia y mi exitoso desempeño en mis últimos empleos, y esto trae a mi memoria mi feliz tránsito hogareño. Compenso mi aciago trance, con la paz de mis recuerdos gratos, al tiempo que degluto un trago profuso de cerveza fría. Siento en este instante, que soy el centro de la mirada de mucha gente en mi rededor, tratando de descubrir el motivo de mi evidente desafecto.

La pareja de recién llegados me ofrece un cigarrillo, en clara muestra de ignorar el aviso de *100% libre de humo de tabaco* que se exhibe en lo alto de la pared frontal. — Gracias, dejé ese vicio hace unos meses, le respondo con amabilidad a ellos, pero para mis adentros la verdadera respuesta fue**:** *Gracias, dejé de ser pendejo hace un rato largo.* Miro a todos los presentes, y descubro que cada quien está inmerso en lo suyo, y nadie repara en mí, ni en nadie. Es decir, mi percepción de que todos captan mi estado de ánimo y mis poses, es totalmente errada. Estoy solo, rodeado de mucha gente, concluyo en mi soliloquio.

Una nueva ración de maní tostado me trae de nuevo a la realidad del momento. Esta vez, nadie se da por enterado, cada quien está en su propio y particular mundo, y al igual que a mí no me importa quién hace, quién tose o quién escupe, a los demás no le importa, ni juzgan lo que hago, lo que soy, o lo que represento. Mi meta más inmediata es amanecer vivo, superar con vida el final del día de hoy, y ya mañana será otra maraña a desenredar, para eludir a la parca y poder contabilizarlo pasado mañana como un día más de vida. Quizás debería decir "miserable vida", pero no quiero hacerme objeto de lástima de nadie.

La catarsis es mi actividad prioritaria para presentar mi flácida personalidad a una sociedad sin rasgos de solidaridad con el desconocido. Sospecho que como consecuencia de mi aislamiento estimulado por la so-

ledad que me arropa, padezco un trastorno de identidad disociada, y mi *alter ego* me lleva a ser alguien reñido con su propia autoestima, por culpa de una sociedad que nunca reconoció mis méritos y mi intelectualidad, sumiéndome en mi propia amargura; y por eso trato de vengarme a través de la trascendencia del conocimiento, en constante debate entre el ser y el existir, el no hacer y el sobrevivir, sin notar que arrastro en mi proceder la negación de mi propia condición humana. Quizás, pienso luego, la sociedad nunca reconoció mis méritos y mi intelectualidad por la única y sencilla razón de que no los poseo.

De nuevo una jarra de espumosa cerveza fría media entre Martín y yo, sin que por eso alcancemos a pronunciar una sola palabra. Ambos tenemos cosas en qué pensar, que no involucran para nada al otro. Y de las coincidencias y temas comunes, no queremos ocuparnos. El, pendiente de hacer bien su labor de *barman*, y yo, deseoso de desprenderme de la angustia y desasosiego que la soledad me impone. La pareja masculina de la derecha parece debatirse entre alcanzar el clímax en público, o soslayar entre las penumbras de un intenso amorío su evidente deseo de una libre sexualidad. La trigueña de al lado más que certificar su agrado con su compañero, parece empecinada en conquistar mi atención con un propósito que aun no entiendo. Martín, al percatarse del evidente ofrecimiento cargado de sensualidad, me

acerca una servilleta donde puedo leer**:** *Es trans, ten cuidado, puede ser peligroso.*

Discrepo de la palabra *"peligroso"* por el solo hecho de su condición de género. No es esta condición lo que hace peligrosa a una persona; es su actuar, su errático proceder, su personalidad o sus inaceptables hábitos lo que debe alejarnos de personas así, al igual que nos alejaríamos de cualquier *hetero* con el mismo proceder. El aceptar a cada quien como es, es un ejercicio de nuestra tolerancia para medir su alcance en cada uno de los que poseemos libre albedrío. Eso creo, eso pienso, mientras desocupo la jarra que ahora uso para hacer sonar el mostrador de la barra en señal de querer un nuevo trago frío y espumoso. A estas alturas, ya quienes me rodean están opacando su imagen, se están haciendo figuras casi espectrales, se están poniendo borrosos…

No puedo precisar el momento en que caí al suelo al intentar ir al urinario. Solo recuerdo a la trigueña y su acompañante tomándome de los brazos y levantándome con premura, pero con mucha condescendencia y amabilidad. Recuerdo a la mujer sonriente abrazándome como si el mundo se fuera a acabar en instantes, y apretujando su enorme busto contra mi pecho como si este mismo mundo nos hubiese dejado en unión siamesa luego de su fin. Afortunadamente, Martín se hace cargo personalmente de la situación, y me ayuda a superar mi etílica incapacidad del momento.

XXXXXXXXXXXXX

No sé cuándo me dormí por completo. Un rayo de sol se cuela por una rendija de la ventana dando testimonio de un abrupto amanecer. Mientras mi cuerpo se amolda a la aurora en progreso, mis ojos tratan de escanear la habitación que me hospeda. Poco a poco se va aclarando todo a mi alrededor, y ahora tomo conciencia de con quién estoy, pero no del cómo ni del porqué. La resaca intensifica su potencia devastadora y mi cabeza parece dar vueltas por momentos, mientras me parece sentir que una daga ardiente atraviesa mi bóveda craneal. A mi lado, sin ninguna prenda que cubra alguna pequeña área de su humanidad, se encuentra profundamente dormido con su cuerpo en posición fetal y dándome la espalda, Martín, el amable hombre de bar que semana a semana me atiende en su barra. Del otro lado de la cama tamaño *king*, apacible, con suaves ronquidos sibilantes y aparentemente en su máxima profundidad onírica, la trigueña coqueta que usó las mejores horas de la noche anterior para llamar mi atención. Ah!...recuerdo ahora, Martín me dijo que es trans, pero la silueta que luce bajo la delgada sábana que lo cubre, es indudablemente femenina. Solo falta algo para cerciorarme, para despejar mis dudas, para estar confiado y seguro**:** levantar suavemente la sábana y verificar.

XXXXXXXXXXXXX

Hace años, en la época en que mi juventud exhibía a plenitud todo mi potencial, pude corroborar que *lo más hermosamente dañino para nuestra especie, por lo general, es prohibido.* Y que la mayor fuente de placer la encontramos en lo socialmente indebido. Y *que la felicidad no debemos buscarla afuera, porque sencillamente nuestra felicidad, nuestra paz y nuestro sosiego, lo llevamos dentro.* Si no aspiramos ser y/o hacer lo que no podemos, no conoceremos la frustración por no lograrlo, al igual que si no deseamos algo más allá de nuestras posibilidades, no tendremos que padecer la decepción de no alcanzarlo. Es decir, si ponemos los pies sobre la tierra y hacemos y anhelamos lo intrínsecamente posible, (ambición razonada y comedida de por medio) pues nuestra expectativa de felicidad estará en los niveles requeridos para disfrutar nuestra existencia.

Igualmente, aprendí que *a veces no se trata de aceptar, sino de entender.* Aprendí que *el mal genio es lo que nos mete en líos, pero el orgullo es lo que nos mantiene en ellos*, y que *la amistad y el amor son virtudes en que el exceso sigue siendo virtud.* Pero sobre todo, aprendí que *quien vence a otros, es fuerte; pero quien se vence a sí mismo, es poderoso.*

Y de eso se trata, de vencer nuestros temores y derrotar nuestras debilidades. La vida se trata, de vivir viviendo para uno, sin importar en qué medida entregamos nuestra vida por los demás. La vida se trata

de formatear el egoísmo, para dejar en blanco nuestra memoria para el bien, la caridad y la solidaridad.

Y todo lo anterior pasa, por entender a nuestros prójimos. Entender que tienen su propia vida, con todo lo que ello involucra. Es por ello, que si el comportamiento, parecer y proceder ajenos no me afectan en forma directa, entonces lo asumo como parte de esta sociedad planetaria donde todos tenemos algo que aprender y admirar de los demás. Para mí, cada vida de cada quien, es su propiedad privada, esté de acuerdo o no con ese cada quien. Es decir, aunque no lo acepte, entiendo y respeto la vida de cada quien. Además, durante todo el tiempo que duró este aprendizaje, confirmé también que tan solo puedo robar ideas, el talento jamás podré robarlo, dado que el talento es patrimonio intelectual de cada quien.

XXXXXXXXXXXXX

El temor a ser descubierto husmeando la intimidad de otro, casi me hace desistir de mi curiosidad. Pero la imperiosa necesidad de saber - aunque a medias - lo que había ocurrido en la cama que alojó mi ebriedad, me dio fuerza para sobreponerme a mi temor. Una espantosa sensación de rechazo por sospechar que había tenido una especie de homo afinidad temporal durante la madrugada, invadió en ese momento

todo mi ser corporal, mental y social. No podía concebir amanecer en una habitación que no conozco y no tengo la menor idea de quién me trajo hasta aquí. No sé qué pasó, cómo llegué, porqué estamos acostados tres seres en una misma cama. ¿Hasta dónde puede llegar la consecuencia de una noche de tragos? ¿Por qué otra vez llego a este extremo casi demencial, enajenado, ilógico y vergonzoso? Y lo peor, es que no quiero hacer de nuevo el ridículo prometiéndome a mí mismo que no pruebo una gota más de licor. Esta situación me hastía...

Delicadamente, como quien acaricia a un neonato en su lecho primo, fui arrastrando la sábana al tiempo que hacía lo imposible para estabilizar mi pulso. Poco a poco, con la sutileza requerida, fui tratando de llegar hasta los recónditos confines de un pubis que apenas comenzaba a asomar su parte superior y que parecía negarse a los requerimientos de mi mirada escrutadora. Lentamente, con extremo cuidado, con una paciencia inédita en mí, seguí tratando de llegar hasta donde necesitaba llegar mi curiosidad. Una rugosidad inesperada discretamente alojada en forma de pequeños pliegues de la sábana, justamente en la antesala de la entrepierna, servía de cómplice a mi nerviosismo para no dejarme lograr el objetivo buscado. Un repentino medio giro adoptando una posición cúbito dorsal me obligó a detenerme por un momento.

Al retomar la delicada tarea, hube de levantar nuevamente con delicadeza extrema la delgada sábana que cubría aquel cuerpo todavía emanando la pestilencia característica de quien abusa de una velada llena de tragos, pero esta vez con la rapidez necesaria para no ser descubierto al despertar alguno de mis compañeros de cama.

XXXXXXXXXX

Rápido, ¡rápidamente!, como la vez que me tocó huir de la policía de mi ciudad. Aquel cuerpo femenino inerte, sobre aquel charco de sangre, jamás hubiese podido ser encontrado de inmediato si a mí no se me hubiera ocurrido la infeliz idea de arrastrarlo hasta la acera. Con claras señales de apuñalamiento, se evidenciaba saña en la ejecución del macabro homicidio, a todas luces producto de una acción de venganza. Para aquel entonces, caminar en la noche por las calles aledañas a la catedral, ya era algo temerario. Peligroso es un calificativo muy sutil para definir la condición del deambular cuando la luz natural se acaba en la zona. Sin embargo, quienes frecuentamos las cantinas del sector — algunas monedas de por medio - hemos aprendido a codearnos con el bandolerismo. El día a día, la cotidianidad, la rutina, nos hace temerariamente inmunes a la delincuencia, así como a los estragos del alcohol.

La joven asesinada resultó ser una estudiante de medicina de otra ciudad, pero jamás se supo quién o quiénes ejecutaron tal barbaridad ni los motivos para ello.

XXXXXXXXXXXXX

Continué con mi minuciosa labor de desarrope luchando contra mi falta de estabilidad en el pulso. Sin embargo, al lograr despejar por completo el área genital a explorar, hice un descubrimiento que anuló mi afán y nubló mis pensamientos**:** Yo, sin haberlo notado, me encontraba también desnudo. ¡Sí! completamente desnudo, como vine al mundo hace unos cuantos años atrás. Una serie de atrocidades, pensamientos esquivos y remordimientos pasaron por mi mente, y la vergüenza que aún me queda, se manifestó abiertamente hasta conmigo mismo. ¡Por Dios! Exclamé para mis adentros. ¡Somos tres personas desnudas amaneciendo en la misma cama luego de una noche de jerga etílica! Dios, ¿qué hago aquí? Me fui derrumbando moralmente, lentamente, hasta caer recostado con mi cuerpo expuesto, en la tercera almohada dispuesta entre ellos dos. Necesité varios segundos para reponerme de semejante impresión.

Logré confortarme, cuando con mucho sigilo al fin alcancé a descubrir que la trigueña coqueta, es toda

una mujer, entera y definitivamente mujer. ¡Es mujer! ¡Qué alivio! ¡Qué tranquilidad! ¡Comprobadamente mujer! Doy fe de ello, por cuanto ausculté con detenimiento y minuciosidad la parte que la delata. Con evidencia inequívoca de su género, exhalé toda la presión contenida en mi ser desde que mis ojos se abrieron hace varios minutos ya, esta mañana. Como relámpago, me levanté y trastabillando, pero con el aplomo que brinda la tranquilidad, me dirigí a lo que explorando descubrí era el baño de la habitación. Antes debí recoger una a una del gélido piso de cerámica gastada todas mis prendas de vestir, incluyendo mis suaves mocasines de la ocasión.

Luego de ducharme y secar mi cuerpo con la única toalla disponible en la espaciosa sala sanitaria, me dispuse a salir, ya vestido. Antes, me paré frente al espejo a reconocerme en aquella situación, y la vergüenza hizo nuevamente su tímida aparición en mis conflictos de adaptación existencial. Evoqué mi pasado sobrio, de principios, de racionalidad y de mesura, y un sinnúmero de ideas posibles se asomó a mi presente. Recordé el día en que desperté con la inquietud de conocer mi futuro a raíz de un sueño que tuve, y a la "bruja" que mirando la lumbre del tabaco que fumaba me aseguró que una mujer trigueña, de mediana edad y cabello un poco lacio que caía copiosamente sobre sus hombros, me había hecho un "trabajo" para que abandonara mi hogar. Le respondí que la

única trigueña conocida era una mujer madura con quien sostuve un romance, pero su cabello era corto y rizado, sin mencionarle que estaba describiendo a mi esposa. "Entonces el humo de mi tabaco no me dejó apreciar con exactitud a la persona, pero ten la plena seguridad que esa misma es", me aseguró con voz plácida la mujer que había cobrado por adelantado su "consulta".

Recordé también la crisis de salud que casi acabó con mi vida. La parotiditis que sufrí tuvo repercusiones a nivel de mis glándulas testiculares, y su consecuencia más resaltante es la esterilidad que me quedó a raíz de su despiadada carga viral. Quizás a partir de esa condición, mi sexualidad fue más libre, promiscua y relajada, pero con la frustración de no poder concebir la niña que tanto ansiaba. Recordé también a mi madre y a mi padre, comparando la formalidad de mi hogar paterno con el vergonzante escenario que en ese momento exhibía a mi debilidad humana. Recordé a mis hijos tratando de dilucidar cómo le justificaría el estar en esas circunstancias, y escuché a mi esposa pidiéndome explicaciones de tan bochornoso acto. En un santiamén, como ráfaga de viento que de barlovento avanza furiosamente hacia sotavento sin medir más que el resultado de su propio logro, vinieron a mi mente infinitud de recuerdos que más que confortarme, me abstraían por instantes de lo que sin lugar a dudas era mi temor a conocer el desenlace de este incómodo momento.

Con altivez, intentando engañar al rostro reflejado en aquel espejo, me dispuse a salir no sin antes ensayar lo que quería fuera a contrapelo mi imagen en una nueva aparición, en la habitación que nos vio amanecer en la misma cama a mis "amigos" y a mí. Quería parecer recio y a la vez humildemente sensato, despreocupado pero arrepentido de lo que pudiera haber pasado esa madrugada. Quería impedir ser señalado o imaginado como un inope moral, desprovisto de valores y principios, que vagando en un mar de horas de ocio y orfandad de querencias, cierra su ciclo diario sin importarle en qué momento comienza la resaca de sus actos. Quería acorazar mi imagen, no parecer desvalido, expiar mi voluminosa culpa y dejar claro que no consiento el que me hayan incluido en tan despreciable bacanal. Les haré saber que estoy confundido y molesto, ¡muy molesto!

Una vez más miré con intensidad animosa, lleno de furia, mi imagen reflejada en el espejo. Estoy iracundo, desmedidamente rabioso por lo que me hicieron, no quiero que me tomen por un tonto con quien pueden hacer cualquier cochinada y luego no pasa nada. Les diré lo que se merecen, pues también puedo llegar a ser grosero e impulsivo cuando alguien reta mi entendimiento y colma mi nivel de tolerancia. ¡Ahora van a saber quién soy yo!

Abrí lentamente la puerta, evitando despertarlos de esa manera. Mi propósito era interrumpir su sueño

con mi primer grito desgañitado, pero al bajar el desnivel de la habitación y enfocar mi mirada a la enorme cama, descubrí que ya era tarde. Las sábanas lucían impecablemente acomodadas, y de Martín y la trigueña no había ni la menor seña. Me encaminé a la puerta del cuarto, y al salir me encontré con la pareja disfrutando plácidamente de una taza de café en una pequeña mesa plegable habilitada en la cocina.

— ¡Buenos días, mi amigo! Me recibió Martín con un tono enteramente varonil que en nada se compadece con el hablar amanerado del *barman* que sirve tragos en la barra.

— Imagino que tienes tu cabeza llena de preguntas. Toma, sírvete a tu gusto el café en este pocillo, y de inmediato voy a contarte todo, con detalles y demás, expresó sin darme tiempo a articular palabra alguna, mientras me veía fijamente casi penetrando hasta el iris de mis ojos como queriendo neutralizar cualquier carga de dinamita contenida en mi mirada.

— Bien, primero que nada, debo hacerte un par de confesiones, prosiguió de inmediato mientras yo accedía a su invitación a servirme un café tinto en apariencia bastante "cargado".

— Lo primero es presentarte formalmente a Diana, tu vecina de barra. Anoche te dije que es trans, pero como habrás podido notar, es toda una mujer, toda una fémina luchadora, toda una hembra muy especial. Estamos legalmente casados... ¡Diana es mi esposa!

— En segundo lugar, como habrás inferido ya, no soy gay. Los roles que desempeñamos Diana y yo en el trabajo, y lo que aparentamos ser, tienen motivaciones únicamente de negocio, pero ese es tema aparte y no es lo que nos ocupa ahora mismo. El aparente flirteo de Diana contigo, no es más que una estrategia para mantener en el local a clientes buenos "caballos" como tú. Realmente, tus excelentes propinas son las que hicieron que ella te mostrara con intensidad su aparente deseo. Yo, por mi parte, tras años de experiencia en el negocio, he aprendido que siendo gay recibes mejor trato tanto de los hombres como de las mujeres, a la vez que te mantiene alejado de retos a pelea tipo lejano oeste.

— Anoche, ya entrada la madrugada, a la hora del cierre mi esposa y yo tuvimos que bajarte del taxi donde ibas con la pareja de hombres que estuvieron besándose durante toda la velada. Por insistencia tuya, ellos accedieron a llevarte a su habitación de hotel luego que casi se lo imploraste, y por insistencia nuestra, uno de ellos no accedió a besarte en la boca como se lo pediste múltiples veces. No sabíamos qué hacer contigo en el deplorable estado de embriaguez que te encontrabas, y optamos por traerte a nuestro apartamento. Te acostamos y acompañamos hasta que te dormiste en el cuarto contiguo, y nuestra mayor sorpresa fue el verte entrar después de transcurridos muy pocos minutos a nuestra habitación, desnudar-

te mientras caminabas y acostarte en nuestra cama. Exhaustos, Diana y yo accedimos a dejarte conocer nuestra intimidad, a permitir que sepas que dormimos sin ropa alguna, pero en ningún momento hubiésemos permitido algo más que eso. De inmediato caíste en un profundo sueño, y obviamente nosotros también lo hicimos luego, hasta que en la mañana al despertar notamos que habías recogido tus ropas y estabas usando nuestro baño privado. Lo demás, ya lo sabes, estás acá con nosotros, y confiamos en que aceptarás nuestra invitación a desayunar.

Sin levantar la cabeza, con mi voz quebrada por el bochorno y la vergüenza, con la dificultad que depara el quiebre moral, la inconsistencia de valores y la ausencia de principios, alcancé a pronunciar**:**

¡Juro que no tomo más! He aprendido que en esta vida, nada es lo que parece...

FIN

GLOSARIO

Fuente: RAE (no textual)

Abducir: tr. Dicho de una supuesta criatura extraterrestre: Apoderarse de alguien.

Abyecto, ta: adj. Despreciable, vil en extremo.

Acíbar: m. áloe (planta). Amargura, sinsabor, disgusto.

Acólito, ta: Del lat. y gr. "El que sigue o acompaña". Persona que depende de otra.

Adefesio: m. Persona o cosa ridícula, extravagante o muy fea. Despropósito, disparate.

Adlátere: adj. m. y f. despect. Persona subordinada a otra de la que parece inseparable.

Afable: adj. Agradable, dulce, suave en la conversación y el trato.

Agonal: adj. Perteneciente o relativo al combate; que implica lucha.

Albur: m. Contingencia o azar a que se fía el resultado de alguna empresa.

Aldaba: f. Pieza de hierro o bronce que se pone a las puertas para llamar golpeando.

Alienante: adj. Que produce alienación psíquica o limitación de la personalidad.

Alienígena: adj. Extraterrestre (supuestamente venido desde el espacio exterior).

Anacoreta: m. y f. Persona que vive en lugar solitario, entregada enteramente a la contemplación y a la penitencia.

Anáfora: f. Ling. Relación de identidad que se establece entre un elemento gramatical y una palabra o grupo de palabras nombrados antes en el discurso; p. ej., la que se establece entre lo y que había estado allí en Dijo que había estado allí, pero no me lo creí.

Aneurisma: m. o f. Med. Dilatación patológica y localizada de un vaso sanguíneo o del corazón, por debilitamiento de sus paredes.

Anquilosar: tr. Producir anquilosis por falta más o menos prolongada de movimiento. Paralizarse, detenerse en una evolución o desarrollo.

Ansiolítico, ca: Med. Que disuelve o calma la ansiedad. Apl. a un medicamento.

Apacible: adj. Manso, dulce y agradable en la condición y el trato.

Apología: f. Discurso de palabra o por escrito, en defensa o alabanza de alguien o algo.

Arcano, **na**: adj. Dicho especialmente de una cosa: Secreta, recóndita, reservada.

Artero, **ra**: adj. peyor. Mañoso, astuto.

Asaz: adv. cult. Bastante, muy. U. m. en leng. poét.2. adj. cult. Bastante, mucho.

Atalaya: f. Torre hecha comúnmente en lugar alto, para registrar desde ella el campo o

el mar y dar aviso de lo que se descubre. 2. Altura desde donde se descubre mucho espacio de tierra o mar. 3. Estado o posición desde la que se aprecia bien una verdad.

Atavismo: (Atávico) m. Comportamiento que hace pervivir ideas o formas de vida, propias de los antepasados. 2. m. Biol. Reaparición en los seres vivos de caracteres propios de sus ascendientes más o menos remotos.

Bahareque: m. Bajareque (pared de palos).

Belígero, ra: adj. poét. Dado a la guerra, belicoso, guerrero.

Britano, na: adj. Natural de la antigua Britania, sur de la Gran Bretaña.

Bodrio: m. Caldo con algunas sobras de sopa, mendrugos, verduras y legumbres que de ordinario se daba a los pobres en las porterías de algunos conventos. Guiso mal aderezado. Sangre de cerdo mezclada con cebolla para embutir morcillas. Coloq. Cosa mal hecha, desordenada o de mal gusto.

Capitel: Arq. Parte superior de una columna o de una pilastra, que la corona con forma de moldura y ornamentación, según el orden arquitectónico a que corresponde.

Catarsis: f. Purificación, liberación o transformación interior suscitadas por una experiencia vital profunda.

Cavilar: tr. Pensar con intención o profundidad en algo.

Célibe: adj. Dicho de una persona: Soltera, especialmente por haber hecho voto de castidad.

Cenáculo: Sala en que Jesucristo celebró la última cena. 2.- Reunión poco numerosa de personas unidas por vínculos ideológicos o profesionales, generalmente de escritores y artistas.

Circunloquio: m. Rodeo de palabras para dar a entender algo que hubiera podido expresarse más brevemente.

Cognitivo, **va**: adj. Perteneciente o relativo al conocimiento.

Cognoscitivo, **va**: adj. Que es capaz de conocer. *Potencia cognoscitiva.*

Confitar: tr. Endulzar, suavizar.

Conspicuo, cua: adj. Ilustre, visible, sobresaliente.

Cota: f. Altura o nivel en una escala. Altura de un punto sobre un plano de nivel.

Contrapelo: loc. adv. Contra la inclinación o dirección natural del pelo. 2. loc. adv. coloq.

Contra el curso o modo natural de algo, violentamente.

Cuántico, **ca**: adj. Fís. Perteneciente o relativo a los cuantos de energía. Física, mecánica, teoría cuántica. Cantidad indivisible de energía.

Cuitado, da: adj. Afligido, desventurado. 2.- Apocado, de poca resolución y ánimo.

Culmen: m. Cumbre, mayor elevación de algo.

Derrotero: m. Camino, rumbo, medio tomado para llegar al fin propuesto.

Desbrozar: tr. Quitar la broza, desembarazar, limpiar. 2. Eliminar los aspectos accesorios o confusos que complican un asunto innecesariamente y entorpecen su comprensión.

Dialéctica: f. Arte de dialogar, argumentar y discutir.

Dicotomía: f. División en dos partes. 2.- Fil. Método de clasificación que consiste en dividir en dos un concepto sucesivamente.

Diletante: adj. Que cultiva algún campo del saber, o se interesa por él, como aficionado

Dislate: m. Disparate.

Disparidad: f. Desemejanza, desigualdad y diferencia de unas cosas respecto de otras.

Displicencia: f. Desagrado o indiferencia en el trato.

Dogma: m. Proposición tenida por cierta y como principio innegable.2. m. Conjunto de creencias de carácter indiscutible y obligado para los seguidores de cualquier religión.3. m. Fundamento o puntos capitales de un sistema, ciencia o doctrina.

Draconiano, **na**: adj. Dicho de una ley o de una medida**:** Excesivamente severa.

Eclecticismo: m. Adopción, en el juzgar u obrar, de una postura intermedia entre doctrinas o actitudes diversas. 2. m. Combinación de elementos de diversos estilos, ideas o posibilidades. 3.- Fil. Escuela filo-

sófica que procura conciliar las doctrinas que parecen mejores o más verosímiles, aunque procedan de diversos sistemas.

Ecuanimidad: f. Igualdad y constancia de ánimo. 2.- f. Imparcialidad de juicio.

Égida: f. escudo (arma defensiva). 2.- f. Protección, defensa.

Egocentrismo: m. Exagerada exaltación de la propia personalidad, hasta considerarla como centro de la atención y actividad generales.

Elipsis: f. Gram. Omisión de un segmento sintáctico cuyo contenido se puede recuperar por el contexto; p. ej., en Juan estudia biología y María (estudia) matemáticas.

Empatía: f. Capacidad de identificarse con alguien y compartir sus sentimientos.

Enjuto: adj**.** Delgado**,** seco o de pocas carnes**.**

Entelequia: f. Cosa irreal. 2.- Fil. En la filosofía de Aristóteles, fin u objetivo de una actividad que la completa y la perfecciona.

Eón: m. En el gnosticismo, cada una de las inteligencias eternas o entidades divinas de uno u otro sexo, emanadas de la divinidad suprema. 2. Geol. Unidad de tiempo geológico, equivalente a mil millones de años. Geol. Intervalo de tiempo geológico que divide la historia de la Tierra en tres grandes etapas.

Epicedio: m. En la ant. composición poética que se recitaba en las ceremonias fúnebres.

Epigénesis: f. Biol. Doctrina según la cual los rasgos que caracterizan a un ser vivo se configuran en el curso del desarrollo, sin estar preformados en el huevo fecundado.

Epitafio: m. Inscripción que se pone sobre un sepulcro o en la lápida de enterramiento.

Erudito: adj. Instruido en varias ciencias, artes y otras materias.

Esmog: m. Niebla mezclada con humo y partículas en suspensión, propia de ciudades.

Esquirol, la: m. y f. Persona que se presta a ocupar el puesto de un huelguista. 2.- despect. Trabajador que no se adhiere a una huelga.

Estenosis: f. Med. Estrechez, estrechamiento de un orificio o conducto.

Estólido: adj. Falso de razón y discurso

Estulto, ta: Necio, tonto.

Eufemismo: m. Manifestación suave o decorosa de ideas cuya recta y franca expresión sería dura o malsonante.

Exégesis: f. Explicación, interpretación.

Exiguo, gua: adj. Insuficiente, escaso.

Exordio: m. Principio, introducción, preámbulo de una obra literaria, especialmente la primera parte del discurso oratorio, cuyo objetivo es atraer la atención y preparar el ánimo de los oyentes. 2. m. Preámbulo de un razonamiento o conversación familiar.

Exornar: tr. Adornar, hermosear. 2.- Amenizar o embellecer el lenguaje escrito o hablado con galas retóricas.

Fénix: m. Ave fabulosa que los antiguos creyeron que era única y renacía de sus cenizas.

Fenotipo: m. Biol. Manifestación variable del genotipo de un organismo.

Filogenia: (Filogénesis) f. Parte de la biología que se ocupa de las relaciones de parentesco entre los distintos grupos de seres vivos. 2. f. Biol. Origen y desarrollo evolutivo de las especies, y en general, de las estirpes de seres vivos.

Furibundo: adj. Airado, colérico, muy propenso a enfurecerse. 2. Que denota furia o ira.

Galimatías: m. coloq. Lenguaje oscuro por la impropiedad de la frase o por la confusión de las ideas. 2.- Confusión, desorden, lío.

Gandul, la: adj. coloq. Tunante, holgazán.

Genitivo: adj. Que puede engendrar y producir algo.

Gnosticismo: m. Doctrina filosófica y religiosa de los primeros siglos de la Iglesia, mezcla de la cristiana con creencias judaicas y orientales, que se dividió en varias sectas y propugnaba tener un conocimiento intuitivo y misterioso de las cosas divinas

Grímpola: f. Insignia militar con un paño de forma triangular que los caballeros solían llevar al campo de batalla y se ponía en sus sepulturas.

Gringo, **ga**: adj. coloq. Extranjero, especialmente de habla inglesa, y en general hablante de una lengua que no sea la española.

Hado: m. En la tradición clásica, fuerza desconocida que obra irresistiblemente sobre los dioses, los hombres y los sucesos.

Hilaridad: f. Expresión tranquila y plácida del gozo y satisfacción del ánimo. 2. f. Risa y algazara que excita en una reunión lo que se ve o se oye.

Ignorancia supina: f. Ignorancia que procede de negligencia en aprender o inquirir lo que puede y debe saberse.

Ignoto, ta: adj. No conocido ni descubierto.

Impoluto: adj. Limpio, sin mancha.

Impúdico, **ca**: adj. Carente de pudor o recato.

Ínclito, **ta**: adj. Ilustre, esclarecido, afamado.

Indefectible: adj. Que no puede faltar o dejar de ser.

Inescrutable: adj. Que no se puede saber ni averiguar.

Inexorable: adj. Que no se puede evitar.

Inope: adj. cult. Pobre, indigente.

Inquisición: f. Tribunal eclesiástico que inquiría y castigaba los delitos contra la fe.

in sécula seculórum: locs. advs. Eternamente. (Por los siglos de los siglos)

Intríngulis: m. Dificultad o complicación de algo. 2. m. coloq. Intención solapada o razón oculta que se entrevé o supone en una persona o en una acción.

Introspección: f. Mirada interior que se dirige a los propios actos o estados de ánimo.

Irascible: adj. Propenso a la ira.

Irrestricto, ta: Ilimitado.

Irreverente: adj. Contrario a la reverencia o respeto debido. Apl. a pers.

Laico, **ca**: Independiente de cualquier organización o confesión religiosa.

Lene: adj. Suave o blando al tacto. Dulce, agradable, benévolo. Leve, ligero.

Lexical: adj. Perteneciente o relativo al léxico (vocabulario de un idioma o región).

Léxico, **ca**: adj. Vocabulario de un idioma o región). 3. m. Diccionario de una lengua.

Lúdico, **ca**: adj. Perteneciente o relativo al juego.

Madeja: f. Hilo recogido sobre un torno para que luego se pueda devanar fácilmente.

Maniqueísmo: m. Religión sincrética fundada por el persa Manes en el siglo III, que admitía dos principios creadores en constante conflicto: el bien y el mal. 2.- m. peyor. Tendencia a reducir la realidad a una oposición radical entre lo bueno y lo malo.

Marasmo: m. Suspensión, paralización, inmovilidad, en lo moral o en lo físico.

Maula: adj. coloq. Dicho de una persona: Tramposa o mala pagadora. Dicho de una persona: Perezosa,

inepta, que no cumple con sus ocupaciones o no vale para ellas.

Mayéutica: f. Método socrático con que el maestro, mediante preguntas, va haciendo que el discípulo descubra nociones que en el estaban latentes.

Meditabundo: adj. Que medita, cavila o reflexiona en silencio.

Medrar: intr. Dicho de un animal o de una planta**:** crecer (ir en aumento).

Melindroso, sa: adj. Que afecta melindres (delicadezas afectadas)

Metáfora: f. Ret. Traslación del sentido recto de una voz a otro figurado, en virtud de una comparación tácita, como en las perlas del rocío, la primavera de la vida.

Misoginia: f. Aversión a las mujeres.

Misticismo: m. Estado de la persona que se dedica mucho a Dios o a las cosas espirituales. 2. m. Estado extraordinario de perfección religiosa, que consiste esencialmente en cierta unión inefable del alma con Dios por el amor, y va acompañado accidentalmente de éxtasis y revelaciones. 3. m. Doctrina religiosa y filosófica que enseña la comunicación inmediata y directa entre las personas y la divinidad.

Morfología: f. Forma o estructura de algo.

Morfosintaxis: f. Ling. Parte de la gramática que integra la morfología y la sintaxis.

Neandertal: adj. Antrop. Dicho de un individuo: De un grupo extinto de homínidos que vivió en gran parte de Europa y parte de Asia durante el Paleolítico medio.

Neologismo: m. Ling. Vocablo, acepción o giro nuevo en una lengua.

Neurastenia: f. Trastorno funcional afectivo atribuido a debilidad del sistema nervioso.

Nihilismo: m. Negación de todo principio religioso, político y social.

Níveo, a: adj. poét. De nieve, o semejante a ella.

Núbil: adj. Dicho de una persona y más propiamente de una mujer: Que está en edad de contraer matrimonio.

Obcecar: tr. Cegar, deslumbrar u ofuscar.

Onírico: adj. Perteneciente o relativo a los sueños.

Oprobio: m. Ignominia, afrenta, deshonra.

Opúsculo: m. Obra científica o literaria de poca extensión.

Orco: m. Según la Roma clásica, lugar, contrapuesto a la tierra, adonde iban a parar los muertos. 2. m. poét. infierno (lugar que habitan los espíritus de los muertos).

Orín: m. Óxido rojizo que se forma en la superficie del hierro por la acción del aire húmedo.

Palique: m. Conversación de poca importancia.

Paralelismo: m. Ret. Ordenación de modo simétrico de los elementos de unidades sintácticas sucesivas, como en muerto lo dejo a la orilla del río, muerto lo dejo a la orilla del vado.

Parental: adj. Perteneciente o relativo a los padres o a los parientes.

Parentela: f. Conjunto de los parientes de alguien.

Parnaso: m. Conjunto de todos los poetas, o de los de un pueblo o tiempo determinado.

Parsimonia: f. Lentitud y sosiego en el modo de hablar o de obrar, frialdad de ánimo.

Paupérrimo, ma: adj. Superlativo de pobre.

Perdulario: adj. Que pierde las cosas frecuentemente. Sumamente descuidado en sus intereses o en su persona. Vicioso incorregible.

Perorata: f. Discurso o razonamiento, generalmente pesado y sin sustancia.

Petroglifo: Figura hecha por incisión en roca, especialmente por pueblos prehistóricos.

Petulancia: f. Vana y exagerada presunción.

Plusvalía: f. Econ. Incremento del valor de un bien por causas extrínsecas a **él**.

Polifacético, ca: adj. Que ofrece varias facetas o aspectos. 2.- Dicho de una persona**:** De variada condición o de múltiples aptitudes.

Polisemia: f. Ling. Pluralidad de significados de una

expresión lingüística.

Pragmatismo. m. Preferencia por lo práctico o útil.

Preceptivo, va: adj. Que incluye o encierra en sí preceptos. 2.- Ordenado por un precepto

Proscenio: m. Parte del escenario de un teatro más inmediata al público.

Proyección: f. Acción y efecto de proyectar. 2.- f. En el psicoanálisis, atribución a otra persona de los defectos o intenciones que alguien no quiere reconocer en sí mismo.

Proyectivo, va: adj. Perteneciente o relativo al proyecto o a la proyección.

Púber: adj. Que ha llegado a la pubertad.

Quepis: m. Gorra cilíndrica o ligeramente cónica, con visera horizontal que como prenda de uniforme usan los militares en algunos países.

Quimera: f. En la mitología clásica, monstruo imaginario que vomitaba llamas y tenía cabeza de león, vientre de cabra y cola de dragón. 2.- Aquello que se propone a la imaginación como posible o verdadero, no siéndolo.

Ralea: f. despect. Raza, casta o linaje de una persona.

Razia: f. Incursión, correría en un país enemigo y sin más objeto que el botín. 2.-Redada.

Reptiliano: adj. Zool. Perteneciente o relativo a los reptiles.

Resiliencia: f. Capacidad de adaptación de un ser vivo frente a un agente perturbador o un estado o situación adversos.

Retaliación: f. Méx. y Ven. represalia (respuesta de castigo o venganza).

Reticencia: f. Efecto de no decir sino en parte, o de dar a entender claramente, y de ordinario con malicia, que se oculta o se calla algo que debiera o pudiera decirse. 2. f. Reserva, desconfianza.

Semántica: adj. f. Significado de una unidad lingüística. 2.- f. Ling. Disciplina que estudia el significado de las unidades lingüísticas y de sus combinaciones.

Semántica léxica: f. Rama de la semántica que estudia el significado de las palabras, así como las diversas relaciones de sentido que se establecen entre ellas.

Sempiterno, **na**: adj. Que durará siempre; que, habiendo tenido principio, no tendrá fin.

Sigilo: m. Secreto que se guarda de una cosa o noticia. Silencio cauteloso.

Silogismo: m. Fil. Argumento que consta de tres proposiciones, la última de las cuales se deduce necesariamente de las otras dos.

Simbiosis: f. Biol. Asociación de individuos animales o vegetales de diferentes especies, sobre todo si los simbiontes sacan provecho de la vida en común.

Sinapsis: f. Biol. Conexión entre el axón de una neurona y la dendrita de otra cercana mediante neurotransmisores.

Sincretismo: m. Combinación de distinta teorías, actitudes u opiniones. 2.- Fil. Sistema filosófico que trata de conciliar doctrinas diferentes.

Sintaxis: f. Gram. Parte de la gramática que estudia el modo en que se combinan las palabras y los grupos que estas forman para expresar significados, así como las relaciones que se establecen entre todas esas unidades.

Sorna: f. Tardanza o lentitud con que se hace algo. (Tono burlón para expresar ironía).

Sufragáneo, **a**: adj. Que depende de la jurisdicción y autoridad de alguien.

Sui géneris: loc. adj. Dicho de una cosa: De un género o especie muy singular.

Tanatología: f. Conjunto de conocimientos médicos relativos a la muerte. 2. f. En medicina legal, estudio de los efectos que produce la muerte en los cuerpos.

Tesina: f. Trabajo escrito, exigido para ciertos grados en general inferiores al de doctor.

Tugurio: m. Habitación, vivienda o establecimiento pequeño y de mal aspecto.

Tunante, ta: Pícaro, bribón, taimado.

Urdimbre: f. Conjunto de hilos colocados paralelamente en el telar para formar una tela.

Vetusto, ta: adj. Extremadamente viejo, anticuado.

Voluta: f. Arq. Adorno en forma de espiral o caracol, que se coloca en los capiteles.

Yuxtapuesto, ta: adj. Colocado junto a algo o en posición inmediata a algo.

Zafio, **fia**: adj. Dicho de una persona: Grosera o tosca en sus modales, o carente de tacto en su comportamiento.

---

ad libitum*: loc. adv. A gusto, a voluntad.*

Alter ego.- El alter ego es un segundo yo, que se cree es distinto de la personalidad normal u original de una persona. El término fue acuñado en el siglo XX cuando el trastorno de identidad disociativo fue descrito por primera vez por los psicólogos. De una persona que tiene un alter ego se dice que lleva una doble vida.

Free Lancer es un anglicismo usado comúnmente para designar un trabajo independiente, autónomo o por cuenta propia.

"Gríngola", (definición no RAE) Protectores plásticos oculares, que son colocados en las "capucheras" de los caballos.

Lucy (AL 288-1) es el conjunto de fragmentos óseos pertenecientes al esqueleto de un homínido de la especie *Australopithecus afarensis*, de 3,2 a 3,5 millones de años de antigüedad, descubierto por el estadounidense *Donald Johanson* el 24 de noviembre de 1974 a 159 km de Adís Abeba, Etiopía.

Nostradamus: *Michel* de *Nôtre-Dame*, también llamado *Michel Nostradame*, usualmente latinizado como *Nostradamus*, fue un médico francés y supuesto adivino, más conocido por su libro *Les Propheties*, una colección de 942 cuartetas poéticas que supuestamente predicen eventos futuros. El libro se publicó por primera vez en 1555.

Vespa mil novecientos Gómez (Motoneta de principios de siglo cuando regía en Venezuela el General Juan Vicente Gómez). (Dicho humorístico)

Contenido

EL ABUELO MILTON 11

EL CUERPO QUE NO ES MIO 21

EL ESQUIROL 57

EL GENERAL NO TIENE QUIEN LE DIGA 69

EL IRREVERENTE 83

EL COFRE DE LOS BREVES 104

EL ORATE LOCO 113

EL PANTEÓN DE LOS SUICIDAS 193

EL SECRETO RÁSPER 221

GENES BENDITOS 231

LAS FECHAS DE UN ADIÓS 259

MESA PARA DOS 273

MINA LUNA 295

PARQUE CEIBOTE 337

REFLEJOS DE MUJER 349

SEREZADE Y UNA SOLA NOCHE 365

TOMOPU YOCPE 389

TUTO MAGO 403

UN ABRAZO ETERNO 415

VIDA DE BARRA 429

GLOSARIO 449

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 31 días del mes de marzo de 2021, el mismo día del año 1874 en que nace el poeta y narrador zuliano Marcial Hernández.